

Siempre fuiste tú

ALEJANDRA RODRÍGUEZ

SIEMPRE FUISTE TÚ

ALEJANDRA RODRÍGUEZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Siempre fuiste tú*
© *Alejandra Rodríguez*

Edición publicada en Junio 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*
Maquetación: *Alexia Jorques*

Siempre fuiste tú

ALEJANDRA RODRÍGUEZ

A Miguel. Gracias por llegar, por quedarte
y por convertirte en mi hogar.

Índice

Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43

44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
Agradecimientos

Prólogo

No sabría decir exactamente cuándo me vi sumergida en esta relación absurda, delirante y casi surrealista que tenía con Jorge.

Cada día estábamos más raros, más distantes y, por si fuera poco, más irritables que nunca.

Por suerte para mí, Iván estaba intentando que viera la situación como una oportunidad para conocerme mejor, para ver qué quería hacer con mi vida y para saber si realmente lo mío con Jorge avanzaba o estaba estancado sin previsión de moverse.

Todas las decisiones pendientes de tomar fueron más fáciles aquel día en el que escuché gemidos al otro lado de la puerta de la que llamé casa durante dos años.

Gemidos de mujer y de hombre a partes iguales.

Abrí la puerta de un tirón y ahí estaban, los dos, desnudos, sudorosos y en una posición bastante complicada.

Después de que ella saliera huyendo, él se escondió detrás de la mesa para evitar que le rompiera la cabeza con cada cuenco, jarrón y cada chuminada decorativa que le lanzaba.

¡Ah, sí! Para matar tu curiosidad, le di, con un cojín que no debió hacerle el más mínimo daño, pero le di.

Y aquí acabó y, al mismo tiempo, comenzó mi vida.

1
Finales

Comencé a recordar aquel día como si lo estuviese viviendo de nuevo, no era fácil dejarlo a un lado sin más, aunque la compañía de Iván mejoraba mucho las cosas. Él siempre tenía la solución o la distracción que yo necesitaba para evadirme de todo lo demás.

Ya había pasado un mes y, sin embargo, aún me veía allí, empaquetando toda una vida mientras masticaba rabia.

Volvamos atrás ¿Vale? Solo un segundo. Únicamente para que entiendas cómo acabé viviendo con mi mejor amigo. Para que comprendas que el fin de una etapa siempre trae el inicio de otra, más bonita, más sincera y mucho más intensa que la anterior.

Un mes atrás

Empaquetar toda una vida en cajas de cartón no es fácil, nada fácil.

Te das cuenta de la cantidad de cosas inservibles que acumulas con el paso del tiempo, objetos y sentimientos a partes iguales.

Y, total ¿Para qué?

¿Para que luego acaben apretujados con rabia en cajas de cartón, algunos cubiertos de lágrimas y otros de insultos e impotencia?

Pues sí, yo ahora mismo estaba acordándome de todo el árbol genealógico de las doscientas treinta y cuatro figurillas que tenía de brujitas de la suerte.

Já. De la suerte…

Maldita era mi suerte con tanta bruja y tanto iluminado suelto por ahí.

Sí. La bruja era la que se tiraba a mis espaldas al iluminado de mi novio.

Gracias, hermosa, gracias por hacerme ver que el maldito príncipe azul destiñe hasta lavándolo a mano como si de una delicada braga de encaje se tratase.

Como una braga vieja me había dejado a mí. Desvarada, deshilachada y hasta el mismísimo de todo.

¡Con lo que había hecho yo por ese bastardo! ¡Con la de bizcochos de chocolate que me había prohibido comer para estar en línea para ese meapilas!

¡Y me lo paga así! ¡Así!

A saber, cuánto tiempo llevarían viéndose a mis espaldas los muy hijos de sus respectivas madres…

No quería ni pensarlo, no quería, pero lo pensaba. Lo pensaba mucho.

Y la más interna de mis furias colisionaba con mi ropa, aún en perchas, que intentaba meter a trompicones dentro de la quincuagésima caja de cartón que había llenado con mis cosas.

Porque claro, como muy bien me había recalcado él, ésta era su casa y yo debía irme, porque no sería cómodo continuar con ésta situación, que bastante mal lo había pasado ya estos últimos días.

¿Mal? ¡¿Qué lo había pasado mal?! ¡Con dos cojones bien puestos el marquesito de las narices!

¡Mal yo! Que a ver dónde iba a meterme de un día para otro, con el ejército de cajas que tenía por meter en mi Volkswagen Beetle.

Dios… ¿Dónde iba a meterme?

Entre el instinto asesino que había aflorado de repente en mí y las ansias de salir corriendo y no parar hasta que me diera una embolia, se me había olvidado el pequeño detalle de que no tenía dónde caerme muerta…

No tenía familia cerca, estábamos repartidos por las Islas Canarias y no acostumbrábamos a vernos a menudo. Vamos, lo que viene siendo una familia súper estructurada y súper unida…

Era hija única, por lo que llamar a mis hermanos para refugiarme en alguna de sus casas quedaba completamente descartado.

Mi madre vivía en Fuerteventura, pero no era una buena opción, no, no lo era. Y mi padre en La Gomera.

Y yo… yo me había quedado en mi lugar de origen porque era mi sitio, mi hogar, donde se coció todo aquel día en el que los ojos de mi madre y los de mi padre decidieron unirse por primera vez.

Yo me quedaba en la isla que era mi casa, que para eso me habían engendrado aquí y porque tampoco había surgido la idea de irme.

Ocasiones sí, habían pasado muchas, pero estando con él las había dejado ir a todas y mírame ahora.

Compuesta y sin novio.

Y sin casa, sin trabajo, sin familia, sin…

Bueno, no pasa nada, Ali. Todo va a salir bien…

Algún día, quizás lejano, pero saldrá bien, al final lo hará.

Supongo.

Comenzó a sonar el móvil y me sacó de la vorágine de pensamientos que chocaban en mi mente.

— ¿Qué quieres, mamá? No necesito una de tus charlas de *"te lo dije"* ahora mismo ¿De acuerdo? —espeté a la vez que sorbía el moco.

Lo único que había en mi interior era rabia. Pura, burbujeante y ardiente rabia.

—No voy a decir que te lo dije, porque ya te lo dije en su momento…

— ¡Eso es un te lo dije!

—Ya… pero es que ¡Te lo dije Alicia!

—Ya sé que me lo dijiste, mamá. Te habrás quedado a gusto. Ahora si me disculpas, tengo que terminar de empaquetar mi vida e irme a vivir debajo de un puente.

—Te he llamado para decirte que puedes venirte aquí conmigo, si quieres…

— ¿Contigo? ¿Qué quieres? ¿Qué se desate el apocalipsis? Esa isla no sería capaz de aguantarnos a las dos y lo sabes de sobra.

Mi madre y yo nunca nos habíamos llevado bien del todo, éramos como el agua y el aceite, como el día y la noche, como el Sol y la Luna…

—Vamos, Alicia. No seas cría…

—No soy cría, mamá. Es que sabes que estaríamos todo el día peleando y ahora lo que menos necesito es eso. Necesito paz. Y en otro orden de cosas… una guadaña.

—Y me quieres decir ¿Dónde vas a dormir esta noche?

—No lo sé ¿Vale? Meteré las cajas que me quepan en el coche y… —mi mente se quedó en blanco.

No tenía un plan B, ni siquiera un plan W que usar. No tenía nada.

— ¿Y…?

—Dormiré en el coche. —sentencié.

—No sé de dónde has sacado esa cabezonería tuya, de verdad. Bueno, sí que lo sé… —de mi padre, pensé y puse los ojos en blanco. — ¡De tu padre!

—Me encanta tener estas charlas tan… maravillosas contigo, mamá. Ahora si me disculpas, tengo que terminar de recoger mi vida y salir de aquí cuanto antes.

—Vente Ali… aunque sea unos días…

—Te llamaré después ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y grité todo lo fuerte que pude.

¿Algo más quería pasarme en el día de hoy? ¡Vamos!

Escuché el sonido de la puerta al abrir y maldije en voz baja.

—No aprenderás nunca a cerrar tu enorme bocaza, Alicia. —dije para mí.

— ¿Quieres que te ayude? —dijo su insufrible voz.

Cogí un cojín de la cama y lo lancé en su dirección.

Por desgracia no le di. Quizás la próxima vez.

—En lo único en lo que puedes ayudarme ahora mismo es quitándote de mi vista hasta que termine de recoger cabronazo de mier…

—Vamos, Alicia. Yo nunca quise que esto terminase así… Es solo que…

— ¡No quiero tus explicaciones Jorge! ¡No quiero una mierda de ti! Anda y ve a meter tu asquerosa cara en las tetas de la rubia oxigenada que te has buscado y déjame terminar en paz. —le grité con los ojos inyectados en sangre.

Agachó la cabeza y salió del dormitorio que, hasta ayer, era nuestro. Bueno, nuestro y de la rubia peli teñida que había usurpado mi vida.

Tocaba empaquetar la librería HEMNES de Ikea con la cantidad estratosférica de libros que había en ella.

Con esto, definitivamente, ya no había espacio para mí en el coche.

Me llamo Alicia, soy morena natural y odio que me tomen el pelo. Mido un metro sesenta, peso los kilos que marca la báscula. Vivía en el país de las maravillas dentro de las novelas románticas y, ahora, soy una soltera despechada.

2
Amigos

Después de jugar al *Tetris* con cajas de cartón en mi minúsculo coche, de romperme la cabeza intentando sacar cosas de cajas, reagruparlas en otras cajas y abatiendo los sillones para luego volverlos a colocar en su sitio de origen. Después de sentarme en el suelo de la calle a visualizar el espacio, las cajas que aún me quedaba por meter en el coche y tirarme más de una vez de los pelos, llegué a la simple conclusión de que no iba a poder llevármelo todo de un viaje y mucho menos podría dormir en el coche porque en el asiento del piloto, también había cajas…

Resoplé tan fuerte que creo que ese simpático ochentón, que se acercaba a tirar dos bolsas al cubo de la basura que había al lado de mi coche, me sonreía.

Paranoias aparte, creo que ese cubo de basura me mira con deseo… Me pide que tire todo lo que no pueda meter en mi pequeño escarabajo, que me meta en el coche, arranque y me vaya lo más lejos posible de este lugar.

Así que, sucumbiendo a la tentación, empecé a abrir cajas a las diez de la noche y a tirar todo lo que no tenía un sentido lógico que quisiera llevarme.

Empecé por las malditas brujas de la suerte, las tiré todas, no guardé ni una. Seguí por los jarrones de cristal y cuando los oí romperse al final del cubo me sentí genial, así que seguí tirando.

Al final, me quedaban las tres cajas de libros, otras tres de ropa y una de zapatos, así que sonreí con satisfacción. Miré el cubo de basura desde mi asiento, que por fin estaba solamente ocupado por mi trasero, y lo vi rebosando mi vida.

Qué metáfora tan bonita para terminar el día… mi vida se había ido a la basura.

Pero había que seguir, seguir adelante, sobre todo para buscar un sitio donde dormir esta noche para no amanecer mañana descoyuntada por completo.

Conduje hasta el final de la ciudad y un poco más allá hasta que me di cuenta que no sabía a dónde demonios ir.

Sólo maldecía a Jorge, lo maldecía de todas las maneras en las que se puede maldecir a alguien, incluso deseé su sufrimiento más absoluto. Sí… me había tocado bien las narices y sabía perfectamente que yo era Satán personificado y, aun así, me había puesto los cuernos delante de mis mismísimas narices, el muy cerdo. Y yo… yo era tonta, muy tonta.

Me eché a un lado de la carretera y cogí el móvil.

Iba a arrepentirme de esto.

Dio un tono y medio antes de que su voz sonara al otro lado y de que la mía quedara totalmente ausente. Era un error, claro que era un error.

— ¿Ali? ¿Estás ahí?

—Sí, mamá…

— ¿Ya has decidido qué hacer?

—Pues cometer una locura e irme unos días contigo supongo…

— ¡Alicia! Quien te escucha dice que te maltrato, por Dios bendito.

—Vale, mamá… lo siento, es esta situación, que me supera. Es tarde y no hay barcos ahora, supongo que dormiré en el coche y mañana cogeré el primero que salga ¿De acuerdo?

—No me puedo creer que mi hija vaya a dormir en el coche, por favor, ni que fueras una…

—Una imbécil es lo que soy, madre. No le des más vueltas, estaré bien. Nos vemos mañana.

—Llámame cuando cojas el barco ¿De acuerdo? Voy a prepararte la habitación para que puedas descansar cuando llegues.

—Gracias, mamá.

—Un beso, Ali.

Colgué la llamada.

Apoyé la frente en el volante e hice balance de mi vida en general, por lo que recordé inmediatamente ese cubo rebosante de basura.

Me describía a la perfección, no voy a engañarme, mi vida en sí era un gran y maloliente cubo de basura y tenía que cambiar.

Pero ¿Cómo? Si nunca seguí un rumbo concreto, a mis veintiséis años y volvía a vivir con mi madre.

Desde luego no estaba yendo en la dirección correcta. Así que si alguien ve por qué maldito camino tengo que ir ¡Por favor! Que me mande un mensaje, una señal de humo o algo…

Recibí una llamada mientras me espetaba a mí misma haber acabado así, lo cogí sin ver quien era y contesté con desdén.

— ¡Alicia! —su voz me hizo recobrar el sentido por una milésima de segundo.

—Iván, alegría de mi vida, que gustazo oírte.

Iván era mi amigo y, también, mi antiguo compañero de trabajo, a los dos nos puteaban por igual así que teníamos eso en común, bueno, eso y que nos gustaba más la fiesta que a un tonto un lápiz, costumbre que dejé atrás cuando Jorge comenzó a mosquearse porque saliera un jueves y llegara a casa un lunes.

Era altísimo, estilo Pau Gasol, o al menos así lo veía yo desde mi tímido metro sesenta, ojazos verdes, sonrisa perfecta, cuerpazo de bombero de calendario y un corazón que valía oro.

— ¿Qué pasa contigo? ¿Dónde demonios estás?

—De camino a Playa Blanca… que me han puesto la cornamenta del siglo y me he quedado en la calle. Ya ves. Envidia de vida ¿Eh?

—Ya… ya… me acaba de llamar Jorge para saber si iba a pasar la noche contigo… bueno… me ha echado en cara que iba a pasarla, no sé por qué demonios ha supuesto que estarías conmigo, no me ha contado nada, pero raro me olía ya…

—Pues ya ves, el amor de mi vida me echa a patadas de su casa y luego te llama para espetarte que pase la noche contigo, pues muy lógico todo. —dije sin levantar la frente del volante.

—Y ¿Se puede saber a qué demonios vas a Playa Blanca a estas horas?

—Pues dormiré en el coche y mañana a primera hora me largo a Fuerteventura a casa de mi madre… no tengo dónde caerme muerta, ni trabajo, ni dignidad, ni…

—Joder, Alicia. No estoy aquí de maniquí ¿Sabes? Vente a mi casa, no seas tonta.

— ¿Cómo voy a meterme en tu casa Iván? Tú tendrás tus líos y tus cosas, voy a cortarte el rollo…

—Bah… tranquila, ha sido un fin de semana normalito, no tengo visita. Te espero aquí, no me hagas ir a buscarte.

— ¿Te he dicho alguna vez que te quiero con locura? —dije más animada.

—Sí… ¿Puedo llamar al capullo de tu ex y decírselo? Pagaría por ver su cara…

—Oh… claro… y para darle una patada en sus mismísimas partes también. Te acompaño si quieres. —rio a carcajadas.

—Te espero aquí, nena.

—Quince minutos.

Colgué la llamada e inmediatamente me puse en camino.

Qué cabeza la mía… Debí acordarme de él antes. Tenía amigos en este mundo, hasta eso se me había olvidado ya.

Maldito Jorge.

Ni siquiera puse la radio para que me acompañase en el camino a su casa, no necesitaba escuchar música que seguramente hablaría sobre algo triste o sobre culos y tetas, hoy en día no había nada más en las emisoras, así que pasé olímpicamente de encenderla. Simplemente conduje hasta llegar a su casa y sentí, por fin, un pequeño alivio en el día de hoy.

Aún me resultaba raro que Jorge hubiera llamado a Iván para echarle en cara que pasaría la noche conmigo ¿Era imbécil? Él estaba con otra ¡Con otra que no era yo!

No sé qué demonios estaba pasando por su condenada cabeza de chorlito, pero había cubierto mi cupo de dramas por un día. Ya no quería ni uno más, así que evité pensar en el tema. Quizás mañana…

Él era especial. No había más vueltas que darle, lo era y punto, lástima que no fuera de esos tíos que se atan, o que yo no fuera de esas tías que se lo tiran y a otra cosa.

No, yo era su amiga, él era mi amigo y no había más. Por desgracia, todo sea dicho.

Sacó dos Coca colas frías de la nevera, dos ensaladas ibéricas de esas que ya vienen preparadas y nos sentamos en el sofá a cenar a las tres de la mañana.

Entre una cosa y otra nos habían dado las mil y una y ni él ni yo habíamos probado bocado así que se ofreció, aparte de a darme cobijo, a alimentarme. Cosa que yo agradecí bastante, tenía tanta hambre que las paredes de mi estómago habían empezado a pegarse unas con otras.

—Así que… —dijo con la boca llena. —estás soltera ¿Eh? —rio.

— ¿Sabes que se supone que este es un momento delicado en mi vida? Deberías compadecerte de mí, idiota, no descojonarte. —dije pinchándole el brazo con el tenedor.

— ¡Au! ¡Vale, vale! Pero reconoce que no pegaban nada…

— ¿Cómo que no pegábamos nada?

—Tú eres tan… —hizo aspavientos con los brazos. —y él tan… —hizo una mueca de asco.

—Ah… te explicas maravillosamente ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Joder, Ali. Que tú eres demasiado para él.

—Pues él debía pensar que yo era bastante menos para liarse con esa rubia de bote ¿No crees?

—Bah… si es que hay que ser gilipollas… teniendo chuletón en casa se va y se busca una pechuga de pollo…

—Sí… eso sí que tenía… dos pechugas como dos días de fiesta… —dije

con la boca llena y asintiendo con el tenedor.

—Se supone que es un momento delicado en tu vida y que deberías estar llorando, no descojonándote ¿Sabes? —rio.

— ¿Prefieres que me ponga a llorar como una magdalena y que tengas que abrazarme y consolarme toda la noche? —arqueé una ceja.

—Sabes de sobra que me gusta abrazarte… —sonrió pícaro.

—Te gusta sobarme, guarro…

—Va, me has pillado… Bueno… y ¿Qué harás?

—Pues eso… irme con mi madre una temporada hasta levantar cabeza, supongo…

—Lo dices con unas ganas hija de mi vida…

—Es que no quiero ir, Iván. Sabes de sobra que mi madre y yo no podemos estar juntas en un mismo espacio temporal… se abriría una brecha en el espacio, un vórtice, un agujero negro y el mundo se iría a la mierda.

—Qué exagerada eres Alicia…

— ¡Eso! ¡Eso mismo dice ella! Pero yo solo intento salvar a la humanidad de la hecatombe… Nadie me entiende… —seguí comiendo.

—Quédate. —dijo casi sin mirarme.

— ¿Cómo? —pregunté mirándolo fijamente a la oreja, porque él no me miraba.

—Que te quedes aquí. Nos apañaremos…

— ¿Evitas el contacto visual o soy yo que estoy desvariando?

—Lo evito… lo evito.

Él y yo podíamos hablar con total franqueza de cualquier tema, sí, de cualquiera. El sexo también estaba dentro de esos parámetros, aunque él y yo nunca lo habíamos tenido.

Sin embargo, pocas veces eran las que evitábamos el contacto visual y esas veces no solían traer nada bueno.

— ¿Me estás invitando a quedarme en tu casa? ¿En tu santuario? ¿En tu picadero? Pero ¡¿Qué va a ser de tus orgías Iván?! ¡¿Qué?! —dije alzando los brazos para darle más dramatismo.

—No seas histérica… ¿Quieres o no? —y por fin me miró.

—No sé. Sería… raro ¿No?

—Tú sí que eres rara Alicia… —se rio y volvió a fijar sus ojos en su plato de ensalada.

Y ahora ¿Qué hacía yo? ¿Me iba o me quedaba?

Iván… Iván… qué maldita manía la tuya de tentarme indirectamente y de alegrarme la vida de esta manera.

Benditos amigos.

Bendito Iván.

3
Decisiones

Dormí en su cama y olía a él. Suave, pero intenso. Era de esos olores que te atrapan, te hacen cerrar inconscientemente los ojos e inspirarlos hasta llenarte por completo. De esos que te hacen sonreír sin quererlo, que te abrazan y te hacen sentir como en casa.

Acomodé la almohada, me tapé hasta debajo de la nariz con el nórdico de plumas y suspiré.

Mi primera noche como soltera después de dos años amarrada a eso que yo llamaba relación y que realmente era una asquerosa mentira.

Cómo puede cambiarte la vida de un instante a otro es algo que nunca llegaré a entender del todo.

Qué deprisa dio la vuelta la tortilla esta vez.

Iván se acostó en el sofá, como buen caballero que era, dejó que durmiera en su cama y no insistió mucho en acompañarme, únicamente tres o cuatro veces… poca cosa.

Al final, cuando ya estuve completamente acomodada en posición fetal, lo eché en falta.

Llevaba tanto tiempo durmiendo con un cuerpo al otro lado de la cama que, ahora que estaba sola, me sentí extraña y temí no poder dormir.

¿Qué me pasaba?

Ah sí… que me habían plantado, era eso. Por momentos se me olvidaba, momentos en los que inspiraba el perfume de Iván y pensaba en por qué sería yo tan imán para la catástrofe, por qué no podría tener yo un novio que me quisiera y le bastase conmigo o por qué ya no podía llorar.

Necesitaba hacerlo, desahogarme, sentir la rabia raspándome en la garganta y soltarla en llanto. Pero no. Ni una lágrima.

Y dolía.

Dolía tanto por dentro que parecía un puñal enquistado en la boca de mi estómago.

Y en cierto modo eso era lo que habían hecho conmigo, darme una

puñalada trapera.

No había forma de que me durmiese, ni contando el batallón de ovejas que se presentaba delante de mi imaginación en fila india, ni gritando a pleno pulmón hasta sacarme toda la rabia que llevaba dentro.

—Pero ¡¿Qué te pasa?! —dijo gritando.

—Perdona, perdona… es que… —resoplé y me senté abrazando mis rodillas.

No había sacado ni una caja del coche así que lo que me cubría era una de sus enormes camisas y nada más.

—Joder, Alicia Vas a matarme de un soponcio. —dijo restregándose los ojos y acercándose a la cama.

Se sentó en el borde, justo donde acababa la punta de los dedos de mis pies y puso su mano en mi rodilla, que aún estaba cubierta por el nórdico.

—Es que no puedo llorar y…

—Y pensaste que gritando como una loca ibas a desahogarte ¿No? —lo miré con ojitos de cordero degollado y asentí. —Ven acá anda. —me abrazó y yo me dejé. —Es normal que tu cuerpo reaccione de forma extraña, Ali. Tú eres extraña en sí.

— ¡Oh, vale! Me animas mucho eh. —dije irónicamente.

—Quiero decir que no eres simple, no lloras y ya está. Encontrarás la manera de desahogarte bien.

— ¿Quieres dormir conmigo? —pregunté sin más y él me miró sorprendido.

—No me pidas que te haga guarrerías, Alicia.

— ¡Joder, Iván!

— ¡Es broma! Es broma…

Se acomodó a mi lado, yo apoyé mi cabeza en su pecho y él me acogió entre sus fornidos brazos.

Me sentí un poco más segura y un poco menos imbécil, que ya era mucho decir.

—Iván…

—Dime.

— ¿Por qué son los tíos tan hijos de…?

—Pues no lo sé, Ali. Supongo que porque lo queremos todo y no nos damos cuenta de lo que tenemos en casa.

—Pues valiente gilipollez. Con todas las oportunidades que dejé pasar por ese cabrón.

—Lo sé… El amor es lo que tiene cariño. Que te tapa los ojos y ves solo lo que el amor quiere que veas.

—Qué raro se me hace hablar contigo de amor…

—Sí… lo nuestro siempre ha sido más el cachondeo y el sexo que el amor, pero ¡Oye! Que hay que dar la talla.

—Te quiero con locura ¿Sabes? ¿Te lo he dicho ya?

—Más veces de las que sería necesario, pero me gusta.

—No te vayas a enamorar de mí ahora, idiota…

— ¡No me hagas reír Alicia! —se carcajeó.

— ¿De qué te ríes? ¿Insinúas que soy tan desastre que nadie es capaz de enamorarse de mí?

— ¡Claro que no! Me río porque estaría gracioso que me enamorase de ti a estas alturas de la vida, que acabases viviendo aquí conmigo y que mi casa se convirtiera en un nidito de amor en vez de en un picadero. —lo miré extrañada. —No seas tonta, Alicia. —volvió a reír.

— ¡Te estás riendo de mí!

— ¿Qué pasa? Quieres que me enamore de ti ¿Es eso? —siguió riendo.

— ¡No! Pero tampoco hace falta que me descartes así de buenas a primeras. Podríamos tener una maravillosa historia de amor ¿Sabes?

—Eres imbécil. —siguió carcajeándose y yo lo hice también.

Era una locura. Nosotros éramos amigos y nada más. Lo teníamos claro.

Éramos de esas personas que podían dormir juntos abrazados, cogerse una cogorza del quince o sentarse a hablar de todo lo habido y por haber sin que nada afectase a nuestra amistad.

Por suerte, en su compañía, pude dormirme por fin.

Y soñé con la cara del estúpido de Jorge, soñé con que se la partía en mil pedazos y que volvía a patear esos pedazos con todas mis fuerzas y, después, que todo desaparecía.

Aunque no me sentía, ni mucho menos, mejor.

Comenzó a sonar mi móvil y maldije a quien quiera que me estuviese llamando. Lo cogí, después de zafarme de los brazos de Iván que me apretaban con fuerza, y lo descolgué sin más.

— ¡¿Qué?! —grité.

— ¿Estás con él verdad? —su voz.

— ¿Me estás vacilando cabronazo de mierda?

—Dime la verdad, Alicia. Lo estás y punto.

— ¿Con qué derecho te crees para increparme con quién estoy o dejo de estar? —chillé e Iván se levantó de un salto.

— ¿Qué pasa? —dijo muy bajito.

—Alicia… —Jorge se calló y yo le hice señas a Iván para calmarlo.

—Ni Alicias ni leches, imbécil. Si te aburres vete a meter la cara entre las

tetas de tu rubia de bote, pero a mí déjame en paz ¿Me oyes?

—No me jodas ¿Es él? —dijo Iván en tono normal. —Dame el teléfono.

Yo se lo di sin más, sobre todo para que el imbécil del que había sido mi novio durante dos años de convivencia y varios meses de cachondeo, se fastidiase.

—A ver, iluminado, o dejas de molestar de una jodida vez a Alicia o te las vas a ver conmigo ¿Me oyes? —dijo Iván con un tono de voz que bien podría parecer el mismísimo Hulk enfadado. — ¡Que sí! Que hemos pasado la noche juntos ¿Te molesta? Pues no veas la de veces que le hemos dado al tema a tu salud, compañero. —se carcajeó y colgó sin más.

— ¡Toma ya! —grité yo y chocamos los cinco.

—Hijo de la grandísima… ¿Pues no se tira a otra y se atreve a meterse contigo? Lo que me faltaba ya… Lo mato, Alicia. Te juro por Dios que lo mato.

—Tranquilo. Gracias por defenderme, eres lo mejor de mi vida ahora mismo. —lo abracé.

—No me abraces de esta manera recién levantado que ya sabes que se me sube la bandera, Alicia. —dijo riéndose y yo me separé al instante.

— ¡Que corra el aire! —grité con las manos levantadas.

—Venga va, te invito a desayunar por ahí ¿Te parece?

Asentí y se levantó de un salto de la cama.

Sonreí mientras veía que su trasero divinamente formado se iba dando saltitos fuera del dormitorio e imaginando la cara que se le habría quedado a Jorge con lo que le había dicho Iván.

Que se fastidie.

Pues ¿No me venía con reproches ahora?

Dejaría a Iván que lo matase y luego… luego lo remataría yo con un hacha, o con un tenedor, lo que me quedase más a mano.

Iván volvió sin camisa, en calzoncillos y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Decidido, te quedas aquí.

— ¿Perdón? Deja que te vuelva la sangre a la cabeza cariño, luego hablamos.

—Está bien, puede que tenga más sangre al sur de mi cuerpo, pero lo digo en serio. Te quedas aquí. ¿Qué demonios pintas tú en la isla de las cabras? Que no. Que no te vas.

—Iván, mi madre ya me habrá preparado el cuarto y, además, no haría otra cosa que incordiarte. No tengo trabajo, no podría aportar nada de momento y no… no me parece bien usurpar tu picadero, chico.

—Creo que no me he explicado bien, Alicia. No te estaba haciendo una

pregunta. He dicho que te quedas y punto. Se acabó, vístete que nos largamos a celebrarlo con gofres o lo que quiera que te apetezca.

—Te has vuelto loco —reí nerviosa.

— ¿Eso es un sí? —se apoyó en el marco de la puerta y sonrió.

—Ni de coña. Me largo a la isla de las cabras.

—Por encima de mi cadáver.

Volvió a sonar mi móvil. Volvía a ser él.

— ¿Quieres hacer los honores? —dije a la vez que le cedía el móvil.

— ¿Vas a seguir dando el coñazo? —dijo él según descolgó el teléfono. —No. Ni ella quiere hablar contigo ni yo voy a dejar que hables con ella ¿Entendido? Deja de meterte en su vida y métete en las piernas de esa tía por la que la has cambiado gilipollas. A ver cuánto te dura. Mira ¿Sabes qué? Voy a dejar que escuches su voz por última vez, a ver si te das cuenta de lo que te has perdido, imbécil. —me cedió el móvil. —Tienes dos minutos, Alicia. —dijo con el ceño fruncido.

— ¿Qué quieres? —dije al auricular con voz ronca.

—Alicia, hice lo que hice porque pensé que estabas con él y veo que no me equivocaba.

— ¿Cómo? ¡¿Cómo te atreves siquiera a abrir tu enorme bocaza para decir eso?! Jamás ¿Me oyes? Jamás.

—Lo siento, lo siento. ¿Podemos quedar? Será solamente charlar, por favor.

—Como bien te ha dicho Iván, esta será la última vez en muchísimo tiempo que escuches mi voz, así que lo último que voy a decirte es que te aproveche, imbécil. Eso y que te de una infección ahí abajo que te la tengan que amputar. —colgué y miré a Iván que también me miraba sin apenas gesticular. —Acepto tu oferta. Me quedo.

Ah… y mi madre, no nos olvidemos de mi madre.

La que me había montado por teléfono porque al final, de momento, no iba a vivir con ella.

¡Madre del amor hermoso! Casi me rompe el auricular del teléfono con sus gritos.

Que qué hacía yo metida en casa de un hombre que no era mi novio, que qué iba a ser de mi vida, que hacia dónde me estaba encaminando y que si mi padre se enterase me vendría a buscar, me cachetearía y me enviaría a su casa después.

Ni que tuviera quince años…

En fin. Después de una amarga hora y de otra media más de intentar amansar a la fiera en la que se había convertido mi señora madre, desistí.

Ya se le pasaría, no le quedaba otro remedio.

4
Volver a empezar

Y, voilà, aquí estoy, un mes después.

La convivencia con Iván había ido mucho mejor de lo esperado. Supongo que fue una decisión difícil de tomar aquel día, supongo que podría haber sido peor, supongo muchas cosas, pero la verdad es que agradezco haberme quedado.

Él lo hacía todo mucho más fácil. Bajo sus ojos siempre estaba el lado bueno y, bajo los míos, la firme convicción de que todo iría mejor ahora, de que todo iba a salir bien.

Sobre todo, aprendí a quererme. Aprendí a valorarme todo lo que no me había valorado Jorge y todo lo que, quizás, tampoco me valoré yo mientras estuve con él.

Ahora tocaba recoger las riendas de mi vida y agarrarlas con toda la fuerza que guardaba dentro.

Comenzaba una nueva etapa.

Volver a empezar tampoco es fácil. No sabía por dónde empezar a resucitar mi vida después del infarto sentimental que había sufrido.

Demasiadas cosas por hacer, por buscar, por reanudar.

Tenía que volver a trabajar, llevaba un año sin hacerlo, después de que me hartara y mandara a mi anterior jefe a tomar por donde se merecía, lo que ahora no me parecía tan buena idea, que conste.

Y casa… tenía que buscarme una casa.

Vivir con Iván estaba bien, muy bien, pero seguía sintiéndome algo incómoda por estar usurpando su santuario del sexo con mi presencia.

Decidí empezar a buscar trabajo cuanto antes, Iván se había ofrecido a llevarme con su tremendo Chevrolet Camaro negro para que no tuviese que ir yo sola a poner currículums.

Qué grande y poderosa se sentía una sentada en esa bestia. Cuando tuviera dinero me compraría uno igual, pero en rojo, sí… ya me veía al volante con

mis gafas de sol y mi prepotencia asomando por el cristal.

¡Qué bonito era soñar y qué barato salía!

Nos dirigimos a todos los centros comerciales que habitaban en la isla. Dejé currículums en todas las tiendas habidas y por haber y, cuando ya no tenía más fuerzas ni más ganas, paramos a comer.

—Vaya coñazo… —dijo Iván mientras aparcaba.

—Has sido tú quien se ha ofrecido a traerme…

—Ya… ya… pero ¿Por qué no vas a hablar con Ernesto, le dices que quieres volver y te dejas de tanto lío?

— ¿Después de cómo me largué de allí? Estás loco si piensas siquiera que va a escucharme.

—Por intentarlo no pierdes nada…

— ¡La dignidad! —dije alzando los brazos.

—No seas dramática…

—No pienso volver a ese zulo. Me niego.

—Qué orgullosita te pones cuando quieres, guapa… —puso los ojos en blanco y se bajó del coche.

—Bueno y cambiando de tema… ¿Saldrás esta noche?

Era viernes y sabía de sobra que, a no ser que estuviese a punto de morir de fiebre, él saldría.

— ¿Te apetece salir de juerga Ali? —dijo en tono divertido.

— ¿Crees que esta es una cara de alguien que querría salir de fiesta? —pregunté a la vez que ponía cara de perro.

—Ehm… no mucho.

—Pues eso.

—Pues nos quedamos en casa se ha dicho.

— ¡Eh! No, no. Ni de broma. Tú sales. Encima de que me das cobijo no seré yo quien te amargue el fin de semana.

—No voy a dejarte sola e indefensa, no me iría tranquilo.

—Ni que fuera un gato asustado Iván. Que soy mayorcita, sé cuidarme sola.

—Está bien… a la orden mi sargento. —dijo haciendo el gesto pertinente.

—Descanse, soldado. —comencé a carcajearme y él también.

Decidimos comer en ese restaurante japonés al que solíamos ir al salir de trabajar. Nos poníamos hasta arriba de sake y de sushi, despotricábamos sobre nuestro jefe y sobre algún que otro compañero y soñábamos con irnos lejos, muy lejos algún día.

Yo me fui, sí, no muy lejos, claro. Él, sin embargo, seguía allí, solo ante el peligro, claro está que también estaba hipotecado hasta las trancas y no le

quedaba otro remedio.

—Bueno… como ya estás lo suficientemente achispada te diré que vas a salir conmigo esta noche y no vas a oponer resistencia. —dijo meneando su vaso.

—Ni lo sueñes. No pienso ir a ninguna parte, además, no tengo nada sexy que ponerme para estar a tu altura, cariño.

—Oh ¡Vamos! No puedes haberte vuelto tan sosa, Alicia.

—No me he vuelto sosa, estoy de luto ¿Sabes?

— ¿De luto? Por haberte quitado a ese cafre de encima deberías estar de celebración…

—Bueno, se acabó la conversación, no saldré, tú sí. Lo único que te pido es que si vas a volver acompañado a tu nidito de perversión que me mandes un mensaje para ponerme los tapones en los oídos y no salir del cuarto cuando estés en una posición comprometida ¿De acuerdo?

—De acuerdo…

—Si no lo haces juro que saldré de la habitación y te montaré el espectáculo de la novia despechada, ya tengo práctica ¿Recuerdas?

Él se echó a reír tan alto que el resto del restaurante se giró hacia nosotros. Yo también me reí, aún no había conseguido encontrar la forma de desahogarme y tenía que hacerlo, pronto. Si no, acabaría estallando por el lugar menos esperado.

Después de almorzar, de dejar otros cuantos currículums y de pelearme con Iván cuatro veces más por no querer salir de fiesta con él para que pudiera fardar de compañera de piso, nos fuimos a casa, bueno, a su casa.

— ¡Que he dicho que no, leches! —volví a gritar entrando por la puerta.

—Pero ¿Qué te cuesta, amargura de niña? Te vistes sexy, te pones un taconazo, el pelo a lo loco y sales conmigo a dar envidia.

—Pero ¿No entiendes que si voy contigo no vas a comerte un colín? Pensarán que soy tu ligue o tu novia o ¡Vete tú a saber! y no vas a pescar nada esta noche.

—Solo quiero salir a pasarlo bien contigo, Ali. —le brillaron los ojos y a mi se me movió el mundo un poco más deprisa.

— ¿Ves cómo ibas a enamorarte de mí? Si es que te lo dije ¡No me digas que no te lo dije! —me eché a reír con fuerza.

—Eres tonta. —se dio la vuelta y se fue hacia el cuarto de baño sin darme opción a más.

Y yo quería más. ¿Qué le pasaba?

Fui hasta la puerta que había puesto entre mi broma y su mal humor y toqué dos veces.

—Ocupado.

— ¿Quieres abrir la puerta?

—Ahora mismo no estoy visible, Alicia.

—Me da igual, abre.

Lo hizo y era cierto que muy visible no estaba. Llevaba una pequeña toalla alrededor de su cintura y yo fijé mi vista en ella ¿Qué iba a hacer si no?

—Estoy aquí arriba ¿Sabes?

— ¡Ya, ya! ¿Se puede saber qué ha pasado ahí fuera?

—Nada, me has dejado claro que no quieres salir y he desistido. No te tomes las cosas a la tremenda.

—De acuerdo… ¿A dónde irás ahora?

—A la ducha, a poner en condiciones ciertas partes de mi cuerpo, al gimnasio y luego saldré ¿Le parece bien a la señorita?

—Claro, claro… —me di la vuelta y él volvió a cerrar la puerta.

Estaba claro que esto de vivir juntos no iba a ser tan buena idea, al final, o acabábamos matándonos o nos enrollábamos en cualquier parte de la casa, otra opción no era viable.

Tenía que encontrar trabajo y casa y no precisamente en ese orden.

Llamaría a Ernesto el lunes, me arrastraría un poco y recuperaría mi antiguo trabajo de mierda para poder subsistir hasta que encontrase algo de lo que realmente era yo, que para eso había estudiado cuatro años enfermería, aunque me diesen terror las agujas y la sangre.

Aunque he de decir que todas mis fobias comenzaron después de sacarme el título, justamente cuando tuve una experiencia innombrable, con otra enfermera y compañera de carrera, que iba acompañada de mucha sangre, agujas clavadas en sitios que no debían y sonoros gritos de socorro.

Lo que estaba claro es que no iba a ser fácil encontrar trabajo de enfermera con la tira de fobias que tenía, así que, por el momento, tenía que dejar a un lado mi dignidad y volver a mi trabajo de moza de almacén.

La cuestión era empezar a buscar mi camino, a armar mi vida.

5
Se acabó el romanticismo

Iván se fue sobre las once de la noche con rumbo a cualquier discoteca que pillase por el camino, y yo, a pesar de las veces que había insistido en que lo acompañase, me quedé en su casa con un bol enorme de palomitas, un cubo de helado y un libro empedernidamente romántico, más de lo que mi delicado estómago era capaz de soportar.

Y es que, desde que me enteré de que me había crecido sobre la cabeza algo más que pelo, no soportaba leer ñoñadas. Ni cómo él y ella se enamoraban perdidamente, ni cómo ella sufría porque él no la amaba lo suficiente o porque no la amaba como ella quería que lo hiciese, ni de cómo él aparecía con flores y un cuarteto musical a cantarle bajo la ventana. Ahora mismo si me pasase eso, cosa improbable como poco, yo sería de las que cogería una maceta y se la lanzaría a la cabeza.

No quería saber nada del amor, ya no.

Me negaba en rotundo a todo lo políticamente correcto, a todo lo mínimamente romántico. Mi mirada se había tornado oscura, más de lo que le gustaría a cualquiera que se parase a mirarme, claro que, que te engañen miserablemente cambia a las personas. Sobre todo, cuando te enteras de una manera tan sutil y delicada como es entrar en tu hogar y encontrarte a tu novio entre las piernas de otra tía que no eres tú.

Su explicación fue lo mejor "*No sabía que llegarías tan pronto, Alicia*".

Y ya está.

Recuerdo que esa noche, antes de recoger mis cosas, corrí y corrí como si no hubiera un mañana, como si mis pulmones tuvieran aire suficiente como para aguantar la pechada de calles que recorrí sin descanso y con muchas lágrimas de rabia desbordándome por completo.

Y dije basta.

Basta a todo lo que tenga que ver con entregar mi corazón, con las miradas cómplices, con los te quiero y yo también, con los besos por las mañanas y las traiciones por la tarde, dije basta a todo. Hasta a las relaciones

más allá de las necesidades instintivamente animales, aunque eso tampoco estaba en mis planes ahora mismo.

Ni siquiera sabía cómo iba a poder recomponerme aún, no podía pensar en unir mi cuerpo con otra persona cuando el mío se encontraba hecho pedazos.

—Dios… si es que no puedo ni leerte. —dije en voz alta. —Eres todo mentira, ni siquiera tengo la cabeza como para meterme en tu historia y creérmela, estas cosas no pasan. Sencillamente no pasan, joder.

Dejé con rabia el libro encima de la mesita de cristal que Iván tenía en el salón, cogí el helado tamaño camión cisterna y comencé a comerlo con ansiedad.

—Simplemente no pasan y ya está, Alicia. Tienes que salir de tu maldita burbuja y ver que las relaciones de verdad no son un cuento de hadas, que las novelas románticas no son reales. No lo son. —sentí ahogo.

Y no por el cubo de helado que me estaba comiendo como si fuera la única comida que había tenido durante meses, no. Era por la sensación de engaño que sentía dentro. Por haberme creído todas esas patrañas que venden las novelas románticas, por creer que todo eso un día podía pasarme a mí, que yo podía vivir con uno de esos príncipes azules que parecen sacados del cuento más precioso del mundo y no. A mí siempre se me arrimaba el sapo, el maldito sapo.

Y estaba harta. Harta de seguir pensando que algún día alguien podía tratarme como si yo fuera la única mujer en el mundo, o mejor, como si no fuera la única, como si estuviera entre un millón de mujeres más y sólo quisiera estar conmigo, sólo quisiera elegirme a mí.

Y tampoco pude llorar, por extraño que parezca, no pude y necesitaba hacerlo, necesitaba que las lágrimas me limpiaran por dentro y poder comenzar a ser un bloque de cemento, dura, fuerte y casi hueca.

Quizás Iván tenía razón y tenía que buscar una manera de desahogarme acorde a mi persona, a mi extraña e insólita persona.

Sin darme cuenta ya habíamos entrado en altas horas de la madrugada, el helado que al empezar la noche parecía desbordar del cuenco más grande jamás inventado, ahora estaba vacío, mi estómago rugía con tanta fuerza que me daba a entender que me había pasado de lo lindo al comérmelo todo y, de repente, oí cómo alguien intentaba abrir con la llave la puerta principal, así que salí corriendo como alma que lleva el diablo hacia el cuarto del que me había adueñado, o sea, el de Iván, cosa que estaba clara que iba a ser un error.

Escuché voces, una femenina y la suya.

Se reían y se chocaban con todo lo que encontraban a su paso, recé para

que se echaran en el sofá, en la cocina o en cualquier parte menos en este dormitorio. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Meterme debajo de la cama? ¿Cortarle el rollo? Dios… piensa, Alicia. Piensa.

Pegué la espalda a la puerta con la intención de que si a Iván se le ocurría la brillante idea de llevar a su ligue de hoy a su cuarto se diera cuenta de que yo estaba ahí y se diera la vuelta. Pero, como mi suerte había hecho la maleta y había huido a México sin pedirme permiso, el señor de la casa entró en el dormitorio borracho hasta las trancas y, sin casi ninguna dificultad, me empujó a varios pasos de donde me había posicionado para que él no pudiera entrar.

— ¡Joder con la puertita! —dijo balbuceando mientras su chica se reía y yo los miraba con una ceja levantada y de brazos cruzados.

— ¿Interrumpo? —dije molesta.

Le había recalcado que si me hacía partícipe de sus rollos de una noche le armaría el espectáculo de novia celosa e indignada.

—Mierda, Alicia. —se echó la mano que le quedaba libre a la cara, la otra la tenía en el trasero de la morena poli operada que se había traído.

— ¿Se puede saber quién es esta? —dijo ella haciendo un movimiento de cabeza y señalándome con su odiosa uña postiza.

—Iván… —dije animándolo a que tomara la decisión de salir por la puerta e irse a tirársela a otro sitio o de que me dijera que me fuera y así podría escapar de este deja vù que no me hacía ninguna gracia.

—Perdona mi amor, perdona. Te juro que no hemos hecho nada.

— ¿Perdón? —dije totalmente aturdida.

—No, no. Perdón yo cielo. Perdón yo. Oye… —chasqueó los dedos, supongo que no recordaba su nombre porque la miraba extraño.

—Bárbara.

— ¡Bárbara! Tienes que irte.

Yo estaba alucinando. No entendía nada, pero nada de nada y la pobre Bárbara entendía menos.

— ¡Eres un…!

—Lo sé, lo sé. Te acompaño fuera.

Yo me quedé en el sitio hasta que Iván volvió y me abrazó con tanta fuerza que casi rompió cada uno de mis pedazos.

— ¿Quieres explicármelo?

—Que me has salvado cariño. Se me ha subido al coche y yo no tenía ganas de… ya sabes.

—Primero. Me resulta insólito que no tengas ganas de… ya sabes. Y segundo, me has utilizado, mi amor.

—Bah… al final vas a enamorarte de mí, Ali. —se separó de mí sonriendo con chulería.

—A la mierda el amor.

— ¿Tú? ¿La romántica de libro? No te creo.

—Vas a verlo con esos ojitos verdes.

—Mm… qué peligro.

—Anda, vamos a la cama que no son horas. —dije yo y él se quitó la camisa automáticamente.

— ¡Me gusta como empieza esa nueva etapa tuya!

— ¡A la cama a dormir, pervertido!

—Oh, vamos, Ali. Eres una aguafiestas. —me dio un golpecito en el hombro y se echó a reír.

—Me hago de rogar… —arqueé una ceja y me fui en dirección a la cama.

— ¡Ven acá! —pasó sus fornidos brazos alrededor de mi cintura, me levantó a unos centímetros del suelo y me llevó así hasta la cama mientras yo pataleaba y los dos reíamos.

¡Adiós romanticismo!

¡Bienvenida locura!

6
Formas de desahogarse

Habíamos dormido juntos, sí. Muy juntos, a decir verdad, pero de ahí a que desatáramos la pasión había un largo trecho y, desde luego, yo no pretendía cruzarlo.

Iván se había despertado antes, por muy insólito que pueda parecer tenía un buen despertar después de haber tenido, también, una buena noche.

Estaba preparando el desayuno mientras yo me daba una reconfortante ducha con esa columna de hidromasaje que tenía en el cuarto de baño.

Bendito seas Iván.

Salí, a regañadientes, veinte minutos después. Me vestí con un panti de licra bastante ajustado, un sujetador deportivo negro y unos botines que tenía en el baúl de los recuerdos y que se habían colado, no por elección propia, que yo recuerde, en la caja de zapatos que ya había metido en el armario de mi compañero de casa.

Me hice una coleta alta algo despeinada y salí retocándomela hacia el salón.

—Joder, Alicia. No vamos a pasar desapercibidos.

Él llevaba una bermuda tan corta que bien podría llamarse calzoncillo, una camisilla con unas aberturas laterales tan largas que dejaban ver sus marcados dorsales y una sonrisa que tiraba para atrás.

—Sí, cariño, tú también vas muy discreto. —se echó a reír y yo me senté en el sofá con los pies encima de la mesa.

Trajo dos tazas de café en una bandeja rosa pastel y dos tostadas por plato con mermelada de fresa.

—Iván… —dije a punto de partirme de risa.

—Ni se te ocurra descojonarte, bonita.

—Está bien, está bien. —dije aguantando la risa a la vez que levantaba las manos.

—Bueno… tengo que decirte algunas cosas antes de que salgamos por esa puerta.

—Dispara.

—Primero, estás llevando la ruptura demasiado bien para que sea normal hasta para ti. Segundo, te querrán comer con la mirada y alguno que otro intentará hacerlo con la boca, así que estate pegadita a mí y tercero, pero no menos importante… ¿Puedes, por favor, ponerte algo más encima?

—No lo llevo bien, lo llevo fatal, pero no soy capaz de exteriorizarlo y ¿Por qué tengo que ponerme algo por encima? ¿Estoy mal?

—Estás increíble, Ali. Es que esos tíos son unos babosos y no quiero que… —dijo mirándome de arriba abajo.

— ¿Estás celoso? —reí.

—Vamos a esperar a que lleguemos al gimnasio y luego probablemente sí que lo esté. —sacudió la cabeza, sonrió y se tomó su café.

—Pareces mi marido o mi padre… depende del contexto. —le di un bocado a la tostada.

—No es eso… es que…

—Qué…

—Nada, vamos a dejar el tema. ¿Nos vamos ya? Hay que llegar corriendo hasta allí.

— ¿Corriendo? —dije alterada.

—Es mi rutina y te vendrá bien para desahogarte, no seas quejica.

Asentí mientras terminaba mi tostada y me puse en pie. Él recogió la bandeja, la dejó en la cocina y nos pusimos en marcha.

El gimnasio estaba a dos kilómetros de su casa, para él era un paseo, para mí, que era anti deportista total, sería un infierno.

Hice más paradas de las que a Iván le hubiera gustado, pero si no quería que echara los higadillos por la boca iba a tener que aguantarse.

—Te… te… odio. Te odio. —dije con las manos en las rodillas y con la cabeza gacha.

—Vamos que quedan un par de metros, Alicia. No puedes estar en tan baja forma. —dijo mientras trotaba sin moverse del sitio.

—Llama a una ambulancia porque me va a dar una embolia por tu culpa.

Me reincorporé y llegamos al gimnasio minutos después mientras él se reía.

Yo ya estaba lista para morirme y, sin embargo, él estaba como una rosa, ni siquiera una gota de sudor se posaba en su frente. Yo parecía una fuente en pleno funcionamiento.

Entramos y, como bien dijo Iván, a pesar del mal aspecto que yo creía que tenía, muchos de sus compañeros me miraron con cara de lobo a punto de aullar.

Yo intenté caminar lo más erguida posible a pesar de que lo único que tenía ganas de hacer era de desplomarme.

—Ven, creo que hoy vas a soltar toda esa tensión que llevas a cuestas.

—Iván… me siento observada o ¿Es que me he vuelto muy egocéntrica de repente?

—No será porque no te lo advertí. Te presentaré luego, ahora vamos, ponte esto. —me cedió unos guantes de boxeo y yo abrí los ojos de par en par. —a repartir ostias, Ali. —me sonrió.

Me los puse casi sin pestañear, me gustaba la idea de pegarle a algo, así que no tardé en llegar al saco que Iván agarraba con sus manos y darle el primer puñetazo.

— ¡Guau! ¡Esto me gusta! —seguí dándole puñetazos al saco mientras Iván lo sostenía.

— ¡Muy bien! Ahora pon la espalda un poco más recta, así. Y apunta aquí. —me señaló un punto intermedio y yo volví a darle. — ¡Muy bien! ¡Sigue así!

Cada puñetazo me sabía a miel en los labios, cada sacudida de ese saco me vaciaba por dentro, cada vez que mi puño, ahora acolchado, golpeaba contra la tela de ese saco mi rabia se esparcía un poco más.

Y seguí, seguí sin escuchar los consejos de Iván porque comencé a ver la cara de Jorge dibujada en el saco y seguí pegándole, seguí hasta casi la extenuación y rompí a llorar.

Ahora sí que lo hacía, Iván reparó en ello enseguida, soltó el saco y me abrazo muy fuerte.

—Pues hemos dado con la tecla ¿No crees? —dijo mientras me daba un beso en la frente.

—Es que he visto su cara ahí y…

—Y lo has machacado, Ali. No pasa nada, desahógate.

Me separé de él dos minutos después, me limpié las lágrimas con el antebrazo y volví a mirar el saco.

—Sigamos.

Iván asintió y volvió a colocarse detrás del saco mientras lo agarraba. Yo volví a darle con todas mis fuerzas mientras seguía viendo su cara reflejada en la maldita tela.

Pero había un problema, no sentía. No sentía los golpes impactando en su cara imaginaria, no sentía ardor en los nudillos y satisfacción después y eso me faltaba.

Estos dichosos guantes no me dejaban sentir, así que me los quité de un tirón bajo la atenta mirada de Iván y seguí vapuleando la cara imaginaria de Jorge.

Esto me gustaba. Me estaba sentando genial sacar toda la rabia contenida que tenía dentro y él… él también me venía bien.

Quizás más de lo que él se imaginaba, quizás más de lo que lo hacía yo.

7
Presentaciones y alivio interior

Después de que mi yo interior se sintiera un poco más aliviado y mi yo exterior completamente dolorido a Iván no se le ocurrió otra cosa que dejarme sola, no por mucho tiempo, claro, pero esos minutos bastaron para que se me acercaran dos tíos que si no eran culturistas iban por el buen camino.

—Hola guapa. —me dijeron los dos mientras yo bebía agua de una botella casi congelada.

—Hola. —dije sin mostrarles mucho interés.

—Eres nueva ¿No? Puedo enseñarte cómo va esto, si quieres. —me sonrió de una manera que supongo que, para él, sería sensual.

—Y cuando él te aburra puedo enseñártelo yo, soy más entretenido, guapa. —dijo su acompañante.

La verdad no supe casi poner diferencias entre ellos. Los dos eran morenos, altos, excesivamente musculados y con sonrisa de dentista. Mismo corte de pelo, misma actitud, mismo asco por mi parte.

—No, gracias, ya tengo guía. —intenté sonreír para no parecer demasiado antipática.

—Pues… te ha dejado bastante solita ¿No crees?

—Por ahí viene… —señalé con un leve movimiento de cabeza a Iván.

Se acercaba desde el otro lado del gimnasio con la vista fija en nosotros.

Parecía ir a cámara lenta ¿O solo lo veía yo?

Caminaba firme, decidido, como si únicamente con la mirada pudiera hacer volar a estos dos buitres de mi lado. Él era más alto, mejor definido, no tan artificial como ellos y, desde luego, a ellos les imponía su presencia.

— ¿Pasa algo? —preguntó mirándoles directamente, yo sonreía de manera chulesca.

¡Tenía guardaespaldas! Molaba mucho.

— ¡Ei, Iván! ¿Qué tal estás, colega?

—Bastante mejor de lo que lo estarás tú si te vuelves a acercar con esas intenciones a ella.

—Perdona tío, no sabíamos que iba contigo.

Les arqueó una ceja y enseguida salieron medio corriendo hacia sus respectivas máquinas sin mirar atrás.

—Y ¿A ti qué te pasa, Superman? No soy ninguna damisela en apuros ¿Sabes?

—Lo he hecho porque los conozco y sé de qué van esos dos. Cuanto más lejos estén de ti mejor, créeme.

—Pues si así es como vas a presentarme a tus colegas prefiero que no me presentes a ninguno, machote… —reí y él también.

—Anda ven… —me llevó ante un grupo de cuatro chicos, dos fornidos y otros dos en formación. —Chicos, les presento a Alicia. Estos son David, Samuel, Rubén y Borja.

—Encantada chicos. —les di dos besos a cada uno.

— ¡Así que esta es la famosa Alicia! —dijo Borja e Iván le echó una mirada que bien podría haberlo matado.

Borja era alto, no tanto como mi acompañante, pero casi, moreno, ojos intensamente oscuros, sonrisa preciosa y emanaba simpatía por todos sus poros.

— ¿Soy famosa? —pregunté intrigada.

Todos se rieron.

—Ni caso… es que les conté que ahora vivía acompañado y ya ves… se han montado una película que no veas.

Noté cómo quizás él se sentía un poco avergonzado, pero no quise darle importancia, era normal contarle a tu grupo de amigos qué hay de nuevo en tu vida.

—Ah, bueno… —reí.

—Bueno chicos, nos vamos ya, por cierto ¿Dónde se ha metido Alex?

—Hoy no ha venido por aquí, tampoco coge el móvil, así que creo que aún está en plena discusión con Laila.

—Bah… lo de siempre. En fin, nos vemos chicos.

— ¡Encantada de haberlos conocido!

—Oye, vendrán esta noche ¿No? —dijo Rubén.

Rubén era exactamente igual que Borja, pero un pelín más mayor, supuse que eran hermanos, primos o que algún parentesco tenían en común. Ya haría preguntas más tarde.

—No sé…

— ¡Oh, vamos! No te hagas el loco ahora…

— ¿A dónde? —pregunté yo, porque me sentía más perdida que un pulpo en un garaje.

—Es mi cumpleaños y hemos reservado una sala Vip en el Doblón, obviamente están los dos invitados, pero el soso de tu compañero, no sé por qué, se está resistiendo a venir…

— ¡No seas aguafiestas Iván! Claro que iremos. —le guiñé un ojo a Rubén y miré a Iván después.

Él estaba boquiabierto y le brillaban un poquito los ojos, supuse que no se esperaba que fuera yo quien me apuntase a ir, ni que lo dejara a él por un aguafiestas.

— ¡Genial! ¡Esta chica me gusta! —dijo Rubén y todos reímos.

— ¡Hasta esta noche chicos!

Iván se despidió a medias, aún traspuesto por mi respuesta y nos dirigimos juntos hacia la salida del gimnasio.

—Hoy si tienes ganas de fiesta o ¿Qué pasa contigo?

—Ibas a hacerle un feo a tu amigo y lo he impedido ¿Vale?

—Pues nada… ¡Nos vamos de fiesta! —los dos reímos y empezamos a trotar de vuelta a casa.

Al llegar solamente era la una del mediodía y, después de la merecida ducha que me di y de la que se dio Iván inmediatamente después, nos fuimos al centro a comprarme algo medianamente decente para poder salir esta noche.

Hacía demasiado que no salía de marcha y no tenía absolutamente nada apropiado que ponerme así que, con él a mi lado, nos fuimos de tiendas y, por muy extraño que pueda sonar, él acabó con más modelitos que yo.

Era bastante presumido, mucho más de lo que suelen serlo los demás.

Se compró tres camisas de botones, un pantalón rasgado por las rodillas y unas zapatillas de salir ¡Ah! Y esa pajarita roja que me había hecho tanta gracia y que a él se le había antojado.

Me comentó que la tradición por los cumpleaños de cada uno de ellos era reservar esa sala Vip, alcohol como para parar un tren e ir formalmente vestidos.

Vamos, un pequeño fin de año para cada uno.

Yo tuve que probarme infinidad de vestidos hasta encontrar uno perfecto, o por lo menos tan perfecto como para que a Iván se le abriera la boca de par en par.

Automáticamente ese fue el elegido.

Era rojo, a juego con su pajarita, de licra, ceñido hasta la rodilla y con la espalda totalmente descubierta, tacones negros con una punta bastante discreta, suela roja y un bolsito negro de mano muy cuco que había escogido él mismo.

Me miré al espejo con todo aquello y me sentí renovada.

Dónde había quedado ya esa Alicia que se arreglaba cada vez que se

quitaba el inmundo uniforme de trabajo, ya ni me acordaba.

Nos fuimos a casa después de hacer todas esas compras y de almorzar por ahí. Estábamos exhaustos, sobre todo yo, así que, al llegar a casa, lo primero que haría sería tirarme en la cama.

Tenía que descansar si quería dar la talla esta noche y, hasta el último músculo de mi cuerpo, se resistía a dejarme subir a esos tacones, así que tendría que luchar a capa y espada para poder remolcar mi propio cuerpo hasta la pista de baile.

Y lo haría. Vaya si lo haría.

8
Cumpleaños ¿Feliz?

Quizás fui un poco lenta en arreglarme, pero quería estar despampanante, para mí, que conste en acta.

Había pasado demasiado tiempo sin enfundarme unos tacones y me sentía de maravilla en ellos, viendo mi reflejo en el espejo acompañado de esa sonrisa tan enorme que se me había puesto después de hacerme unos tirabuzones informales a medio peinar.

Comencé a maquillarme al tercer grito de Iván de que ya llegábamos tarde.

Rímel, eyeliner negro, colorete rosa y labios rojo pasión.

Lo hice lo más rápido que pude y, al terminar, volví a mirarme como si acabara de conocerme a mí misma e intentara grabar cada milímetro de mi cuerpo y de mi rostro en la memoria.

Bienvenida, Alicia. Estás de vuelta. Te extrañaba.

Adecenté mi modelito antes de salir del cuarto de baño y, dos minutos más tarde, me dirigí hacia el salón donde Iván estaba esperándome de espaldas.

Qué porte tenía, pensé para mí.

Pantalón oscuro, zapatos negros, camisa de manga larga y botones blanca, tirantes oscuros y supuse que llevaría esa pajarita que conjuntaba de miedo con mi vestido.

Lo miré de arriba abajo más de cuatro veces antes de coger mi bolso.

Me temblaron un poco las piernas sin motivo aparente antes de que carraspeara para llamar su atención.

Se dio la vuelta enseguida y su mundo pareció frenar en el momento en el que se encontró a una chica totalmente diferente a la de esta mañana.

Parecía hasta una persona decente, no digo más.

Su boca se entreabrió un poco, casi no pude verlo, pero lo estaba y no dijo nada.

Nada de nada.

Yo me quedé ahí plantada, mirándolo tal como él me miraba a mí y decidí hablar, o se nos iría la noche en este estado de *stand by*.

—Qué guapo vas… —sonreí tímida y coloqué un mechón de pelo detrás de mi oreja.

¿Qué era esto que sentía? ¿Vergüenza?

Por Dios… ¡Si era Iván!

Ese chico con el que me había pasado horas y horas hablando de todo y de nada a la vez. De las tías con las que se acostaba, de las posturas más estrambóticas que habíamos practicado, de la vida en general.

Él seguía siendo ese chico y yo esa chica. Nada había cambiado.

Entonces… ¿A qué venía esta pausa que estábamos experimentando?

—Estás… ¡Vaya! —rio nervioso. — ¡Voy a ser la envidia de la fiesta!

—He de suponer que eso, en tu idioma, significa que estoy guapa… —arqueé una ceja.

—Estás preciosa, Alicia.

—Lo sé… Sé que es difícil no enamorarse de mí, pero aguanta… —me reí a carcajadas, él no.

—Qué imbécil eres a veces eh…

— ¡Vamos! ¡Era una broma!

—Venga, vámonos antes de que me arrepienta de todo esto.

— ¿Te avergüenzas de mí? ¿No quieres sacarme a la calle?

—No es precisamente eso… —dijo mientras cogía las llaves del coche y se encaminaba hacia la puerta dejándome atrás.

— ¿Entonces qué es? —dije cruzándome de brazos dispuesta a no moverme del sitio hasta que me respondiese.

—Pues que me voy a tener que pasar toda la noche pendiente de ti para que no se te pegue ningún tío plasta… que se te pegarán.

— ¡Vale papá! Si quieres me pongo un saco de fardo y así nos evitamos problemas.

—Yo saldría más tranquilo… —rio.

—Anda y que te den…

Salí hacia el coche sin esperarlo, con la sonrisa aún más grande y con la sensación de que realmente iba tan guapa como me sentía yo por dentro.

Iván salió tras de mí después de dar un resoplido, le dio al botoncito de abrir las puertas y me metí enseguida, igual que él.

—Bueno, quiero que quede claro que tú puedes disfrutar de la fiesta, beber como si no hubiese un mañana y hacer lo que te apetezca ¿De acuerdo? No hace falta que estés toda la noche pegado a mí como una lapa marina espantándome maromos.

—Bueno… ya veremos ya… —dijo no muy convencido.

Puso la radio, a tope, reggaetón del más cochino y nos fuimos.

Condenada música…

Lo peor de todo es que el ritmo que tenía se te iba metiendo por la falda y al final acabábamos moviendo el trasero… Por lo menos yo lo estaba haciendo ahora en el asiento.

Iván me miraba y se reía, cosa que no me importó en absoluto.

Mi cuerpo quería marcha y yo… yo iba a dársela porque, total, el daño ya estaba hecho.

Llegamos a la discoteca veinte minutos después, mi trasero ya estaba más que listo para menearse por la pista y mi mente lo bastante vacía como para no pensar en nada más.

Aparcamos el coche en el parking y nos fuimos directos a la entrada. Iván habló con el portero y le dijo que teníamos reservada la zona Vip. Se conocían, así que nos dejó entrar sin tener que hacer la interminable cola que se habría paso desde la puerta hasta la acera del otro lado de la calle.

—Bien pues… allá vamos. —dijo Iván nervioso.

Quise decirle que se soltara la melena, que yo no iba a ser una molestia en absoluto y que podía ligarse a la chica que le viniera en gana y llevársela a casa si le apetecía, pero la música era ensordecedora y no tuve ocasión de manifestárselo.

El ritmo de la nueva canción de Luis Fonsi y Daddy Yankee se coló por mis oídos sin darme más opción que ponerme a bailar todo el camino hasta la salita donde estaban los chicos.

Iván me había dado la mano que, por cierto, apretaba muy fuerte la mía, e iba un paso por delante de mí. Yo un paso por detrás meneando las caderas sin parar.

Cualquiera que me viera diría que estaba en el momento álgido de mi vida y no en un foso sin ventanas.

Iván y los chicos se saludaron dándose la mano y con un abrazo por cabeza tan efusivo que las palmadas en la espalda que se daban resonaban más que la música del local.

Yo di dos besos a cada uno mientras bailaba, cosa por la que todos me miraban y sonreían.

Por eso o porque me había convertido de la mañana a la noche en una sex simbol y no porque lo dijera yo, que conste, me lo habían dicho ellos, incluido Iván.

— ¡Vamos! Baila un poco, aguafiestas. —le dije en el oído.

—Ya… necesito una copa.

— ¡A mi otra! —le grité y él fue a por ellas sin esperar un segundo más.

Al llegar me la cedió y di un trago tan grande que la mitad del vaso quedó vacía.

—Esta chica me gusta para ti, Iván. —le dijo Borja mientras me miraba.

Dos copas después me acerqué tanto a Iván que el aire dejó de correr entre nosotros.

Él ya había rechazado bailar con unas cuatro chicas, por lo que me vi en la tesitura de tener que bailar yo con él y porque me apetecía, claro.

—Ali… —dijo un poco tenso.

— ¡Vamos, Iván! ¡Suéltate el pelo! —moví las caderas al ritmo de la música.

—Que vamos bebidos y la vamos a liar…

—Qué liar ni qué nada… ¡Baila!

Y sonaba un reggaetón bastante lento y sensual con el que, obligatoriamente, el cuerpo te pedía bailarlo pegado.

Lo hicimos, bailamos bajo la atenta mirada de sus amigos, de sus gritos de ánimo y bajo los claros efectos del alcohol.

No sé por qué se me hacía tan raro ahora, si esto ya lo habíamos hecho un millón de veces.

Habíamos bailado tantas veces y tan pegados que casi nos fundimos en uno, pero ahora era… era diferente.

Supongo, porque yo no era capaz de sentir con claridad, que sería porque él estaba más rarito que de costumbre y porque era la primera vez que salía con sus amigos.

De pronto los chicos comenzaron a gritar y nos sobresaltaron. Nos separamos a la vez que alguien se acercaba corriendo hasta nuestra zona

— ¡Serás cabrón! ¡Ven aquí si te atreves! ¡Vamos ven! —su voz.

—No me jodas, lo que me faltaba.

—¡Eres un jodido buitre de carroña! —volvió a gritar.

Yo miré a Iván desconcertada.

— ¿Me ha llamado buitre? —me preguntó Iván muy tranquilo.

— ¡Y a mí carroña! —dije cabreada.

—Bueno… pues vamos. —volvió a decir muy tranquilamente.

Se recogió las mangas de la camisa, me dio un beso en la mejilla y se lanzó a por él.

Se dieron puñetazos de todos los colores, hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, Iván lo cogió por el cuello y las puntas de los zapatos de Jorge dejaron de tocar el suelo.

La música se paró, la gente se separó de ellos y yo di el grito más sonoro

que había dado en toda mi vida.

— ¡¡Basta ya!! —Iván me miró aun sosteniendo a Jorge por el cuello.

Me aferraba a la barra que nos separaba del resto de la gente y lo miré tan fijamente que noté cómo con mi mirada lo traspasaba por completo.

Lo soltó sin más, se sacudió las palmas de las manos y se acercó a él, que ahora estaba sentado en el suelo lamiéndose las heridas.

—Si vuelves siquiera a dirigirnos la palabra no vuelves a ver la luz del día. ¿Entendido?

—No voy a dejar que me la robes… —dijo entre dientes.

— ¡Yo no te la he robado, tú la humillaste y la perdiste, gilipollas! —gritó lleno de rabia.

Se levantó, se pasó la mano por el labio, donde tenía un poco de sangre y fue a por mí.

— ¿Estás bien? No tenías que haberle… —le dije sosteniéndole el rostro con mis dos manos.

—Para, no te preocupes, estoy bien. —sonrió triste y retiró mis manos. —Y sí tenía que hacerlo. Ahora necesito una copa. —se dio la vuelta y se fue sin más.

Echaron a Jorge del local, a Iván no porque conocía al dueño con el que habló inmediatamente después de la pelea.

La música volvió a sonar, aunque mi cuerpo se había quedado totalmente en pausa.

—Tranquila, Alicia. Aunque no lo creas, estas cosas suelen pasar ¿Era tu ex? —me preguntó David.

Tenía una mirada tan dulce que consiguió calmarme al momento. Era pelirrojo, ojos color miel, en proceso de sacar todos esos músculos de los que presumían sus amigos.

—Sí… Vaya cortada de rollo más grande… Me quiero ir a casa, creo que cogeré un taxi, les he estropeado el cumpleaños y me siento fatal…

— ¡Oye! ¿Cómo que lo has estropeado? Fiesta, bebida, buena compañía, espectáculo… ¡Es el mejor cumpleaños de mi vida! —se carcajeó Rubén.

Me hicieron sentir mucho más tranquila, la verdad. Yo era la nueva y el primer día que aparecía por aquí la liaban parda por mi culpa…

Iván no aparecía por ningún lado, cosa que comenzó a preocuparme. Sabía que habían echado a Jorge, pero… siempre podía salir él a buscarle.

— ¿Sabes dónde ha ido Iván?

—Tranquila, seguramente habrá ido a calmarse, estará aquí enseguida. —me dijo David sonriendo tranquilamente, cosa que me infundió bastante confianza.

Me cedió mi copa de nuevo y me la terminé de un trago.
Anestesia, necesitaba anestesia.
Y a Iván… ahora también lo necesitaba a él.

9
Si te vas, yo también me voy

Él volvió, no pronto, pero lo hizo. Llevaba un par de copas más de las que tenía encima cuando lo vi irse entre la gente y estaba mucho más relajado, que digo mucho, muchísimo.

Se reía sin impedimentos, bailaba como si no hubiera un mañana y le daba palmaditas a los chicos mientras éstos se las devolvían a él.

Llevaba la camisa desfajada, las mangas aún remangadas y tenía la comisura del labio rajada por uno de los puñetazos de Jorge, supuse que le daría igual, porque no se le veía nada preocupado por ello.

No supe si acercarme a él, bastante me había salvado ya el pellejo como para ir a agobiarlo sin sentido.

Por suerte, él fue quien se acercó a mí.

Apestaba a alcohol desde kilómetro y medio.

— ¿Estás bien? —le pregunté casi sin gesticular.

—Mejor que nunca. Le tenía ganas… —rio.

—Ya… no ha tenido que tentarte mucho para que le saltaras al cuello… —él se carcajeó, yo no.

—Tiene un buen derechazo, tengo que reconocerlo. —dijo a la vez que se tocaba el labio. —Pero sigue siendo un blandengue.

—Oye… ¿Te importa si me voy a casa? O sea… a tu casa.

Le cambió la cara al momento, su sonrisa chulesca desapareció y su mirada cayó al suelo.

— ¿Es por mí?

—Es porque me ha descolocado todo esto. Quédate tú con tus amigos, no creo que yo sea una gran compañía ahora mismo.

—Alicia si te quieres ir me iré contigo.

—No puedes. Es el cumpleaños de tu amigo y tienes el deber de amanecer en una churrería, así que no te preocupes por mí, además… esa de ahí —señalé a una morena que estaba embelesada mirándolo y que le importaba un comino que estuviera yo al lado. —te mira con deseo…

—Creo que paso… —dijo después de mirarla.

—Estás muy raro… ¿Lo sabes?

—Sí… algo me he notado ya…

—Pues vuelve a ser tú, por favor. —asintió cabizbajo.

—Quédate. —me miró fijamente y yo no pude apartarle la mirada.

—Está bien. Pero no estoy yo muy…

— ¡Anda ya! Si eres el alma de la fiesta.

Todos se echaron a reír y esta vez yo reí también.

Se nos hizo tarde, o temprano, según se mire.

El Sol ya estaba en alza y nosotros nos disponíamos a coger el coche para volver a casa de Iván.

Al final, quitando ese incidente desastroso de lucha libre en directo, nos lo habíamos pasado fenomenal.

Bailamos bachata, salsa, bailé con Iván, con Rubén, con David y me tomé un par de copas más de las que ya tenía encima, que no eran ni la sombra de lo que habían bebido ellos.

Madre mía… lo de que los peces beben y beben y vuelven a beber se lo habían tomado a pecho.

Llegamos a casa treinta y cinco minutos más tarde porque Iván conducía como una abuelita de ochenta años, aún le duraba la cogorza.

—Estoy destrozada… —dije quitándome los tacones y tirándome boca arriba en la cama.

—Ya te digo… no hay quién te siga el ritmo nena… —se rio a duras penas, se dejó caer a mi lado y entró en un coma mental profundo.

—Iván… ¡Iván! —nadie respondió.

Lo miré con ternura y sonreí sin remedio.

Me levanté a duras penas, le quité los zapatos e intenté quitarle los pantalones.

—Vamos… ayúdame un poco… —pero él ni se inmutó.

Al final, después de infinidad de tirones y de casi caerme al suelo en el intento, logré desvestirlo.

Lo tapé con las mantas y se acurrucó como un bebé entre las sábanas.

Yo no hice ni amago de desmaquillarme, me quité el vestido, lo dejé en el suelo y me puse el pijama.

Me acosté a su lado y lo abracé con cariño.

Siguió sin inmutarse, no era para menos, pero yo me sentí a gusto a su lado. Me reconfortó tener a alguien que me defendía contra viento, marea y capullos.

No me costó prácticamente nada quedarme dormida, a su lado todo

parecía ser más sencillo, aunque él no fuera consciente de ello.

Con amigos así era mucho más fácil salir del foso.

Él era mi ventana con vistas al mar.

Por desgracia, yo y mi magnífica mente, nos olvidamos de correr las cortinas antes de acostarnos y la luz del día me molestaba demasiado como para conciliar el sueño por mucho más tiempo, así que me levanté con un grado de malhumor gigantesco y las cerré de golpe. Miré a Iván y volví a sonreír, ni siquiera se había movido más de un centímetro de su posición.

No quise molestarlo, necesitaba descansar después de la fiesta, así que me fui al salón.

Me puse un vaso de zumo de melocotón, me lo tomé de dos tragos y me recosté en el sofá a la vez que me tapaba con una manta polar.

No tardé en quedarme dormida, allí sí que estaban echadas las cortinas y la oscuridad me ayudó a dejarme llevar, yo también necesitaba descansar.

Demasiada actividad muscular por un hoy.

Cuando ya estaba llegando al quinto sueño, que era mucho más pacífico, envolvente y clarificador que los otros cuatro que había experimentado, noté un cosquilleo en la espalda.

Me removí en la nube en la que se había convertido el sofá con el paso de las horas, pero ese cosquilleo persistía.

—Mmm… —gruñí sin abrir los ojos aún.

—Buenos días, bella durmiente… —dijo con una voz tan suave que actuaba como un somnífero en mí.

—Mmm… —sentí un beso en la frente y me encogí automáticamente.

—Vamos, Ali. Son las cuatro de la tarde…

—No me mires… tengo que estar horrible… —dije a la vez que ponía mi mano en su cara y lo obligaba a mirar hacia otro lado.

—Eres un adorable oso panda… —rio suave.

—Que no me mires…

Abrí los ojos y estaba ahí, delante de mí, acuclillado, mirándome con esos ojos brillantes y esa sonrisa tan tierna.

— ¿Por qué te has venido al sofá?

—Pues porque no quería molestarte, aunque creo que llega a haber un terremoto y tú hubieras seguido durmiendo sin inmutarte.

—Tú no molestas, Alicia.

—Pues que sepas que tengo la espalda destrozada… este sofá es una caja de tortura.

—Ve a darte una ducha, usa el hidromasaje y más tarde nos vamos a comer por ahí ¿Te parece?

—Me mimas demasiado… ¿Qué tal tú? Tu labio… —puse mi mano en su cara y con mi pulgar le acaricié la mejilla.

—Estoy bien… tranquila.

—No debiste hacerlo.

—Se lo merecía y no voy a consentir que ni él ni nadie te haga daño. —se enserió de repente.

—Pues llegas algo tarde cariño. —sonreí triste. —Me siento como un espejo al que han tirado al suelo y se ha hecho añicos ¿Sabes? No sé ni por dónde empezar a recomponerme… Tardaría menos pasando el recogedor y tirándome a la basura.

—Pues pedacito a pedacito, nena. Pedacito a pedacito. —me besó en la frente.

—No lo tengo yo tan claro. Estas cosas… marcan. —miré al suelo.

—Claro que marcan, Ali. Todo lo importante marca, tanto lo malo como lo bueno.

—Supongo…

—Vete a la ducha si no quieres que acabe metiéndote yo, no voy a dejar que te quedes aquí compadeciéndote de ti misma y pensando en ese imbécil.

—Está bien… iré.

Me levanté a regañadientes y me fui directa a la ducha mientras Iván se sentaba en el sofá donde yo había dormido y me seguía con la mirada.

Podía sentir esos ojos clavados en mi espalda, intensos, firmes y brillantes acompañándome hasta el cuarto de baño.

Me metí en la ducha después de dejar en el suelo la poca ropa que llevaba encima.

Los chorros de la columna de hidromasaje golpeaban sin descanso mi piel, mi espalda fue recomponiéndose y yo me sentí infinitamente más relajada hasta que comencé a pensar en Jorge.

¿Por qué le molestaba tanto que estuviese con Iván? Sólo era un amigo y, además, él había sido quien me había engañado a traición, quien había jugado conmigo sin preocuparle lo que sentía yo, sin pensar en lo que sufriría al saberlo.

Lo maldije para mi adentro, lo maldije bien, con todas mis fuerzas, lo maldije de todas las formas en las que mi mente supo hacerlo y ninguna lágrima salió de mis ojos. Ninguna.

Supongo que él tenía razón, yo no era normal, no tenía la forma convencional de desahogarme y, aunque quisiera, no iba a llorar hasta vaciar la rabia que llevaba dentro.

No iba a llorar por Jorge.

10
Llamadas que es mejor no contestar

Las horas pasaban y no sabía exactamente si me pesaban más o menos. Sentimientos encontrados supongo que era la mejor manera de describir lo que pasaba en mi interior. Sobre todo, después de descolgar el teléfono y hablar con mi madre. Que bien merecía un Óscar a la mejor actriz revelación.

— ¡Hija de mi vida! ¡Pero qué va a decir la gente! Viviendo con un chico que no te es nada… ¡Dónde se habrá visto eso! Vas a conseguir que me dé un infarto de tantos disgustos, por Dios…

—Qué antigua eres, madre. Además, ya llevamos un mes viviendo juntos, lo que tengan que decir, ya lo habrán dicho.

—No te hagas la graciosa, Alicia. No te lo hagas que sabes que me pones de los nervios.

— ¡Mamá! Es mi amigo, ya te había hablado de él… o no. Lo importante es que me ha acogido en su casa sin pedir nada a cambio, que me está tratando como una reina y que me hace bien tener compañía que no sea histerismo puro. Y sí, antes de que me hagas la pregunta mágica, sí, lo digo por ti.

— ¡Muy bien! Pues haz lo que tú creas conveniente. Yo ya no digo nada más.

—Ojalá fuera cierto… —puse los ojos en blanco mientras Iván me miraba intrigado.

—Es que… es que…

—Es que nada, mamá. Estoy bien, es lo que importa ¿Vale? Mañana intentaré recuperar mi antiguo trabajo y volveré a ser una persona de provecho.

— ¡Bueno! Por lo menos una frase coherente por tu parte.

—Si vamos a meternos en el tema de las coherencias la llevamos clara, mamá.

—Si es que una ya no puede ni dar su opinión…

—Pero es que lo tuyo no son opiniones, son exigencias, mamá.

—Está bien. Cerraré el pico ¿Dónde estás?

—Pues en la puerta de un restaurante, Iván me invita a almorzar o más bien… cenar temprano. Él te gustaría, mamá. Me cuida mucho, se preocupa por mí. Te caería bien, en serio. —dije con la voz más dulce que me escuchaba a mí misma en varias semanas.

—Seguro que sí. Si se te pone esa voz hablando de él…

— ¿Qué voz? ¿Qué dices? Deja de desvariar. —dije un poco alterada.

—Soy tu madre, te guste o no y sé perfectamente cuándo te pones nerviosa y ahora mismo… lo estás. ¿Te gusta? ¿Es eso?

—Mamá, por Dios… Tengo que dejarte ¿De acuerdo? Te llamaré cuando llegue a casa y hablaremos más tranquilas. Estaba pensando en darme un salto y verte…

—Me harías muy feliz.

—Te quiero ¿Vale?

—Y yo, Ali. Y yo.

Colgamos y yo me quedé con una sensación extraña. Como si los nervios, la vergüenza, las dudas y un extraño sentimiento cálido se hubieran mezclado en una batidora y yo me hubiera bebido hasta la última gota de ese brebaje.

Iván me esperaba tres escalones más arriba y yo lo miraba con cierta extrañeza.

¿Cómo iba a gustarme Iván? ¡Era Iván!

Mi madre estaba loca.

— ¿Qué te ha dicho?

—Pues lo mismo de siempre, se ha hecho la antigua de una manera que hubieras alucinado escuchándola…

—No le gusta que vivas conmigo, es eso ¿No?

—Sí, no sé qué espíritu de vieja del visillo la ha poseído.

—Dile que no voy a aprovecharme sexualmente de ti, ni nada por el estilo…

— ¡Faltaría más! —los dos reímos y entramos en el restaurante.

—Elige mesa, prisionera mía. —rio.

—Pues… ¿Me odiarías si te digo que preferiría comer en tu casa?

—Después de la conversación tan dulce que has tenido con tu madre no podría negarte nada… —se carcajeó. —Pedimos para llevar ¿Te parece?

—Y que mi madre dude de ti… —me pasó el brazo por encima de los hombros y me dio un beso en la cabeza.

Pedimos pescado a la plancha, papas arrugadas, una ración de queso ahumado para llevar y de postre se nos antojó un tiramisú para dos.

Comenzó a sonar mi móvil sin descanso otra vez, no sería mi madre, o eso esperaba, así que lo saqué del bolsillo y vi que era un número que no

conocía de nada.

Descolgué y contesté dudosa.

— ¿Diga?

—Alicia… —dijo con la voz entrecortada.

—Sí.

—Soy yo, soy… soy yo.

Lo reconocí a duras penas. Su voz era temblorosa, pausada y un tanto extraña. Por dentro me invadió la rabia y el desconcierto a partes iguales.

— ¿Jorge?

Iván se sobresaltó enseguida y sus ojos casi se inyectaron en sangre.

—Escúchame ¿Vale? Tú solo escúchame.

—No quiero hablar contigo.

—Únicamente te pido que me escuches, dame un minuto.

—Alicia dame el teléfono. —dijo Iván con un tono que haría temblar a cualquiera.

— ¿Está contigo? Claro que lo está… Cuando estés sola, por favor, dame un toque. Necesito hablar contigo, por favor, necesito hablarte. —colgó.

Yo me quité el móvil del oído y lo miré sin saber muy bien qué miraba.

No sabía a qué había venido eso, no sabía de qué demonios quería hablar y mucho menos conmigo.

¿Para qué? ¿Se había arrepentido de haberse liado con esa bruja? ¿Quería pedirme perdón? ¿Tenía celos de Iván?

Demasiadas preguntas sin respuestas, demasiadas llamadas telefónicas por hoy.

—Ese tío no se cansa de dar el coñazo ¿No?

—Tenía la voz rara, como si estuviese borracho, pero supiese lo que estaba diciendo. No sé explicarme.

—Y ¿Qué te ha dicho? Si se puede saber.

—Pues… que quería hablar conmigo, que lo avisara cuando tú no estuvieras cerca.

—No voy a interponerme si quieres hablar con él, Alicia. Solo quiero que tengas presente que ese tío te engañó, te utilizó y se rio de ti en tu cara.

—No he dicho que quiera hablar con él y gracias por recordármelo.

Lo miré enfadada y salí del restaurante a toda prisa.

Sentí ahogo. Como si me hubieran cogido por el cuello y no me dejasen respirar.

Miré alrededor y vi gente, mucha gente. Caminaban con un rumbo fijo, acompañados, solos, no importaba. Lo único que parecía importar realmente es que yo estaba a punto de perder la poca cordura que se aferraba con uñas y

dientes a mi persona.

No merecía tanto daño, tanto ensañamiento por su parte.

Jugó conmigo como le vino en gana y Dios sabe durante cuánto tiempo, así que ¿A qué venía todo esto?

Se lo puse fácil, me fui de su vida tan rápido como seguramente él quiso echarme de ella.

Solo pedía paz, un poco de paz y, como segunda opción, una pala y un terreno llano donde enterrar su cadáver.

— ¡Alicia! —gritó Iván con las bolsas de la cena en las manos.

—Necesitaba aire.

—Siento haberte echado en cara lo que te hizo, yo…

—Tranquilo. Sé que tú quieres lo mejor para mí.

Me abrazó al verme al borde del colapso y yo agradecí hundirme en su pecho.

Su corazón bombeaba tan rápido que contagió al mío enseguida, su calor directamente invadió mi cuerpo y casi toda la rabia que fluía en mi interior se desvaneció.

Solo quedó un rinconcito de esa rabia, un rinconcito que llevaba su nombre.

Maldito Jorge.

11
Reencuentros

Contra todo pronóstico la noche se volvió, casi sin darnos cuenta, en más amena de lo que había sido unas horas antes.

Cenamos entre risas, sentados en la alfombra del salón, nos contamos mil idioteces y nos fuimos a dormir bien entrada la madrugada.

Sus amigos lo habían llamado para ver si aún estaba entero y para soltarle algún que otro comentario obsceno de sus noches de pasión con cualquier tía.

En un grupito de tíos solteros es lo que pasa, que se lo cuentan todo con pelos y señales, así que yo también me enteré de los pelos que tenía cada una de sus acompañantes nocturnas, de las posturas que hizo cada uno y del trío que formó uno de ellos, del cual me ahorraré el nombre.

Ninguno tenía novia, incluido Iván, ninguno tenía nada serio, ni siquiera un rollo de más de una noche y tampoco se planteaban tenerlo.

Podían tener a la chica que quisieran, incluso algún chico también se uniría sin pensarlo.

Eran guapos, simpatiquísimos, tenían cuerpos de infarto y, estoy segura, de que se sabrían el Kamasutra de pe a pa.

—Iván… ¿Estás dormido?

—Mmm…

—No quiero ir a hablar con Ernesto mañana… —dije a media voz.

Únicamente necesitaba decirlo en voz alta, ni siquiera pretendía que me escuchase y mucho menos que me contestase, solamente necesitaba escupir ese pensamiento que me roía la mente desde que dije a plena voz que iría a pedirle mi antiguo empleo.

—Déjate de rollos, Alicia.

—Ah… estabas despierto.

—A ver… cabeza pensante… ¿Qué te pasa? —me preguntó girándose hacia el lado de la cama en el que estaba yo.

Los dos estábamos apoyados en cada una de nuestras respectivas almohadas y nos mirábamos fijamente en la oscuridad de aquella habitación

que, con su mirada, se iba haciendo más pequeña si cabía.

—Pues que no quiero volver a aguantar su voz, sus impertinencias, no quiero volver a ese zulo, Iván.

—Pero es temporal, Ali. Simplemente para salir del paso. Para volver a tener una base en tu vida.

—Lo sé… sé que sería lo más lógico, pero no quiero. Mi cuerpo se niega a ir y mi cabeza… puf, si te digo lo que se me pasa por la cabeza…

—Además, trabajarías conmigo ¿Sabes lo bien que nos lo pasaríamos allí de nuevo? ¿Sabes lo rápido que se me pasarían las horas si volvieras tú?

—Sí… claro que sé lo bien que trabajaba contigo… no creas que no me acuerdo.

— ¿Cuál es el problema entonces?

—Los pasos atrás me minan la moral.

—Pero no es un paso atrás para quedarte, es un paso atrás para impulsarte.

—Supongo… así podría buscarme un apartamento y dejar de darte el coñazo. No creas que no me siento incómoda sabiendo que ocupo tu zona de… ya sabes.

—No quiero que te vayas, Alicia. No te animo a que vuelvas al trabajo para que te marches.

—Dime que todo esto no es raro.

— ¿A qué te refieres?

—Pues… a esto. A nosotros. Dormimos en la misma cama, me medio mantienes, soy un obstáculo para que tú puedas tirarte a la tía que se te venga en gana cuando te apetezca. ¡Pero si hacemos vida de pareja sin sexo!

—Eso puede arreglarse.

—Sí, buscándome un piso y dejándote que vuelvas a la normalidad.

—No me refería a eso precisamente… —sonrió a medio lado.

Y me llamarán imbécil si lo cuento, pero no cogí la indirecta.

—Prometo irme en cuanto encuentre algo y pueda pagarlo, de verdad, odio sentir que soy una carga.

—Y nada… que escucha y entiende lo que le da la gana a la señorita. —se dio la vuelta en la cama y me dio la espalda.

— ¿Por qué?

—Duérmete, Alicia. Mañana quizás lo veas de otra manera, o no. No sé. —dijo molesto.

No dije nada más. No sabía por qué se había molestado, por qué me había dejado con esta sensación agridulce en la boca ni por qué le daba yo tanta importancia.

En el fondo tenía razón, mañana sería otro día y quizás, solo quizás,

lograra verlo desde otro punto de vista.

Repetí la acción que había hecho él hace unos minutos y me di la vuelta dándole la espalda a su espalda. Cerré los ojos e intenté no pensar en nada, cosa difícil para mí cuando el imbécil de mi ex no paraba de rebotar en mi cabeza, él y esa rubia oxigenada por la que me había cambiado.

Al despertar Iván ya no estaba en la cama y su lado estaba bastante frío como para que se hubiera levantado hace poco.

Me levanté sin pensarlo un segundo más, cogí un vaquero pitillo rasgado por las rodillas, un body negro de tirantes, las "All Star" blancas y me dirigí al cuarto de baño.

Necesitaba una ducha.

Fui rápida, quizás demasiado, pero no quería que me atropellaran todos esos pensamientos que me habían estado dando el coñazo toda la noche.

Pasé levemente por chapa y pintura, muy sutil, tampoco iba a ir a hablar con Ernesto pareciendo una puerta recién pintada.

Sí, iba a hablar con él. Necesitaba dinero, distracción y una casa para dejar de sentirme una intrusa.

Sentía que si seguía aquí por mucho más tiempo mi relación con Iván acabaría por resentirse y no quería eso, ni de lejos lo quería.

Pinté mis labios con un rojo mate y retoqué mi pelo liso para que no estuviera tan alocado.

Fui hacia el salón para ver si Iván estaba allí y no lo encontré, así que fui a la cocina porque desprendía un maravilloso olor a café y supuse que él sería el culpable.

—Buenos días.

Se dio la vuelta y sus ojos se abrieron sutilmente un poco más de lo normal.

—Muy buenos. —sonrió.

Llevaba el uniforme de trabajo que tanto había aborrecido yo con los años.

Un pantalón de trabajo gris con las solapas de los bolsillos azules y ese polo a juego, azul marino, con el logo de la empresa detrás, *Muebles Sevilla*.

¡Cuántas mesas de noche, cómodas, armarios y colchones había cargado en todos los años que estuve en ese zulo!

Había perdido fortaleza muscular desde que salí de allí, pero había ganado en salud, sobre todo, la que había salido ganando había sido mi espalda.

—Oye…

—Escucha… perdona por lo de anoche ¿Vale? Tienes razón, no tienes por qué volver allí, puedes esperar a que salga otra cosa. No quiero que te sientas

obligada a irte, yo no quiero que te vayas.

—Pero reconoce que entorpezco tu modo de vida, Iván.

—Me alegra los días tenerte aquí ¿Tu cabeza entiende eso? —asentí. —Me importa un carajo traerme a tías aquí o no traerlas, quítate eso de la cabeza.

—Pero…

—Uf… tú y tus peros… —puso los ojos en blanco.

—Ya, ya… Pero ¿No crees que será demasiado trabajar juntos y vivir juntos?

— ¿Vas a cansarte de mí Alicia? —hizo amago de reírse.

—Puede que tú te canses de mí y que tengas que echarme a patadas de aquí… —se carcajeó y yo sonreí.

—No seas tonta. —me abrazó.

—No quiero que cambie esto que tenemos, es solo eso. Me gusta tenerte y no quisiera que acabásemos lanzándonos cosas a la cabeza.

Él resopló, pero no contestó durante unos minutos.

—Bueno, tengo que irme a trabajar.

—Te sigo. —se asombró.

—No sabes la alegría que me das, en serio. Aquello es un infierno sin tus bromas.

—Bueno… primero hay que ver qué dice el jefazo, luego lo celebramos si es que me quedan ganas…

Cogimos cada uno nuestro respectivo coche y nos fuimos camino de aquel almacén en el que había pasado cinco años de mi vida, tres de ellos con Iván.

Llegamos veinte minutos después, aparqué en el parking para clientes porque, hasta que, con suerte, firmase mi nuevo contrato, yo era una simple clienta.

Iván tuvo que dejar su Camaro dos calles más allá, a los empleados no se les permitía usurpar el parking para clientes, ya ves tú, qué cosas.

Entramos juntos, él me infundía esa fuerza de voluntad que a mí me faltaba. Nos separamos al entrar por la puerta.

A él le esperaban siete horas de duro trabajo y a mí una conversación que me dolería más que cargar tres somieres juntos.

—Buenos días Margarita ¿Está Ernesto por aquí? —le pregunté a la secretaria.

— ¡Alicia! ¡Qué alegría verte! Ven acá y dame un abrazo. —se quitó sus gafas de cerca y salió de su cubículo para achucharme.

Era una de esas personas que desprenden amor y cariño por todos sus poros. Como una madre nos cuidaba a todos.

—Yo también me alegro mucho de verte ¿Cómo va la cosa por aquí?

—Pues bien, para qué quejarse. Todo sigue como siempre. Mucho movimiento ahora que hemos agrandado el local, pero seguimos bien. Y tú ¿Qué haces con tu vida?

—Pues mira… aquí vengo a hablar con Ernesto a ver si me deja volver a casa por carnaval. —reí nerviosa.

— ¿De verdad? ¡Ay! Con lo que te he echado de menos por aquí, eras la alegría de la huerta, Alicia, y ahora… esto está tan aburrido sin ti… Voy a llamarlo enseguida.

Me agradó tanto saber que me echaba de menos como tan poco saber que Ernesto sí que estaba aquí.

En el fondo esperaba que anduviera por cualquier otra parte y poder darle a Iván una excusa creíble por la que no había podido hablar con él, pero no. La suerte estaba en mi contra, o a mi favor, dependiendo del prisma, claro.

—Puf, qué nervios más tontos. —le dije a Margarita en voz baja.

—Sí, Ernesto. —dijo al pinganillo que tenía por teléfono. —Está aquí Alicia. Quería hablar un segundito contigo, si puede ser… Muy bien, se lo digo. —colgó y me miró con una gran sonrisa. —Ya baja, cariño.

—Bueno… está a punto de darme un ictus, pero vale.

—Tranquila, seguro que te recibe con los brazos abiertos.

—Ya… eso no es que me deje muy tranquila.

—Señorita Alicia González ¿Cómo usted por aquí? —dijo con tono autoritario mientras descendía por las escaleras.

—Buenos días, Ernesto. Quería hablar contigo, si es posible, en la oficina.

—Claro, sube, ¿Café? —preguntó mientras volvía a subir y yo me encaminaba detrás de él.

—No, gracias.

Entramos en su oficina. Era impersonal, como poco. Una mesa, dos sillas, una estantería con los catálogos de la tienda y poco más.

Me senté después que él y respiré profundo.

Miré atentamente ese poco pelo que le quedaba, supongo que era por el estrés al que estaba sometido, no era tan mayor. Su sonrisa siempre me había parecido de lo más agradable, claro está, hasta que me harté de verla. Sus ojos eran tímidos y, cuando necesitaba hablar de algo importante con él, apenas me miraba a la cara. Supongo que yo le imponía o que simplemente era así de tímido, aunque intentaba aparentar que era un tío sin sentimientos, que todo le importaba un carajo. Eso sí, cuando se cabreaba era mejor no estar cerca. Tenía un pronto muy complicado, supongo que por eso no congeniábamos del todo, porque yo también tenía ese pronto.

—Bueno ¿A qué se debe tu visita después de tanto?

—Pues quería saber si sería posible recuperar mi antiguo trabajo. Sé que es un poco inusual mi pregunta dado que, cuando me fui, no lo hice de la mejor manera posible, pero estaba en un mal momento y ahora… necesito un empleo. —le dije de corrido, como si lo llevara apuntado en un papel y lo hubiera leído tantas veces que me lo había aprendido de memoria.

—Pues, respecto a cómo te fuiste, no, no fue muy agradable y siento decirte que no voy a darte tu antiguo puesto de trabajo aquí.

—Ah… —me sentí avergonzada y vi cómo la poca dignidad que me quedaba se desvanecía sobre la horrible mesa del imbécil de mi antiguo jefe.

—Tenemos el almacén completo, recientemente hemos contratado a dos personas más para cubrir el volumen de trabajo que ahora tenemos y, de momento, no nos hace falta nadie más.

—Bueno, no pasa nada, si en algún momento te hace falta personal, avísame, sabes que, hasta el día que me fui, cumplía con creces con mi trabajo. —y mi dignidad salió por la ventana.

—Eras una de las mejores empleadas que tenía, Alicia. Hasta que el demonio se te salió de dentro y me mandaste a donde tú sabes. —rio a carcajadas, yo también, pero con cierto reparo.

—Sí… bueno. —me eché la mano a la cabeza. —Siento todo eso.

—Tienes un carácter fuerte y eso me gusta. Te ofrezco algo. —se recostó en su silla y se cruzó de brazos. —Necesito una persona para la oficina, te encargarías de las reclamaciones y de los pedidos. Para ese puesto necesito a una persona como tú, con carácter, que ponga en su sitio a los cafres de los proveedores.

—No sé yo, Ernesto… nunca he trabajado en oficina, lo mío es trabajo de campo…

—Es mi oferta, Alicia. Lo harías bien, lo único es que trabajaríamos codo con codo y tendríamos que llevarnos lo mejor posible ¿Qué me dices? ¿Te subes al barco? —me tendió la mano.

—Me arrepentiré de esto… —alargué mi mano y nos dimos un fuerte apretón.

—Bienvenida de nuevo. Empezarías el lunes que viene. Tengo que hacer unos arreglos por aquí para acomodar tu puesto de trabajo ¿De acuerdo? Así empiezas a principios de marzo.

—Perfecto. —sonreí un poco más.

Aún tenía que ir a ver a mi madre y asimilar que tenía que volver a la rutina y todo eso llevaba un tiempo… tiempo que, aunque me pareciera lo más desconcertante del mundo, Ernesto me ofrecía.

—Hasta entonces, Alicia.

—Muchas gracias, Ernesto, de verdad. —dije sonriente.

Me levanté y bajé las escaleras un poco más aliviada. Había ido mejor de lo que me esperaba, tenía un nuevo puesto donde no iba a romperme la espalda a diario y donde podría desahogar mi rabia por teléfono.

¿La única pega? Que no sabía si iba a poder trabajar codo a codo con Ernesto.

Eso estaba por ver.

12
Celebrando mi vuelta

Salí de la tienda con una sensación de alivio y ahogo a la vez. Alivio porque pensé que Ernesto me diría de todo menos bonita, que pondría el grito en el cielo al verme y que me echaría con dos patadas en el trasero.

Ahogo porque me estaba metiendo en un berenjenal y lo sabía. Veía ahí enfrente la boca del lobo y me tiraba dentro de ella de cabeza.

Pero no era momento para lamentaciones, para arrepentimientos y mucho menos para las malas caras.

Iván se había empeñado en salir a celebrarlo a un pequeño local que abría a diario donde nos podíamos tomar unas copas, picar algo y pasarlo bien. También había llamado a sus amigos para amenizar la noche y, la verdad, lo estábamos pasando de miedo.

—Y bueno, Alicia, así que vuelves por todo lo alto ¿No?

—Sí… eso parece. Aunque creo que mi jefe y yo acabaremos luchando a vida o muerte con las grapadoras o lo que tengamos más a mano… —todos se rieron.

—Después de verte golpear el saco de boxeo… yo apostaría por ti. —dijo David con su carita de muñeco de porcelana.

El móvil de Iván comenzó a sonar, él se lo sacó del bolsillo, miró el identificador, silenció la llamada y se lo volvió a guardar.

Todos lo miramos extrañados, incluso la conversación se detuvo en ese instante para mirar atentamente lo que hacía él.

— ¿No lo coges? —pregunté yo, un poco más cotilla que el resto.

—No es importante.

— ¿Cómo lo sabes si no has respondido?

—Por cierto… Carla me ha estado preguntando por ti. —dijo Rubén. — ¿Era ella?

Me sentía perdida ¿Quién era Carla? Iván nunca la había nombrado en mi presencia.

—Sí… sí. Bueno y ¿Qué vamos a hacer el fin de semana? —dijo Iván

cambiando de tema radicalmente.

Los chicos se miraron entre ellos mientras yo solamente lo miraba a él.

¿Por qué escurría el bulto? ¿Qué intentaba ocultarnos?

—Se te ha visto el plumero nene. —le dije yo sin pensarlo.

Él me miró sorprendido y los demás rompieron a reír. Había dado en el clavo.

—Qué plumero ni qué ocho cuartos…

— ¿Quién es Carla y por qué no he oído hablar de ella en mi vida? —pregunté sin más.

¿Le estaba dando más importancia de la que realmente tenía? ¿Por qué me sentía tan molesta por no haber sabido de ella antes? ¿Tendría yo algún plumero oculto?

—Carla es… es una amiga.

—Una amiga íntima. —dijo Rubén y todos lo miramos, Iván más intensamente. —A las cosas por su nombre. —levantó las manos a modo de declaración de inocencia.

Iván resopló y Borja siguió con la frase.

—Carla es una chica que conocimos hará… no sé, unos ¿Tres meses? Se lio con Iván y tonteaban hasta no hace mucho. Por lo que se ve, Iván dejó de seguirle el juego, no le coge el teléfono y ahora nos llama a nosotros para ver qué ha pasado. Fin de la historia.

— ¿Podemos hablar de otra cosa por favor? —dijo visiblemente incómodo.

—Y ¿Por qué no me has chivado nada? Ni que no tuviéramos confianza para eso, Iván. —dije molesta.

—Pues porque no es importante, no es nadie y punto.

—Bueno… tampoco era importante el día en el que te hicieron la bicicleta en la cama y me llamaste eufórico a las cuatro de la mañana ¿Sabes?

Todos los chicos se reían a carcajadas mientras él y yo nos mirábamos fijamente sin apenas gesticular.

Le volvió a sonar el móvil y, por su cara, supuse que era ella otra vez.

—Joder… —dijo malhumorado.

— ¿Es una molestia? ¿Quieres que te la quite de encima? —dije decidida con el ceño fruncido.

— ¡Por favor! —me cedió el móvil y yo respondí automáticamente.

— ¡Hola! ¿Quién eres? —dije con un tono de voz más alegre de lo que realmente estaba. — Lo único que tienes que saber sobre mí es que Iván está conmigo cariño y te agradecería que dejaras de incordiar… Bueno, reina, no sufras, un beso, chao.

Las risas se frenaron en seco, así como pareció frenarse el mundo en aquella mesa. Todos me miraban a mí y yo le cedí el móvil a Iván sin darle más importancia al asunto.

Cogí mi copa le di un gran sorbo y, junto al gin tonic, me tragué mis preguntas, mis reproches, las dudas que se agolpaban en mi interior y sobre todo me tragué los celos.

Pobre chica. Se habría quedado a cuadros y el karma me castigaría por mi gran actuación. Dios… comenzaba a parecerme a mi madre. Al final acabarían nominándome a mí para los Óscar.

— ¿Qué? —pregunté a todos.

— ¡Nada, nada! —dijeron al unísono.

—Esta chica me gusta, Iván. —dijo Rubén guiñándole un ojo.

—Sí… a mí también. —sonrió mirando a su copa.

Ellos eran una gran compañía, me hacían reír con sus chistes y me hacían sentir en casa. No había nada malo que los rondase, ninguna envidia entre ellos, nada de malos rollos, ningún trasfondo más allá de querer divertirse estando juntos.

No era capaz de sentirme incómoda con ellos, todo lo contrario, parecían mi grupo de amigos de toda la vida y eso me gustaba.

Conseguían distraerme y evadirme de mi desgracia, esa que me perseguía allá donde fuese, aunque yo intentaba exteriorizarla lo menos posible y lo conseguía, a duras penas lo conseguía.

Después de muchas risas, de obviar todo el tema de Carla y de olvidarme un poco de lo mío, nos fuimos a casa.

Los chicos habían quedado para irse de acampada el fin de semana a Papagayo. Habría asadero, música, pesca y, sobre todo, más risas.

Insistieron tanto en que fuera que no pude negarme y acepté, por lo que tendría que ir a ver a mi madre antes de lo previsto.

Al llegar a casa, Iván se echó de un plumazo en el sofá sin dejarme hueco alguno así que me quedé de pie mirándolo unos segundos y, antes de que se percatara de que lo estaba observando detenidamente, me di cuenta de que era guapo, muy guapo, quizás más de lo que, hasta hoy, era consciente.

— ¿Tengo algo en la cara? —me dijo y yo salí del trance.

—Eh… no, no. Pensaba en por qué no me hablaste de Carla… normalmente me sueles contar tus cosas.

—No era importante para mí, fueron un par de… de quedadas por llamarlo de alguna manera, creo que se coló por mí y no sabía cómo explicarle que ella no me gustaba en ese sentido. Es todo.

—Ya… —dije con desdén antes de irme hacia el dormitorio.

— ¿Qué te pasa? —dijo yendo detrás de mí.

—Nada, de verdad, no es nada. —mentí, claro.

—Estás rara de narices eh…

—Tú tampoco te quedas atrás…

— ¿Votos a favor de cambiar de tema?

Los dos levantamos la mano.

Quizás esto de la convivencia era lo que nos hacía estar raros, quizás las cosas que no nos estábamos contando eran el problema o quizás y solo quizás era que teníamos más secretos entre nosotros de los que estábamos dispuestos a admitir.

Mi móvil comenzó a sonar y yo me sentí salvada por la campana.

Iván me dejó sola cuando vio que era mi madre la que me estaba llamando, ya había aprendido la lección, no estar cerca o acabaría discutiendo con él también.

—Buenas noches, mamá.

— ¿Qué tal ha ido? ¿Has recuperado tu puesto? ¡Cuéntame que me tienes intrigada!

—No lo he recuperado, mamá.

—Pero ¿Lo has intentado al menos?

—Sí, claro que sí.

— ¿Ves a lo que lleva tu cabezonería? A esto, a ahora no tener trabajo y…

—Me ha dado un puesto mejor, mamá. Deja el drama.

— ¿Cómo que un puesto mejor?

—Pues que ya no cargaré como una burra, sino que estaré sentadita en la oficina llevando las reclamaciones y los pedidos… qué ¿Qué tiene que decir ahora mi señora madre? —dije con retintín.

— ¡Mira qué bien! Qué alegría, Ali.

—Ah y ahí no acaba la cosa… empezaré el lunes que viene así que mañana voy a verte ¿Te apetece?

— ¿Qué si me apetece? Estoy deseándolo. ¿Cuántos días te quedas?

—Bueno… en teoría no pensaba quedarme, ir y volver, pero veo que mi teléfono echa humo y supongo que será de tus orejas…

— ¿Cómo no vas a quedarte? Será muy poco tiempo… Por lo menos un día, Alicia.

—Está bien… me quedo hasta el miércoles ¿Vale?

— ¡Así me gusta! ¿A qué hora coges el barco?

—A las nueve de la mañana me pongo en marcha.

—Genial, tengo muchas ganas de verte.

—Y yo, mamá. —sonreí.

Al fin y al cabo, era mi madre y la quería de aquí al fin del mundo y volver. Solo esperaba que la visita fuera amena, que no nos diera tiempo a discutir y que me hiciera esas albóndigas caseras que tanto echaba yo de menos.

Eso y abrazarla como si no hubiera un mañana.

Supongo que después de una ruptura traumática, como había sido la mía, una se tenía que refugiar en el seno de su familia, pero no, yo no era normal y lo de familia como termino convencional distaba bastante de mi realidad, así que ni siquiera había llamado a mi padre para informarle de que me habían roto por dentro. En mi mente era mejor así, cuantas menos explicaciones tenía que dar, más rápido pasaría todo.

Pero mi madre era mi madre y no podía sufrir sin hablar con ella, aunque fuéramos el perro y el gato, necesitaba de ella ahora.

13
Hola, Mamá

Esa noche Iván y yo no dormimos juntos, ni siquiera lo hablamos, simplemente se acurrucó en el salón y, cuando me asomé a hurtadillas, ya se había dormido, o me había visto y estaba fingiendo. Fuera como fuese, volví a su cama, que casi parecía mía y me dejé llevar. Intenté no pensar, pero como cada noche desde que tiré la mitad de mi vida a un cubo de basura, no fue posible y, además, esta noche se sumaba una cuestión más a mi batidora de sentimientos. Su nombre comenzaba a bailar en mi cabeza y eso no debía ser bueno.

Como ya venía siendo más normal de lo que quisiera, la despedida de Iván fue extraña.

Nos abrazamos como si no fuéramos a volver a vernos durante varias semanas y yo estaría fuera un día. Aunque, tengo que reconocer, que dentro de mí sentía la urgencia de quedarme y no sé por qué.

Quizás por el miedo tan atroz que me daba tener que discutir con mi madre, no necesitaba eso, necesitaba tranquilidad, paz, risas y calor. Todo lo que tenía en esta casa.

— ¿Te vas ya? —me preguntó mientras yo cerraba el bolso donde había metido lo necesario para el viaje.

—Sí. —dije en un mínimo aliento.

—Pásalo bien ¿Vale? Desconecta.

—Claro.

Volvimos a abrazarnos y sin más dilación salí corriendo de allí.

Con la espalda erguida, el paso firme y sin pensar en qué demonios estaba pasando dentro de mi cabeza. Dentro de mí en general.

Me subí al coche y arranqué lo más aprisa que pude y, por fin, pude respirar.

Me quedaba una media hora de viaje en coche así que llamé por teléfono a mi madre para informarle de que ya estaba en camino y que no me había arrepentido de ir a saltar el charco que nos separaba.

Dio seis tonos y se cortó la llamada sin que hubiera respuesta por su parte.

Supongo que estaría ocupada, así que no insistí y puse música en la radio.

Sonaba Dvicio y su tema Enamórate, así que canté hasta que repetí eso de *"Siento que hoy te quiero más de lo normal"* y me callé.

Ni siquiera pensé en ello, simplemente lo dejé correr, ya lo estaba tomando por costumbre.

La tarea y los sentimientos pendientes se me acumulaban a las espaldas y yo seguía mirando al frente e ignorándolos lo mejor que sabía. Que no era mucho.

Sonó mi móvil, su nombre se iluminó en la pantalla y dentro de mí alguna que otra luz se encendió también.

— ¿Ya me echas de menos? —reí.

—Qué va, es solo que…

—Tener amigos para esto… que falta de respeto por tu parte.

—No creo que pueda echarte de menos si tienes que dar media vuelta y volver aquí…

— ¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Que te has dejado el cargador del móvil, Alicia. Que no te dejas la cabeza porque la llevas pegada al cuerpo.

— ¡Mierda! Si es que ya voy por medio camino, si doy la vuelta no voy a poder coger el barco de las diez.

—Pues vas a tener que darla y coger el siguiente… —dijo con una voz muy dulce.

—Bueno… no importa. No creo que me vaya a morir por estar un día sin móvil ¿No?

—Ehm… —se calló.

— ¿Qué?

—No… nada. Es solo que… nada, nada. Es una tontería.

— ¿Qué pasa Iván?

—Nada, nada, de verdad. Raciona la batería y llámame esta noche ¿Vale?

—Estás raro de narices eh… —dije emulándolo a él.

—Anda que tú no te quedas atrás.

Los dos reímos y una sensación calurosa me invadió por dentro.

—Te mandaré un mensaje en cuanto llegue ¿Vale?

—Sí, por favor, así me quedo tranquilo.

— ¡Pareces mi padre! —reí a carcajadas.

—Me preocupo, lista.

—Vale, papi. Hasta después.

—Hasta después hija mía.

Volvimos a carcajearnos y, al colgar, activé el ahorrador de batería para que me durase el mayor tiempo posible.

Llegué a Playa Blanca a las diez menos veinte, con el tiempo justo de dejar el coche en la fila de embarque, bajarme a comprar el billete del barco y volver a subirme al coche.

Lo hice en tiempo récord, supongo que, porque un martes no era el día más propicio para viajar a Fuerteventura, el muelle prácticamente estaba desierto.

A las menos cinco ya estaba en el barco y sentada en la cafetería dispuesta a desayunar.

Zumo de naranja y bocadillo de jamón serrano para empezar el viaje con alegría.

El día estaba espectacular, parecía sacado de una postal. Las palmeras no se movían ni un milímetro, el cielo estaba más azul que de costumbre y la brisa marina lo mejoraba todo con creces. Perfecto para pasar un día de playa, aunque a mí no es que me enloqueciera eso de revolcarme en la arena.

Mi madre seguía sin dar señales de vida así que me entretuve en otras cosas.

Como por ejemplo en seguir el vuelo de esa gaviota que volaba justo al lado de mi ventana, en sentir el balanceo del barco y concentrarme en no acabar mareada y liándola en el cuarto de baño o donde me pillase. También pensé en darle ese toque a Jorge y que me dijera lo que tenía que decirme y así quitármelo de la cabeza de una vez. Sus palabras no hacían otra cosa que golpearme por dentro, una y otra vez, una y otra vez…

Al final decidí sacar una foto a las vistas que tenía al otro lado de la ventana y enviársela a Iván.

Muy coherente todo, en mi línea.

Él ya estaría trabajando así que, por lo menos, hasta las tres de la tarde no tendría ninguna respuesta por su parte, por lo que guardé el móvil y el increíble y estúpido pensamiento de llamar a Jorge en el bolso.

Me dediqué a mirar por la ventana mientras dejaba la mente totalmente en blanco y, por extraño e inexplicable que parezca, lo conseguí. Tanto fue mi éxito que la bocina del barco que nos informaba de que ya habíamos llegado a puerto me sacó de mi lapsus mental.

Enseguida me apuré en ir a coger el coche, que busqué durante cinco eternos minutos y que no encontré sola, sino con la ayuda de un amable muchacho, dieciséis años calculo que tendría, que me ayudó a buscar mi pequeño escarabajo amarillo.

—Es mi coche favorito, cuando tenga los dieciocho me compraré uno

igual.

—Sabia decisión, no hay ninguno que mole más que éste. —le guiñé un ojo y el chaval se fue con sus padres después de sonreírme ampliamente.

Me subí a mi coche cuando los que estaban delante de mí ya estaban bajando del barco. Justo a tiempo.

El móvil comenzó a sonar, pero no iba a cogerlo hasta que no estuviera fuera de aquí. No me apetecía que el resto de viajeros comenzaran a pitarme. Odio ese ruido.

Puse rumbo a Jandía, sí, el último pueblo de la isla, lo más al sur posible y es que para hacer bien el amor hay que venir al sur, o eso canturreaba mi madre.

Me esperaba un largo trecho en coche y, cuanto más me entretenía por el camino, más tardaría en llegar allí.

Yo no era muy de conducir distancias largas, me aburría enseguida. Prefería ir en el sillón del copiloto y visualizar el paisaje sin tener que estar pendiente del embrague, de cada marcha que tuviera que cambiar y, sobre todo, del freno.

Mi móvil volvió a sonar y no me quedó más remedio que echarme a un lado y ver de quién demonios se trataba.

Era Jorge y mi interior gritó como si lo hubieran rajado de arriba abajo con un cuchillo jamonero.

— ¿Qué es lo que quieres? Ya te he dicho que no quiero hablar contigo.

—Pero sigues cogiéndome el teléfono…

— ¡Porque me harta escuchar el móvil y ver tu maldito nombre parpadear en la pantalla! —le espeté mientras los ojos se me inyectaban en sangre.

—No quiero discutir, Alicia.

—Pues no has llamado al lugar indicado ¡Y deja de llamar de una vez!

— ¿Eso es lo que quieres?

— ¡Pues claro que es lo que quiero! ¿Es que no escuchas las palabras que salen de mi boca?

—Sí, claro que sí, y las entiendo, pero… tienes que escucharme, déjame que te explique…

—No me valen tus malditas explicaciones, no me vale nada tuyo ¿Entiendes eso?

—Sí…

—Pues nuestra conversación ha terminado. Adiós Jorge.

— ¡No! Espera… —y, estúpida de mí, esperé. —Quiero explicarme, quiero que entiendas por qué… ¿Podemos vernos? Sin ese guardaespaldas tuyo…

—No estoy en la isla y, aunque estuviera, no querría verte.

—Iré a donde estés, Alicia. —me desgarraron sus palabras.

"Iré a donde estés, Alicia" frase que golpeó cada neurona de mi cabeza, rebotó en mi corazón y siguió resonando por cada esquina de mi cuerpo hasta llegar a mis pies y, entonces, se desvaneció.

—Yo siempre estuve ahí, justo al lado tuyo y no sirvió de nada, creo que, en ocasiones, ni siquiera te dabas cuenta de que estaba a tu lado ¿De qué iba a servir ahora que vinieras?

—Fui un soberano capullo, lo sé, pero todo eso se ha acabado.

—La cuestión no está en que se haya acabado, Jorge, la cuestión es que empezó en medio de nosotros y eso no tiene cura. Ya no.

— ¡Pensaba que estabas con él! —me gritó al borde del colapso.

— ¿Perdón? —pregunté confusa.

—Te llamaba de madrugada mientras yo me hacía el dormido, mensajes a todas horas, quedadas… Joder, Alicia. No era difícil atar cabos ¿Sabes?

— ¡No me lo puedo creer! ¿De verdad está saliendo eso de tu sucia boca?

—Y ahora te mudas con él… Dime si no apesta a cuerno quemado.

—La única que apesta a cuerno quemado soy yo y porque tú me los pusiste bien grandes, gilipollas. Yo nunca te engañé, Iván era solo un amigo, no me vengas ahora con que lo hiciste por si yo me acostaba con otro, porque es ridículo. Tú eres ridículo, toda esta situación lo es.

— ¿Era solo un amigo? ¿Era?

Los ojos se me abrieron como platos ¿Yo había dicho eso?

Aún era mi amigo, claro que lo era. Él no iba a seguir malmetiendo en toda esta historia, no iba a resurgir él por dejarme a mí por debajo del fango. Eso sí que no.

Él y únicamente él había sido el culpable de todo.

—No vuelvas a llamarme en lo que te queda de vida ¿Me has oído?

Colgué inmediatamente después, tiré el móvil al asiento del copiloto y seguí mi marcha sin apenas respirar.

Mi ceño estaba fruncido y mis ojos hacía ya rato que rebosaban rabia.

¿Cómo se atrevía a acusarme a mí de ser tan basura humana como lo era él?

Iván era mi amigo.

— ¡Es mi amigo! —grité.

No tardé en llegar a casa de mi madre, estaba alejada de las demás. Únicamente podías llegar a ella por un estrecho camino de tierra por el que solo cabía un coche y, a duras penas, pasé por él hasta llegar a la cancela azul que me separaba de su puerta.

Apagué el coche y respiré todo lo que no había respirado después de esa llamada que nunca debí contestar.

Apoyé la frente en el volante, cerré los ojos e intenté apartar de mi mente todos esos pensamientos que, al final, se concentraban en uno, asesinato y ocultación de cadáver.

Salí del coche cinco minutos después con el bolso de viaje en la mano, abrí la cancela y me paré en seco delante de su puerta color azul océano.

Me planteé seriamente si tocar o dar la vuelta y volver a casa. Aunque pensándolo bien, yo no tenía casa.

Toqué sin pensarlo ni un segundo más y, como si estuviera esperándome detrás, abrió ella.

Pelo rizado, cobrizo y un poco castigado por el sol. Pequeñas bolsas debajo de esos ojos color miel que brillaban más cada día. Sonrisa perfectamente blanca y recta, como si fuera una dentadura hecha a medida, solo para ella. Labios teñidos de esa barra que usaba desde que yo tenía memoria, esa anaranjada que hacía que su sonrisa fuera, si cabía, más espléndida. Su piel, tersa, sin ninguna mancha, lisa, suave y con olor a jazmín y sus manos… esas que tanto me abrazaron de pequeña y que yo moría por sentir su contacto ahora, en este instante.

Me lancé hacia ella sin darle opción a cualquier cosa que no fuera estrecharme entre sus brazos y sus manos, tan cálidas como las recordaba en mi niñez, me acunaron y sacaron de mí todos los demonios que llevaba dentro.

Su nombre, Luz, no pudo venirle mejor. Ella sí que desprendía luz.

Su olor a jazmín me invadió por completo y una sonrisa pobló también mi rostro.

—Hola, mamá.

14
Sol, mar, arena y un balón

Después de que mi madre me achuchara más durante estas horas que en el resto de mi vida, sí exagero. Después de comer esas albóndigas que había preparado para mi llegada con tanto ahínco y con tanto cariño, de que le contase cómo había pasado todo, de maldecir a ese malnacido todo lo que nos dio la gana y después, también, de dejar a Iván como mi salvador, nos fuimos a la playa.

Hablamos de todo y de nada durante todo el camino, ella sonreía tan ampliamente que casi pensé que se había fumado algún cigarro de la alegría, pero no, era ella, en su total plenitud. Creo que jamás la había visto tan sonriente como ahora.

Me puso al día. Había conocido a alguien y atribuí su enorme sonrisa a él, no era difícil atar cabos. Era gallego, afincado en Fuerteventura desde hace seis años, canoso, mirada interesante tipo Richard Gere, buen tipo para su edad, ojos azul ártico, gran sentido del humor y, lo más importante de todo, parecía volverla loca.

—Está de viaje ahora, arreglando unos papeles de la herencia de su madre. Me encantaría que lo conocieras, te caería tan bien… —dijo con la mirada más iluminada que le había visto en todo el día, incluso más que cuando me vio ante su puerta.

—Me encantaría, mamá. Tiene que ser todo un galán para haberte conquistado de esta manera.

— ¡Lo es! Me trata como una reina, es atento, cariñoso, muy educado y tiene… habilidades, tú ya me entiendes.

— ¿Habilidades? —sonrió con picardía. — ¡Está bien! No quiero saberlo ¡Borrar imagen, por Dios! ¡Borrar imagen! —grité horrorizada.

No me apetecía imaginarme a mi madre como Dios la trajo al mundo en posiciones imposibles junto a ese gallego con “habilidades”.

— ¡Qué impresionable eres cuando quieres, Alicia! —dijo riéndose. — Bueno y ¿No vas a presentarme a ese novio tuyo?

— ¿Qué novio mamá? ¿Qué dices?

— ¡Ese Iván!

—Mamá, voy a decírtelo la última vez ¿De acuerdo? Iván es un amigo.

—Ya… bueno, pues a ese amigo tuyo. —dijo a la vez que hacía gesto de entrecomillar la frase.

— ¡Pero por qué entrecomillas! Es simplemente un amigo que me ha acogido en su casa ¿Vale? —dije visiblemente más nerviosa.

— ¡Vale, vale! —levantó las manos a modo de declaración de inocencia.

Desplegamos nuestras enormes toallas en la arena y nos tumbamos en ellas casi a la vez.

—Qué bueno estar aquí contigo, hija. Te echaba tanto de menos… —dijo con tristeza.

—Yo también a ti, mamá. De verdad. —nos dimos la mano y nos sonreímos mutuamente.

—Tienes los ojos de tu padre ¿Te lo he dicho alguna vez? —me sonrió dulcemente.

—Muchas, mamá.

Nunca conseguimos ponernos de acuerdo en un color concreto, azul, gris, azul grisáceo… podíamos pasarnos horas intentando ponerles nombre, pero no nos decidíamos y en lo único en lo que sí coincidían mis padres es que eran especiales. Diferentes. Únicos.

—Oye, voy a darme un baño ¿Te vienes? Hace un calor de muerte.

—Sí, ve tú. Voy a decirle a Iván que he llegado, que se me ha olvidado avisarle antes y enseguida voy.

— ¿Ves cómo se te ilumina la cara?

—Mamá… —dije a modo de amenaza.

— ¡Está bien! —se rio antes de darse la vuelta y encaminarse hacia el agua.

Llevaba un bikini rojo pasión, resaltaba tanto en su clara piel y le favorecía tanto que me hizo sonreír.

¿Cómo no iba a enamorarse ese hombre de mi madre? Si era un bombón playero.

Yo cogí el móvil de la cesta de palma natural que había hecho mi madre en su juventud y que aún conservaba como el primer día.

Tenía varios *whatsapp* de Iván y, por suerte, ninguno de Jorge.

Iván: *Qué envidia, y yo aquí encerrado. He pillado el móvil a escondidas. 10:02*

Supongo que habrás llegado ya… llámame ¿vale? No me tengas en

ascuas. 13:16
Venga, deja de hacerte la interesante Alicia. No te pega nada. 14:45

Me reí a carcajadas mientras los leía, que tonto era cuando se lo proponía. Lo llamé enseguida.

— ¡Dichosos los oídos que te escuchan!

— ¡Hola, papá! ¿Me echas de menos?

—Obviedades a parte… dijiste que llamarías cuando llegaras y ¡No me llames papá!

—Perdona… me he liado, no te enfades. —reí.

— ¡No me enfado! Pero te vas en barco y luego tienes un camino largo en coche, permíteme que me preocupe.

—Vamos, Iván, lo de maruja histérica sí que no te pega. —reí y él se contagió.

—Vale, corto el rollo. ¿Qué tal tu madre?

—Pues, aunque no te lo creas, va muy bien. Esta radiante como poco y me ha hecho albóndigas… Dios… tienes que probar sus albóndigas.

—A ver si me invita a almorzar algún día… —rio.

—Calla, no te lo vas a creer, ¡Ella piensa que somos novios! —me carcajeé, él no tanto.

—Vaya ocurrencias las de tu madre…

De repente y sin previo aviso sentí encima de mi cabeza un golpe tan doloroso que casi pensé que me habían disparado con un *bazooka*. El móvil salió despedido de mi mano y yo me agarré fuerte la cabeza.

A mis gritos se sumaron las disculpas reiteradas de alguien a quien todavía no había alcanzado a ver.

— ¡Perdona, perdona! Dios… ¿Estás bien? Dime que estás bien.

Abrí los ojos de par en par con la intención de apuñalarlo verbalmente y, si encontraba algo contundente, también físicamente, lo más rápida y dolorosamente posible, pero sus ojos consiguieron callar hasta el dolor.

—Ehm…

—Lo siento, de verdad que lo siento, déjame ver si te he hecho daño. —dijo a la vez que acariciaba mi cabeza y rebuscaba entre mi pelo.

—Tranquilo, no escucho por ese oído y creo que mi móvil ha muerto en combate, pero estoy bien. —sonreí a medias y él rio.

—El sentido del humor lo tienes intacto.

—Creo que es por la embolia que me está dando. —volvió a reír.

—Me llamo Alejandro.

—Alicia. —le cedí la mano y él me dio un buen apretón.

Sus ojos eran azul ártico, casi como me había explicado mi madre con pelos y señales que eran los de ese gallego. Su pelo rubio natural y, a la vez, quemado por el sol, se acomodaba en un peculiar flequillo que lucía con bastante elegancia pese a que el salitre se hacía visible en el resto de su más que definido cuerpo.

Vaya… pasaría por modelo o actor sin dudarlo.

Y no hablemos de su sonrisa, por Dios de mi vida… su sonrisa tiraba para atrás. Creo que mi mareo se debía a ella y no al balonazo que me había dado en la cabeza.

—Creo que te he roto el móvil… —lo cogió de entre la arena.— ¡Ah, no! Sigue vivo. —dijo asombrado. —Comprueba que enciende… no quiero irme sin conseguir un número de teléfono al que no puedo llamar.

—Dirás que no vas a irte en caso de que no funcione, porque vas a tener que comprarme uno nuevo… —le corregí ignorando su proposición.

Procedí a encenderlo mientras él seguía acuclillado enfrente mía. Casi no podía ver ese bañador amarillo que llevaba, demasiado minúsculo, demasiado para mi atontada cabeza ahora mismo.

— ¡Enciende! Estoy salvado…

—Huye antes de que falle… —los dos reímos.

—Entonces… ¿Me das tu número? Podría invitarte a tomar algo esta noche, a modo de disculpa, claro. —y volvió a sonreír.

— ¿Por qué no? —me cedió su móvil y yo lo apunté en él con un nombre que no era el mío.

Diana fue el nombre que le puse a mi número en su teléfono, por aquello de que mi cabeza le había servido de diana, si era capaz de averiguarlo, merecía invitarme a tomar una copa.

Cogió su balón y se fue trotando hacia donde estaban sus compañeros esperando por él para seguir jugando al fútbol.

Yo volví a llamar a Iván después de salir del trance al que me había inducido su trasero contoneándose mientras se alejaba.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó el confundido.

—Pues que un tío me ha dado un balonazo en la cabeza y mi móvil ha volado.

—Alucino…

—Ya… ya… y yo. —dije mirando a Alejandro de reojo.

—Y ¿A qué hora vuelves mañana? —me preguntó, pero yo tenía la mente en otro sitio. — ¡Alicia!

— ¡¿Qué?!

—Que a qué hora vuelves.

—Pues… aún no lo sé. Supongo que depende de cómo vaya la cosa por aquí.

—Vale… entonces me iré al gimnasio después de trabajar. Tú intenta llamarme para organizarme.

—No hace falta que organices tu día en torno a mí, haz planes anda. Estás descuidando tu vida social por mi culpa. —dije extrañada.

—Bueno… tú llama.

—Claro. Te dejo que el agua me está llamando a gritos y mi madre también. —reí aparentando normalidad y él me siguió.

—Pásalo bien, Ali.

—No me eches mucho de menos…

—Imposible… ya me he acostumbrado a ti.

Colgamos.

Me hizo sonreír y evadirme, tanto, que no me di cuenta que Alejandro estaba justo a mi lado.

— ¡Joder! Me has asustado.

—Perdona, —se echó la mano a la cabeza. —es que no encuentro tu número… —sonrió.

—Échale un poco de imaginación y lo encontrarás… —reí, me levanté y me fui al agua donde mi madre llevaba un rato esperándome.

Contra los deseos de mi cuerpo de quedarme ahí con él mientras el Sol bañaba su perfecta piel y la mía, me alejé.

Porque yo era así, incoherente como poco, extraña y, como me dijo él antes de que me marchara y lo dejase ahí… misteriosa.

15
Un helado, un té y un error

Sin duda, un gran día. Nada de discusiones con mi madre, nada de malas caras ni siquiera de malos pensamientos. Solo risas, conversaciones intensas, otras no tanto, abrazos, miradas cómplices y amor, mucho amor, a la par que un más que notorio dolor de cabeza.

Dos Paracetamol me había tomado ya y el condenado dolor parecía no querer irse. Lo que me recordó a que Alejandro aún no me había enviado ni un mísero mensaje, así que, o era el típico rubio sin cerebro y con un cuerpo bonito o se había cansado de buscar mi nombre en su agenda, por lo que no merecía la pena este dolor de cabeza tan agonioso que tenía.

—Bueno… y el gallego cuándo vuelve.

—Paul, Alicia, se llama Paul…

— ¡Eso! Paul…

—Pues la semana que viene ya estará aquí, podrías darte un salto el fin de semana e irnos a comer por ahí los tres ¿Qué te parece?

—Claro que sí, mamá, por qué no.

—Puedes traer a tu amigo Iván y así vamos en plan parejitas… —escondió su risa.

—Creo que va a ser que no…

Mi móvil pitó como si le hubiera llegado un *whatsapp* nuevo y lo miré enseguida, era un número desconocido.

> ******:*** *Muy bueno lo de la diana… me lo podrías haber puesto un poco más fácil, guapa. Me merezco esa copa por haberte encontrado ¿no? 18:19*

Le contesté enseguida bajo la atenta mirada de mi madre.

> ***Alicia:*** *Bien hecho mi querido Watson, pero después de que me dieras ese balonazo y de que esté con paños fríos en la cabeza creo que lo que te mereces es una patada en los… 18:20*

Mi madre me miraba intrigada a ver si conseguía ver el nombre de la persona con la que me mensajeaba con una sonrisa tonta en la cara, pero él no tenía nombre.

—Prometo no dejarte en ridículo si es eso lo que te preocupa…

— ¿Qué? —no sabía de qué hablaba.

—Que no voy a dejarte en ridículo si traes a Iván, Alicia.

— ¡Ah! No lo sé, mamá. Se lo diré a ver si cuela.

Ella sonrió satisfecha y mi móvil volvió a sonar, esta vez era una llamada y volvía a ser el capullo de mi ex.

Casi me llamaba más ahora que cuando estábamos juntos.

Colgué la llamada.

— ¿Quién era? —preguntó intrigada.

—El imbécil de Jorge. —dije rabiando.

— ¿No lo coges?

— ¡Claro que no! No quiero ni escuchar su voz, solo de pensar en su maldito nombre me dan instintos asesinos.

—Normal… No entiendo a ese chico, con lo bueno que parecía.

—Y, sin embargo, estaba lleno de víboras por dentro, ah… y también llenó mi casa de ellas.

— ¿De qué?

— ¡De víboras, mamá!

—Ah… ya, ya. Bueno, dejemos el tema.

Iba a ser mejor así. Mi humor se agriaba notoriamente cada vez que su nombre, luminoso y parpadeante en mi pantalla, entraba en contacto con mis ojos.

Casi eran las siete cuando decidimos ir a comprar unos helados con los que refrescarnos un poco. Hacía un calor abrasador, casi parecía pleno agosto en vez de finales de febrero. Y que lo llamen paraíso, sí, para estar un rato sí, pero a veces era un volcán humeante.

—Buenos días, dos de maracuyá, por favor. —le dije a la jovencísima dependienta que había al otro lado de la nevera de helados.

— ¡Buenos días! Por supuesto. —contestó vivaracha y sonriente.

Supuse que era su primer trabajo, no debía tener más de dieciocho. Con lo bonito que es estudiar a esa edad… Que luego acabas teniendo un trabajo de mierda, como yo, pero bueno, es bonita la época de universidad, mientras dura.

—Muchas gracias, guapa. —le sonreí y ella a mí aún más.

Mi madre y yo nos fuimos paseando por toda la avenida que rodeaba la

playa.

—Ya sabes que si eso no funciona… siempre puedes venirte aquí conmigo. —dejó caer a media voz.

—No te preocupes, mamá. Ahora mismo tengo que sacarme las castañas del fuego yo solita, es necesario.

—Tu cabezonería, al igual que la de tu padre, me enerva, pero siempre acaban, los dos, por salir adelante. Así que únicamente diré, una vez más, que puedes venir las veces que te apetezca y quedarte aquí tanto como quieras. —me sonrió y apoyó su cabeza en mi hombro.

—Te quiero, mamá. —volvió a sonar un pitido en mi móvil.

—Estás muy solicitada ¡Eh! —rio.

******:*** *Oh ¡Vamos! Hay una tetería cerca de la playa que está muy bien. Te gustará. No me dejes con las ganas de disculparme como es debido. 19:10*

Alicia: *Venga, va. A las 20:30 ¿te va bien? 19:11*

Era un té ¿Qué podía pasar?

******:*** *Perfecto. Quedamos donde te di el balonazo del que ahora me arrepiento menos… 19:12*

Alicia: *¿No paras nunca de flirtear? O es el balonazo que me está afectando… 19:13*

Reí y guardé el móvil en el bolsillo del pantalón corto vaquero que llevaba.

—Es el chico que me dio con el balón en la playa. Me invita a un té más tarde.

—Desde luego no pierdes el tiempo. —se carcajeó.

— ¿Qué insinúas? Es para disculparse. —dije con el ceño fruncido.

—Ya, ya…

—Ves fantasmas donde no los hay, madre. —seguí comiendo mi helado y ella siguió riéndose.

Al llegar a casa le robé el cargador a mi madre para que mi móvil no muriese por falta de batería y me cambié de ropa lo más rápido posible. El paseo se había alargado y ya eran las ocho y veinte de la noche, había quedado con Alejandro a y media y no me iba a dar tiempo de adecentarme demasiado.

Cogí un vestido a rallas horizontales azules y blancas, unas cholas de

playa y mi bolso de mano azul marino con un ancla bordada, donde metí el móvil y la cartera.

Me despedí de mi madre después de jurarle y perjurarle que no iba a llegar tarde y mucho menos sin bragas.

Fui casi al trote hasta llegar a la farola que lo iluminaba a todo él y, extrañamente, pensé en Iván. En qué estaría haciendo ahora y en que no lo había vuelto a llamar.

Extraña mente la mía.

—Pensé que tu venganza iba a ser darme plantón.

—Vamos… no he llegado tan… —miré mi reloj, eran las nueve. —tarde. —reí.

—No importa. —sonrió. —Vamos, está justo aquí al lado.

Caminamos hasta llegar a la tetería, cierto es que era monísima, decorada enteramente con motivos morunos y con un aroma a té variado que incitaba a quedarte a vivir allí.

Yo pedí un té de frutas del bosque y él un té verde.

—Y bueno… cuéntame ¿Eres de por aquí? —preguntó antes de sorber un poco de su taza hirviendo.

—Que va… soy de Lanzarote. He venido a visitar a mi madre ¿Y tú?

— ¡Qué casualidad! Yo también vivo allí.

No podía ser ¿No?

—Venga ya… —dije sorprendida.

—Sí, de verdad. Vivo en Arrecife, aunque nací aquí. También estoy de visita. Mis hermanos siguen viviendo por esta zona y, claro, hay que hacer vida familiar de vez en cuando.

—Pues vaya coincidencia. No te había visto en mi vida y nos tenemos que ver en la isla vecina.

— ¡Y tanto! Casualidad o destino… vete tú a saber… —sonrió detrás de su taza.

—Qué místico te pones.

—Tú misteriosa, yo místico… ¡Con algo tengo que contraatacar!

— ¡Pero yo no te estoy atacando! —reí.

—Tú no, tus ojos sí.

—Anda ya…

Bebí de mi taza un largo sorbo mientras él me escudriñaba con la mirada.

Dios, parecía una escultura hecha a cincel por los ángeles.

—Y… ¿Tienes novio? —preguntó sin más.

Yo me atraganté con el té por la sorpresa de la pregunta. Jamás la hubiera imaginado, por lo que yo era muy ingenua o él muy precipitado.

—Perdona, es que no me esperaba esa pregunta. —dije aun tosiendo.

—Bueno… es una como otra cualquiera ¿No?

—Sí, claro.

—Tienes.

— ¡No, no! Quiero decir que supongo que sí es una pregunta como otra cualquiera. Y no, no tengo novio.

—Extraño…

—Lo extraño es que no me hubiera dado cuenta antes de que tenía unos cuernos en la cabeza más grandes que los del toro Lurch.

— ¿Lurch? —preguntó confuso.

—Es el toro con los cuernos más grandes del mundo, si lo buscas en Google, al lado sale una foto de mi cara.

Él comenzó a carcajearse muy alto, tanto, que todos los demás le miraron y, algunos, hasta llegaron a contagiarse.

—Eres increíble, de verdad. —siguió riendo.

—No veo dónde está la gracia… —dije intentando estar seria, pero su risa era contagiosa.

— ¡Perdona, perdona! Es que tienes unas cosas…

—Sí… por lo menos me queda el humor.

—Bueno, si te sirve de algo, ese tío debía ser gilipollas.

—Científicamente comprobado, lo es.

Volvió a carcajearse y, al final, acabé riéndome yo también.

Se nos hizo tarde bastante más pronto de lo que pensé. No me sentí incómoda en ningún momento, ni siquiera cuando él se empeñaba en que aceptase sus cumplidos sin esconderme detrás de la taza, sin embargo, en mi cabeza seguía rondando un nombre y, cada vez que rebotaba en alguna pared de mi cerebro, se formulaban preguntas nuevas.

¿Por qué tú? ¿Por qué ahora? ¿Estaré desvariando? ¿Habré llegado al punto de ebullición mental y confundiré mis pensamientos? Y, de nuevo, ¿Por qué tú?

Alejandro, sin embargo, no se rendía, incluso me acompañó hasta mi casa. Muy galán por su parte, casi me apenaba que no fuera a conseguir nada conmigo. Mi cabeza estaba muy lejos de aquel camino de tierra que dejaba esa cancela azul al fondo.

— ¿Disculpas aceptadas?

—Aceptadas. —sonreí.

Yo agarraba mi bolso con las dos manos, como si en algún momento fuera a caerse. Él me miraba intensamente, como intentando averiguar o divisar el momento exacto en el que poder lanzarse sin recibir una negativa

por mi parte.

—Pues… nos vemos por Lanzarote, supongo.

—Seguro que nos cruzaremos alguna vez.

—Llámame si te apetece tomar algo, pasear o, no sé, lo que te apetezca ¿De acuerdo?

—Claro. —volví a sonreírle y él me correspondió.

—Encantado de haberte conocido, Alicia. —se acercó bastante.

—Encantada de haberte servido de diana, Alejandro. —se rio.

Yo ladeé mi cabeza para que se percatara de que lo único que iba a pasar aquí era que nos íbamos a dar dos besos, como los dos conocidos en circunstancias extrañas que éramos, pero él no pareció coger la indirecta o, si lo hizo, la obvió totalmente.

Nos dimos dos besos, sí. Uno por mejilla y, cuando me separaba de él me plantó un tímido y fugaz beso en los labios.

Me sonrió antes de irse.

Sin embargo, cuando él ya no se divisaba en la lejanía, no entré en casa. Me quedé ahí plantada pensando si yo no debía haber sentido algo. Un cosquilleo, una mariposilla perdida por mi estómago, una risa que se me escapaba de los labios, seguramente tonta y ruidosa. Pero no. Nada de nada.

Ni un triste y momentáneo picor en los labios, por lo que pensé que o, definitivamente estaba muerta por dentro o es que yo lo que quería hacer era besar a otra persona y como ninguna de las dos opciones le valían a la solterona despechada en la que me había convertido, entré en casa y borré de mi disquetera mental todo lo sucedido.

Hasta el sabor del té de frutas me obligué a olvidar.

16
Declaración y marcha atrás

Después de llegar a casa, como ya lo tenía más que asimilado, no me molestó el interrogatorio a lo “CSI” que me hizo mi madre. Tampoco es que le contara mucho más de lo que había sucedido en la tetería, no había nada que contar, como dije, borrón y hoja nueva.

Me fui a la cama y llamé a Iván, pensé por un momento que se estaría subiendo por las paredes porque aún no lo había llamado, pero, claro está, esa era mi imaginación y él ni siquiera me había enviado un tonto mensaje con un monigote de esos que traía ahora el *whatsapp*.

Dio muchos tonos de llamada antes de que saltara el buzón de voz, así que dejé el móvil en la mesilla mientras mis pensamientos y sentimientos me daban golpecitos en la espalda, como queriendo decirme que ellos estaban ahí y, aunque yo intentara ignorarlos, iban a seguir estándolo.

Me di la vuelta entre las sábanas e intenté conciliar el sueño, pero estaba claro que ésta no era mi cama, ni su cama, parecía piedra en comparación.

Él no llamó esa noche, ni siquiera yo me molesté en volver a intentar contactar con él. No hubo mensajes, ni nada que me impidiese dormir. Exceptuando, claro está, esos golpecitos en la espalda que, por muy suaves que fueran, molestaban bastante.

Se hizo de día casi sin que me diera cuenta. Después del trayecto en coche, el barco y otra vez el coche, más todo lo sucedido en el día de ayer, era normal que, pese a tanto incordio mental, me quedase frita.

—Buenos días, Alicia. —dijo mi madre bastante más cantarina de lo que necesitaba mi despertar malhumorado.

Me restregué los ojos y me senté a la mesa donde ella había preparado café y un bizcocho.

¿De dónde demonios había salido ese bizcocho? No le habría dado tiempo físico para hacerlo ella misma, o eso creía yo.

— ¿Lo has hecho tú? —dije a modo de rezo.

Era un don que tenía, la cocina se le daba genial, pero la repostería, madre

mía, la repostería ya era un mundo de flores y colores aparte.

— ¡Claro!

—Dios, mamá, no sabes cuánto te quiero. —dije antes de echarme un buen trozo a la boca.

Estaba delicioso y sabía a niñez y cacao, por lo que me transporté directamente a mis cinco años, cuando hacía bizcochos con ella y me comía la masa cruda del bol a escondidas.

—Quería que te fueras con un buen sabor de boca. —me sonrió con cariño.

—No tenías por qué hacerlo, mamá.

—Claro que sí, así le llevas un trozo a tu amigo, seguro que le gusta.

Yo sonreí, qué remedio me quedaba. Ella era así y no iba a cambiarla a estas alturas, por lo menos, esta vez, no había entrecomillado la palabra amigo. Era un progreso para ella y quizás un paso atrás para mí.

Escuché sonar mi móvil en la lejanía, así que fui a por él mientras mi madre servía el café en dos tazas.

Lo cogí sin más. Quizás necesitaba que me dijera por qué no me había cogido la llamada anoche o quizás solo necesitaba hablar con él de lo que fuera.

—Dime. —dije en un tono más seco del que sonaba en mi cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días.

— ¿Qué tal ayer?

—Pues muy bien, la verdad. —ahora sí recordé aquel beso.

—Me alegro… —dijo con un tono de voz extraño.

Quizás era la respuesta al mío.

—Gracias.

—Oye… ¿Te pasa algo?

¡Qué perspicaz! Pensé.

—No, para nada. ¿Estabas ocupado anoche?

—Pues la verdad es que sí… siento no haberte contestado.

Dentro de mí algo se rompió, aún no sé lo que fue, pero hizo demasiado ruido.

—No, perdona tú por molestarte. —dije sin que se me notara la rabia.

—Es que, te cuento, fui al gimnasio con los chicos y no veas la que se ha liado, Alex ha dejado a su novia, por fin, esa relación estaba abocada al fracaso incluso antes de empezar. —ese nombre rebotó en mi cabeza mil veces y luego una más.

—Ajá… —dije aparentando desdén.

—Pues nada, que nos hemos liado y hemos hecho más horas allí que unos tontos. Total, que llegué a casa, me di una ducha e hice un trío.

— ¡¿Un qué?! —grité más escandalizada de lo que debería.

—Y no sabes lo bien que sienta, Ali… lo necesitaba.

—Pues… qué bien, supongo. —ardía, por dentro todo en mí era fuego.

—Y tan bien… Le he hecho el Kamasutra a la almohada y al colchón, mentecata. —comenzó a carcajearse.

—Eres muy tonto ¿Sabes? —dije notoriamente más aliviada.

Eso que se había roto por dentro dio marcha atrás, como cuando rebobinas una cinta, y se recompuso en milésimas de segundo.

—Y tú eres muy celosa ¿Sabes?

Me enrojecí al instante. ¿Celosa yo? Y ¿Por qué iba a estarlo?

—No sé de qué tendría que tener celos yo… —dije con chulería.

—Pues porque quieres mi cama solo para ti.

Shock múltiple.

— ¿Perdón?

— ¡Si hasta me haces dormir en el sofá!

Ah, que no se refería a su cama con él, pues vaya.

¿Sabes eso que se había roto, que rebobinamos y que se recompuso? Pues puf, roto otra vez.

Yo disimulé, claro. No estaba preparada para nada de eso y mucho menos con él.

—El día en el que me vaya me echarás hasta de menos.

—No sé por qué me da en la nariz que ese día no será pronto…

—Igual te llevas una sorpresa, por imbécil, a no ser que quieras que me vaya, entonces será una alegría. —sentencié.

—Le recuerdo, señorita, que fui yo el que le ofreció mi casa y el que le imploró que no se fuera, así que no me vengas con tonterías de última hora. —dijo enfadado. —Y ahora dime a qué hora vuelves a casa.

A casa. Como si fuera nuestra y no únicamente suya. A casa, me repetí para mi adentro y sonreí.

—Pues fíjate que pensaba quedarme unos días más. —dije para incordiarle.

—Ah… unos días…

— ¡Eres un acaparador! Me quieres solo para ti.

Esta vez fui yo la que lo metí en el compromiso de decirme que sí, que me quería solo para él.

—El plumero, que a veces se me escapa. —rio.

—Ese plumero se te ve demasiado ya… —reí también.

—Entonces… vuelves hoy ¿No?

Maniobra de evasión, maldito seas.

—Sí, sobre las seis.

—Perfecto, compraré algo de cenar. Tengo que dejarte ¿Vale? Se acaba mi tiempo de comida y ni siquiera he comido.

—Que te sea leve, nos vemos luego.

—Sí, nos vemos luego.

Colgamos y entonces sí que noté, no una mariposa, sino un millar en pleno vuelo. Pero no podía ser, él no podía ser. Todo lo que teníamos se estropearía si lo fuese.

Me encaminé de nuevo al comedor, donde mi café ya estaría frío y mi madre desesperada porque volviese y sonó el pitido de mensaje recibido.

> ***Iván:*** *Sí que te echo de menos y sí que te quiero solo para mí ¿contenta? 10:01*

¿Sabes ese shock múltiple de antes? Pues ahora multiplícalo por mil y súmale veinticuatro shocks más.

Y ¿Qué debía contestarle yo ahora? Si no tenía ni idea.

Bueno, claro que la tenía, pero no sería buena idea empezar esta conversación, no, no lo sería.

Otro pitido.

> ***Iván:*** *Lo he vuelto a leer y ha sonado a declaración en toda regla. El plumero se ha vuelto loco y se ha ido de juerga, no lo tengas en cuenta ¿vale? Es una estupidez. 10:04*

Y a la mierda la magia.

17
Coche, barco y hogar ¿dulce hogar?

Me fui de casa de mi madre sobre las tres de la tarde, con el bizcocho envuelto en papel de aluminio, un táper lleno de albóndigas y con la cabeza repleta de dudas.

Le di más abrazos a mi madre de los que pude contar, me llevaría su olor a jazmín costara lo que costara y prometí volver muy pronto para pasar un fin de semana con ella y, quizás, conocer a ese gallego del que tanto me habló.

Prometí llamarla al llegar o, si no, me llamaría ella, todo estaba por ver. Dependiendo de cómo llegara de cansada y lo que me esperase allí.

Referente a Iván, no había contestado a sus dos últimos mensajes. Por el bien de nuestra larga amistad, preferí dejarlo pasar y no darle la mayor importancia. Por lo menos de cara al público, en el fondo de mi cabeza sí que se la daba.

Llegué al barco a las cinco y cuarto, aún me quedaba una hora entera para que zarpase, así que me compré un helado de chocolate y me senté en el muelle.

Hacía un calor abrasador y me planteé seriamente tirarme a esa agua pantanosa donde ataban los barcos, o moría por contaminación o me refrescaba. Al final me deshice de ese pensamiento cuando vi escupir a un señor la más interna de sus flemas al agua. Tiré el helado a la basura inmediatamente después.

Me levanté de allí y me fui a pasear la media hora que quedaba antes de tener que subirme al barco.

No fue un paseo muy ameno, olía a tubo de escape, bochorno y pescado, por lo que me fui al coche enseguida.

Prefería asfixiarme dentro de mi perfumado coche con olor a limón que vivir ahí fuera.

El barco pitó inmediatamente después, así que todos los conductores que estaban en el bar salieron disparados a coger sus respectivos coches, era hora de entrar.

El bocinazo despertó en mí más cosas que el simple susto por escucharlo de improvisto.

Despertó más preguntas, pero ninguna respuesta, más nervios y ninguna calma, más dudas, pero ninguna solución.

Entré después de dos camiones de carga y una camioneta que casi no traspasa la rampa de bajada y nos deja fuera a todos los demás.

Fui directamente a la cafetería y pedí un té de frutas, amargo recuerdo, quizás.

Justamente y, como si fuera realmente cosa del destino, un pitido sonó en mi móvil, un pitido que, aun, no llevaba nombre.

***: *¿Te apetece otro té esta noche? 17:57*

Yo le respondí sin más. ¿Qué más daba? Un minuto más, un minuto menos… Él ya sabía que había leído su mensaje, por aquello de los ticks azules que le habían puesto al whatsapp. Vaya cagada, por cierto.

Alicia: *Demasiado tarde, ya estoy en el barco de vuelta. 17:58*

El barco se puso en marcha y yo me tomé mi té sin más interrupciones, sin llamadas ni mensajes y sin pensamientos aferrados a mi nuca dando por saco.

Paz.

Volví a evadirme mirando por la ventanilla y esa voz que sonaba al final del trayecto me sacó de mis sueños.

Enseguida me levanté, dejé el vaso en la barra y me fui en busca de mi coche, con una diferencia, esta vez lo encontré yo solita y a la primera.

Me senté en él y esperé la señal para salir de este amasijo de hierros flotante.

Lo llamé, única y exclusivamente para informarle de que en un rato estaría por allí y de que no había cogido llaves para poder entrar si él no estaba en su casa.

Sonó un par de tonos antes de que me respondiera una voz notoriamente entrecortada.

— ¡Sí! —dijo exaltado.

— ¿Iván? —pregunté confusa.

—Dime, dime.

—Ya estoy en camino, no tengo llaves.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—Sí, vale. Voy para allá.

—Puedo esperar en el coche si no estás… disponible.

Estaba en la cama de alguien, estaba segura.

—No, no, tranquila. Casi estoy acabando.

— ¡Joder, Iván! No me hacen falta los malditos detalles… —dije mientras me daba un repelús y colgaba la llamada.

No hace tanto nos contábamos posturas nuevas aprendidas en el fragor de la batalla y, ahora, yo me erizaba al imaginarlo ahí, en pleno acto con cualquiera.

Me pasé el resto del camino imaginándomelo encima de una tía sin rostro, con unas tetas enormes, pero sin cara.

A él se le veía cómodo, qué digo, comodísimo. Estaba disfrutando todo lo que podía y más.

Yo creí explotar como un balón de helio en forma de Bob Esponja.

Llegué a su casa unos veinte minutos después, porque iba a mil por hora, no porque el trecho se hubiera empequeñecido, pero Iván no estaba allí.

Me harté de tocar el timbre, me asomé por la ventana, pero las luces estaban apagadas y no había ni rastro de su cuerpo ahí dentro.

Volví al coche y lo llamé.

— ¿Se puede saber dónde te has metido?

—Se me ha… complicado el asunto. Ya estoy llegando. *Sorry.*

—Vale.

Esta vez fue él quien me colgó.

—Qué *sorry* ni qué ocho cuartos. —refunfuñé.

Llegó corriendo quince minutos después, con un chándal gris, una camisilla blanca que dejaba a la vista sus dorsales y unas playeras también blancas. Estaba visiblemente sudado. Así que mi cabeza psicoanalizó la situación.

O bien se había acostado con cualquiera sin quitarse el chándal o lo que hacía era correr como si no hubiese un mañana. Y quizás tenía más sentido lo segundo.

—Vaya horas… —le dije intentando ocultar mi enfado sin sentido.

—Pensé que llegaría a tiempo, he ido más lejos de lo que pensaba. —rio y se echó la mano a la cabeza. —Yo también me alegro de verte, por cierto.

—Y yo… y yo.

No digas cosas que puedo malinterpretar, por favor, no lo hagas.

—Te cojo el bolso, trae.

Se lo cedí y entramos juntos.

Estaba bastante sonriente y eso me hizo relajarme un poco más. Yo tenía demasiada imaginación y, si a mi madre le iban a dar el premio a mejor actriz

revelación, yo me llevaría, sin duda, el de mejor guionista.

— ¿Tienes hambre? ¿Pedimos unas pizzas?

—Oh, sí, por favor.

Sonó mi móvil e Iván lo miró extrañado.

***: *Vuelvo el sábado, tenía planes, pero… si quieres tomar algo, ya sabes, avísame. 19:55*

Iván me miraba atentamente mientras yo leía el mensaje, así que, y esto únicamente lo hice para molestarle, fingí una sonrisa tonta.

Él se dio la vuelta y se fue al cuarto de baño, al que yo me acerqué inmediatamente después.

— ¿Pido yo las pizzas? —le dije a la puerta que nos separaba.

—Sí, lo que quieras.

Me reí sin que él me escuchara. O surtía efecto o yo, en mi cabeza, me montaba unas películas dignas de la gran pantalla.

Llamé y pedí dos pizzas marineras, una por cabeza y, seguramente, él acabaría por comerse algún trozo que otro de la mía.

Antes de que saliera le contesté a Alejandro, tampoco iba a ser la típica chica antipática a la que invitas a un té después de destrozarle la cara de un balonazo y pasa de ti ¿No?

Alicia: *El sábado también tengo planes, quizás otro día. 20:00*

Me senté en el sofá, puse la tele y justamente ponían X-MEN, la primera de todas, así que, como muy aficionada a las películas de acción que era, la dejé.

Iván tardó más de lo esperado en salir, por lo que supuse que se estaría duchando, que buena falta le hacía.

Cuando salió, sin peinar, con el pelo alborotado, aún medio chorreando agua por su definido abdomen y con un bóxer que dejaba demasiado poco a la imaginación. Se sentó a mi lado y yo mantuve la vista al frente. Se me notaban los nervios, claro que se me notaban, por Dios, si estaba temblando.

Definitivamente mi mentalidad se había reducido en dos décadas.

— ¿Has pedido?

— ¡Marineras! —solté intentando aparentar normalidad.

Su móvil estaba en la mesita del salón y no pude evitar cotillear quién lo estaba llamando antes de que él se acercase a cogerlo.

Carla.

Otra vez Carla.

Mi expresión facial se endureció de tal manera que casi pasaría por un bloque de cemento y mi interior rugió como si del rey de la sabana se tratase. Yo, sin embargo, no dije nada, absolutamente nada.

Él tampoco hizo ningún comentario al respecto, silenció la llamada y volvió a dejarlo en la mesita.

¿Te acuerdas de eso que se rompió y se reconstruyó para luego volver a romperse? Pues su nombre había pisoteado el escombro.

18
Tú al trabajo yo al gimnasio

De ninguna de nuestras bocas salió su nombre esa noche, ninguno de los dos fue capaz de articular dos palabras seguidas después de aquello, así que nos limitamos a cenar y a dormir después. Esta vez, la que se acomodó en el sofá fui yo.

No quería oler su perfume, no quería dormir con él al lado y tampoco que sacrificara su espalda, por muy cómodo que dijese que era el sofá, por dejarme a mí su cama. Así que después de una ardua batalla campal, me dejó dormir en él. Bueno, no es que lo aceptase, es que desistió.

Ya se había ido a trabajar cuando yo me levanté, que no cuando me desperté. Me había hecho la dormida mientras él desayunaba en la cocina para no molestarme o para tener más intimidad, no lo sé con certeza.

Tenía un mensaje suyo, pero ni siquiera me paré a leerlo. Necesitaba segregar endorfinas, pasar por el coladero toda mi rabia y cansarme hasta no sentir absolutamente nada.

Ah, y gritar, también necesitaba gritar.

No podía complicarme la vida de esta manera, no tenía ninguna necesidad de hacerlo.

Salir de una relación, bueno, ser echada de una relación a patadas y luego estar pillándome por mi amigo. ¡Yo era masoquista!

Me di una ducha rápida, me enfundé los botines, un panti corto muy ajustado, un top deportivo rosa fucsia y me eché a correr hasta llegar al gimnasio.

No sé si fue la rabia, que me empujaba, o la desesperación que me vitoreaba para que no parara o simplemente la falta de consciencia sobre mi cuerpo la que hizo que llegase al gimnasio corriendo como alma que llevaba el diablo y sin parar ni una sola vez.

Al llegar apoyé la espalda en la pared y respiré todo lo que no había respirado por el camino mientras apoyaba mis manos en las rodillas para intentar mantener mi cuerpo en pie.

Una voz familiar me sacó de la concentración que tenía mi cerebro para no romperse en mil pedazos.

— ¡Alicia! Qué alegría verte… ¿Estás bien?

Miré al frente y era Rubén quien me hablaba. Sus ojos oscuros impactaron con los míos enseguida.

Yo no pude contestar así que levanté la mano a modo de saludo y de mí último aliento salió una risa.

Me senté en el piso, exhausta, sin previsión de que el oxígeno volviera a alimentar mi cerebro y él se agachó delante de mí y apoyó sus manos en cada una de mis rodillas.

—Am… am… ambulancia. —conseguí decir.

—Tranquila, cierra los ojos. Inspira… muy bien. Ahora expira y repite despacio.

Volví a recobrar el aliento y la consciencia minutos después.

—Es que he venido corriendo y…

—Ya… ¿Estrés acumulado? —sonrió.

—Eso mismo…

—Yo ya me iba, pero si tú piensas entrar, me quedo un poco más. Borja está dentro.

—No te preocupes… no sé si seré capaz de moverme de aquí, así que… —reí.

—Anda, vamos. —me cogió de las manos y me impulsó hasta que estuve de pie. — ¿Qué te apetece hacer? —preguntó mientras me acompañaba dentro.

—Quiero asesinar a alguien, cortarlo en trocitos, hervirlo y no necesariamente en ese orden.

—Boxeo entonces.

Vimos a Borja, a quien saludé con una gran sonrisa y dos buenos besos antes de irnos a por el saco.

—Me da rollo que te quedes si ya pensabas irte, Rubén, de verdad que no hace falta, ya me las apañaré yo sola.

—No te preocupes, Iván querría que te cuidara. —sonrió tierno.

—Ya… Iván.

— ¿Qué pasa? —preguntó confuso.

—Nada, cosas mías. —di mi primer puñetazo.

—Muy bueno. Sigue, descárgalo todo.

Seguí dándole puñetazos al saco hasta la extenuación de mi cuerpo y un poco más.

Rubén agarraba el saco con fuerza, igual que había hecho Iván días antes, y yo le daba cada vez con más ganas.

Y alguna duda que otra salió a la luz sin yo quererlo.

— ¿Sabes realmente qué tienen Iván y Carla?

A Rubén no pareció sorprenderle mi pregunta, como si supiera por qué estaba yo aquí realmente, por qué le pegaba al saco con tanta fuerza y a qué se debían mis ganas de matar.

—Nada, tonterías. A Iván no le convence del todo y ella… ella es muy pegajosa.

—Entiendo.

Pero no entendía nada.

—No tienes de qué preocuparte. —me dijo con una sonrisa tierna y me guiñó un ojo.

Entendí menos todavía, si es que eso era posible.

—No me preocupo. Es que… quiero que esté a gusto. Y a veces siento que entorpezco su vida social… tú ya me entiendes…

—No es nada serio, tranquila.

Pero no me quedaba, ni mucho menos, tranquila.

Esa frase significaba que seguían viéndose, incluso después de mi conversación con ella. Él debió llamarla, supuse.

Me quemaba por dentro, así que solté otro puñetazo al saco, pero esta vez Rubén no lo agarraba firmemente, así que le dio un fuerte golpe en la cara y cayó al suelo.

— ¡Lo siento! ¡Lo siento! —grité y me agaché a donde estaba él.

Le puse las manos en la cara y la nariz le sangraba un poco, así que fui corriendo a por un trozo de papel al baño y, cuando volví, ya estaba acuclillado y con la espalda pegada a la pared.

—Vaya derechazo tienes, guapa… —rio.

—Joder, de verdad que lo siento muchísimo, pensé que lo agarrabas y...

—Tranquila, no te preocupes, es solo un toque. Buen toque, por cierto. —volvió a reír y yo lo hice con él.

—Te invito a algo ¿De acuerdo? Una coca cola, un café, lo que quieras.

—Te lo acepto.

Nos fuimos a la cafetería del gimnasio y pedimos dos bebidas energéticas. Los dos necesitábamos recuperar azúcar después de aquello.

Nos sentamos en una mesita, era pequeña, pero bastante alta, por lo que tuvimos que coger dos taburetes para estar más cómodos.

—Siento ser tan pesada con las preguntitas, pero… ¿Iván les había hablado de mí antes?

— ¿Qué si nos había hablado de ti? Puf… a todas horas. Te conocemos como si te hubiéramos parido, Alicia. —se carcajeó y yo sonreí encantada.

— ¿Tanto?

—Tanto… —sonrió, como si supiera que sus palabras me tranquilizaban.

—Y… ¿Qué les ha dicho? Si se puede saber, claro…

La cotilla de pacotilla que llevaba dentro se estaba soltando la melena y ya no había manera de que se callase, tampoco intenté que lo hiciera.

—Pues de todo. Eres tan guapa como nos dijo ¿Sabes? —sonrió y yo me avergoncé. —Fuerte, simpática, chistosa y, sobre todo, eso de que daba gusto estar contigo, que daba igual cómo, cuándo o dónde, pero que contigo el tiempo pasaba más deprisa.

Me sonrojé tanto que mis coloretes, aparte de deberse al esfuerzo que había hecho anteriormente, se me encendieron como dos bombillas de semáforo.

—Vaya.

— ¿Te gusta él? —preguntó directamente.

Yo me quedé en shock.

¿Qué iba a contestarle yo ahora? No podía contestarle, yo no estaba preparada para asimilarlo en mi cabeza, mucho menos para decirlo en voz alta.

Por suerte llegó Borja y me salvó de la más acusatoria de las preguntas.

— ¡Hola chicos! ¿Qué coño te ha pasado? —le preguntó a Rubén mientras éste me señalaba.

—Culpa mía… —levanté la mano y él comenzó a reírse. Rubén y yo también lo hicimos.

— ¡Te ha tumbado! ¡Esa es mi Alicia! —levantó sus cinco y yo le choqué los míos.

—Me ha dejado para el arrastre, hermano.

—Eres una nenaza… —se rio aún más.

Cogió otro taburete, le pidió a la simpática camarera otra bebida como la nuestra y se acomodó a nuestro lado.

—Y ¿De qué hablaban? —preguntó intrigado.

— ¡De nada! De su nariz. —reí y, por suerte, Rubén me siguió el rollo.

—Sí, nos acabamos de sentar porque me ha dejado metido en fatiga, la tía…

—Qué blandito te me pones… y ¿Dónde está Iván?

Su nombre taladró mis oídos.

—Trabajando. —contesté y súbitamente recordé que me había enviado un mensaje que yo no había visto aún.

Saqué el móvil de la pequeña mochila que me había traído para guardar las llaves de casa y la cartera y lo vi.

Iván: *Sé que anoche lo viste. No es lo que piensas. Te veo al medio día, hoy salgo pronto. 9:01*

Un cosquilleo me recorrió el estómago, aunque la cosa no quedaría ahí, claro.

Yo era muy vengativa ¿Lo he dicho ya? ¿No? Pues lo era.

—Oye… ya es casi la una… ¿Les apetece comer algo por aquí cerca?

—Me apunto. —dijo Borja dando su último sorbo a la bebida.

—Yo creo que hoy me merezco un capricho… —rio Rubén.

Los tres nos fuimos a "La Miñoca" un bar que había no muy lejos de allí.

Por suerte, conseguimos mesa enseguida. Era un sitio muy transitado así que no era raro ver a gente sentada en los alrededores, como aves de rapiña, esperando a que alguno se levantara de su mesa para poder sentarse.

Pedimos unas tapas y un botellín de cerveza por cabeza.

El tiempo seguía como estos últimos días. Una extraña ola de calor, mucha calima y, gracias a Dios, una leve brisa que nos permitía respirar un poco.

Perfecto para sentarse en una terraza, como en la que estábamos, con El Charco de San Ginés en frente.

Los barcos que estaban fondeados allí se balanceaban suavemente con la brisa marina y los niños corrían por el paseo y daban pan a los peces entre risas.

—Bueno, Alicia, y ¿Qué tal en Fuerteventura? —preguntó Borja.

Él no tenía por qué saberlo, así que supuse que Iván se lo había comentado a todos.

—Pues muy bien, la verdad. Mi madre muy pacífica, algo fuera de lo común, así que disfruté mucho de ella y de la comida casera. —sonreí y le di un sorbo a mi cerveza.

— ¡Qué bien! Podríamos irnos todos, quizás un fin de semana y acampar en alguna playa ¿No?

—Te apuntas a un bombardeo eh… —se rio Rubén.

—Hay que apuntarse a todo, Rubén, que la vida son dos días y uno de ellos lo pasamos en el gimnasio.

— ¿Sigue en pie la acampada de este fin de semana? —pregunté intrigada.

No me lo había planteado hasta ahora, pero quizás irían más chicas sin ser yo y lo cierto es que no me sentía muy a gusto tratando con el sexo femenino, llámenme machona, pero es así. Siempre compaginé mejor con ellos que con ellas, desde el colegio.

Y, ahora que me paraba a pensarlo, quizás Iván llevase a Carla, entonces

ya sería el acabose de la incomodidad para mí.

Por supuesto, no iba a hacerles saber a ninguno que me molestaba su presencia y mucho menos a Iván, ya sería el colmo, pero sí que me incomodaba y si ella iba a ir… yo prefería no hacerlo.

— ¡Claro! Que nadie se eche para atrás ahora, para una vez que coincidimos todos…

— ¿Todos? —pregunté para asegurarme de quién o quienes estaban incluidos en el plan.

—Sí, nosotros, Iván, David, Samuel, Alex y por supuesto tú.

— ¡Qué haré yo entre tanto hombre! —me reí.

—Creo que tendrás un gran abanico de posibilidades, créeme. —sonrió abiertamente y Rubén le dio un codazo.

Yo me reí y, en cuanto nos trajeron las tapas de queso frito, papas arrugadas con mojo rojo, pulpo a la vinagreta y puntillas de calamar, sonó mi móvil.

—Es Iván. —en ese momento Borja fue quien le dio un codazo a Rubén y los dos rieron.

Iván: *Estoy en casa ¿dónde estás? 13:39*

—Oye, échense para acá, voy a mandarle una foto a Iván. —les dije con malicia.

Ellos enseguida se levantaron de sus sillas, botellín en mano, se pusieron uno a cada lado de mí y, con las cervezas levantadas y la sonrisa bien grande, saqué la foto.

—Se va a picar… —dijo Borja.

— ¿Por qué? —pregunté yo haciéndome la sueca.

Mientras hablábamos le envié la foto y él la vio enseguida. A veces esos ticks azules del whatsapp vienen bastante bien, sobre todo si eres tú quien intenta averiguar si han leído tus mensajes o no.

—Te hemos raptado sin que él lo sepa y estamos aquí tan ricamente mientras el curra…

—Para ser justos, la que los ha raptado he sido yo ¿Recuerdas?

— ¡Cierto! Me declaro inocente, que quede constancia ahí —dijo Borja señalando mi móvil mientras Rubén se reía.

Iván: *Qué bien te lo montas. 13:43*

¿Sabes otra desventaja de esto de la mensajería instantánea? Que no sabes

en qué tono te habla la otra persona y, claro, lo interpretas a tu libre albedrío.

Yo lo interpretaba como un simpático, *me cago en tu estampa, bonita y en la de ellos dos ni te digo.*

Pero, claro, esa era únicamente mi imaginación.

Alicia: *Vente, estamos en "la Miñoca", te esperamos aquí. 13:45*

En vista de que no contestaba, más que nada para saber si iba a venir o no, seguimos comiendo y, además, nos pedimos otros tres botellines de cerveza.

Reímos como si se fuera a acabar el mundo, hasta me olvidé de Carla y de todo lo extraño que pululaba en torno a su nombre.

Esos chicos me hacían bien.

Iván no contestó, se presentó sin más con una bermuda corta vaquera, rasgada por los muslos, una camisilla de las suyas, de esas que dejan poco a la imaginación, unas cholas y las gafas de sol. Esas que lo hacían más interesante si cabía.

Se sentó a mi lado, me pasó el brazo por mis hombros, me besó la mejilla y miró a sus compañeros por encima de las gafas.

—Qué bien se está aquí ¿No? —dijo él.

—Ya te digo. —le contestó Borja enseguida mientras Rubén asentía. — ¿A qué no te sabes la última?

—Poca cosa me sorprende ya… —rio.

—Aquí, tu… —Iván casi lo mató con la mirada. — ¡Alicia! Ha tumbado a Rubén. —se carcajeó. — ¡De un puñetazo!

—Qué exagerado es… —dije yo tímidamente.

No sé, la verdad, si era el calor y ojalá lo fuera, o si era el brazo de Iván acomodado encima de mis hombros lo que hacía que quisiera quedarme allí a vivir, pero sí, se estaba a gusto allí…

— ¡Qué dices! —dijo Iván sorprendido.

—Es que soltó el saco y, claro, yo le di y ¡Puf! se fue al suelo… —todos rieron.

—Me hizo sangre y todo eh… no te vayas a creer que fue un toquecito de nada…

— ¿Gimnasio sin mí? —me dijo Iván acercándose a mi oído y sonriendo.

—Tenía que desfogar… no te creas que voy así vestida por moda… —sonreí.

Aún tenía el panti y el top.

Nuestras bocas estaban demasiado cerca.

No miento si digo que ya lo habían estado en muchísimas otras ocasiones,

pero en esas otras yo no lo veía así, no como ahora. Y esa distancia que nos separaba se hacían milímetros en mi cabeza.

—Sexy… —me dijo mirándome por encima de las gafas.

Volví al mundo real después de que Rubén carraspeara, no podía seguir tentando a la suerte de esta manera.

El brazo de Iván no se movió de mis hombros y yo me sentía como si estuviese flotando en un mar de nubes de colores.

Él sí que era sexy.

19
Impulsos

Y, sin más, se hizo jueves. La semana se me iba de las manos sin darme cuenta. Iván ya se había ido a trabajar y yo me había quedado en casa intentando leer otra de esas novelas romanticonas. Seguía sin tragarme ninguna.

¡Con todas las que había leído en estos años! Cajas y cajas de novelas rosa pastel. Y, ahora, no había forma de llegar al tercer capítulo.

Supongo que era porque, en el fondo, yo seguía siendo una maldita solterona despechada y porque ya no creía en que nada de eso podía pasar y mucho menos a mí, claro.

Miré la caja de todas mis novelas favoritas, pasé mi dedo índice por todas y cada uno de sus cantos y me planteé seriamente donarlas a la biblioteca más cercana. Quería deshacerme de todas, no quería ninguna cerca de mí, nada de rosa pastel. Yo, por dentro ahora era roja, como el fuego en el que ardía.

Dejé la novela que había cogido, esa que iba de cómo todo encajaba cuando llegaba él y, en vez de poner su vida patas arriba, la ordenaba de una esquina a otra.

Y yo no quería orden, yo lo que quería era que me desarmaran por completo, que me desconcertaran. Ya no quería falsas certezas que juran amor eterno. Yo quería que me amaran hoy, que me besaran hoy, que me sintieran hoy y poder sentir yo también.

¡Qué me importaba a mí el mañana! Si el futuro se construía hoy.

Cogí la caja entera de libros y la metí debajo de la cama de Iván. Quería donar los libros, pero me daba cierta pena, así que, en lo que decidía qué hacer con ellos, los guardé ahí.

Me senté de nuevo en el sofá y resoplé. ¿Qué iba a hacer tantas horas metida en casa sola?

Me aburría.

No podía ir al gimnasio porque tenía agujetas hasta en el cielo de la boca y al dueño de la casa aún le quedaban varias horas para volver.

Jugueteé con el móvil un buen rato hasta que me llegó un mensaje de Jorge. Lo abrí sin pensar.

Jorge: *Qué poco te ha durado el luto. 11:45*

Envió una imagen.

Era una foto de Iván y mía, en "La Miñoca", se nos veía de espaldas justo en el momento en el que él se acercaba a mí para preguntarme si había ido al gimnasio sola.

Yo sonreía y él estaba muy pegado a mí, con su brazo reposado en mis hombros.

Miraba la foto una y otra vez, no podía parar de hacerlo y lo único en lo que pude pensar, antes de entrar en shock, era en qué bonita foto para enmarcar le había quedado.

Luego ya me saltaron las alarmas de su posible persecución a mi persona, de que hubiera contratado a un detective privado o de que a lo tonto iba a ser más famosa de lo que creía y tenía hasta un paparazzi.

Inmediatamente le contesté, no iba a quedarme con esa espinita clavada.

Alicia: *Deberías dedicarte a la fotografía, te ha quedado preciosa. Voy a enmarcarla. 11:50*

Yo me reí, aunque supuse que a él no debió hacerle la más mínima gracia.

Aproveché para enviársela a Iván. Sé que quedaba poco para que llegara, pero así tendría una excusa para hablar con él.

Me aburría demasiado ¿Vale? Entre otras cosas, claro…

Alicia: *Mira lo que me han mandado, quitando el hecho de que hemos salido genial, tenemos un paparazzi. 11:52*

Me reí justo antes de ir a por un helado al congelador.

Definitivamente, esto de estar en casa, sola y sin nada mejor que hacer iba a acabar con mi figura.

Iván: *La que se hubiera liado si te hubiera besado ¿eh? 11:54*
Dile a tu amigo el fotógrafo que no se toquetee mirándola jaja. 11:55

Pasados dos días, me encontraron muerta de un shock múltiple, tirada en la alfombra y cubierta de helado ya derretido.

Fin de la historia.

Después de leer el mensaje unas cien veces, de sentarme en el sofá y comer helado como si me importara un pepino y medio las cantidades estratosféricas de calorías insanas que me estaba metiendo entre pecho y espalda y de imaginar mil veces ese condenado beso, le contesté.

Alicia: *Chulo playa. 12:00*

Y ya está. ¿Para qué más? Si él ya lo había dicho todo…

La que se hubiera liado si llega a besarme, sobre todo entre nosotros, porque ese beso lo hubiera estropeado todo.

Nuestra amistad de más allá de los confines del universo, nuestro bienestar en casa, nuestro…

A la mierda todo.

Asúmelo, Alicia, me dije a mi misma. Tú querías ese beso y ahora en lo único en lo que puedes pensar es en si él, en ese momento, pensó en besarte.

El primer paso para superar cualquier problema era admitirlo ¿No?

Pues yo lo admitía. Para mi adentro y lo más bajito posible para que el resto de mi cerebro no se enterara, pero lo admitía.

¿Y si ese beso lo hubiera arreglado todo?

Quién diría que hace más de un mes yo estaba saliendo a patadas de casa del anormal de Jorge. Quizás él tenía razón y el luto se me había pasado demasiado deprisa.

No era lo normal ¿No? Quizás la anormal era yo y no era lógico que me plantease el simple hecho de besar a mi amigo.

Tenía que frenar.

Quizás lo único que sentía eran impulsos y nada más, quizás fuera yo la que lo estropeara todo pensando en lo que pudiera pasar entre nosotros y eso sí que no podía permitirlo.

Habíamos vivido demasiadas cosas juntos, demasiadas como para dejar de hacerlo.

Impulsos y nada más.

Impulsos que yo tenía la obligación de frenar, de apagar si fuera posible o de, simplemente, no exteriorizar.

—Impulsos… —dije en voz alta.

Pero es que todo se movía por impulsos, absolutamente todo.

¿Entonces? Por qué tenía yo que frenar los míos si era lo que sentía.

Y si tan solo tuviera que dejarme llevar para que todo explotase como un gran destello, como una nube de color, como un millón de fuegos artificiales.

Como un relámpago púrpura que surca el cielo de repente, como la magia en sí misma.

Yo quería color, quería la sensación de que por dentro me invadiera ese calambre que te hace sentir que sigues viva.

Y, estoy casi segura, de que todo eso pasaba por sus labios.

La cuestión estaba ahora en si estaba dispuesta a averiguarlo o no.

20
Su padre

Intenté sacar el tema tantas veces como pude, pero él me esquivó todas y cada una de las veces.

Con lo bien que se le daba echar indirectas por mensajito y en vivo y en directo se acobardaba.

Preparamos todo para la acampada y a mí me surgió una duda más que notable. ¿Dónde íbamos a dormir? Porque yo sería muy macha para algunas cosas, pero en una caseta de tela no me quedaba ni muerta.

Malas experiencias que pertenecen a otra historia y que no pienso contar ahora mismo. Únicamente diré que hubo culos al aire, carreras tapándonos nuestras partes pudendas y muchos *nunca más*. Así que no. Me negaba en rotundo.

—Bueno y a todo esto ¿Dónde vamos a dormir?

—Mi padre nos presta la furgoneta, tiene cama y estaremos muy cómodos.

Los dos en una furgoneta, en la playa, con la luna y las estrellas encima, con dos cervezas de más y muy juntos en esa minúscula cama.

Perfecto, dije irónicamente para mi adentro.

Ya habíamos dormido juntos en anteriores ocasiones, pero en ninguna de ellas yo ansiaba que él se pegara un poco más.

—Y ¿No estaremos muy justos de espacio? —pregunté yo mientras metía el bikini en el bolso.

—Nos arrejuntamos y solucionado. —dijo con total normalidad.

—Ya…

— ¿No quieres rozarte conmigo o qué? —se acercó a mí y me cogió por la cintura.

Me acercó tanto a su cuerpo que el aire era inexistente entre nosotros.

Sonreía. Sonreía tanto que a mí se me contagió sin quererlo.

—Si no queda más remedio… —dije risueña y pasé mis manos por su cuello.

Juro por el chocolate más sagrado que un destello salió de sus ojos e

impactó con el relámpago que salió de los míos.

Quizás él no se dio cuenta, pero yo sí que vi a esas dos luces brillantes unirse hasta convertirse en una sola.

Apoyé mi mejilla en su pecho y sentí como él inspiraba el aroma a frutas que tenía mi pelo.

—Lo vamos a pasar genial, ya verás.

— ¿Te puedo hacer una pregunta?

Lo dije casi sin pensar y él me contestó una milésima de segundo después.

—Y dos también.

— ¿Por qué no puedo estar triste por lo de Jorge?

—Porque en el fondo sabías que no era el hombre de tu vida. Porque sabías que algo no iba bien y desde que descubriste que algo no cuadraba te has ido preparando sin saberlo hasta ahora, o puede que solo sea porque estabas con él por costumbre y no porque estuvieras enamorada. Quizás lo estuviste en algún momento, pero se esfumó sin darte cuenta.

—Crees que ha sido un trámite.

—Podría llamarse así, sí.

—Me siento rabiosa, pero debería estar un poco triste al menos ¿No?

—Alicia. —separó con sus manos mi rostro de su pecho y me miró directamente a los ojos. —En el fondo tenemos la felicidad enquistada, por eso nunca llegamos a ser infelices del todo. Siempre encontramos algo por lo que seguir y quizás tú ya hayas encontrado ese algo.

¿Sabes ese calambre interno que nombré ayer? Pues era este, este que ahora yo sentía recorriendo todo mi interior. Aquí estaba y no quería que volviera a irse nunca.

—Sí, creo que sí lo he encontrado. —dije sonriendo y sin parar de mirarle a los ojos.

—Pues ahora no lo sueltes nunca. —me besó la frente y siguió metiendo sus cosas en la maleta.

Yo me quedé quieta, mirándolo varios minutos hasta que reparó en que yo no dejaba de observarlo.

—No sé en qué momento has madurado tanto…

—Bueno, a veces hay que dejar el cachondeo a un lado. Sigo siendo el mismo idiota de siempre.

Y eso me preocupaba.

Quizás él no había cambiado en absoluto, seguía siendo el mismo y era yo la que había cambiado o quizás, solo quizás, habían sido las circunstancias las que habían variado.

Nos dimos toda la prisa que pudimos en recopilar todas las cosas que nos

pudieran hacer falta el resto del fin de semana, nos quedaríamos allí esta noche y la noche del sábado.

— ¿Lo tenemos todo? —pregunté.

—Cojo las cañas de pescar y vamos a por la furgo.

— ¿Vas a presentarme a tu padre? —pregunté como si eso tuviera importancia.

—Claro ¿Algún problema? —dejó de trastear con su mochila y me miró.

—Supongo que no.

—Aunque tengo un dilema ¿Sabes? —se rio.

—Sorpréndeme…

— ¿Cómo debería presentarte? —mis ojos se abrieron al máximo. —Como una amiga, como mi compañera de piso o como…

—Amiga estará bien. —no lo dejé acabar.

Él se rio bastante. No sé si porque vio en mis ojos el pánico o porque sabía lo que iba a decir a continuación y no lo dejé acabar. En cualquier caso, amiga era la descripción que más se ajustaba a nosotros.

Al fin y al cabo, eso era lo que éramos, lo que habíamos sido todos estos años y lo que aún éramos hoy.

—Sabe que vives conmigo, Alicia.

Joder.

—Bueno pues entonces no hacen falta presentaciones ¿No? Seré Alicia, la chica rara que vive contigo. —reí.

—Te describe a la perfección. —rio también.

Después de haber metido todo en su coche nos fuimos con bastante prisa a casa de su padre. Los chicos ya habían mandado varios mensajes avisándonos de que ya habían llegado a Papagayo y preguntando dónde demonios nos habíamos metido.

Vaya prisas, pensé, si aún eran las diez de la mañana, bastante había madrugado ya como para que me llamaran tardona.

Diez minutos después ya habíamos aparcado el coche en frente de la casa del padre de Iván y, mientras él tocaba el timbre, yo me dispuse a sacar mis bártulos del coche.

No es que tuviera prisa por irme, lo que realmente ocurría es que, y aun no entiendo el por qué, me daba una vergüenza exagerada conocer a aquel hombre.

No tardó en salir a abrazar a su hijo. Iván ya me había comentado que era muy cariñoso con todo el mundo, pero sobre todo con él. La verdad es que tenía un aspecto afable. Bigote canoso, cabello corto del mismo color. Gafas antiguas levemente ahumadas, de esas que se vuelven oscuras cuando les da el

Sol. Camisa de cuadros y botones de manga corta y chinos. La verdad es que daban ganas de abrazarlo y ese momento no se hizo de rogar.

—Ali, ven. —me dijo Iván con una sonrisa más que grande. —Este es mi padre, Manuel.

Yo me acerqué con pasos pequeños, como si los cordones de mis "All Star" se hubieran atado entre sí y no me dejaran dar pasos de más de cinco centímetros.

—Buenos días, Alicia. Se han quedado cortos hablándome de lo guapa que eres. —me dijo sonriente.

Lo que me faltaba ya para morirme de la vergüenza.

—Buenos días, señor. Encantada de conocerle. —dije acercándome un poco más.

— ¡Señor! Madre mía… Llámame Manuel, cariño, estamos en familia. Ven aquí y dame un abrazo. —me acercó él mismo y me acurrucó entre sus brazos.

Sentí una conexión tan extraña, tan extrañamente familiar con él, que me costó no quedarme el resto del día entre sus brazos.

En ese momento me di cuenta de cuánto echaba de menos a mi padre, de cuánto necesitaba ese abrazo con tintes paternos, de cuánto necesitaba a mi familia.

—Me alegro de que te guste, papá. —dijo Iván muy sonriente.

— ¿Bromeas? Es preciosa, cariñosa y tiene una sonrisa tan bonita como la que tenía tu madre. Bendita mujer… —dijo un poco triste. —A ver cuándo vienen los dos a comer, que me tienen en el olvido.

— ¿El domingo? —dije yo sin pensar.

Me había tocado la fibra, la más sensible de todas y no pude estar callada el tiempo suficiente como para no meter la pata de esta manera.

— ¡Perfecto! Haré una paella ¡Me gusta esta chica, hijo! —se rio, le palmeó la espalda mientras Iván estaba aún en shock y yo me encogí de hombros y reí.

Una vez cogimos la furgoneta, nos despedimos de su padre hasta el domingo y me prometí a mí misma llamar al mío cuando hubiéramos llegado.

Subimos todos los bártulos a la furgoneta, cuya cama era minúscula, por cierto, y nos pusimos en camino.

Iván aún no había soltado prenda sobre mi impulso de organizar esa comida medianamente familiar para el domingo, pero no tardó.

— ¿Me quieres explicar qué ha pasado ahí? —dijo sin mirarme, conducía demasiado despacio.

—No lo sé. Lo siento, de verdad. Es que hace mucho que no veo a mi

padre y el tuyo es tan… tan cariñoso, que no pude resistirlo. Podemos cancelarlo si quieres.

— ¿Estas de broma? Me parece genial, a él le has encantado.

Respiré más calmada.

— ¿Sí? ¿Tú crees? —pregunté sonrojada.

—Y tanto… Gracias.

— ¿Por qué? —pregunté confusa.

—Por ser así, como eres. —sonrió y yo acabé de ponerme roja como una sandía en pleno verano.

No tardaríamos en llegar a la playa, cosa que agradecí enormemente. Necesitaba meterme en el agua y que estuviera lo más congelada posible para quitarme este calor tan asfixiante que sentía encima de mis hombros.

Él se quitó la camisa en el primer semáforo que pillamos en rojo y, ahora, más que encima de mis hombros, el calor lo sentía bastante más al sur de mi cuerpo.

No se podía ser tan guapo, estar tan bueno, ser tan… perfecto.

¡No se podía!

21
El mío

Llegamos a la playa no mucho después. Iván le había pisado un poco al pedal del acelerador y nos habíamos puesto allí en no más de veinte minutos.

Los chicos nos recibieron con vítores y con aspavientos de brazos, dando gracias al cielo por habernos traído hasta aquí, una hora después de la programada, para empezar con las actividades que tenían pensadas para el día de hoy.

Se habían traído de todo. Casi parecíamos un grupo que va de vacaciones y que se pillan una de esas excursiones guiadas con kayaks, pesca submarina, buceo y, si me descuido, en cualquier momento sacarán una lancha de alguna de las furgonetas y haremos una pequeña visita a Isla de Lobos. Yo ya me esperaba cualquier cosa.

Ya habían armado el campamento. Estaba la barbacoa con todo lo necesario para encenderla cuando hubieran pescado el almuerzo. Las cañas también estaban preparadas para que cada uno las cogiera y se fueran de paseo y también el fusil de Alex, que no vendría hasta más tarde. Neveras para parar un tsunami llenas de cervezas y refrescos. Carne como para alimentar a un pueblo entero y sonrisas por doquier.

— ¿Te animas Alicia? Te he traído una para ti. —me sonrió David mientras me señalaba las cañas de pescar.

— ¿De verdad quieres darme un arma? Puedo causar estragos con eso… —me reí y él también.

—No estoy muy seguro, pero podemos intentarlo, te enseñaré.

Y cómo podía negarme a esa carita de porcelana que me sonreía de esa manera. Qué dulce era.

—Venga va. Pero si la lío será culpa tuya. —dije alzando las manos a modo de declaración de inocencia.

—Me arriesgaré.

—Dame un segundo. Tengo que hacer una llamada y estoy contigo ¿Vale?

— ¡Te espero!

Me di la vuelta y volví a entrar en la furgoneta de Iván, aún tenía esa llamada pendiente y no iba a dejar pasar ni un día más. Necesitaba oírlo.

Cogí el móvil y marqué su número de memoria a la vez que cerraba los ojos.

—Alicia…

Su voz resonó tan profundo en mi interior que se apoderó de mí un enorme escalofrío. Toda mi piel se erizó al escucharlo.

Su voz era ronca, como si acabara de fumarse una caja de Krüger y se hubiera bebido dos vasos hasta arriba de Whisky, sin embargo, en mí sonaba como la más dulce de las melodías.

Me costó bastante responder sin que se me saltaran las lágrimas. Intentaba articular un simple hola, pero me ahogaba la pena.

Necesitaba tanto abrazarlo, sentirlo cerca de mí que no era capaz de hablar.

En mi imaginación lograba verlo con tanta claridad que, si alargara un poco el brazo, casi podría tocarlo.

Alto, fornido. Su cabello aún se resistía a ser blanco del todo y su sonrisa era la más mágica que alcanzo a recordar. Sus ojos, como los míos eran azules, aunque él siempre supo lucirlos con más gracia. Gafas de pasta encima de una nariz prominente que dejaba a sus pies una barba siempre perfectamente recortada y siempre un libro en la mano.

—Hola, papá. —alcancé a decir en un suspiro.

—Dios, Alicia… ¿Cuánto tiempo ha pasado hija?

—No lo sé… demasiado. —no pude evitar dejar salir las lágrimas.

Mi padre nunca fue muy dado a las palabras, siempre se expresaba mejor escribiendo que abriendo la boca, por lo que nunca hablamos demasiado.

—Sí… demasiado.

— ¿Qué tal estás? —pregunté mientras limpiaba mis lágrimas con una de mis manos.

—Bien, cariño, bien. ¿Tú qué tal estás? Cuéntame. Me alegra tanto oírte.

—Pues, para qué mentir, no estoy pasando un buen momento, papá. Lo he dejado con Jorge y estoy viviendo de ocupa en casa de un amigo.

— ¿Qué me dices Alicia? ¿Qué ha pasado?

—Mejor dejamos los detalles. No es agradable.

—Bueno… sabes que, a pesar de todo, puedes contarme lo que quieras. Soy tu padre y estoy aquí siempre ¿Me oyes?

Rompí a llorar y creo que él también.

No se podía estar tanto tiempo sin hablar con un padre, simplemente, no se podía.

Sin darme cuenta Iván abrió de un tirón la puerta y me agarró la mano.

Yo lo miré y le hice señas para que no armara un espectáculo, no era quien él creía y ya venía en posición de ataque.

—Lo sé, papá.

Iván se relajó visiblemente y me atrajo hasta él para abrazarme.

—Tengo tantas ganas de verte, de abrazarte.

—Y yo, papá. Te echo tantísimo de menos…

Me aferré a Iván tanto, que creo que mis uñas se clavaban en su piel hasta dejar marca, casi pensé que, al hacerlo, mi padre podría sentirlo también.

Iván no se separó de mi lado, es más, me abrazó más fuerte aún.

— ¿Te gustaría venir? Unos días…

—Me encantaría, papá. Pero empiezo el lunes a trabajar y no tengo dinero para pagarme el viaje… —miré a Iván y él me sonrió a la vez que me acariciaba la mejilla.

—Haremos algo. Envíame un mensaje con los datos de tu amigo y compraré dos billetes para el próximo fin de semana ¿De acuerdo? Debo conocer al chico con el que vives y darle las gracias por cuidarte ¿No crees? Y a ti… a ti te voy a abrazar tan fuerte que no habrá espacio para las penas.

— ¡Pero, papá!

—Ni peros ni papas. —reí y él también.

—No sé si él va a querer ir… —miré a Iván y su cara desprendía confusión.

—Claro que querrá. Envíamelos y vamos hablando ¿De acuerdo?

—Está bien. Te quiero, papá. —sonreí.

—Y yo a ti, Alicia. Y yo a ti.

Colgamos y me abracé a Iván para llorar lo que me quedaba dentro, ya pensaría después cómo explicarle que mi padre quería conocerlo y que nos iba a pagar el viaje…

Era raro, como poco lo era.

— ¿Estás bien Ali? —preguntó mientras me daba un tierno beso en la cabeza.

—Sí, sí. Es que… hacía demasiado tiempo que no hablaba con mi padre.

—Es normal, tranquila. —me abrazó más fuerte.

— ¿Sería demasiado raro pedirte que me acompañes a verlo? —pregunté sin mirarlo.

—Ehm…

—Olvídalo. No quiero incomodarte.

Asumía que no era normal lo que le estaba pidiendo y no me molestaba que me respondiera con una negativa.

—No me incomodas, Alicia. —lo miré.

—Es que le he dicho que vivía contigo y me ha dicho que nos pagará los pasajes para ir el próximo fin de semana. Entiendo que suena raro ¿Vale? Tienes la total libertad para decir que no, prometo no enfadarme. —sonreí a medias.

En el fondo ni siquiera yo sabía si quería que dijera que sí o que no.

—No voy a hacerle ese feo a tu padre. Vivía en La Palma ¿Verdad?

—Sí…

—Estará bien ver un poco de verde para variar, ¿No crees? —rio y yo salté a sus brazos.

—Si es que eres lo mejor del mundo ¡Lo mejor! —los dos reímos a carcajadas.

— ¡Vamos tortolitos que se nos hace tarde! —gritó Samuel con dos cañas de pescar en las manos.

—Venga, se pondrán pesaditos si no vamos. —dijo Iván mientras me cogía en peso y me bajaba de la furgoneta.

Cerró la puerta y me dio la mano.

—Gracias por todo, Iván. De verdad. Creo que me has salvado la vida de tantas maneras que me va a faltar vida para agradecerte todo lo que haces por mí.

—Bueno… no es tan bonito como parece.

— ¿A qué te refieres?

—En realidad soy un egoísta. Solo quiero tenerte conmigo. —sonrió mirando hacia delante.

—En mi cabeza eso sigue sonando bien. —también sonreí.

Luchaba para mantener mis pies pegados a la arena porque las mariposas que habían nacido con su voz en mi estómago se empeñaban en elevarme y hacerme volar por ese cielo azul que ahora se extendía sobre nosotros.

No sé si él era consciente de cómo sonaban sus frases dentro de mi cabeza, no sé si yo era consciente de lo que estaba sintiendo en realidad. Tampoco si él podría sentir lo mismo, pero me permití el lujo de pensar que, quizás, algún día, las estrellas que manejaban nuestros caminos pudieran alinearse el tiempo suficiente como para comprobar si él sentía por mí lo que parecía que yo comenzaba a sentir por él.

Y ese día… ese día sería digno de recordar.

22
¡Ups!

No voy a engañar a nadie, se me daba de pena, pero, aun así, como buena alumna que era, me esforzaba y era bastante divertido, por lo menos yo me estaba meando de risa.

Lanzaba la caña como David me había enseñado y se me enredaba la tanza con la punta de mi caña o, peor, con la de alguno de ellos.

Parecía que mantenía una lucha a muerte, en la cual yo era la clara perdedora, con ese artilugio infernal y todos los chicos se partían de risa a la vez que, los que más cerca estaban de mí, se agachaban por si les asestaba un golpe en la cabeza.

¡No había manera humana de que mi anzuelo tocara el agua!

—A ver, Alicia. Así. Déjate llevar.

Se colocó a mis espaldas y me abrazó para coger la caña a la vez que lo hacía yo.

Todos nos miraron, pude verlo porque yo los había observado disimuladamente a todos ellos cuando David comenzaba a colocarse pegado a mi espalda.

Puso sus manos encima de las mías y con un balanceo digno de un profesional, con el que yo me dejé llevar con gusto, por fin lo logré. O lo logramos, mejor dicho.

El anzuelo toco el agua bastante más lejos de lo que podría haberlo hecho yo en la vida si no fuera por su ayuda.

— ¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho! —dije saltando y abrazando a David sin soltar la caña de pescar.

— ¡Aleluya! —gritó Samuel entre risas.

—Muy bien Ali. Ahora ¿Ves la boya? Pues cuando la veas hundirse tira de la caña rápido, a ver si hay suerte y pescas alguno grande, porque estos cafres de aquí… nada de nada… —me dijo David.

Al terminar me dio un dulce beso en la mejilla y se fue a por su caña.

Yo puse mi mano justo donde él me había besado y sonreí.

Era tan bueno, tan atento, tan achuchable…

Reparé, también, en que Iván me miraba raro, como si no le hubiera hecho gracia el hecho de que David tuviera demasiado contacto conmigo. Con lo simpático que era. Para mí sería imposible no cogerle cariño. Como el cariño que se le tiene a un hermano pequeño, o a un primo, no sé. Lo que sí sabía era interceptar los celos en la mirada de Iván y, para qué voy a mentir, me gustaba.

Mi boya se hundió de repente y del susto casi suelto la caña.

Tiré, pero la boya no volvió a salir a la luz como esperaba, así que tiré más fuerte, pero lo que quiera que se hubiese tragado la pequeña gamba que se aferraba al anzuelo de mi caña se emperraba en no salir a la superficie.

— ¡Tiburón! ¡Es un tiburón! —grité como una posesa mientras me sentaba en la piedra en la que hace unos segundos me encontraba de pie y tan segura de mí misma.

Todos se acercaron después de dejar sus cañas a un lado.

—Vale Ali. Tranquila. Tira suavemente. —me dijo David, que se había posicionado a mi lado.

— ¡Qué suavemente ni qué nada! ¡Si estoy tirando con todas mis fuerzas y el cachalote que hay ahí abajo no sale! ¡No sale! —grité histérica.

De repente ese monstruo marino dio un tirón que casi me hace perder la caña de vista, momento en el que los demás se sobresaltaron y me ayudaron a tirar.

— ¿Qué coño ha sido eso? —dijo Borja aturdido.

— ¡Qué tiren, joder! —grité yo para que me echaran un cable.

Bueno, un cable, no. Lo que yo necesitaba era que cada uno pusiera sus dos jodidas manos y tirasen conmigo para sacar a la kilométrica criatura que debía estar tirando de mí al otro lado.

Al final iba a pescarme ella y me haría a la plancha allá abajo, en el fondo del mar.

— ¿Pero qué coño has pescado, Alicia? ¿Una maldita ballena? —dijo Borja mientras tiraba con todas sus fuerzas.

Parecíamos imbéciles. Seis malditos imbéciles tirando de una caña con toda nuestra alma.

Cuesta creer que, al otro lado, hubiera únicamente un pez. Uno contra seis. Qué ridículo sonaba.

Pero él estaba en su elemento y, quizás, su tamaño allí abajo fuera equivalente al nuestro aquí arriba.

Yo solo quería soltarla, de verdad, lo quería con todas mis fuerzas, pero no lo hice.

Teniendo en cuenta que todas sus manos se agolpaban encima de las mías

y que sería imposible zafarme, quería verle la cara a ese condenado pez.

Por fin, después de los quince minutos más amargos y agotadores de mi vida, la boya salió a la superficie y, cinco minutos más tarde, le vimos los ojos a esa bestia parda.

— ¡Es un dorado! ¡Tiren, joder, tiren! —gritó David.

¿Un dorado? Un hijo de su mismísima madre lo llamaría yo.

Lo que nos había costado traerlo a flote. Aún alucinaba con el hecho de que la caña hubiera sido capaz de aguantar semejante batalla acuática.

Iván agarró la tanza con sus manos y comenzó a tirar por ella mientras yo seguía aferrada a la caña. Bueno, yo y todos los demás.

Al final conseguimos sacarlo del agua y era gigantesco.

Samuel y su experta visión en el campo de la pesca aseguró que pesaría sobre los ocho o nueve kilos y que íbamos a tener comida suficiente hasta para llevarnos a casa.

Todos me palmearon la espalda después de sentarse a respirar y de asegurarse de que aquella criatura sacada de la más honda de las profundidades marinas no volviera a retorcerse y a caer de nuevo al agua.

Yo seguía agarrada a la caña, aún flipaba con el hecho de haber sacado a ese bicho de ahí abajo y juré y perjuré que jamás volvería a meter mi pequeño cuerpo ahí dentro.

Quién sabía si un día, por hache o por be, alguno de esos monstruos marinos me llevaba al fondo. Y no, no estaba dispuesta a comprobarlo.

—Ya puedes soltarla, Ali. —me dijo Iván sentándose a mi lado y cogiendo la caña.

—Estoy en shock aún. Dios… qué pasada ¡Qué pasada! —dije en un grito eufórico.

—Lo sé. Ha sido espectacular. —rio.

Relajé mi cuerpo todo lo humanamente posible después de aquello, que era bastante poco.

Recosté mi cabeza en los muslos de Iván y cerré los ojos.

La luz del Sol traspasaba mis párpados sin esfuerzo. Brillaba tanto que casi era increíble pensar que aun estábamos en febrero, pero el invierno en las Canarias era así, veraniego como mínimo.

Él me acarició la cabeza mientras yo sonreía sin más.

Conseguí vaciar mi cabeza de todos los pensamientos habidos y por haber. Todo se quedó en blanco al sentir su contacto con mi pelo. Todo se apagó alrededor nuestro.

Me imaginé un mundo paralelo donde yo no fuera tan cobarde para según qué cosas y donde él me confesaba su secreto amor por mí desde siempre y me

reí.

Hasta en mi imaginación eso sonaba demasiado descabellado para ser mínimamente real.

— ¿De qué te ríes? —abrí los ojos y él me sonreía.

—Puf, mejor que no lo sepas. —volví a reír.

— ¡Vamos parejita! Que tenemos que llevar la cena al campamento base. —dijo Borja a la vez que cogía la cola de aquel animal.

David y Samuel lo ayudaban mientras Rubén se tomaba una cerveza y volvía a echar su anzuelo al mar.

Iván y yo también nos fuimos en dirección a donde habíamos montado el campamento y cuando llegamos allí había otra furgoneta, de color rojo, que se había unido a las nuestras.

Yo hablaba tranquilamente con Iván de lo caliente que estaba la arena y él intentaba convencerme, sin éxito de que nos fuésemos a dar un baño.

Cierto es que hacía un calor que rajaba las piedras, pero no me veía yo ahora mismo nadando en esas aguas, llámenme cobarde, lo merezco.

—Anda, vamos. Yo no voy a dejar que nada te arrastre al fondo.

Frase que, en mi cabeza, significó bastante más de lo que él jamás llegaría a imaginar.

De repente todos gritaron un sonoro ¡Aleluya! Para recibir al nuevo integrante que pasaría con nosotros el resto del fin de semana y que era el último componente del grupo que me faltaba por conocer.

Yo seguí debatiendo con Iván los pros y los contras de meterse ahí dentro y de que lo mejor y más seguro iba a ser echarnos una garrafa de agua por encima y listo. La mar de fresquitos íbamos a estar así.

— ¿Alicia? — dijo una voz que, en ese momento, me negué internamente a asimilar.

Y lo vi.

Vi su pelo rubio, su sonrisa que ahora reflejaba alegría y confusión a partes iguales. Vi ese flequillo que seguía cayendo con gracia sobre su frente. Lo vi a todo él y recé a la Tierra para que me tragase y me escupiese, no sé, en Australia, por ejemplo.

—Hola, Alejandro. —dije para la sorpresa de todos.

23
Se masca la tragedia

Después de que el resto del grupo nos mirase como si estuviera viendo un partido de tenis, con la mayor cara de asombro que se había visto jamás en un rostro humano, yo decidí romper el hielo, pero no pude.

Juro que quería hablar, explicar la situación, el por qué nos conocíamos, el por qué ninguno más lo sabía e incluso por qué no lo sabía ni yo.

Debí atar cabos… Su Alex era mi Alejandro. Que tampoco era mío, por supuesto, y que tranquilamente podría haber cientos con su mismo nombre en esta isla, pero él poco tardó en abrir la boca y meter, no la pata, sino el cuerpo hasta los hombros.

— ¡Amor de mi vida! Así que tus planes eran mis planes… Qué fin de semana tan romántico vamos a pasar juntos. —dijo con esa cara tan sensual suya.

En mí no surtió el más mínimo efecto, que conste, pero en Iván sí.

Y no es que le gustase la cara de su amigo, es que aún estaba en shock intentando asimilar la situación. No entendía qué estaba pasando.

Me miró con el ceño fruncido, como intentando averiguar qué demonios estaba pasando o, más bien, qué había pasado ya entre nosotros.

— ¿Se conocen? —preguntó Samuel estupefacto ante la situación.

— ¡Claro que sí! Nos conocimos en Fuerteventura el otro día y, ahora, apareces aquí como cosa del destino, otra vez… —se acercó dos pasos hacia mí y yo retrocedí uno por inercia.

Iván no dejaba de mirarme a la vez que escuchaba sus palabras. Yo no lo miraba a él, pero podía ver su rostro, enfadado y aturdido, por el rabillo del ojo.

Mis ojos estaban clavados en Alex, o en Alejandro, ya daba igual. Intentaba decirle con la mirada que se callara, que no dijera ni una palabra más. Dios… yo solo quería salir corriendo.

— ¡Vaya casualidad! —dijo Borja sin coscarse de lo que realmente pasaba.

—Y, bueno… ¿De qué conoces tú a éstos? —me preguntó él.

Yo no, pero mi cerebro debió ver ahí la oportunidad perfecta para dejarle claro que, conmigo, no iba a tener la más mínima posibilidad.

—Vivo con Iván. —dije a la vez que le cogía la mano.

Él seguía mirándome desde la inopia de no entender absolutamente nada de lo que estaba pasando, yo no quise ni mirarlo.

—Oh, joder. Tú eres esa Alicia… —dijo bastante agobiado.

— ¿Qué Alicia? —pregunté yo confusa.

Yo agarraba muy fuerte la mano de Iván, él, sin embargo, no agarraba la mía. Estaba ahí, como muerta entre mis dedos.

Los miré a todos con la intención de que alguno dijera algo que acabara con esta condenada conversación.

Un ¡Vamos a darnos un baño! O un ¡Qué calor hace! ¿Alguien quiere una cerveza? O un maldito ¡Vaya corte, venga a otra cosa! Cualquier maldita frase que cambiara de tema me hubiera valido, pero no.

Nadie parecía querer meterse en estas arenas movedizas en las que ahora me hundía yo.

—La Alicia que…

—Bueno, qué coincidencia ¿Eh? Ya no hace falta presentarles, así que ¿Quién se viene al agua? —dijo Rubén mientras fingía una risa.

—Creo que yo necesito un baño. —dijo Iván a la vez que se zafaba de mi mano.

Ni siquiera me miró esa vez, simplemente se fue hacia el agua y me dejó allí, enfrente de Alex sin saber qué hacer. Si matarlo y hacer que pareciera un accidente o si huir a la más recóndita de las islas.

Él, sin embargo, parecía tenerlo más claro. Tanto, como que se acercó a mí una vez hubieron desaparecido los demás chicos playa abajo.

— ¿Cómo no me dijiste que estabas con Iván, joder? —dijo bastante más estresado.

— ¿Perdón? ¡Y qué iba a saber yo que tú eras su amigo! Además, tú y yo no hicimos absolutamente nada.

— ¡¿Cómo qué no?! Te besé, Alicia, te besé y… mierda.

—Primero, eso lo he borrado de mi disquetera ¿De acuerdo? Y segundo, quitando el hecho de que fue una soberana tontería ¿Qué demonios te pone tan histérico? ¡Sólo vivo con Iván! Entre él y yo no hay absolutamente nada. —le dije, pero no era realmente lo que pensaba.

Yo sí que sentía cosas, claro que las sentía y por supuesto que estaba más histérica de lo que reflejaba mi cuerpo.

Y quizás debí mantener el pico cerrado, quizás debí usar mi capacidad de hablar de otra manera muy distinta, quizás debí utilizar otras palabras o quizás

debí usar ese plan de huida, pero no lo hice y como consecuencia tenía a un Alex con los ojos fuera de órbitas y a un Iván a mis espaldas completamente abatido, o eso me pareció a mí.

No debí andar muy mal encaminada, puesto que había vuelto para decir algo y se había marchado ya sin decir absolutamente nada. Ni una sola palabra.

—La que hemos liado… —dijo echándose las manos a la cara.

Joder. Joder, joder y joder, repetí su misma acción.

— ¿Me quieres explicar por qué demonios estás tan histérico? La que la he liado he sido yo, por tu culpa, que quede bien claro, pero he sido yo. Ya me he quedado en la calle otra vez…

Y ¿Por qué narices decía yo eso ahora? Si lo que menos me importaba era que me pusiera de patitas en la calle, de verdad que ni siquiera lo pensaba, pero mi boca se olvidó de todos los filtros y soltó esa burrada.

A mí lo que realmente me preocupaba era qué podía estar pensando él y por qué era tan dramático que besara a otro chico, si realmente él y yo no teníamos nada, a efectos prácticos éramos únicamente amigos.

— ¡Por que va a matarme! ¿Te parece poco? Tú no has visto a Iván cabreado…

—Llevo siendo su amiga más años de los que puedo acordarme ¡Claro que lo he visto cabreado!

— ¡¿Y en todos esos malditos años no se te ocurrió pensar que le gustabas?! ¿Qué estaba pilladísimo por ti? ¡¿Enamorado hasta las mismísimas trancas?! Si es que no hay que tener un master, cariño. —dijo a pleno pulmón y haciendo aspavientos con los brazos.

Yo me quedé quieta, muy quieta. Intentaba digerir todas sus palabras, todas y cada una de ellas.

Yo le gustaba y todo comenzaba a cobrar sentido.

Que le hubiera hablado tanto de mí a sus amigos, que su padre supiera quién era yo. Que me llamase todos los días desde que lo conozco, que quisiera quitar a Jorge de en medio. Que me invitase a quedarme en su casa… todo, todo tenía sentido ahora.

Y yo no había sido capaz de verlo.

No había palabras para describirme. O sí, quizás a partir del día de hoy, en el diccionario, al lado de imbécil, estuviera también mi nombre.

> ***Alicia:*** *1 [persona] que padece imbecilidad (deficiencia mental)*
> *2 [persona] que es poco inteligente o que se comporta con poca inteligencia.*
> ***Sinónimos:*** *imbécil, idiota, subnormal, estúpido, tonto, lelo, insensato,*

borrico, papanatas…

24

¡Qué he hecho yo para merecer esto! ah… ya.

La situación era, como poco, incómoda. Ya nadie sabía de qué hablar sin ofendernos y todas las conversaciones, bromas, chistes o tonterías que se nos ocurría decir parecían estar abocadas a hacer algún tipo de referencia mínima a lo que había pasado horas antes.

Alex seguía nervioso, apenas pasaba por donde estaba Iván y lo esquivaba con mucha clase.

Yo, sin embargo, opté por la opción de sentarme a su lado. Quizás no fue la mejor, pero supongo que, en mi cabeza, ese unicornio que se paseaba continuamente gritando "*wiii*" pensó que la mejor idea era estar junto a él por si se le ocurría abrir la boca para decir algo

Por supuesto, eso no pasó.

No dijo ni una sola palabra hasta que cayó la noche y, aun entonces, no fue para decir nada que clarificara ninguna de las preguntas, observaciones o gilipolleces que se me pasaban por la cabeza.

— ¿Hacemos la cena ya? —dijo mirando con desdén a Samuel.

Fue lo único que escuché de sus labios después de la gran metida de pata.

Y en algún momento explotaría, él o yo, no estaba claro quién se animaría a ser el primero, pero estaba claro que alguno de los dos estallaría como un balón de playa al que has metido demasiado aire. A nosotros ya nos habían metido demasiada presión y por algún lado tenía que salir.

No sabía cuándo, cómo o quién sería el primero en reventar, pero pasaría. Claro que pasaría.

—Sí, tengo un hambre mortal. —dijo Rubén.

Creo que fue uno de los pocos comentarios que parecía estar exento de alguna pulla que hiciera alusión a nosotros. A no ser, claro está, que Iván estuviera pensando en matar a Alex o en matarme a mí, entonces sí que hacía alusión.

—Pues vamos allá. Iván, échame una mano a encender la barbacoa. —le dijo Borja.

Él se acercó y yo me quedé sentada en la misma piedra que había estado calentando el resto de la tarde. Ni un baño me había dado, total para qué. Nada apagaría este fuego que sentía.

Observé cómo Iván se acercó a Borja y cómo este comenzó a hablarle muy bajito.

Nos dieron la espalda al resto y solo pudimos escuchar cuchicheos y ver cómo Borja le daba pequeños codazos a Iván en el costado, quizás animándolo a hacer algo o no sé, supongo que era difícil saberlo sin escuchar ni una mísera palabra.

Y mira que había afinado bien el oído, pero nada, nada de nada.

Rubén se sentó a mi lado y yo agradecí tener un poco de compañía que no fuera muda.

Había perdido la cuenta ya de las veces que había deseado cerrar los ojos y que, al abrirlos, todo hubiera sido un mal sueño o, y esto también lo había deseado con todas mis fuerzas, cerrar los ojos y aparecer en otro lugar cuando los abriera, uno menos hostil que este. Tampoco sería tan difícil, cualquier lugar lo sería.

— ¿Cómo estás? —me preguntó con una voz muy tierna.

—Pues ¿Cómo voy a estar? Histérica, patidifusa, en proceso de arrancarme los pelos de un tirón... vamos, lo normal.

—No seas tan dura contigo, no tenías porqué saberlo.

— ¿El qué? ¿Lo de que Iván estaba enamorado de mí o lo de que Alex era su íntimo amigo? Porque ninguna de las dos cosas las veía venir y creo sinceramente que este sería un buen momento para una embolia.

—Ninguna de las dos, Alicia. Vamos. —se levantó y me tendió la mano para ayudarme a que yo repitiera su acto. —Te vendrá bien pasear.

Me fui con él ¿Qué iba a hacer si no? ¿Quedarme allí sintiendo cómo todo mi interior se inmolaba?

Nos dirigimos a la orilla de la playa bajo la atenta mirada de todos los demás y no miento si digo que me dio igual que él mirase o no. Yo solo quería escapar de esa vorágine de estrés, agobio y mal rollo que se había formado en torno a nosotros tres.

—Creo que debería irme a casa, bueno… esa frase no tiene mucho sentido tampoco.

—Alicia… déjame que te explique.

—Es que no eres tú quien tiene que darme explicaciones, Rubén. Es él y posteriormente yo. No sé. Todo esto me ha pillado por sorpresa.

—Te pregunté el otro día si a ti te gustaba él y no respondiste… ¿Puedes hacerlo ahora?

—Claro que sí.

Lo admití sin esperar ni media milésima de segundo tras su pregunta. Claro que me gustaba él. Me encantaba todo lo que él representaba.

Seguridad, amor, cariño, simpatía, protección, calor, hogar… Podría pasarme días enumerando todo lo que, sin tapujos y sin miedos, significaba él para mí.

—Pues dime ¿Te gusta?

Pero él no entendió mi respuesta y mi cerebro volvió a hacer de las suyas.

—Es Iván, joder.

—Pues entonces mírale a los ojos y dile que no, Alicia. Ya ha sufrido bastante.

—Pero ¿Cómo voy a responder a una pregunta que él no me ha hecho?

El agua de la orilla bañaba nuestros pies y, aun así, no era capaz de refrescarme. Algo ardía en mí y tenía que sacarlo fuera.

—Te entiendo, no creas que no lo hago. Pero, al fin y al cabo, ustedes son amigos, deberían poder hablar de todo.

—Dejamos de poder hacer eso en el mismo momento en el que empezamos a mezclar sentimientos, Rubén.

—Entiendo… —agachó la cabeza y seguimos caminando.

Durante unos minutos no hubo palabras, ni siquiera suspiros sonoros que nos dieran una pista de lo que podría estar pensando el otro.

No hubo nada, únicamente silencio y el vaivén del mar.

—Sí. —gritó todo mi interior y, después, repitió mi boca.

— ¿Sí? —preguntó él confuso.

—Sí. Sí me gusta. Claro que me gusta ¿Cómo no iba a hacerlo? De hecho, no me gusta, me encanta. Me encanta todo de él. Menos esa manía suya de no expresarse cuando realmente tiene que hacerlo. Eso… eso lo odio. Odio que no dijera nada. ¿Por qué no dijo nada? Tendría que haberlo dicho antes y todo hubiera sido diferente, o no. No sé y esta incertidumbre me está consumiendo.

Casi parecía un monólogo mío porque él no dijo ni una sola palabra.

Yo balbuceaba frases sin sentido alguno para el resto pero que para mí lo significaban todo.

Hacía aspavientos con las manos intentando explicarme, pero no sabía si lo estaba consiguiendo. Decía frases más altas, otras más bajas, otras apenas audibles. Todo antes de que él me agarrase las manos y sus ojos oscuros impactaran de lleno con los míos.

—Díselo. Díselo todo. Irá bien, Alicia. —asentí y me eché a correr hacia el campamento.

Era ahora o nunca.

Corrí tanto que los pulmones, esos que acostumbran a bombear aire, se pararon por completo. Exceso de trabajo, supongo.

Me ardieron los pies al contacto con la arena, pero no se comparaba al ardor que sentía por dentro, ese que, por fin, iba a poder sacar sin miedos.

Llegué allí en menos de un minuto, o eso pensaba yo, quizás habían pasado quince y yo no lo había calculado. Solo quería ver a Iván y decirle todo lo que sentía, todo lo que había soltado en presencia de Rubén, quería decírselo todo.

Pero mi plan se vio truncado por una pequeña figura femenina que ahora se posicionaba a su lado.

Era de pelo castaño, rizado, sonrisa extraña, ojos demasiado grandes para su cara, piel anaranjada y, en su totalidad, el ser más extraño que había visto yo en mi vida con nombre de mujer.

Me frené en seco al verla e Iván me observó desconcertado.

Todos los demás me observaban, incluso ese bichillo raro que estaba a punto de abrir la boca en mi dirección me miró.

— ¡Hola, soy…!

—Carla.

Nombre que, en mi cabeza, resonó varias veces más, por lo que el unicornio que habitaba en ella perdió hasta el color de su cola. Esa que antes era como un arcoíris había cambiado su precioso color por un tono pálidamente blanco. El mismo tono del que se había quedado mi cara al verla.

Carla.

—Yo… —empezó a decir Iván al ver que la gran sonrisa que traía se había esfumado por completo.

—Ni te molestes. ¿Alguien me deja su móvil? El mío se ha quedado sin batería y necesito pedir un maldito taxi. —dije cabreada.

—Toma, Ali. —me dijo Borja con la misma cara que imagino tenía yo.

Reflejaba cabreo como poco y desesperación como mucho.

— ¡Gracias!

Llamé sin pensar, sin escuchar a nadie, y pedí ese taxi.

— ¿Viene alguno? —preguntó Rubén desde mi espalda.

—Sí, a la entrada del camino de tierra.

—Te llevo.

Los dos nos encaminamos a la furgoneta de Iván y cogí todas mis cosas para luego subirme en la de Rubén.

Él se limitó a mirarme mientras me iba y no dijo ni una sola palabra. Ni una minúscula puñetera palabra.

Así que me dispuse a subir a la furgoneta para largarme lo antes posible

de allí, pero alguien tiró de mi brazo antes de que pudiera hacerlo.

Miré atrás y lo vi con una expresión que desprendía tanto confusión como rabia.

—Espera. —dijo con una voz ronca y desgastada.

—Déjalo ¿Vale?

Y me soltó. No dijo nada más y yo tampoco.

Me subí a la furgoneta y, después de que inspirase con toda la fuerza que me quedaba, Rubén y yo nos marchamos.

Hoy no sería yo quien pasaría la noche con él, sería ella, la cosa que se había buscado para suplantarme. Con lo guapo que era él y se había juntado con… eso.

Hoy no habría declaraciones de amor, no habría besos bajo el puñetero manto de estrellas, no habría abrazos para combatir el frío de la noche, no habría nada más que lágrimas que martilleaban mis mejillas al bajar.

25
Maldecir no resta dolor

El taxi me recogió y me llevó hasta su casa. No sé si fue más doloroso volver sola o saber que él esa noche dormiría con otra que no era yo.

Abrí la puerta y me inundó enseguida su olor. Todo lo llenó su olor.

Tanto que maldije las novelas románticas y yo estaba viviendo una, totalmente al revés, pero una.

Yo ya conocía al chico y no aparecía en un momento catastrófico de mi vida, sino que siempre había estado ahí.

Tampoco era un cuento de color rosa pastel, lo mío era más bien tirando a negro azabache.

Pero lo seguía queriendo y eso sí que me dolía y sí que me hacía llorar.

Lloré a mares esa noche.

Lo hice en el cuarto de baño, en el sofá en el que intenté dormir y en su cama.

Su condenada cama que tanto me había abrazado a mí y a mis penas las noches que había pasado ahí.

Todo me parecía mentira esa noche. Todo. Hasta que mi vida fuera capaz de dar tantas vueltas de campana en tan poco tiempo.

¿Cómo podía enamorarse una de repente?

Sencillamente no se podía.

Esto ya venía de lejos. Muy lejos.

Siempre me pareció demasiado guapo. Estiloso, elegante, tierno, dulce, cariñoso, simpático y me hacía reír. Siempre conseguía hacerme reír.

Él siempre despertó algo oculto en mí. Siempre fue capaz de sacarme todo lo bueno, aunque yo estuviera de morros, aunque fuera el peor día que yo alcanzara a recordar. Él siempre lo mejoraba. Y, lo más importante de todo, con él podía ser yo misma todo el tiempo.

Y ahora, qué cosas, era él quien amargaba uno de mis días.

Esto sí que era nuevo.

Supongo que no era su culpa. Supongo que se cansó de enviar señales y no

recibir respuesta.

Pero yo… yo siempre lo había querido. Siempre. No tan intensamente como ahora, no tan locamente, tan desesperadamente, pero lo quise siempre y se lo decía a menudo.

Y ¿Cómo no va a ser extraño enamorarse de tu mejor amigo?

No hay forma de que no sea raro. Simplemente pasa. Ni siquiera te das cuenta, como es mi caso. Simplemente ocurre, sin más. Un día te das cuenta de que todos esos sentimientos han estado ahí siempre y que, ahora, se multiplican por mil.

Lo único que me faltaba era restar a Carla.

Maldita Carla.

¿Qué demonios viste en ella?

Y seguí llorando hasta que la noche se hizo día.

Sábado. Qué gracia.

Quizás nos hubiéramos besado la primera noche que pasáramos bajo el cielo nocturno en Papagayo, en esa minúscula cama que ahora compartiría con ella.

Qué gracia.

Quizás todo hubiera salido bien y, ya nos conocemos lo suficiente, como para que los primeros años fueran estupendos. Nada de tomas de contacto con la convivencia, nosotros ya habíamos pasado todas esas fases como amigos.

Ya no nos hacían falta pruebas, ya estaban todas las cartas sobre la mesa, todas menos nuestros corazones, que ahora se encontraban más lejos que nunca.

Me levanté de la cama aun bañada en lágrimas, preguntándome por qué demonios lloraba tanto ahora por él y no podía llorar por Jorge. Quizás él tuviera razón y lo que tenía con Jorge era una maldita farsa que habíamos alargado en el tiempo y quizás lo que yo sentía ahora era más verdadero que, no sé, que el azul del cielo.

De ésta me volvería poeta bohemia. Lo que me faltaba ya…

Me lavé la cara en el cuarto de baño y abrí las cortinas. Pleno día.

Fui a por mi móvil, que no había cargado aún y lo enchufé a la corriente. Justo al lado del sofá.

Me acurruqué con esa manta que, por suerte o por desgracia, también olía a él y esperé a que se encendiera.

Tenía cuatro notificaciones de mensajes nuevos en el *Whatsapp* y, la verdad, no supe si mirarlas.

Cualquier cosa que hubiera ahí dentro me iba a doler así que ¿Para qué verlo siquiera?

Pero la curiosidad era muy fuerte y, al final, tendría que leerlos, así que mejor ahora. Por lo menos, lo que tuviera que llorar, lo lloraría todo junto.

Dos números desconocidos, Ernesto y él.

Mierda.

***: *Ali, soy David. ¿Estás bien? Le he pillado tu número a Iván. Estamos todos pendientes por si necesitas cualquier cosa. Tú solo llama. 23:58*

Carita de porcelana… qué bueno era siempre conmigo.

Guardé su número, dejé caer un par de lágrimas y seguí.

***: *Alicia, soy Borja, si quieres pirarte de casa del capullo de Iván, la mía tiene dos habitaciones, piénsalo. 07:01*

Si es que era más majo y reventaba. También guardé su número y su proposición, por si no me quedaba otra salida que buscar otro cobijo.

Ernesto: *Buenos días, Alicia. Habíamos concretado tu vuelta para el lunes, pero, por causas ajenas a mí, no va a ser posible. Tendrías que empezar en el mes de abril. Las obras se van a alargar un poco porque no hay un albañil decente en esta isla. Lo siento, si te supone algún problema házmelo saber, si no, nos vemos el lunes en mi despacho para firmar tu contrato con fecha de inicio el 1 de abril. Espero que sigas queriendo subirte al carro. Un saludo y disculpa las molestias. 7:45*

¡Alabado sea el señor! ¡Como agua de mayo me venía a mí esto! ¡Dios bendiga a Ernesto, a la incompetencia de los albañiles que había contratado y a la madre que le parió!

Exploté en júbilo.

Este retraso me venía como anillo al dedo. Podría irme a ver a mi padre antes de lo previsto y sin la compañía prevista, pero eso ahora no importaba. Lo único que importaba era que podía irme lejos y reflexionar como era debido.

Supongo que también Iván agradecería tener espacio. Para él y para su amiguita, el bicho raro.

Maldita sea Carla.

Alicia: *No hay ningún problema, Ernesto. Por supuesto sigo interesada en el puesto, lo único que si no te importa el lunes envíame el contrato por*

mail, lo firmaré y te lo reenviaré el mismo día. Aprovecho y me voy de visita familiar. Un abrazo. 8:35

Una vez hube cerrado el asunto decidí llamar a mi padre para decirle la buena nueva. Por fin iba a poder abrazarlo, se me iría la vida en ese abrazo, ahora más que nunca lo necesitaba.

Pero antes tenía que ver ese último mensaje.

Iván: *Lo siento. 1:07*

Y el cielo al que había alabado hace apenas unos segundos, se me vino completamente encima.

Que lo sentía. Yo sí que lo sentía.

Lo sentía muy dentro de mí. Más de lo que jamás había sentido nunca y dolía.

Dolía como si alguien hubiera hundido sus garras en mis entrañas y me hubiera destrozado por completo el interior.

Dolía. Como si mil puñales se hubieran precipitado desde el firmamento y hubieran caído encima de mí.

Dolía tanto…

Alicia: *Yo también lo siento. Y sentirlo duele. 8:52*

Le contesté antes de volver a llorar como si no hubiera un mañana.

Llamé a mi padre cuando me hube calmado un poco. No quería preocuparlo antes de tiempo, no era necesario.

Lo cogió al segundo tono y yo respiré todo lo profundo que pude para no exteriorizar mi tristeza.

—Cariño ¿Qué tal estás?

Y su pregunta, como no podía ser de otra manera, me derrumbó.

—Papá… tengo que pedirte algo. —le dije gimoteando.

—Pero ¿Qué te pasa cielo? ¿Por qué lloras?

—Ya te lo contaré, pero me han atrasado la vuelta al trabajo hasta primeros de abril ¿Te importaría si me voy contigo unos días?

— ¿Cómo me va a importar, Alicia? Por Dios. No sería esa mi suerte… ¿Cuándo planeas venir?

—Hoy. —dije después de secar mis lágrimas.

—Te saco el billete y te mando los datos por correo ¿Tú amigo viene también? —volví a llorar amargamente. —Vale, lo entiendo. Te envío los

datos enseguida. Haz la maleta cariño. Puedes quedarte aquí el mes entero ¿Me oyes?

—Te quiero, papá.

Colgamos y me fui a toda prisa a preparar la maleta. Necesitaba salir de ahí lo antes posible, pensar con tranquilidad en un espacio donde no pudiera verlo y, mucho menos, sentir su olor.

Necesitaba alejarme.

26
Una maleta y un destino

No tardé en meter todo lo que podría hacerme falta. No era difícil, me había deshecho de la mayor parte de mis cosas, por lo que coger el resto no me llevó mucho tiempo.

Mi padre tampoco se demoró en enviarme los datos de mi billete, salía a las seis de la tarde y aún me daba tiempo de darme una buena ducha y de respirar profundo o, al menos, intentarlo.

Después de haber puesto la maleta en la puerta y de coger el móvil que ya estaba más que cargado decidí llamar a Borja.

Tardó unos cuantos tonos en responder la llamada, pero al final lo hizo.

— ¡Alicia! Por fin noticias tuyas ¿Cómo estás?

—Pues todo lo bien que se puede estar, supongo. Oye… necesito un favor.

—Pide por esa boquita.

—Primero que disimules si tienes a alguien delante, segundo que no cuentes a nadie lo que voy a decirte y tercero… necesito que me lleves al aeropuerto, no te lo pediría si tuviera para pillar más taxis. Ahora mismo tengo la cuenta tiritando.

— ¿Te vas? ¿A dónde Alicia? No me jodas ahora.

—Me voy a La Palma con mi padre. Necesito paz, Borja. Necesito respirar. Y aquí me falta el aire.

—Pero, Alicia, escúchame…

—Respóndeme a algo.

—Claro… —dijo en un suspiro, como si ya supiese qué era lo que iba a preguntarle.

— ¿Ha pasado la noche con ella? —dije mientras mi estómago se reducía hasta casi desaparecer.

—Sí.

—Pues no hay nada de qué hablar. No voy a reprocharle nada, si es eso lo que pretendes decirme, no podría hacerlo. Él y yo, a todos los efectos, somos solo amigos. No hay más. Simplemente ahora necesito estar en otro sitio ¿Me

entiendes?

—No lo comparto, pero sí, te entiendo. ¿A qué hora tengo que llevarte nena?

—A las seis es el vuelo. No facturo así que con que estemos allí una hora antes bastará.

—Estaré ahí a las tres ¿De acuerdo? Así almorzamos juntos. Ya me inventaré algo para escaparme sin levantar sospechas.

—Te adoro, de verdad. Millones de gracias.

—Déjate de ñoñadas. Me cabrea que te largues. —dijo visiblemente molesto.

—Te queda ñoña para rato, que me voy, pero volveré.

—No sé cuándo te he cogido este cariño tan enorme, de verdad. Anda, que me tienes comprado… Nos vemos ahora.

—Gracias.

Suspiró y colgó la llamada.

Yo miré a mi alrededor.

Vi cada uno de sus muebles y me entró hasta nostalgia por dejarlos, como si fueran míos… Ni siquiera cuando me fui de casa de Jorge sentí esta pena por dentro.

Pero era lo que había que hacer.

Desde el primer momento supe que la convivencia con Iván no nos llevaría a nada bueno, o acabábamos matándonos o liándonos y, al final, había ocurrido lo peor. La convivencia nos había distanciado. O, a lo mejor, la que nos distanciaba era yo, pero era lo que sentía que debía hacer.

Me senté en el sofá y comencé a respirar con normalidad, sin lágrimas que me cortasen la respiración ni batallas mentales que me llevasen al estado de ansiedad que tenía desde ayer.

Sonreí recordando nuestras batallitas.

Como aquella vez que tuvimos que escapar de un pub porque él había perdido los calzoncillos y la chica que se los había quitado los llevaba colgados al cuello.

O aquella vez que yo me había cogido tal borrachera de ron que me tuvo que llevar al coche a rastras.

O aquella que aparecimos, aún no sabemos cómo, en un barco rumbo a Gran Canaria sin recordar absolutamente nada de lo que había sucedido la noche anterior.

O las veces que nos abrazábamos sin que significara nada más allá que un abrazo de dos amigos que se quieren. O las veces que hablábamos hasta agotar la batería del móvil…

Habíamos vivido tanto juntos que ahora no podía permitir que todo eso se emborronase.

Borja tocó el timbre mucho antes de lo previsto. Apenas había pasado una media hora desde que lo llamé y me senté a divagar en el sofá.

Abrí después de apartar la maleta en la que había envasado al vacío todas las cosas que quería llevarme. No quería facturar, así que tuve que embutirlo en esa minúscula maleta de cabina.

Vestía una bermuda roja que le llegaba por encima de las rodillas, una camisilla blanca con un logo que no supe reconocer y unas cholas de playa. Enamoraría a cualquiera con esa mirada.

Yo iba más tapadita, con mis vaqueros pitillos rasgados por las rodillas, mi camisa gris con lunares blancos y mis “All Star”.

También me había pintado los labios de rosa fucsia, no es que me apeteciera, pero tampoco iba a llegar a los brazos de mi padre pareciendo un zombi y este color me alegraba un poco la cara de funeral que llevaba.

—Te has adelantado. —sonreí.

—He aprovechado que se han ido a pescar, les he dicho que me encontraba mal y ¡Aquí estoy!

—Me alegro de que hayas podido venir, de verdad.

—Yo no me alegraré tanto cuando Iván sepa que te he ayudado a escapar… Me matará como poco, quizás antes de eso me torture…

—Creo que va a agradecer que me vaya. Evitaremos muchas situaciones incómodas y, al final, es lo mejor para los dos. Él puede seguir con Carla y yo… bueno, yo no estoy como para empezar ninguna relación.

—Ya… Carla… —dijo con retintín.

— ¿Qué pasa con ella?

—Bueno… creo que lo ha hecho para darte celos.

—Pues lo ha conseguido… Bueno ¿Nos vamos? Así tendremos más tiempo para almorzar tranquilos.

Su cara no era la habitual. Realmente parecía preocupado por todo lo que estaba pasando. Era su amigo y, sin embargo, era a mí a quien ayudaba.

Se lo agradecería el resto de mi vida.

— ¿Le llevo la maleta, señora?

— ¡Señorita! —dije con gracia y él se rio.

La cogió y la subió en la parte trasera de su furgoneta, al lado de la ropa que había llevado para estar de campamento y de sus cañas de pescar.

Me subí al asiento del copiloto antes de que sonara de nuevo mi móvil.

Lo miré y vi que era un mensaje suyo, por lo que mi respiración volvió a cortarse.

Iván: *A mí me lleva doliendo mucho tiempo, creo que me he acostumbrado al dolor. Tendríamos que hablar de esto ¿no crees? 13:56*

Pues yo no estaba para nada acostumbrada a este dolor y mucho menos quería acostumbrarme. Sanaría, de una forma u otra, pero sanaría.

Alicia: *Yo no voy a acostumbrarme. Hablaremos a mi vuelta. 13:58*

No estaba dispuesta a morir de dolor y mucho menos a vivir con él. Lo siento, pero mi cabeza ahora mismo no merecía eso.

Explotaría de un momento a otro con tanto drama hollywoodiense dentro.

Yo, como muy bien había dejado claro en anteriores ocasiones, necesitaba paz. Mucha paz.

Borja y yo, antes de ir al aeropuerto nos fuimos a almorzar, como buen chico previsor que era, nos daría tiempo hasta de disfrutar del postre.

Lo hicimos en Entrepuentes, mundialmente conocido por sus tremendas hamburguesas, aunque a mí, ahora mismo, no me apetecían en absoluto. A él sí, se le notaba el brillo de los ojos al visualizar la carta. Yo opté por una ensalada César, él por una hamburguesa City. Una caña por cabeza y una larga conversación por delante.

—Y bueno… explícame ¿Qué vas a hacer en aquella isla?

—Pues, chico, ver a mi padre, que hace un milenio que no lo veo. Disfrutar de un paisaje totalmente diferente a este, comer pescadito y queso frito al lado de la marea…

—Huir de Iván…

—Huir de Iván… ¡Oye! No quería decir eso, idiota.

—Sí que querías, es el principal motivo de tu huida a la desesperada. Nadie en su sano juicio amanece y se va de viaje, así como así.

—La gente con pasta sí.

—Pero no es tu caso, por mucho que te gustase.

—Bueno sí ¿Y qué? Huyo de la situación, de él, de la incomodidad de tener que mirarlo a la cara y no saber qué decir, del pensamiento de imaginarlo con esa… Huyo, sí. Huyo.

—Bueno, una vez trazado el punto de partida podemos empezar a hablar con sinceridad ¿No crees?

—Qué místico te pones…

Se cruzó de brazos y me miró intensamente, como si hubiera sido entrenado por un jedi para cazar las mentiras porque pestañeaste más de la

cuenta, por una gota de sudor frío que te recorre la frente sin querer o por el tembleque de voz y de piernas que se te ponía sin darte cuenta.

— ¿Qué sientes?

— ¿Ahora? Hambre… —dije para evitar la conversación.

Aunque estaba claro que eso no iba a suceder.

—Por él, nena, no intentes vacilarme.

—Me preguntas cosas difíciles ¿Sabes? Yo solo quería paz, del amor ya nos encargaríamos más tarde, pero no, tuvo que aparecer así, aunque en realidad ya estaba… llevaba mucho tiempo estando ahí y yo no hacía otra cosa que mirar hacia otro lado, pero ahora… ahora todo hizo ¡Boom! Como si de una bomba sentimental se tratase, como si me hubiera explotado en medio del pecho y hubiera arrasado todo lo que había en mí, todo lo que había dentro y al final, únicamente él pudiera quitar los escombros, como si ahora tan solo él pudiese reconstruirme. No sé si me estoy explicando, pero lo siento así.

—Claro que te explicas, Alicia. Pero lo haces con la persona equivocada. —sonrió, se descruzó de brazos y cogió una de las mías. —La respuesta no es la huida, la respuesta es quedarse y enfrentarse a ese tsunami con la cabeza bien alta y el corazón totalmente abierto.

—Y podrás tener razón, pero no me siento capaz. Ni siquiera sé si podré mirarle a la cara sabiendo que él…

El camarero, pelirrojo, pecoso, con los ojos de color azul y con un aparato más grande de lo que era su boca, nos sirvió.

La gigantesca hamburguesa para él, la tímida ensalada para mí.

Sobra decir que me arrepentí al momento de mi elección…

—Lo único que habrá cambiado entre ustedes cuando se vuelvan a ver es que podrán hablar libremente de lo que sienten ¿No es eso lo mejor que puede haber? Ya sabes, eso de tener la libertad de decirle al que ha sido tu mejor amigo, que lo quieres, joder. Tiene que ser espectacular. Ya lo conoces todo de él y él de ti, hasta los rincones más escabrosos que puedan tener y aun así se han enamorado el uno del otro. Si eso no es perfección no sé qué coño lo será. —le dio un mordisco a su hamburguesa.

Y quizás tenía razón y yo huía sin tenerla.

Quizás eso de ya conocernos, de ya saberlo todo el uno del otro, de ya haber hecho el ridículo innumerables veces y aun así querer estar juntos a un nivel superior era lo increíble de esta historia.

De esas historias verdaderas que nada tienen que ver con la ficción, que no hay príncipe ni princesa, sino sapo y rana.

De esas historias que sí pueden salir bien por el simple hecho de que el prólogo ya nos lo sabemos de memoria.

Y yo huía.
Huía de él y de todo lo que él sentía.
Huía de mí y de todo lo que estaba sintiendo yo.
Huía sin más.

27
Huye ahora, arrepiéntete después

La despedida de Borja en el aeropuerto estuvo cargada de abrazos, supongo que la mitad de ellos esperé que los sintieran otros brazos, pero él no estaba allí y así era mejor.

Más fácil escapar cuando no tienes a la razón de tu huida justo delante.

Me subí al avión que me llevaría a mi primera parada, Tenerife, donde haría escala para llegar a los brazos de mi padre.

Tenía ganas, muchas ganas.

Ganas de abrazarlo y no soltarlo hasta que me doliera el pecho. Ganas de sentirlo cerca otra vez, de ver sus ojos y sentirme segura bajo su mirada. Ganas de verlo y de grabarlo en mi mente con esa sonrisa tan bonita con la que él me recibía siempre.

Por suerte me tocó en el lado de la ventanilla, cosa que agradecí enormemente puesto que me agobiaría bastante teniendo como única vista ese pasillo infernal.

No, no me gustaba volar, es más, lo evitaba todo lo posible y solo lo hacía en casos extremos, como éste.

La persona al otro lado del altavoz nos aconsejó que apagáramos todos los aparatos electrónicos y yo cogí mi móvil enseguida para hacerlo. Encima de que iba más tensa que el hilo de mi tanga, no quería estrellarme.

Había una llamada perdida suya y yo me pregunté por qué no dejaba de hacerlo, por qué no se centraba en Carla y dejaba que me fuera en paz y que desconectara de todo esto.

No iba a llamarlo, ahora no. No tenía ni el tiempo ni las fuerzas para hacerlo, así que procedí a apagar mi móvil cuando volvió a llamar.

—Tengo que apagar el móvil, esto se mueve.

— ¿De verdad te vas?

—Sí. —las lágrimas volvieron a amontonarse en mis ojos al escuchar su voz.

Con la alegría que me daba siempre oírlo. Cómo cambiaban las cosas

eh…

—He visto tu mensaje y he salido disparado a casa a buscarte ¿Sabes? Ya no estabas… tu neceser tampoco y la mayoría de tu ropa había desaparecido.

—Siento no haberte dicho nada, pero es más fácil así. Tengo que colgar.

— ¡Espera!

—Qué…

—Señorita tiene que apagar su teléfono móvil, estamos a punto de despegar. —me dijo la simpática azafata.

—No sé ni qué decirte, Alicia.

—Es mejor que no digas nada. Tengo que colgar.

Y lo hice sin más.

No quería despedidas ni declaraciones telefónicas.

No quería escucharlo más ni que el vuelo se me hiciera más amargo de lo que por sí solo era, así que apagué el móvil justo antes de que una bombillita en el interior de mi cabeza se iluminara por completo.

¿Por qué tenía yo que irme lejos? ¿Por qué tenía que huir de él? De la situación, de todo lo que me rondaba dentro.

Disculpa, pero yo no era la clase de persona que se echa a correr cuando las cosas no van bien.

Yo corro cuando ya todo se ha ido a la mierda y el escombro amenaza con hacerse avalancha y caerme encima y, aun así, a veces espero a que me aplaste.

Aquí, de momento, no se había jodido nada así que yo no me iba a ningún sitio.

Me levanté de mi asiento aún con el cinturón del avión puesto y volví a caer en el sillón.

Me lo quité enfadada y me levanté pese a las indicaciones de la azafata que me rogaba encarecidamente que volviera a sentarme.

— ¡Qué no! Que me tengo que bajar de este avión, que no voy a ningún sitio ¿Me oye? ¡A ningún sitio!

—Pero, señorita, que estamos a punto de despegar, por favor, siéntese e intente disfrutar del vuelo.

— ¿Qué disfrute del vuelo? ¡O me deja bajar de este maldito aparato o me hago un Melendi ¿Me ha entendido? ¡Un Melendi! —chillé sin reparo.

— ¡Está bien, está bien! Deme un par de minutos, por favor.

Minutos que yo aproveché para coger mi maleta de la parte superior de la cabina y dirigirme a la sala de mandos del avión.

A histérica no me ganaba nadie y yo no pensaba moverme de esta maldita isla, no por su culpa.

—Haga el favor de abrirme la puerta, bajaré sin escalera si es necesario,

pero yo no voy a volar hoy ¿Me oye? —le dije al piloto después de abrir sin permiso su puerta.

—Y ¿Eso no podía haberlo pensado antes, señorita? —dijo enfadado.

Era un hombre mayor, casi a punto de jubilarse y si no era así había envejecido fatal.

—Pues fíjese que no. Que se me ha encendido la luz ahora mismo.

—Me va a costar un follón, jovencita. Treinta años en la compañía y ni un mínimo altercado y va usted y me hace parar el avión… maldita sea.

—Siempre hay una primera vez para todo ¿No?

—Espero que él valga la pena… —me dijo a la vez que me guiñaba el ojo.

— ¡Oh, no! Precisamente nadie vale la pena de que yo tenga que salir huyendo, por eso me bajo.

—Pues ¡Ole tú, guapa! —me dijo la azafata.

El piloto comenzó a hablar después de apretar uno de los tantísimos botones que tenía en su panel de mando y les dijo a los del otro lado que tenía que salir de la pista porque tenía una urgencia relacionada con su esfínter.

Yo lo apunté mentalmente en la lista de personas a las que enviarle una postal por navidad. Ese hombre era mi ídolo.

—Muchísimas gracias.

—No es nada, hermosa, pero la próxima vez asegúrate de que esa bombillita se te enciende antes de que cerremos las puertas.

—Prometido. —dije muy sonriente.

Minutos después me despedí de Paco, el piloto, de Melisa, la azafata y del resto de viajeros del avión.

Encendí mi móvil y llamé a mi padre para contarle mi peripecia.

Por muy extraño que me pareciera, él apoyó mi decisión.

—Siento muchísimo lo del dinero, papá, pero…

—No te preocupes, Ali. Sabes que el dinero no es lo importante de esta situación. Lo importante es que siempre debes tener las cosas claras. Que no puedes huir de las situaciones porque ellas se irán contigo a donde quiera que vayas. Primero soluciónalo todo, ya tendremos muchísimo tiempo para vernos. Quizás vaya yo el próximo fin de semana ¿Te apetece?

—Dios, papá, no sabes cuánto te quiero.

—Interpretaré eso como un sí… —rio y yo también.

—Ahora tengo que buscar un sitio donde alojarme hasta que encuentre un piso para mí sola y dicho así de corrido suena hasta fácil ¿Verdad? —seguí riendo.

—Vete a un hotel estos días, te he hecho una transferencia para que puedas pasar el mes y, mientras, llamaré a Alberto. Creo recordar que tenía un par de

pisos en Arrecife, seguro que puede alquilarte uno.

—Tú no eres humano ¿Verdad? Eres un ángel ¡Un maldito ángel! —grité mientras corría por la pista hasta llegar de nuevo al aeropuerto.

—Esa boca, Alicia.

— ¡Perdón, perdón!

—Con lo bonito que era en mis tiempos decir gracias y ahora esta juventud te llama maldito y se queda tan ancha…

—Venga ya, papá. No te hagas el antiguo ahora, con mamá ya tengo más que suficiente.

—Eres incorregible. —rio a carcajadas. —Anda, coge un taxi y vete al hotel Beatriz, llamaré a Alberto a ver si hay suerte y únicamente tienes que hacer noche hoy en el hotel.

— ¡Te quiero mil veces y te vuelvo a querer! Llámame en cuanto sepas algo.

—Anda, pelota. Hablamos después.

Me colgó riéndose antes de que yo pudiera soltarle cualquier otra estupidez de las mías y yo seguí riendo hasta que cogí el taxi.

—Al hotel Beatriz, por favor.

—Enseguida.

Me habían llegado varios *whatsapp* en el poco tiempo que había dejado mi móvil apagado, así que los miré todos mientras el taxista, al que ni siquiera le había mirado la cara, se ponía en marcha.

> ***Borja:*** *Haz el favor de llamar cuando llegues. Que el imbécil este se merezca que te vayas no significa que los demás lo merezcamos también. 14:20*

> ***Alicia:*** *No me he ido a ningún sitio, idiota. Que me he obnubilado y he perdido el norte por unas horas, pero ya me he centrado y me he bajado in extremis del avión. 14:57*

No pude evitar reírme mientras le respondía. Sonaba a locura, sí. Pero era una anécdota más que podría contar con una cerveza fría en la mano, que era justo lo que me apetecía ahora.

Seguí inspeccionando la aplicación de mensajería instantánea que nos había hecho más fácil o difícil la vida, depende de cómo se mirase.

Iván era el siguiente.

> ***Iván:*** *Iré a buscarte, joder. Iré a la Palma si hace falta, pero vuelve.*

14:41

Al terminar de leerlo pensé en cómo sabría él que yo me iba a La Palma si no se lo había dicho. Había dos opciones.

Una era que fuese lo bastante obvio como para no tener que pensar mucho para averiguarlo y la otra era que Borja se hubiera ido de la lengua.

Las dos eran igual de factibles así que no me molesté en elegir una y le contesté.

> ***Alicia:*** *No hace falta que vayas a buscarme a ningún sitio. Me he bajado del avión, a ver por qué tenía que irme yo a ninguna parte. Tampoco volveré a tu casa. De momento me quedaré en el Beatriz unos días hasta conseguir algo para mí. Entiende que, tal como están las cosas, no es bueno para nuestra amistad que sigamos compartiendo tu casa. 15:00*

Y el último de los mensajes pertenecía a Alex.

> ***Alex:*** *Si te has ido a Fuerteventura yo estaré por allí la próxima semana, podemos volver a vernos.*

¿Perdona? ¿Acababa de leer lo que acababa de leer?

Trepa.

Este tío era un trepa.

Pero ¿Qué se había creído? Lo que me faltaba ya…

Ignoré completamente su mensaje y guardé mi móvil en el bolso.

Suspiré mientras miraba la nuca del conductor que me llevaba a mi próximo destino y estaba plagada de pelo negro. No estaba muy claro dónde acababa su cabellera y dónde empezaba su espalda, porque el espesor de vello era el mismo. No era una vista muy agradable así que dejé de mirarla enseguida y volví a coger el móvil. Cualquier cosa que apareciera en esa pantalla sería más bonita de ver que lo que tenía delante.

Por dentro sentía que había tomado la decisión acertada y por fuera también.

Por un momento sentí que me había vuelto un flan con previsión de desvanecerse y no me gustaba esa sensación lo más mínimo.

Sonreí porque yo era ese tipo de persona que si había problemas los miraba de cara y no les daba la espalda mientras huía.

Sonreí porque ningún hombre iba a moverme contra mi voluntad y porque estaba orgullosa de mí.

Sonreí porque tenía más claro que nunca que quería a Iván, pero me quería más a mí.

28
Nuevo amanecer, nuevo día

Recordé, mientras tomaba mi café con vistas al mar en la habitación del hotel, algunas de esas novelas que había leído anteriormente. Esas novelas en las que la chica se enamora perdidamente y corre como si no hubiera un mañana detrás de un hombre indiferente, apático, guapísimo y gilipollas. Esas novelas en las que ella se borra del mapa para huir de un amor catastrófico, de un amor tóxico o de uno de película, porque es tonta rematada y espera que corran detrás de ella. Esas novelas donde el amor se transforma en obsesión y en cualquier cosa más oscura que no tiene nada que ver con el sentimiento puro y limpio que es en realidad. Esas novelas en las que la protagonista no es feliz si él no está a su lado, que se siente desdichada si él no la busca, que se siente idiota después de haber huido. Esas mujeres que no se dan cuenta de lo bonito que es quererse y sentirse completa estando sola y sonreí.

Porque yo me sentía bien, hoy me sentía completa y estaba sola.

No había mirado el móvil y tampoco tenía ninguna prisa por ver qué había en esa pantalla.

No sabía qué hora era y me importaba un pimiento no saberlo.

Pletórica es la palabra.

Esa sensación que te invade cuando te sientes dueña de todo tu ser. Dueña de tu sonrisa, de tu cuerpo, de tu mente, de todo lo que te rodea y de lo que puede haber más allá del horizonte.

Hoy yo me sentía dueña hasta del Sol si se me ponía por delante y es que no hay mejor sensación en el mundo que la de saber que no tienes nada bajo control y que te importe una soberana mierda.

Terminé el último sorbo de café y paladeé cada brizna. Me supo a gloria, como todo hoy.

Cerré los ojos y di vueltas encima de la cama hasta llegar a la orilla del colchón y los abrí.

Se veía el mar tan claramente desde aquí que casi no me dieron ganas de levantarme, pero la sesión de spa que me esperaba en la planta inferior

tampoco quería que me hiciera de rogar, así que me levanté, me puse el bikini, el albornoz blanco con el sello del hotel y me dispuse a bajar.

Hoy el día sería para mí, todo para mí.

No quería que nada del exterior se introdujera en mi burbuja de placer.

Me esperaba hora y media de chorros en la espalda, de burbujas en los pies y de calor de sauna e iba a disfrutarlos al máximo.

Quizás hiciera caso a Jose, el guapísimo recepcionista que me había dado una suite a precio de caja de zapatos, y me diera un masaje de cuerpo entero para perder por completo el poco sentido del tiempo y el espacio que me quedaba.

El agua ardía y yo también, así que nos fundimos en una sola masa chorreante de felicidad.

Había en total veinticinco paradas en este circuito paradisiaco y ya en la primera perdí el hilo de los pocos pensamientos que tenía rondándome la cabeza.

El único que logró mantenerse a flote fue el de que necesitaba sexo. Sí, podría decirlo también en voz alta.

¡Necesitaba sexo!

Casi podría gritarlo si no fuera porque ese chorrito que pudiera estar desviado impactaba ágilmente con un punto erógeno bastante conocido en las mujeres. El chirri.

Sí, me daba ahí y no pensaba moverme. Total, yo también me merecía ese momento de placer y ya que nadie se me plantaba delante y me ofrecía llevarme al éxtasis, pues me iba yo solita.

En fin, veintidós paradas después, ya no sabía ni cómo me llamaba, así que me salté las tres que me quedaban y me fui directa a la sauna.

Lo que me faltaba, más calor…

—Si me siento en un maldito cubo de hielo lo derrito. —dije sin darme cuenta de que tenía compañía dentro de la sauna.

—Tranquila, aquí estamos todos igual. —se rio una señora bastante entradita en edad.

Rondaban los setenta si no me fallaban los cálculos.

— ¡Disculpe! No me había dado cuenta de que había gente dentro.

—Yo y mi marido nada más, niña. —volvió a reír y yo también.

—Alicia, encantada. —les dije a la vez que me sentaba en el fondo de la sauna.

Ellos estaban al lado de la puerta.

—Mariano y Azucena, guapa. —me dijo él.

—Te dice guapa porque se lo imagina, no porque te vea. No ve tres

montados en un burro… —me dijo Azucena en voz baja.

— ¡Pero el oído lo tengo fino, leches! —se quejó él.

Yo me reía a carcajadas.

Hacían una pareja adorable e hicieron que los pocos minutos que estuve ahí dentro fueran de lo más agradables. No sabía cómo podían ellos aguantar tanto ahí dentro, yo casi había muerto asfixiada y no había estado sino tres o cuatro minutos.

Cogí de nuevo mi albornoz, que había dejado en una de las hamacas, y me dirigí hacia la salida del spa. Suficientes chorritos por hoy.

— ¿Mejor? —preguntó una voz a la que no conseguí poner rostro.

—Muchísimo mejor. —respondí al ver a Jose.

—Jonás está libre ahora, es una máquina con las manos. Deberías ir y darte un masaje con él. —me guiñó un ojo.

—Fíjate que sí. Te voy a hacer caso. —le dije bastante sonriente.

—Segunda planta, tercera puerta a la izquierda. —me sonrió y desapareció a lo largo del pasillo.

¿Por qué no? Me apetecía mucho ese masaje.

Subí las escaleras dando tumbos, el spa me había dejado totalmente ida. Llegué a la segunda planta y conté tres puertas hasta llegar a la de Jonás.

— ¿Hola? —pregunté después de dar dos toquecitos en la puerta.

De un cuarto contiguo salió un espécimen que tendría que estar hecho con varita mágica porque era perfección pura.

Moreno de playa, ojos azules, sonrisa impactantemente blanca y un cuerpo que tendría que haber sido esculpido a cincel por los dioses.

—Disculpa ¿Teníamos cita?

— ¡Ojalá! —dije sin pestañear. —Pero no. Me ha dicho Jose que tenías libre y quería darme un masaje, si es posible, claro.

—Por supuesto, encanto. Pasa y quítate el albornoz.

Entré inmediatamente, cerré la puerta tras de mí y dejé caer el albornoz al suelo. A él no le molestó que lo dejase ahí en medio, lo que sí pareció molestarle fue mi bikini.

— ¿Me tumbo por aquí? —pregunté yo señalando la camilla.

—El bikini también. —sonrió con malicia.

— ¿Disculpa? —pregunté antes de quitármelo.

No por ofensa, que conste. Más bien para asegurarme de que había oído lo que había oído.

—Que también tienes que quitarte el bikini. Los aceites que usamos manchan el tejido y sería una faena que te mancharan ese tan divino que llevas.

Mierda. Es gay.

—Claro, claro. —comencé, él no miraba. —Jose y tú…

—Sí, cielo, sí ¿Qué me ha delatado?

—Eso de llamar divino a mi bikini. —reí y él también.

Tampoco es que pensase que quería que me quitase el bikini para darse un viaje conmigo en la camilla y hacerme un masaje interno. Pero sí que hubiera tenido más morbo la cosa si hubiéramos omitido esta parte de la conversación.

Pese a esta bajada de mi libido, el masaje fue de lo más satisfactorio. El chaval tenía unas manos que ¡Madre mía! Yo sí que me había dado un viaje por el paraíso bajo sus manos.

Volví a la habitación después de intentar abrir tres o cuatro más. No recordaba qué número era la mía y con las modernas tarjetitas que te daban para abrir la puerta, que no tenían el número ni tenían nada más que el logo del hotel, estaba más perdida que un pulpo en un garaje.

Por fin, al quinto intento, la encontré y pude entrar justo cuando mi móvil empezó a sonar con esa musiquita que te taladra los oídos.

Fui a por él y lo cogí después de ver su nombre.

—Dime. —dije con una voz totalmente pacífica.

Con el día que llevaba hoy, aunque quisiera, no me salía otra.

— ¿Dónde estás? Intenté hablar contigo anoche, pero no hubo manera.

—Aún en el hotel, Iván.

—Vuelve a casa, Ali. No tienes necesidad de estar en ningún hotel.

—Sí, sí que la tengo. Desde aquí se ve todo con una perspectiva de luz, color y purpurina, que es lo que necesito ahora mismo.

—Antes yo podía darte luz y color también.

—Pero ¿Y la purpurina? ¿Qué hacemos con la purpurina?

La conversación se iba de madre, ni yo entendía qué demonios era la maldita purpurina, pero me hacía falta. Toneladas de purpurina me hacían falta.

—También puedo darte purpurina si es lo que quieres.

—No creo que a Carla le gustase que fueras dando purpurina por ahí.

—Escucha… tenemos que hablar de todo esto. Es necesario que lo hagamos Alicia, lo sabes.

—Claro que tenemos que hablar, Iván. No vamos a dejar que nuestra amistad milenaria se vaya al garete por un poco de purpurina. Pero el día de las conversaciones importantes no es hoy, así que…

—Tengo la sensación de que, por una cosa o por otra, se va a ir al garete ¿Sabes?

—Pues quítate esa idea de la cabeza. Tengo que dejarte, mi padre me llama por la otra línea.

— ¿Me llamarás después? —preguntó preocupado.

—Mejor mañana.

—De acuerdo.

Colgué la llamada sin más y atendí a mi padre.

— ¿Buenas noticias?

—Buenísimas, Alicia. Resulta que Alberto tiene un piso libre en El Charco ¿Esa zona te gusta verdad?

— ¡Claro que me gusta!

—Pues a partir de mañana es tuyo.

—Pero costará una fortuna, papá…

—Ya me he ocupado de eso. Es lo bueno de hacer grandes favores, que luego, las personas a las que se los haces, te los hacen a ti.

—No puedes pagarme ese apartamento, papá, por muy barato que sea.

—Ni ¿Aunque sea gratis?

— ¿Gratis? —pregunté extrañada.

—Lo estaba vendiendo y se lo he comprado. Ahora es tuyo, Alicia.

— ¡Pero tú de dónde has sacado semejante cantidad de dinero, papá!

—El que guarda siempre tiene, hija. —rio a carcajadas.

—No puedo aceptar eso, papá. Simplemente no puedo.

—Pues no te queda otro remedio. A parte, me lo ha dejado tirado de precio y tiene dos habitaciones. Ya tengo donde alojarme cuando vaya a verte.

Salté de alegría encima de la cama y le grité todo lo que lo quería.

— ¡Que no te puedo querer más ni tú a mí tanto, papá!

—Ya ves que sí. La próxima semana iré para arreglar todo el papeleo y así te veo la carita.

— ¡Estoy deseando verte! ¡Deseándolo se queda corto! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

Después de veinte minutos más de adulaciones a mi padre, de que él se riera de que yo estuviera saltando en la cama como si tuviera cinco años y de caerme después de saltar e intentar apoyar un pie en donde ya no había cama, colgamos.

¡Tenía un piso!

Dios… no podía ser. ¡No podía ser!

Pletórica seguía siendo la palabra.

Y, haciendo alago de mi total falta de cordura, lo llamé.

Porque con él era con quien yo había celebrado siempre las buenas noticias, porque primero que nada era mi amigo y porque me apetecía horrores gritar y que alguien me escuchara.

—Creía que habías dicho que me llamarías mañana…

— ¡Que mi padre me ha comprado un piso! ¡Un piso, Iván! ¿Te lo puedes

creer? ¡Yo no! —grité mientras saltaba en la cama.

— ¡No me jodas! ¿De verdad te ha comprado un piso?

— ¡Sí! ¡Sigo sin creérmelo, pero sí! —reí a carcajadas.

A él no pareció hacerle tanta gracia, pero la alegría que sentía ahora mismo no permitía nada más.

— ¿Le ha tocado la lotería o qué? —rio también.

— ¡A mí sí que me ha tocado! ¡Tengo un piso!

—Te vas a hacer este mes todas las mudanzas que no has hecho en tu vida nena.

—Y que lo digas… pero no importa ¿Sabes por qué? ¡Porque tengo un piso! —volví a gritar y a reírme.

—Tengo que decir que no me alegra tanto como a ti… Me había hecho a la idea de que vivirías conmigo…

Sentí cómo la necesidad de verlo aumentaba, cómo la necesidad de averiguar qué se sentiría al besarlo crecía y cómo, al torbellino de emociones que sentía en mi interior, se sumaba el ansia de conseguir esa purpurina que decía que podía darme.

—No apagues esta luz que veo ahora, Iván. Lo que tenga que pasar, pasará. Estemos viviendo bajo el mismo techo o no.

—Lo sé, pero…

—Los besos siempre son más bonitos bajo las estrellas que bajo un techo de cemento ¿No crees?

— ¿Nos vamos a comer por ahí, guapo? —dijo una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Joder… —dijo Iván.

Yo me senté en la cama y sonreí con lástima.

—Tranquilo. No entiendo por qué lo haces, pero si lo haces será porque tú sí lo entiendes.

—Me importa una mierda el resto ¿Vale? Pero…

—No quiero tus peros, Iván. Ahora mismo quiero muchas cosas de ti, pero no tus peros. Ve con ella. Al fin y al cabo, está ahí porque tú has querido que esté. No importa. No es nuestro momento.

—Llevo mucho tiempo repitiéndome que no es el momento ¿Y si no llega nunca?

—No se puede sufrir por algo que no ha pasado, así que ve. Haz lo que te salga de dentro, lo que te salga de verdad y sé feliz.

Colgué la llamada y sonreí pensando que lo que decía tenía mucha razón.

Que no se puede sufrir por algo que no ha pasado y que, si algo tiene que pasar, pasará.

No era nuestro momento.

Quizás nunca lo sería y quizás no importase.

El amor es fácil, puro y brillante y, de momento, aquí lo único que brillaba era la pantalla de mi móvil.

Lo extraño fue que no me sentía mal del todo.

No me sentía traicionada y mucho menos me sentí triste.

Supongo que ya había sufrido demasiado con Jorge, supongo que no me cabía en la cabeza que pudiera sufrir por otro hombre porque nadie se merecía que otra persona lo hiciera sufrir.

Supongo que si lo nuestro tenía que brillar lo haría cuando la luz fuera la adecuada.

29
La luz que no puedes ver

La luna era llena esta noche y yo seguía sintiéndome completa por dentro.

No había vuelto a recibir noticias de Iván durante el día y mucho menos me desesperaba por ello.

Había pedido que me trajeran la cena a la habitación y Jose había hecho que me trajesen lo mejor de la carta. Era lo que tenía ser simpática con el resto del mundo, que los demás eran simpáticos contigo.

Abrí la tapa metálica de la bandeja y descubrí un chuletón del tamaño de Burgos, a lo que se le sumaba una botella de vino blanco, papas fritas y un pedazo de tarta de tres chocolates que yo ya me estaba comiendo con la mirada.

Enseguida cogí el teléfono fijo de la habitación y marqué la extensión que pertenecía a la recepción.

—Recepción, buenas noches.

— ¿Jose? Soy Alicia.

— ¡Cariño! ¿Qué tal tu cena?

—Si no fueras gay me revolcaría contigo, en serio. Te adoro.

— ¡Tonta! Disfruta a mi salud, reina.

— ¡Eso haré! Un besazo cariño y mil gracias.

—Buenas noches, le atiendo enseguida, deme un segundo por favor… Cariño, tengo que dejarte, tengo trabajo. Un besazo.

Colgué después de escucharlo reír al otro lado del teléfono.

Comencé a cenar mientras observaba cómo la luz de la luna iluminaba la mar.

Me pregunté qué haría el resto del mar si la luna no lo iluminaba ¿Se sabría que allí habría mar si éste estaba completamente a oscuras?

Supongo que, en la oscuridad, también pueden esconderse cosas maravillosas, que todo tiene luz, aunque no podamos verla.

El chuletón estaba espectacular, por lo que dejé a un lado mis pensamientos existenciales y disfruté de cada trozo de carne que me introducía

en la boca.

El vino estaba frío, tanto, que consiguió aplacar parte del calor que sentía dentro, aunque luego encendió otros tantos rincones.

Un par de golpes sonaron al otro lado de la puerta y yo, automáticamente, dejé de masticar.

— ¿Sí?

—Servicio de habitaciones. —dijo una voz extraña.

¿Otra vez?

Eché a un lado la bandeja, me levanté de la cama y me dirigí a abrir la puerta con lo puesto, que no era mucho.

Tenía un sujetador negro de encaje y un tanga a juego, así que cogí el albornoz y me lo puse por encima antes de abrir la puerta.

Mi shock fue bastante notable y no porque me desagradase la visita, sino porque no me la esperaba en absoluto.

—Qué ligerita te veo… —sonrió con malicia.

Qué guapo era y cuántas ganas de sexo tenía yo esta noche.

—Bueno… hace calor y ¿Qué demonios? Me apetece lucirme.

—Estás preciosa, aunque supongo que eso no hace falta que te lo diga.

—Claro que hace falta… ¿Ves? Ahora me siento más guapa todavía. —reí y él también.

— ¿Puedo pasar? —preguntó mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Claro.

Abrí la puerta del todo y él entró sin pensárselo dos veces. Cerré cuando estuvo dentro.

— ¿Interrumpo tu cena?

—La verdad es que sí, pero no pasa nada, espera. —até mi albornoz y cogí el teléfono fijo. Jose sonó al otro lado. —Cielo ¿Puedes mandarme otro menú como el mío? Tengo visita…

—Ya va para arriba reina… Ha preguntado por ti y he supuesto que querría cenar… y tú… ¡Cómetelo! Está buenísimo…

— ¿Te refieres a él o al chuletón? —reí e Iván me miró extrañado, aunque riéndose.

— ¡Obviamente a él! ¡Vaya bombón!

—Hecho. Un besazo.

— ¡Disfruta!

Colgué y miré a Iván.

Paseaba por la habitación como intentando encontrar en ella las palabras que quería decirme.

Yo no estaba nerviosa. Me sentía bien teniéndolo conmigo, incluso llegó a

parecerme una de esas noches que acabábamos en algún hotel después de una gran fiesta. No sé. Me trasladé a entonces, cuando yo solo lo veía como un gran amigo y no como al hombre que ahora me miraba intentando averiguar mis pensamientos y al que yo quería arrancarle la ropa.

—Ya viene tu cena. —dije risueña.

—Qué simpático tu amigo.

—Y qué lo digas… es un buenazo.

Se hizo el silencio.

Yo no sabía qué decir y él no sabía por dónde empezar.

—Necesito que sepas que me acosté con Carla la otra noche, cuando supe lo de Alex. —dijo como si escupiera un chicle que ya está más que mascado.

—No necesito ese tipo de información, Iván.

No me molestó que lo dijera, en el fondo ya lo sabía.

Lo que sí me removió por dentro fue imaginarlo encima de ella, dentro de ella…

—Yo necesito contártelo.

—Pues cuéntame. —dije cruzándome de brazos.

— ¡Él te besó, joder!

— ¡Y tú te la tiraste!

Mal empezábamos.

—Me acosté con ella porque pensé que tú lo habías hecho con Alex. Él sabía lo que yo sentía por ti y aun así te besó.

—Él no sabía quién era yo ni yo quién era él. Debiste hablar conmigo, con él… No sé. Tampoco importa. No era la primera vez que te acostabas con ella.

—Me quemó por dentro imaginarte con él y la llamé por eso.

— ¿La quieres?

—No. —respondió tajante.

—Entonces creo que deberías especificarle lo que quieres de ella. Tirártela cuando estás cabreado básicamente. Ella está pillada por ti, imbécil.

—Ya se lo he dicho.

Y ¿Ahora qué?

No sabía qué hacer y mucho menos qué decir.

Estaba la habitación, la cama, mi poca ropa y la mucha suya. La luna, el mar, pero no la luz.

Esa que te dice que el momento es ahora o nunca, no estaba y no tenía intención de aparecer.

Creo que él también lo sentía así y por eso aún no se había acercado a mí.

—Abrázame. —dije descruzando los brazos y mirándolo a esos ojos que no paraban de atravesar los míos.

Se acercó.

Primero dio un paso, luego dos y al dar el tercero no paró hasta rodearme con su cuerpo.

Lo sentí todo.

Su amistad abrazando la mía. Los años que llevábamos a las espaldas y las miradas que no supe ver en él. Las palabras de amor que gritábamos entre copa y copa y que yo tomaba como una extensión más de nuestra amistad y su pecho latiendo contra el mío. Sentí su amor dándome la bienvenida a su mundo y sentí el mío empequeñecer bajo sus brazos.

Lo sentí todo.

—Esto es lo que quiero que no cambie nunca. —dije en un susurro.

—Esto no va a cambiar nunca. Nunca. —dijo él muy seguro de sus palabras.

Nos quedamos ahí bastante más de lo que se calificaba como un abrazo por el simple hecho de que era más que eso. Mucho más.

Era todo lo que queríamos decirnos y no dijimos. Todo lo que sentíamos se exteriorizaba desde sus brazos para adentrarse en los míos y viceversa.

Ese abrazo lo fue todo.

Todas las reconciliaciones que necesitaba nuestra amistad, todas las palabras mudas que nos hacían falta y todo el calor que no nos habíamos dado desde que más sentimientos de la cuenta decidieron salir a flote.

De pronto, el verdadero servicio de habitaciones, tocó la puerta con la cena de Iván.

Nos separamos, sonreímos y él fue quien recibió la segunda bandeja.

No hizo falta más y me encantó aquello.

Volvíamos a ser nosotros, sin trampa ni cartón, con luz y color, con la amistad por bandera.

30
Diario de una mudanza

Que alguien me mate si se me ocurre mudarme una vez más en lo que me queda de vida.

Vaya coñazo empaquetar cosas, cargar cosas, desempaquetar más cosas y colocarlo todo en su sitio.

Lo único bueno de todo es que, a la que entraba ahora, sí la podía llamar casa y espero que, en poco tiempo, hogar.

Era preciosa, no tenía ni un mísero mueble, pero era preciosa.

La entrada era un pequeño pasillo que llevaba al que supongo sería el salón. Tampoco había ni un mueble allí, pero tenía una cristalera enorme desde donde se veía todo El Charco y a mí no me hacía falta más.

Ya imaginaba el sofá, la alfombra, las lamparitas, la mesa de centro y a mí sentada tomando café y gozando de las vistas.

Tenía dos habitaciones, las dos con armarios empotrados y con las bombillas colgando del techo.

La cocina era pequeña, pero no necesitaba más porque no era mi estancia favorita de la casa, el cuarto de baño, en cambio, era perfecto.

Tenía el suelo de baldosas amarillas y el resto era todo blanco. Qué curioso, el único toque de color lo habían dejado ahí, tras la puerta mágica del cuarto del baño. Como si esas baldosas fueran a llevarme al mágico mundo de Oz.

Era mi casa, toda mía y la sentí así cuando terminé de recorrerla de una esquina a otra.

Estaba en casa.

—Podrías echar una manita, guapa… —dijo Borja con sarcasmo mientras dejaba otra caja en el salón.

— ¡Lo siento! Ya voy. Es que… —reí.

—Que estaba fantaseando con cómo va a decorarla, tío… —dijo Iván después de soltar otra caja.

—Eso mismo. —reí. —Es perfecta ¿Verdad?

—Lo es. Tu padre se ha lucido. —dijo Iván a la vez que miraba por la cristalera.

—Hombre… yo le pondría un sofá y una televisión de cincuenta y dos pulgadas… —dijo Borja muy serio.

—Sabes a quién le va a tocar traer ese sofá y esa tele ¿No? —preguntó Iván.

—A nosotros… mantendré la boquita cerrada.

— ¡Estás más guapo! —dijo él.

—Bueno… si me acompañan a Ikea a hacer la compra del siglo, les invito a comer. —dije yo con una sonrisa bien grande en los labios.

—A ver quién le dice que no ahora… —dijo Borja.

Iván se rio y le palmeó la espalda, acto que yo consideré como una aceptación de mi plan.

No tenía muchas cosas, la mayoría habían acabado en la basura en mi primera mudanza, así que me tocaba comprar las camas, el sofá, la mesa, las sillas, las lámparas, la vajilla…

Madre de mi vida ¿De dónde iba a sacar todo ese dineral?

Iba a dejar la cuenta corriente tiritando otra vez, no me quedaba otra opción que sacar el dinero que me había ingresado mi padre para comprar todo lo necesario.

¡Me había comprado un piso! Cuando se enterase mi madre iba a poner el grito en el cielo… pero poco me importó porque… ¡Yo tenía un piso!

Así que nos fuimos los tres a Ikea.

La cara de Borja era de estar sufriendo la penitencia más terrible que pudiera imaginarse y se nos perdió un par de veces por el camino. Sin embargo, Iván me ayudó a elegirlo todo. El color de las sábanas, el tipo de vajilla, las lámparas para cada habitación, las toallas para el baño ¡Hasta los cuadros!

Volvíamos a ser nosotros.

Me hicieron falta tantos carros que dejé a los demás clientes sin ninguno.

Voy a evitar decir el importe de la factura porque ni siquiera yo lo vi.

— ¡No me digas cuánto es! Tú pasa la tarjeta y mete el ticket en la bolsa por favor. —le dije a la dependienta mientras le cedía la tarjeta y miraba hacia otro lado.

— ¡Tranquila! —rio. —Es mucho menos de lo que te imaginas.

— ¿De verdad? —la miré estupefacta.

¡Me había llevado medio Ikea!

—No… intentaba que no te diera un infarto… —dijo sonriendo.

Maldita sea…

—Iván, tú agárrame que me va a dar algo.

—Tranquila. Todo quedará genial y, mientras no mires lo que te queda en la cuenta, si es que te queda algo, todo irá bien. —me dijo con un tono de voz tranquilizador mientras ponía sus manos en mis hombros.

No me relajaban sus palabras, me relajaba el contacto de su piel con la mía.

Después de que Borja concretara la entrega de todos los muebles grandes, de que les advirtiera de que iban a tener que subirlos a un segundo sin ascensor y de que le palmeara la espalda al encargado de llevarme las cosas a casa en señal de compasión, nos fuimos.

—Me he gastado todo el dinero en menos de dos horas… me va a dar algo.

—No seas extremista. Aún te queda dinero y deberías volver a meterlo en una cuenta de ahorro para no seguir gastándotelo, que nos conocemos… —me dijo Iván mientras me abría la puerta del copiloto para que me sentara y me infartase dentro.

—Sí, será mejor que los dos euros con cinco céntimos que han resistido a este derroche, los meta en la cuenta de ahorro.

— ¡Exagerada! —rieron los dos.

Como muy bien les había prometido me tocaba invitarlos a comer por el esfuerzo titánico que estaban haciendo y el que les quedaba por hacer. Ellos iban a montarme los maravillosos muebles que había comprado y a los que siempre les sobraba algún tornillo, a la experiencia me remito.

Comimos bien. En un pequeño bar al lado de mi casa llamado Ginory.

Yo elegí calamares y ellos, como si lo hubieran planeado, pidieron pescado a la plancha al unísono. El camarero se rio y los llamó gemelos de mente. Mote que me apuntaría yo para usarlo en alguna ocasión.

Nos lo pasamos bien.

Reímos, jugueteamos con la comida, volvimos a reír, nos contamos infinidad de cosas y me hicieron jurar y perjurar por escrito en una servilleta que no volvería a mudarme.

Yo lo hice encantada, ya había tenido suficiente con dos catastróficas mudanzas y no me animaba a volver a hacerlo una tercera.

Los muebles llegarían mañana así que hoy me tocaba dormir en el suelo, cosa que no le gustó para nada a Iván, que se ofreció mil veces a quedarse conmigo.

Sí, dormiríamos en el suelo, decía, pero sería más agradable hacerlo juntos.

Yo me negué en rotundo. Teniendo él su casa, su cama, su manta y su

maravilla de almohada, no iba a quedarse en mi suelo.

Yo, sin embargo, aunque me lo ofreció, sin exagerar, más de un millón de veces, también me negué a quedarme con él.

Volvíamos a tener eso que siempre habíamos tenido intacto, encendido y dando calor a pleno gas y no quería dar pie a ninguna situación en la que cualquiera de los dos pudiera ser vulnerable.

Dormir en la misma cama era una de ellas.

—Que no me quedo tranquilo, Ali. Mucho menos sabiendo que duermes en el suelo.

—Pero es que quiero dormir en el suelo, en mi suelo. No seas pesado, anda. Estaré bien. —le repetí por enésima vez.

— ¡Está bien! Desisto… Vamos por lo menos a por un colchón inflable de esos que la gente normal usa para las acampadas…

— ¿Ves? Esa sí que es una idea coherente. Bien hecho. —le dije a la vez que le daba una palmadita en la espalda.

Él puso los ojos en blanco y Borja rio a carcajadas.

Los adoraba a los dos. Me hacían sentir tan bien, tan tranquila, tan llena…

—Bueno chicos, yo tengo que marcharme… Una señorita me reclama y no seré yo quien me niegue a una buena cama… —dijo mientras se pasaba la lengua por el labio superior.

Y la palabra sexo volvió con fuerza a mi cabeza.

Lo necesitaba. Lo necesitaba urgentemente.

Hacía ya… ¡Puf! Ni me acuerdo cuánto hace que no disfrutaba yo de una buena cama en ese sentido…

Mejor no pensarlo. Mejor no. Pero lo pensaba.

Lo pensaba mucho.

— ¿Nuria? —preguntó Iván.

—Nuria.

Y no hicieron falta más explicaciones.

—Pues disfruta por los tres. —dije yo y le guiñé un ojo.

— ¡Oh, sí!

Se fue con toda la alegría del mundo concentrada en su rostro y en otra parte bastante más al sur de su cuerpo.

Iván y yo nos fuimos a por ese colchón del que me hablaba y, cuando estuvimos de camino, siguió insistiendo en que me quedase en su casa.

— ¡Iván! Para. Se acabó. No voy a hacerlo. No voy a quedarme en tu casa porque estoy falta de sexo y no sé qué podría pasar si dormimos juntos, joder. Que hay que explicártelo todo. —dije enfadada.

Me crucé de brazos y los ojos de Iván se tornaron en platos llanos.

—Quizás no pasase nada ¿Sabes? No voy a abalanzarme sobre ti como un lobo hambriento, Alicia.

—Qué sensato te pones de repente… —dije yo aún con mi enfado sin sentido.

—No soy un animal. Aquí donde me ves soy muy educado sexualmente hablando.

—Y eso qué demonios significa.

—Pues que si tú no me dices ven, yo no voy a ningún sitio.

Entendido.

Era yo quien tenía que decir ven, necesito sexo, tómame y haz conmigo malabares.

—Pues yo no voy a pedirte nada.

—Oh, ese es el problema. Que no vas a hacerlo y el día que pase será solo culpa mía… —dijo con un tono burlón.

—Te veo muy seguro de ti mismo. Como si dieras por hecho que un día vamos a cruzar la línea.

— ¿Qué línea?

—La que impide que hagamos cualquier tontería.

Condenada línea.

—Tonterías eh…

— ¡Tú ya me entiendes!

—Eso es lo que me gusta de ti. Que no entiendo una mierda de lo que pasa por tu cabeza y, aun así, me pareces maravillosa.

Y el mundo se paró para que yo me bajase aquí.

Y me bajaba.

Me bajaba de sus ojos y de los míos. Me bajaba de la peonza a la que me había subido con él y que había dado tantas vueltas para acabar aquí, en este lugar, a su lado.

Me bajaba de la escalera que me llevaba al cielo porque el cielo ya lo tenía en la Tierra.

Porque el cielo está donde menos te lo esperas, en quien menos te lo esperas.

Y yo me bajaba en este, en el suyo, en el mío y en el que, algún día, quizás fuese nuestro.

31
La noche más larga

No recuerdo noche más larga que esta. No, ninguna. Ninguna había sido tan extensa, tan vibrante, tan confusa y esclarecedora a la vez.

El colchón que había comprado para pasar la noche era una cama de tortura patentada por algún chino cabreado y yo me estaba acordando de toda su familia en este momento.

El reloj marcaba las tres y media de la mañana y parecía que, algún niño travieso, me había pegado los párpados a la frente.

No podía conciliar el sueño.

Daba vueltas en el trozo de plástico inflado que tenía debajo de mí y cada una de ellas parecía ser la última. Amenazaba con caerme de un momento a otro.

No tenía la mente en ningún sitio en particular y la tenía en todos a la vez.

Iván rondaba cada esquina de mi ser y el contacto de su mano con la mía antes de subir a mi nueva casa aún latía en mí.

La luna llena brillaba más que todas las bombillas de mi casa juntas y le daba al mar esa luz que lo hacía tan misterioso.

Los minutos parecían no pasar y mis pensamientos parecían no tener intención de frenar en ningún momento.

Iban a mil por hora.

Pensamientos y sentimientos se encontraban en cada esquina de mi cuerpo y se expandían a la vez.

Iván. Jorge. Corazones rotos. Pedazos guardados en sus bolsillos, en los míos. Sus ojos, verdes como la esmeralda más pura. Los míos, tímidos, ahora más azules, tristes a veces y rebosantes de emoción en otras. Él en su casa y yo en la mía. Lo echaba de menos. A Jorge no. Sentimientos encontrados. Me juego la vida en otra vuelta en este colchón infernal. Lo consigo. Aguanto encima de él, pero no de la vida. Ella sigue girando sin descanso y no espera por mí. No espera por nadie. Y el tiempo. Bendito y maldito a la vez. Tiempo. Me sobraba y me faltaba tiempo. Otra vez sus ojos y otra vuelta más. Vértigo.

De la altura a la que se elevaba mi corazón cuando pensaba en él y de la que había desde mi cuerpo hasta el suelo. Amor. El amor no es dolor. No lo es. Es vibrante, puro, salvaje, desbocado, intenso. El amor es fuego. Yo era una llama. Ahora lo era. La más brillante. La más bonita. La más peligrosa. Otra vuelta. Me mareo. No aguanto más. Creo que voy a vomitar la cena o las mariposas que revolotean dentro. Lo que sea, pero lo haré. No, espera. Todavía no. Sus ojos de nuevo. Los míos. Se miran. Arden. Deseo. Placer. Puro placer. Vida. Rebosan vida.

Me levanto como si hubiera escuchado el más fuerte de los estruendos y me quedo sentada en medio de la colchoneta.

Y, de repente, solo estoy yo.

Solo yo y nadie más.

Sonrío por la incoherencia de la situación y me río. Con todas mis fuerzas.

Nunca me había sentido tan viva. Tan necesitada de caos. Tan confusa y decidida al mismo tiempo.

Me bastaba yo para ser feliz, eso lo tenía claro. Pero él mejoraba mis días.

Podría estar sola el resto de mi vida porque ya lo había estado antes y no me hacía falta nadie para respirar. Pero él hacía que el aire fuera más fresco.

Podría levantarme cada mañana y ver el cielo azul estando sola. Pero él hacía que el cielo fuera más claro.

Podría irme al lugar más recóndito de la Tierra y sentirme en casa por el simple hecho de estar yo, de sentirme así. Completa siendo yo misma. Siendo yo sola. Pero él también podía ser mi casa.

Entendía, por fin, que no me hacía falta nada más que lo que tenía, que únicamente me necesitaba a mí misma para lograrlo todo y que, aun así, sumaba su persona a mis planes.

No sabía cómo pasaría, si llegaría a suceder alguna vez, pero, si pasase, sería especial.

Como lo fue la vez que nos conocimos, como todas las demás veces que volvimos a conocernos. Como todos los momentos vividos y como todas las sonrisas que nos habíamos dedicado.

Y el tiempo…Él sabría qué hacer con nosotros.

Sabría unirnos o separarnos si era lo que nos correspondía.

El tiempo, el sabio tiempo, era capaz de obrar maravillas y yo iba a dejarlo hacer. A dejarlo hacer de las suyas. A dejarlo hacer magia con nosotros.

No tenía prisa. Ahora no.

No tenía por qué salir corriendo. Ni en su busca ni a la otra esquina del

mundo para no sentirlo cerca.

Todo lo contrario.

Iba a sentirlo. Como antes, como ahora, como mañana. Iba a sentirlo cerca, a sentirlo dentro, espiritualmente hablando. Lo demás ya se vería si es que tenía que verse.

Y cualquier otra persona en mi situación se hubiera lanzado a sus brazos, pero no yo.

Y me llamarán incoherente, quizás por no entender que nosotros ya formábamos parte de una historia y que, la que se abre justo delante de nosotros, también necesita tiempo para ser tan especial como la que dejamos atrás.

Las prisas no llevan a ningún lugar que valga la pena.

Con las prisas a veces los senderos bonitos no se ven y se pasan de largo sin saber que allí, en ese pequeño camino al lado de la gran autovía de la vida, ese que ni siquiera viste al pasar por su lado, es el que puede llevarte al destino más deseado. A ese que es más bonito que el resto, simple y llanamente, porque solo lo ven aquellos que están dispuestos a ver más allá. A mirar a su alrededor cuando caminan. A no querer llegar a la meta antes de tiempo y disfrutar de lo que nos lleva a ella.

No iba a lanzarme a los brazos de Iván mañana porque quizás pasado lo consideraríamos un error.

No iba a revolcarme en mi cama de plástico con él porque mis sentimientos iban muchísimo más allá que eso.

Llevábamos mucho tiempo queriéndonos. Muchísimo tiempo. Y lo que suceda mañana no puede ser apresurado, no puede ser simple, no puede ser una cosa más.

Lo quería con todo mi corazón. Con toda mi alma y con todo lo que estaba a mi alcance.

Lo quería con todo.

32
A mí un fisioterapeuta, por favor

No sé a qué hora conseguí dormirme, pero el despertar fue de todo menos agradable.

Tenía la espalda que parecía un calcetín arrugado. De esos que se quedan debajo de la cama y, después de una semana, lo encuentras ahí, como asustado.

Mi espalda era un calcetín asustado por culpa del chino de las narices que, vete tú a saber por qué estaba tan cabreado que inventó el maldito colchón inflable para jodernos la vida al resto del planeta.

Me dolía horrores.

Casi no pude levantarme de aquel artefacto infernal y me costó aún más llegar hasta donde quiera que estuviera mi móvil.

Necesitaba urgentemente a alguien que devolviera mi espalda a su estado natural, eso, o alguien que terminara de matarme y acabara con este sufrimiento. Lo que fuese más rápido.

Lo cogí y no miré los mensajes que tenía, y eso que eran varios, llamé a Iván obviando todos los pensamientos que aun rebotaban en mi cabeza.

Mi plan A era seguir como amigos hasta que la chispa, que para mí ya era más que una hoguera de San Juan, se produjese en el momento indicado e intentar no pasarnos la amistad que nos unía por el forro.

Era mi amigo y si el resto del mundo no podía entender que valorase más eso que el intento de una posible relación, es que no ha tenido un amigo de verdad en su vida.

Al tercer tono su voz, tan cálida y ronca, resonó al otro lado.

Se notaba que lo había despertado.

Yo no sabía ni qué hora era.

— ¡Fisioterapeuta, por Dios! ¡A mí un fisioterapeuta! —grité dolorida.

— ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó más despierto y más preocupado.

— ¡Claro que no! Ese invento del demonio ha destruido por completo mi espalda. ¡No puedo moverme!

—No será otra de tus bromas ¿No? —dijo algo desconfiado.

—Iván o vienes aquí y me matas o me llevas a alguien que sepa reconstruir huesos. No bromeo.

—Voy para allá.

—Oye, que si te resulta un fastidio venir a socorrerme me quedo aquí agonizando tan tranquilamente eh. —dije molesta.

—No es que me moleste, Alicia. Es que no he dormido nada y, cuando estaba cogiendo el sueño, va y suena el móvil…

—Quien tiene buena noche no puede tener buen día. —sentencié.

Que supiera estar sola, que me sintiese bien estándolo y que hubiera decidido dejar correr el asunto hasta que surgiese sin más no significaba que me gustase saber que estaba con otra.

No me gustaba en absoluto. Es más, lo odiaba.

Odiaba que pudiera besar, tocar e incluso tontear con otra. Me quemaba por dentro.

Pero no podía decirlo porque era mi amigo y yo tenía que apoyarlo como me apoyó él mientras yo vivía con otro, besaba a otro, tocaba a otro y tonteaba con otro. Supongo que a él tampoco le haría gracia saberlo.

—Si hubiera tenido buena noche no me importaría tener un mal día…

Uf.

¿Qué? No me mires así, conciencia. Me alegro y ¿Qué?

—Me duele mucho, Iván. De verdad que no te llamaría así de histérica si no fuese cierto. Fuera de bromas, de tonterías y de cachondeos. Me duele muchísimo.

No podía soportar el dolor de espalda.

Era como si algún forzudo hubiera jugado conmigo a la comba.

Las lágrimas de dolor me inundaban.

—Vale, vale. No te preocupes, intenta… no sé, es que no tienes ni dónde sentarte…

—Vaya mierda todo eh, vaya mier…

—Tranquila, Alicia. Túmbate en el suelo ¿Vale? No tardo ni dos minutos.

Colgó la llamada y yo me quedé apoyada en la pared mientras el dolor se hacía más intenso si cabía.

Una cama, por Dios, tráeme una cama.

Recordé pensamientos sueltos de la noche anterior. Era como un sueño de esos de los que te vas acordando conforme pasan las horas.

Marañas de pensamientos inundaban mi cabeza y yo era capaz de procesarlos todos y cada uno de ellos, aunque el único que se quedó a hacerme compañía era el del amor. Puro amor.

Cuando Iván llegó, calculo que media hora más tarde, abrió con la llave que yo le había dado por si surgía cualquier imprevisto y básicamente porque quería que la tuviera.

— ¿Ali? —dijo una voz tan dulce y tierna que supo atravesarme el corazón.

Y él solo había dicho mi nombre.

—Aquí… —dije desde el salón.

—He traído un colchón de verdad para que puedas… Pero ¡¿Qué haces ahí?! —dijo horrorizado.

Yo estaba boca abajo en el suelo, con las piernas encima de una caja de cartón y los brazos pegados a mi pecho.

—Socorro… —dije con un fino hilo de voz.

Me dolía una barbaridad.

—Joder, espera.

Trajo el colchón hasta el salón y lo colocó a mi lado. Después me cogió a mí con sumo cuidado y me tumbó en él.

—Me duele mucho. —gimoteé.

—Déjame que te ayude. —dijo a la vez que me subía la camisa.

¿Intentaba quitármela?

Este no era el momento. No para eso.

Más que persona parecía una figura de escayola de lo tensa que estaba.

No era el momento. No.

— ¿Qué haces? —dije confusa.

—Quitarte la camisa. He traído una crema que me ha dado mi padre para el dolor. Voy a ponértela.

Oh.

Una crema.

Bien, eso está bien.

—Vale, cuidado. —le dije a la vez que me levantaba unos escasos milímetros para que pudiera deshacerse de mi camisa.

—Bien, ya está. ¿Estás cómoda?

—Todo lo que se puede estar, imagino. Dios… voy a denunciar a ese chino.

— ¿Qué chino, Alicia?

—Al que ha fabricado esa cosa. —dije refiriéndome a la cama inflable.

—Buena idea. —dijo burlón. —Está muy fría ¿Vale? No te asustes.

Y sí que estaba fría. Estaba helada. Bajo cero, pero ese frío se transformó en fuego en sus manos. En mi espalda. En toda yo. Supuse que en todo él. Aunque eso era fantasear demasiado.

Masajeó toda mi espalda con sumo cuidado. Con suma delicadeza.

Sus manos ascendían por mi columna hasta llegar a mi cuello, a mis hombros y luego volvía a bajar para llegar a mi cintura.

Escalofríos internos.

Sentir el contacto de sus manos con mi piel me transportó a otro lugar, a otro muy lejos donde el Sol brillaba más fuerte y un arcoíris intenso nos atravesaba.

—Mmm… —gemí mientras me deshacía de placer bajo sus manos.

— ¿Mejor?

—Infinitamente mejor.

Sus manos no pararon ni un instante. Recorrían mi cuerpo como si hubieran estado preparadas para eso toda la vida. Como si el carril de mi columna fuera su carretera habitual. Como si nuestro mundo empezara en sus manos y acabase en mi cintura.

Lo sentí cada vez más dentro, cada vez más mío, cada vez más intenso.

Calor.

Comenzaba a arder, tanto por fuera como por dentro y eso me gustaba.

Me gustaba que me produjese tantos escalofríos como fuera posible. Me gustaba que me incendiara por dentro con tan solo tocarme. Me gustaba todo de él.

—Deja que te quite… —desabrochó mi sujetador sin esfuerzo. —Así mejor.

Me ruboricé.

Me sentí desnuda bajo sus manos y me gustó sentirlo.

Ahora llegaba a cada rincón de mi espalda sin impedimentos. Acariciaban libremente cada esquina, cada milímetro y yo estaba a punto de rozar el éxtasis con las yemas de los dedos.

Placer.

Puro e intenso placer.

—Me gusta mucho… —dije sin pensar.

—A mí también… —se sinceró.

Recé para que no acabase nunca. Para que no dejara de tocarme. Para que nuestros cuerpos no se separasen jamás.

Sus manos comenzaron a ser más intensas con mi piel y yo me dejé llevar.

Hicieron largas paradas en mi cuello, en mis hombros y también viajaron a lo largo de mis brazos.

Sentí el latido de su corazón a través de sus dedos y me encargué de que él sintiera el mío latiendo tras cada poro de mi piel.

—Creo que voy a parar… —dijo, pero no dejó de tocarme y yo no quería

que lo hiciera.

—No… no pares. —dije sin ser consciente de mis palabras.

Simplemente no quería dejar de sentir aquello. Esa conexión a través de su piel y la mía. Ese calambre que me recorría de pies a cabeza. Esa mariposa gigante que se había tragado a todas las demás y ahora se posaba suavemente en mi estómago.

Él, obedeciéndome, no paró.

No se excedió en absoluto y no tocó ninguna parte íntima de mi cuerpo, aunque yo mentalmente recé para que se saltase la maldita línea, pero no lo expresé en voz alta.

No sé si había hecho efecto la crema o si la culpa era únicamente suya, pero había conseguido mitigar el dolor.

—Tienes la piel tan suave… —dijo mientras sus dedos paseaban por mi cintura.

Su voz era ronca. Como si estuviese aguantando demasiadas palabras. Demasiados sentimientos.

—Me gusta que me toques así… Me haces sentir… especial.

Sincérate conmigo, Iván. Hazlo. Hazlo ahora.

—Me gusta tocarte, Alicia. Viviría para esto.

Así. Sigue.

—Dime qué sientes, qué harías, qué… no sé. Dímelo todo.

—Te quitaría todo lo demás y te haría mía. Sólo mía. —yo gemí sin querer y él suspiró. —Hablo sin pensar, porque ahora mismo no puedo hacerlo. Me desconcentran los lunares de tu espalda.

—Abramos un tiempo muerto y cerrémoslo después. Dime más.

Quería escucharle decir que él también estaba sintiéndolo todo.

Que los dos lo sentíamos todo.

—Recorrería cada rincón de tu piel. Eres tan suave que besaría cada parte, cada centímetro de ti. —le temblaban las manos y la voz al mismo tiempo. —Acariciaría tu rostro y tu pelo. Tu pecho y tus piernas. —calló unos segundos. —Te besaría. Te besaría como si fuese la primera y la última vez que fuera a hacerlo. Como si se fuese a acabar el mundo, como si no fuera a verte jamás y lo haría mil veces.

Ahora la que temblaba era yo.

Se me notaba. Tenía que notárseme.

Él temblaba conmigo y mis ojos cada vez se cerraban más fuerte imaginando todo lo que me dibujaba con palabras.

—Iván… —dije en un suspiro.

—Y te haría mía. Una y otra vez mía. Te lo haría suave, disfrutando de

cada parte de tu interior. Te lo haría fuerte, como si se me fuese la vida en ello. Te lo haría despacio, rápido. Disfrutaría de ti como me lo he imaginado cada noche. Sí. Te haría mía, hasta desfallecer te haría mía.

Iba a explotar de placer.

Nunca había sentido nada igual, nunca.

Jamás me habían excitado así con tan solo palabras.

Y lo sentía. Sentía su ansia y su deseo de hacerme suya. Lo sentía tan dentro que consiguió sacarme otro gemido incontrolado.

Sentí cada palabra latir en el sur de mi cuerpo y sentí la auténtica necesidad de sentirlo dentro de mí.

Aquí, ahora.

Sus manos seguían temblorosas moviéndose sobre la superficie de mi espalda y yo quería más.

—Dime más. —dije totalmente excitada.

— ¿Te gusta que te explique qué te haría?

—Sí.

— ¿Cada detalle? —me retó.

—Cada detalle.

Esto no acabaría bien o sí. No sé.

Mi conciencia estaba aturdida con el roce de su piel y el resto de mí gritaba que no parase. Que no parase nunca.

—Vas a matarme ¿Lo sabes?

—Entonces moriremos los dos.

—Joder, Alicia. Realmente creo que no sabría qué hacer. Por dónde empezar. Llevo tanto tiempo imaginándolo de maneras tan diferentes que no sabría qué escoger.

Me abrumó la idea de entrar en su mente y visualizar con mis ojos la cantidad de posibilidades que tendría preparadas para mí.

Yo ahora mismo, bajo el influjo del éxtasis, las escogería todas. Una detrás de otra.

—Pues piensa en ahora. Cómo sería ahora.

—Ahora… —suspiró. —Ahora besaría tu cuello por aquí. —tocó la parte izquierda con sus dedos. —Recorrería tu espalda, saborearía cada beso y te mordería aquí. —tocó la curva de mi hombro derecho. Cada contacto con su piel ahora era más intenso. Más feroz. —Te daría la vuelta y terminaría de deshacerme de este sujetador que, a fin de cuentas, no sé por qué aún sigue ahí. —Tiró de él y me lo quitó. Yo me dejé. —Besaría cada parte de tu pecho, no dejaría ni un rincón sin recorrer. Besaría tu vientre y seguiría bajando hasta quitarte ese pantalón tan incómodo que llevas… Admiraría la belleza que

tengo bajo mis manos y… —paró sin más.

Yo abrí los ojos de par en par. Como si me hubieran despertado del mejor sueño jamás contado. De la mejor historia que hubiera escuchado.

Yo no quería despertar.

— ¿Por qué paras? —pregunté confusa y aturdida.

—Porque has dejado que te quite el sujetador sin inmutarte y mis manos iban derechas y sin control a quitarte el pantalón, supongo que también te hubieras dejado. Y luego te hubiera desnudado por completo. —sus manos apretaron más mi espalda. Sus palabras también hacían mella en él. —Y no podría parar, Alicia. No podría. Ni siquiera intentaría hacerlo. Te comería sin dudarlo. Entera, sin miramientos. Te comería. Perdería el control y…

— ¡¿Y qué?! —grité con furia y excitación sin levantar la vista del colchón.

Quería oírlo. Quería oírlo de sus labios.

Que dijera que quería sentirme por dentro. Que necesitaba introducirse en mí. Que necesitaba hacerlo ya.

—Primero he de quitarme yo la ropa ¿No crees? —rio tímido.

—Oh… claro. Que tú aún seguías vestido. Fallo mío. —dije más tranquila.

Únicamente era un relato. Uno erótico que me había puesto las revoluciones a mil, pero, al fin y al cabo, solo un relato. Un cuento para adultos.

—Pues… me quitaría la camisa entonces ¿Te parece bien? —preguntó burlón.

—Claro.

Sus manos siguieron rondando mi cuello y sus dedos comenzaron a introducirse poco a poco en mi cabello.

El escalofrío era demasiado intenso como para no encogerme de placer.

—Sería rápido. El ansia me podría. En menos de dos segundos estaría preparado para abalanzarme sobre ti. Sí. Lo siento. Lo haría como una fiera. Salvaje, indomable. Sería intenso. Muy intenso. Como si llevara acumulando las ganas toda la vida y, en cierto modo, así es. —el ansia volvía a invadirme y sus dedos a enredarse en mi pelo y a tirar suavemente de él. —Separaría tus piernas con ayuda de las mías mientras te beso como si se nos fuera a acabar la vida y me introduciría en ti sin más espera. Ya he esperado suficiente. Necesito sentirte por dentro. Necesito hacértelo una y otra vez para intentar apagar este fuego. —tensaba mi pelo cada vez más y yo iba a morir de placer. —Y gritarías. Sí. Gritarías como si tú también hubieses guardado las ganas. Como si el mayor éxtasis se hubiera estado reservando para este momento.

Volvió a parar y yo a sentirme incompleta.

Quería que siguiera, que me lo hiciera de una vez. Quería más de él y lo quería ya.

—Sigue… vamos, sigue. —supliqué.

— ¿Te gusta? —preguntó mientras masajeaba mi cabeza.

—Sí. Claro que sí.

Podríamos hacerlo ahora. Podríamos hacernos uno.

Y, de repente, besó la parte de mi cuello que había señalado hace unos instantes y la realidad me golpeó en la cara.

Estaba aquí. Conmigo.

Su beso fue tan real que consiguió encogerme del placer que me hizo sentir.

Me sentía tan preparada, tan ansiosa que mi mente se vació por completo.

— ¿También te gusta esto? —volvió a preguntar con una voz más suave.

Oh, sí. Claro que me gustaba ¿Cómo no iba a gustarme?

Volvió a besarme en la curva de mi hombro sin darme tiempo a contestar.

Sentí sus besos atravesarme la piel y el alma a la vez.

Sentí cómo su cuerpo estaba casi pegado al mío y volví a temblar.

—Vas a matarme… —le dije en un susurro.

—Entonces moriremos juntos. —dijo haciendo referencia a mi frase anterior.

Moriríamos de placer.

—Que así sea, pues.

—Dime una cosa… —calló unos instantes en los que no me tocó. —¿Cambiarías algo de esto?

Su pregunta me confundió, pero mi respuesta era sencilla.

—No. —dije volviendo la vista y mirándolo directamente a esos ojos que ahora parecían llamas.

Él sonrió, como si necesitase oírlo para poder seguir.

Besó mi espalda. Esta vez más pausado, más suave, más profundo.

Sus manos, que habían desaparecido de mi vista, se colocaron a cada lado de mi espalda y ascendieron a la vez hasta mis hombros mientras él besaba mi cintura.

Dios. Iba a morir de placer. Iba a llegar al cielo y volver un millón de veces si seguía besándome de esa manera.

Yo también quería hacerlo.

Quería besar cada lunar de su pecho, cada rincón de su espalda, cada milímetro de su piel, pero él seguía concentrado en mí.

—Te deseo tanto que no quiero empezar para que no se acabe… —dijo para después darme un mordisco en la parte izquierda de la cintura.

—Y yo me muero porque sigas…

No pensaba lo que decía porque lo sentía así. Y me gustaba ser así de sincera. Me gustaba que fuese con él. Me gustaba todo de este momento.

—Dame tiempo. Llevo mucho esperando esto ¿Sabes? Aún dudo de si es real… Puede que solo sea otro sueño.

Llegaría al éxtasis mucho antes de que me tocase la entrepierna, estaba segura.

—Tómate todo el tiempo que quieras. —me mordió el cuello suavemente y yo solté un gemido.

Maldito Iván. ¿Por qué has tardado tanto?

—Date la vuelta. —lo obedecí de inmediato y sentí una punzada en la espalda. Maldito chino.

Me miró a los ojos directamente, con los suyos muy abiertos, como si aún no se creyese que estaba encima de mí, yo debajo suya. Que esto estaba ocurriendo de verdad.

Se acercó lentamente a mi cuello y lo besó con ternura. Yo me estremecía con cada contacto con sus labios. Deseaba que me besara, que lo hiciera con ansia, con pasión.

Mis uñas se hundían en su espalda y a él parecía gustarle.

Comenzó a bajar hacia mis pechos y volvió a posicionarse a unos centímetros de mi boca antes de llegar a ellos.

—Me estás volviendo loca, lo sabes, ¿No? —dije dejando los labios entreabiertos.

—Me gusta verte ansiosa porque siga. No sabes cuánto me gusta… —se mordió el labio inferior.

Comenzó a acercarse lentamente a mí hasta que nuestros labios se rozaron y, de pronto, sonó el timbre.

¡Mierda!

Esto no podía estar pasando.

—Es una broma ¿No?

—No me jodas.

Volvió a sonar y luego dos toques en la puerta.

—No me lo puedo creer. Los muebles… —dije malhumorada.

—Joder. Vaya puntería… —se separó de mí y bufó. —Deberías abrir la puerta. Yo no puedo abrir en estas condiciones. —dijo a la vez que señalaba su erección.

Me levanté enseguida, me puse la camisa y dejé el sujetador en el suelo.

Fui hacia la puerta y la abrí con cara de pocos amigos. Efectivamente eran mis muebles.

—Buenos días ¿Alicia? —dijo el simpático repartidor con una sonrisa amplia.

Yo, sin embargo, tenía el ceño fruncido. Era nuestro maldito momento y lo había estropeado ¿Es que no se daba cuenta?

Claro que no. ¿Cómo iba a dársela?

—Sí. Pase. Déjelo todo… No sé. En el salón, por ejemplo.

—Muy bien señorita. ¡Pepe! Vete subiendo.

Pues adiós a la magia. Al sexo. A las conexiones especiales y hola a todo mi mobiliario, a Pepe y a no sé, Manolo podría llamarse.

33
Tornillos y sentimientos que sobran

No hace falta que diga que no volvimos a intentarlo. La magia se había esfumado y la vergüenza y el pudor había vuelto en cantidades industriales. Por su parte y por la mía.

La verdad es que nunca me imaginé sentir a Iván tan cerca, por lo menos no de esa manera y ahora que lo había hecho, más bombillas se habían iluminado dentro de mí.

Estaba claro que él me aportaba luz.

Decidí, mentalmente y sin decirlo en voz alta, que antes de sobrepasar la línea deberíamos sentarnos y poner todas las cartas sobre la mesa. Todas. Sin que ninguna quedase escondida.

Mientras, aquí estábamos, él montando la cómoda de mi dormitorio y yo una mesita de noche que parecía un rompecabezas más que un mueble.

— ¡Pero esto qué es! ¿Tú entiendes el paso dos? ¿Qué demonios es eso? ¡Yo no tengo esa pieza! —dije histérica.

Ikea me podía.

—Es ésta, Alicia, y va aquí. Déjame. —dijo a la vez que me quitaba con suavidad el destornillador.

Otro calambre. Otro por culpa del roce de su piel con la mía.

—Oye Iván… Respecto a lo de antes…

Mi mente piensa una cosa y mi boca se atreve a contrariarla. Maldita seas, Alicia.

— ¿Quieres retomarlo donde lo dejamos o hablar del tema? —dijo él casi sin mirarme mientras terminaba de colocar la pieza de mi mesita.

—No lo sé… ¿Qué quieres tú? —pregunté mirándolo fijamente.

—Por el bien de nuestra amistad, del cosmos y de tus muebles. Creo que deberíamos hablar.

Bien. Había un sensato entre nosotros.

—Muy bien. Hablemos entonces.

Su móvil comenzó a sonar, se lo sacó del bolsillo, lo silenció y volvió a

guardarlo.

— ¿Quién era? —pregunté intrigada.

Él me miró fugazmente y me contestó sincero.

—Carla.

No me sorprendió saberlo, ya me lo imaginaba.

—Ah, bien. —dije para quitarle importancia.

No quería que se sintiese mal. Realmente yo sentía cosas. Muchas cosas. Pero él también las había sentido mucho antes y había tenido que lidiar con la presencia de Jorge durante años. No me sentía tan egoísta como para imponerle que saliera de su vida.

— ¿Bien? —rio.

—Sí, bueno… Que es normal que te llame.

— ¡Ah, lo ves normal!

—Claro. Supongo. ¡Vamos! Mírate… La tienes loca.

Y a mí. A mí también me tienes loca.

— ¿Cero celos?

—Cero celos.

Y era cierto. No me sentía celosa en este momento. No, porque estaba conmigo, aquí, a mi lado. En mi vida en general y me sentí afortunada.

—Yo estaba celoso de Jorge todo el tiempo.

— ¿Te sigues acostando con ella? ¿Duermes con ella? ¿Te sigue gustando?

Salieron preguntas sin control de mi boca.

Quería saberlo, quería saberlo todo.

La mayoría de las veces sufrimos más por aquello que imaginamos que por la misma realidad. Y yo era mucho de montarme películas, así que prefería que me dijese la cruda verdad.

—Sí. No y sí.

Punzada en el corazón.

—Muy bien. —dije a la vez que jugueteaba con algunos tornillos.

— ¿Muy bien?

—Sí. Prefiero saber la verdad que andar imaginándome cosas.

—Entiendo… Eres rara, Alicia.

—Anda que tú… —reí nerviosa. —Me dijiste que le habías dejado claro que no querías nada con ella y ahora me dices que te gusta. ¿Puedes explicarte?

—Es cierto. Le dije que lo nuestro no iba a ninguna parte. Que era sexo, nada más. Ella aceptó eso y, bueno, si no me gustase no se me despertaría esto ¿Sabes? —dijo señalando su entrepierna. —Pero eso no quiere decir que la quiera.

Sinceridad. Cruda y bruta sinceridad.

—Se me abren las carnes imaginándote con ella.

Cruda y bruta sinceridad.

Él me miró y dejó de trastear con la mesita. Como si no se esperase mi comentario. Como si esperase que lo dejara pasar y que retrasase aún más lo inevitable. Que no le dijese que me dolía saber que estaba con otra.

Y lo sentí. Sentí como todas y cada una de mis carnes se desgarraban imaginándome esa escena.

¿Celos? No. No eran celos. No había palabra para describirlo.

—Ahora sientes lo que sentía yo cuando te veía con él.

—Y qué es, ¿Una venganza?

Me dolió.

—No. Claro que no.

—Ni voy a ser un segundo plato ni quiero que ella lo sea. Así que lo mejor será que nos tomemos un tiempo muerto de todo esto.

—En ningún momento te he dicho que quiera que seas un segundo plato ni que ella va a serlo tampoco.

— ¡Joder, Iván! ¿Quieres hablar claro de una maldita vez? —grité enfadada.

Él se sobresaltó al instante.

Me cansaba que se fuera por las ramas. Me cansaba que yo lo hiciera también.

Sigamos con la sinceridad, pues.

—Y, ¿Qué quieres que te diga, Alicia? —dijo mirándome intensamente con el ceño fruncido.

—Lo que quieres. Lo que deseas. Lo que ansías. Lo que sueñas. Todo, joder. Dímelo todo.

Mis carnes abiertas escocían bastante.

—A todo eso la respuesta eres tú.

— ¿A qué estamos jugando entonces? —pregunté confusa.

—A no estropear lo que tenemos, Alicia. A no joder lo que realmente nos une. A no pisotear todo lo que hemos vivido. Tú no estás segura de esto. De nosotros. No puedes negarlo. Te asaltan las dudas y, tranquila, a mí me asaltan también. No quiero que lo hagamos como animales hoy y mañana no podamos mirarnos a la cara. ¿Entiendes eso? ¿Entiendes que nuestra amistad es lo más importante de todo esto?

Me atravesó cada una de sus palabras y todas mis carnes volvieron a su lugar de origen.

Tenía tanta razón que dolía.

Al fin y al cabo, lo más importante era nuestra amistad.

Habíamos tonteado tantas veces a lo largo de los años. Habíamos bailado muy pegados. Habíamos vivido cosas innombrables, pero no esto. No esto que ahora nos ahogaba.

La garganta se me hizo un nudo y no supe o no pude decir nada.

Únicamente lo miraba y saboreaba su sinceridad en mi boca.

La realidad volvía a golpearnos y no pude más que darle la razón.

La tenía. Claro que la tenía.

Yo tampoco quería que sucumbiéramos a la pasión y que luego todo lo demás se estropease.

Estaba claro que nos queríamos, pero ¿Qué pasaba si no éramos capaces de canalizarlo?

Yo explotaba de pasión cada vez que me tocaba. Sentía tantas cosas juntas que sería imposible plasmarlas en un papel, pero lo que más dominaba en todo esto era que no queríamos estropear la magia que nos había unido.

Se levantó bruscamente y salió de la habitación dejándome atrás.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

— ¿A dónde vas? —dije yendo detrás de él.

—No puedo seguir, ¿Vale? Ahora no.

Abrió la puerta y Borja, que estaba al otro lado, cambió la gran sonrisa por un gesto de confusión.

— ¿Qué pasa?

—Nada. Tengo que irme. —dijo Iván sin mirarnos a ninguno de los dos.

Y se fue.

Se fue dejándolo todo a medias. Los muebles, a mí, a todo lo que nos rodeaba.

Estaba claro que aquí sobraban tornillos y sentimientos.

— ¿Qué ha pasado, Alicia? —preguntó Borja preocupado.

Yo aún estaba en shock. No creía que se hubiera ido dejando la conversación más importante de nuestra vida a medias.

Pero lo entendía.

Llevaba tantos años guardándose todo esto para sí mismo que ahora no sabía cómo canalizar la situación y mucho menos todo lo que sentía.

Me sentí abatida.

—Íbamos a tener la gran conversación y se ha saturado. Supongo que es eso. No importa. Es mejor que coja aire y respire tranquilo.

—No entiendo nada… ¿Quieres explicármelo?

—Casi nos acostamos, Borja. Casi. Y lo que sentíamos era más fuerte que nosotros. Llegaron los de Ikea y paramos. Luego, supongo, que no supimos

qué hacer.

—No veo dónde está el problema.

—El problema está en que lo siento todo. Todo lo que jamás había sentido. Siento elevarme cuando huelo su perfume. Siento… —callé un momento y negué con la cabeza a la vez que cerraba los ojos. —Siento el maldito *Big Bang* explosionar dentro de mis entrañas cada vez que su piel roza la mía. Siento cómo crea mariposas en mi estómago solo con el timbre de su voz. Siento tanto a la vez que me hago pequeñita en mis pensamientos. Siento que estoy en todos lados y en un único sitio al mismo tiempo. Siento que puedo volar si él coge mi mano y siento que caigo en picado cuando sus ojos impactan con los míos. Vértigo. Siento vértigo si lo tengo cerca. —sonreí y abrí los ojos de par en par.

Borja me miraba atónito. Embobado.

Había escuchado mis palabras y todas ellas parecían haberle atravesado.

—Eso, cariño mío, es amor. ¿Lo has sentido alguna otra vez? —preguntó mientras me abrazaba cariñosamente.

—Nunca. Nunca de este modo.

—Pues siento decirte que lo amas profundamente. Nunca había escuchado a nadie hablar así de otra persona. Eres amor puro, Alicia.

—Pero él tiene miedo y, he de reconocer, que yo también. No puedo llegar y poner su vida patas arriba de repente. No puedo llegar y esperar que lo deje todo por mí.

—Claro que tiene miedo. Está muerto de miedo, Alicia.

—Y ¿Se nos pasará? —dije aterrada.

—Lo dudo mucho. Da miedo sentir tanto, yo no he experimentado algo así en mi vida y… si han de sentir miedo, háganlo con miedo. Lo bueno está justo después.

Pero Iván se había ido y todo lo que quería decirle a él ahora lo guardaba Borja en su interior.

Me derrumbé en sus brazos.

Se me pasaría. Claro que lo haría y a él también. Por lo menos esta sensación de estar haciéndolo todo mal.

Algún día. Cuando fuésemos capaces de hablar sin que los sentimientos nos aplastasen la garganta, pasaría. El gran momento pasaría.

34
Morena explosiva

La siguiente semana pasó sin pena ni gloria. No hubo mensajes por parte de nadie más que no fuese Borja, para ver cómo estaba, para contarme un chiste que otro y para ver si el capullo de su amigo había dado señales de vida

Rubén había conocido a una chica que le había robado los ojos, el corazón y el resto de su cuerpo, Cathy se llamaba la afortunada y Rubén solo la quería para él, así que únicamente había coincidido con ella un día que pasó a ver mi apartamento y a presumir de novia, eso sí, qué chica más maja y con qué ojitos la miraba él.

No hubo visitas de Iván, pero tampoco hubo más lágrimas.

Almorzaba con Borja y me hacía compañía hasta casi caer la noche. Me había ayudado a montar todos los muebles que Iván y yo no pudimos terminar y me había desahogado por completo.

Hoy hacía un calor que rajaba las piedras y no había ni una sola nube en todo el cielo. El cuerpo me pedía agua congelada y el corazón que saliera corriendo hasta desfallecer. Hice caso omiso a los dos y me quedé en casa colgando los últimos cuadros en el salón. Uno proclamaba el lema de *El hogar está donde está el corazón* y otro con la frase *Si algo debe suceder, sucederá*. Muy acordes a mi persona ahora mismo.

No volví a saber de Iván. Ni siquiera un triste *whatsapp* diciendo que estaba bien y yo tampoco quise agobiarlo enviándole ninguno.

Nos dimos tiempo.

Creo que nunca nos lo habíamos dado. Que ni siquiera cuando estaba con Jorge habíamos estado tanto tiempo sin hablar, sin vernos.

Quizás fuera mejor así.

Había quedado con Borja para merendar y me propuse hacerle algo especial. Se había portado tan bien conmigo que no sabía ni cómo agradecerle que hubiera soportado tanto.

Fui hacia la cocina y me puse a hacer gofres. No sabía cómo iba a salir aquello porque nunca en mi vida los había hecho, pero con todo esto de

internet, cualquiera puede ser un gran chef. Así que me puse a ello.

La cocina quedó perdida, casi tanto como lo estaba yo entre tanto ingrediente, pero quedaron de rechupete y me moría porque Borja me diera su veredicto.

Llegaba tarde.

Puse la mesa. Su plato y el mío con dos gofres cada uno. Zumo de naranja recién exprimido y el bote de sirope de chocolate que había comprado solamente para la ocasión.

En medio de la mesa coloqué un jarrón con unas flores rosas que había comprado en la floristería de la esquina y que olían a gloria bendita. Hasta me había currado un tapete de color turquesa con un *Bon apetite* muy mono.

Seguía sin llegar.

Decidí llamarlo o los gofres se quedarían más fríos que la pata de un muerto y me negaba. Me había costado sangre, sudor y lágrimas hacerlos.

Dio dos tonos antes de que su voz, a trompicones, sonase al otro lado.

— ¡Llego tarde!

—Sí… ¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Oh, nada, nada. Que se me ha complicado el asunto, pero ya estoy aquí. Abre.

Le colgué y fui hacia la puerta para encontrar subiendo las escaleras a un Borja de lo más acalorado.

Nunca lo había visto tan rojo.

— ¿Has hecho el *Ironman?* —pregunté graciosa.

— ¡Ojalá! ¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó inspirando con gusto.

—Gofres. He hecho gofres y tú llegas tarde. —dije haciéndome la enfadada.

No lo estaba en absoluto.

—Perdone usted, señorita. Se lo compensaré. Ahora, si me disculpa, voy a sentarme y a morir en paz.

Yo reí mientras él entraba y se desplomaba en la silla del comedor.

— ¿Se puede saber de dónde vienes así? —reí al verlo con la lengua por fuera.

—Del gimnasio, nena. No sé qué bicho le ha picado a ese, pero lleva una semanita reventándome vivo. —tomó un largo trago de zumo.

— ¿Iván? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí.

— ¿Crees que debería llamarle? —pregunté mientras jugueteaba con un trozo de gofre.

—Oh, sí. Por favor, sí. —dijo suplicando.

— ¿Qué tal está el gofre?

—Espectacular, Ali. Guau, está de muerte.

Lo probé y, efectivamente, estaban buenísimos.

Los dos reímos y hablamos de cosas que no tenían nada que ver con Iván, así que me evadí un poco de los sentimientos que llevaban toda la semana taladrando mi cabeza.

Necesitaba eliminar ficheros. Resetear archivo. Borrarlo todo.

—Entonces esta noche salimos ¿No? —dijo muy contento mientras cogía con su dedo índice un poco de sirope que le queda en el plato.

—No es que me apetezca horrores… pero te lo he prometido.

A mitad de semana me obligó a prometerle que saldríamos a despejarnos. Él también lo necesitaba. No estaba pasando por su mejor momento con Nuria. Esta vez él quería más y ella menos.

—Vamos, Ali. Debajo de ese ceño fruncido estás deseando enfundarte unos buenos tacones y sacarme a bailar. —cruzó los brazos y me miró desafiante.

— ¡Cierto! Es lo único que me apetece del mundo ahora mismo. —reí y él también.

Eran las siete de la tarde y Borja dormía a pierna suelta en el sofá.

No había podido irse a casa porque no tenía ni la fuerza ni la voluntad para salir por la puerta. Nuria lo estaba volviendo loco e Iván también.

Decidí llamarlo. Me apetecía oír su voz y necesitaba saber cómo estaba.

Yo, si él me lo preguntase, le diría que he estado tranquila. Que he ocupado mi tiempo en cosas banales, que no he querido darle muchas vueltas al asunto y sería totalmente cierto.

Dio varios tonos antes de que la llamada se colgase.

Supongo que él no quería hablar conmigo, no por el momento y no forcé más la situación.

Mi padre no había podido venir esta semana, se le había complicado unos asuntos de trabajo que requerían su entera atención y retrasó su viaje para un par de semanas más adelante. Necesitaba verlo, abrazarlo y sentirme segura en sus brazos.

—Borja… —le dije a la vez que tocaba su hombro. —Vamos, levanta.

—Nuria…

—No soy Nuria, soy Alicia y Alicia se quiere ir de compras…

Zarandeé su brazo hasta que abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado profundamente dormido.

—Dios… ¿Cuánto llevo durmiendo?

—Unas… dos horas y media. Vaya siesta, eh. —reí y él se levantó un tanto perdido.

—Mierda… —dijo mientras se restregaba los ojos.

—Quiero ir al centro a comprarme algún vestido para esta noche ¿Me acompañas? —le pregunté con una gran sonrisa.

—Oh, claro. Vamos.

Llegamos a la tienda de los vestidos más bonitos del mundo mundial y Borja se sentó en el sofá de los maridos.

Sí, ese sofá que utilizan todos ellos mientras las mujeres miramos trapitos, nos probamos y les preguntamos qué tal nos queda todo. Ese donde ellos se quieren morir y pasar a mejor vida, sin embargo, Borja estaba muy atento a mí.

Cogí un vestido verde botella, otro color coral y, por último, uno amarillo chillón.

A Borja no le gustó ninguno de ellos y he de decir que a mí tampoco.

No sabía decidir cuál de los tres era más feo.

Borja comenzó a cotillear por los percheros de la tienda y, mientras yo introducía la cabeza en otro de ellos, él proclamó a los cuatro vientos que era un genio.

Tanto yo como la dependienta nos reímos a carcajadas.

—A ver, iluminado ¿Qué has encontrado? —pregunté sin darle mucha importancia.

—Es perfecto para una morena explosiva como tú, Ali.

Me enseñó un top de encaje de color negro, casi parecía ropa interior, pero no lo era. Es más, estaban muy de moda. Y luego unos pantalones palazzo color blanco.

—Ehm…

No sabía qué decir, la verdad es que estaba gratamente sorprendida con su elección.

—Y ¡Mira! Puedes combinarlo con estos tacones plateados tan sexys y ese collar de allí.

Cogió unos tacones con una cinta plata y tacón cuadrado y el collar era un choker negro y plata.

Sí que se le daba bien esto de combinar ropa de mujer… Se le daba genial.

Yo, emocionada, lo cogí todo y me dispuse a entrar al probador. Me quité la ropa tan deprisa que no sabía ni dónde había caído.

Me coloqué el conjunto tan al dedillo que podría haberme ido de aquí a la fiesta directamente. Era espectacular.

Y lo mejor de todo… ¡Me quedaba de miedo!

Abrí la cortina y Borja alzó los brazos al cielo.

— ¿Te gusto? —pregunté mientras daba una vuelta sobre mí misma para que me viera por completo.

— ¡Soy un genio! Estás… ¡Vaya! ¡Estás impresionante! —gritó.

— ¡Te quiero con locura! —grité y los dos reímos.

Las ganas que me faltaban para salir esta noche me las había dado el maravilloso conjunto que había escogido para mí.

Era perfecto, magnífico, increíble… Y podría estar así hasta mañana.

Yo me fui a mi casa y él a la suya. Habíamos quedado a las diez para cenar antes de salir.

Él necesitaba desconectar y yo lucirme.

Me duché con todas las ganas del mundo y lo más rápido posible para poder vestirme otra vez de morena explosiva.

Lavé mi melena a conciencia y me la alisé como si hubiera pasado por la peluquería.

Ahumé mis ojos con una sombra negra y pinté mis labios de rojo pasión o putón, lo que sea.

La cuestión es que estaba que desarmaba hasta al espejo. Me miré de todas las posiciones posibles y adoré a Borja con cada vuelta que daba.

Me encantaba verme así. Explosiva, como él decía.

Lo llamé al borde de la histeria.

— ¿Qué pasa nena? —dijo más contento que antes.

— ¡Que soy una morena explosiva! ¿Tú cómo vas?

— ¡Esa es mi chica! Pues llegando a tu casa. Nos vemos ahora.

Cuando llegó yo era un manojo de nervios y aún no sabía por qué.

Era como si hubiese renacido, o rejuvenecido hasta la pubertad más tonta.

Abrí la puerta y vi a Borja unos escalones más abajo.

— ¡Qué guapo vas! —dije casi al grito desde la parte superior de las escaleras.

— ¡Anda que tú! Vas a ligarte a toda la discoteca esta noche, nena.

Yo reí a carcajadas y bajé después de coger un pequeño bolso plateado que había comprado a conjunto con los zapatos.

Me subí a su coche, un Mercedes clase C de color blanco y él puso la música a tope.

Mi ego subía como las burbujas del champán y golpeaba el techo al ritmo de la música.

Cenamos en un italiano y nos bebimos entre los dos una botella de vino tinto.

Empezábamos la noche con muy buen pie.

Él estaba guapísimo con su pantalón blanco ceñido, su camisa de manga larga y botones azul añil y esa sonrisa tan plena.

No nombramos a Nuria ni a Iván en toda la cena. Comimos, charlamos de todo y de nada y nos reímos. Sobre todo, nos reímos.

Salimos del restaurante sobre las once y media de la noche y nos fuimos a un bar de copas antes de irnos de fiesta.

A entonarnos más que nada.

—Dos gin tonics, por favor. —le pidió Borja al camarero.

Estaba lleno. No cabía un alfiler más y yo notaba los cuerpos de los dos fortachones que tenía a la espalda muy pegados a mi cuerpo mientras yo me inclinaba para apoyarme en la barra.

— ¡Qué llenazo! —le grité a Borja.

—No veas… Oye… —se acercó a mi oído. —Esos dos de ahí ya te han quitado el top y los pantalones hace rato con la mirada… —rio.

Yo me di la vuelta y los vi a los dos con los ojos clavados en mí mientras hablaban entre ellos. Sonreí.

Me sentí deseada y me gustó. Pero no les di ninguna importancia hasta que uno de ellos se acercó a mi oído.

—Hola guapa. —lo miré y él me sonrió.

Yo a él también.

—Hola.

— ¿Cómo te llamas? —se mordió el labio inferior y le dio un trago a su copa.

Mi gin tonic llegó y le di un largo sorbo.

—Alicia ¿Y tú?

—Mmm… Alicia. —sonrió pícaro. —Yo me llamo Adán.

Lo miré de arriba abajo y su musculado cuerpo pedía a gritos salir de esa ropa que llevaba puesta. De esos vaqueros y de esa camisa básica con el cuello en pico. Y no porque lo quisiera yo, que conste, era porque creo que todo él se estaba asfixiando ahí dentro.

Iba tan apretado que pensé que estallaría el botón de su pantalón de un momento a otro.

—Mmm… Adán. —repetí su gesto y bebí de mi copa.

Borja tocó mi espalda y besó mi hombro descubierto mientras le dedicaba una mirada fulminante.

—Encantado Adán. —le dijo Borja.

La noche empezaba genial.

35
Miénteme y dime que no vas a irte

Llevábamos ya más de cuatro copas en el pub cuando nos dimos cuenta de lo tarde que se había hecho.

Con él se me pasaba el tiempo volando.

Salimos después de que Borja se despidiera de Adán en tono burlón. Le había hecho creer que él estaba conmigo y le había cortado el rollo al pobre chaval.

Luego bromeamos por lo extremadamente apretado que iba y yo me deshice en carcajadas.

— ¡Vamos! No estaba tan mal…

— ¡Iba a empezar a volverse morado! No podía respirar. —se burló.

— ¿A dónde vamos ahora? —dije emocionada. — ¡La noche me está encantando!

—Vámonos al Doblón, creo que David está allí.

— ¡Genial!

Nos subimos a la vez en su coche y yo sacudí mi melena hacia delante y luego hacia atrás.

Me sentía sexy. Grande. Poderosa. Me sentía de maravilla.

—Guau… sexy. —dijo Borja sin quitarme el ojo de encima.

—No te vayas a colgar de mí ahora… —reí a carcajadas.

— ¡No prometo nada! —rio también.

— ¿Has sabido algo de Nuria? —pregunté por el camino.

—Sí. Le he dicho que esta noche saldría contigo y se ha molestado. Celos, supongo.

— ¿De mí?

—Recuerda que eres una morena explosiva…

—Bah. Puede estar tranquila.

Comencé a canturrear la canción que sonaba en su radio.

— ¿Has hablado con Iván?

Su voz resonó en mi interior más de mil veces, pero respondí con total

normalidad.

—No. Lo llamé hoy, pero no respondió.

—Dale tiempo. Lo necesita.

—Sí, eso es lo que hago.

Paramos de hablar justo cuando él terminó de aparcar en el parking subterráneo.

Él se bajó, yo retoqué mis labios y volví a sacudirme el pelo.

— ¿Quieres dejar de hacer eso con el pelo? Me pones burro, Alicia. —dijo cachondeándose.

— ¡Imbécil! —los dos reímos.

Nos dimos la mano y caminamos juntos hasta la puerta.

Él también era muy amigo del portero así que pasamos sin necesidad de hacer la kilométrica cola que había en la puerta.

— ¡Qué pasa, Andrés! —saludó al portero.

— ¡Qué pasa, Borja! Qué bien acompañado te veo… —me guiñó el ojo.

Volví a reafirmarme. Volví a sentirme desenfrenadamente sexy.

— A ver si se deja y esta noche triunfo ¡Eh! —le palmeó la espalda y entramos entre risas.

Capullo. Me carcajeé.

Llegamos a la barra aún cogidos de la mano y pidió otras dos copas más.

La verdad es que yo ya estaba un poco achispada, pero me tomé esa copa con gusto y me supo a ambrosía de dioses.

Necesitaba evadirme. Olvidar. Emborracharme. Perder el sentido. La razón. Perderlo todo. Hasta las bragas.

— ¡Ahí está David! —señaló Borja y fuimos a su encuentro.

— ¡Qué alegría verte, Alicia! —me abrazó.

Era muy cariñoso, atento y esa mirada color miel volvió a ponerme los pies en la Tierra. No sé cuántos días hacía que no lo veía.

— ¡Igualmente! Qué guapo estás.

Vestía un vaquero desgastado y una camisa blanca con varios botones desabrochados.

—Bueno… ¡Y no hablemos de ti! ¡Estás preciosa! —dijo a la vez que cogía una de mis manos, la alzaba y me daba una vuelta.

Yo reí. Me sentía de maravilla en su compañía, en la de los dos.

Bailamos hasta el agotamiento. Varios tíos se me acercaron, pusieron su mano en mi cintura y yo bailé con ellos sin ataduras, sin ninguna intención más.

Luego fui a por otra copa mientras Borja y David hablaban a grito pelado para poder escucharse.

Me incliné apoyada en la barra y llamé a la camarera.

— ¡Otro gin tonic, por favor! —me asintió, sonrió y fue a preparármelo.

Una mano se posó en mi cintura e hizo que un rayo atravesara mi cuerpo. Aún no había visto quién era el dueño de esa mano, pero lo sabía porque solo su contacto conseguía provocar esa reacción en mí.

Era Iván.

Me di la vuela y lo vi. Con un pantalón mostaza bastante ceñido y una camisa básica bastante ajustada, mucho más de lo que hubiera querido ahora mismo.

Estaba deslumbrante. A mí me deslumbraba.

— ¿Podemos hablar? —me dijo al oído y su voz me atravesó como ninguna otra.

Asentí y salimos fuera.

La noche se había vuelto fría y yo no había traído chaqueta ni nada parecido que ponerme por encima.

Demasiado descotada iba yo… Pero me hice la fuerte e intenté no temblar demasiado.

—Qué guapo estás. —sonreí.

Él me miró intensamente, como si quisiera decirme un millón de cosas y todas ellas estuvieran peleándose dentro de su cabeza para ver cuál salía primero.

—Tú… Tú estás… Joder. Estás increíble. —sonrió más calmado o más nervioso.

No lo sé.

—Gracias.

—Perdona por no haberte cogido el teléfono esta tarde, es que…

—Tranquilo. Entiendo que necesitas tu espacio. Solo quería hablar, saber cómo estabas. Te he echado de menos ¿Sabes? —dije sinceramente.

—Bien. Estoy bien. También te echo de menos, pero necesito controlar todo esto y…

—Iván. —me acerqué a él, cogí su mano y un calambre pareció recorrerle. —No pasa nada. De verdad. Todo saldrá bien.

Su expresión se fue calmando conforme mi mano iba calentando la suya.

La confusión, el asombro y todo lo demás pareció desaparecer de su interior hasta que esa maldita voz femenina que ya podía reconocer sonó a mis espaldas.

— ¡Iván! Te he perdido de vista…

Carla.

Me di la vuelta y solté su mano.

Su expresión no fue nada amable. Más bien quiso torturarme, asesinarme y enterrarme con la mirada.

Yo no quise dudar. No quise disculparme. Antes de estar ella, él ya era mi amigo y no iba a dejar de hablar con él porque a la retaca que tenía delante le molestase.

—Oh. Hola Carla. —dije con mi sonrisa más amplia mientras echaba mi melena hacia un lado y colocaba mi top.

Mírame. Soy más sexy que tú. Lo sé. Duele. Pero, chica. Lo que es, es.

—Hola, Alicia… —dijo con un tono de voz que reflejaba odio.

Me odiaba y yo reí por ello.

—Ya me iba. Les dejo solos. —me di la vuelta, le di un beso cálido a Iván en la mejilla y me despedí de ella con un guiño que no le gustó nada.

Seguí caminando hasta entrar en la discoteca como si me hubieran metido un palo por la retaguardia. Recta y moviendo las caderas para que se notase. Para que ella me viera contoneándome y se muriera de envidia.

Saludé a Andrés y entré de nuevo para encontrarme con Borja,

— ¿Dónde estabas pillina? —me dijo burlón.

—Hablando con Iván, pero Carla nos ha interrumpido.

—No jodas y ¿Qué has hecho?

—Saludarla, contonearme y despedirme con un guiño. Es una retaca ¿Qué hace con ella?

Borja y David estallaron en carcajadas.

— ¡Eres mi ídola! —gritó Borja aun carcajeándose.

— ¡Bah! Necesito una copa. —dije antes de irme a la barra a disculparme con la camarera por desaparecer y pedir otra.

Tomé un largo sorbo y volví a donde estaban los chicos, aunque ahora únicamente quedaba David.

— ¿Dónde ha ido Borja? —pregunté mientras me movía al ritmo de la música.

—A ver a Iván. Vuelve ahora.

Y lo hizo, no tardó ni dos minutos en volver con la cara desencajada.

— ¿Qué pasa?

—La que has liado, chica…

— ¿Yo? —dije confusa.

—Sí, tú. A grito pelado están esos dos ahí fuera…

Sonreí malévola imaginándolo.

Que se fastidie.

Iván era mío.

No era yo la que hablaba. Era el alcohol.

Mentira. Era más yo que nunca.

Era mío y punto.

— ¡¿Y te ríes?! —dijo David descojonándose.

— ¿Creen que debería salir a mediar?

— ¿Estás loca? Se te tiraría al cuello.

Volví a reír y a beber de mi copa.

Me sentía mala, muy mala.

Y me gustaba.

No volvimos a ver a Iván esa noche, tampoco vimos a Carla.

No supimos si arreglaron las cosas y se fueron juntos o si se mandaron a la mierda mutuamente y se fueron cada uno por su lado.

Borja y yo cerramos la discoteca.

Nos fuimos cuando ya encendían las luces y eran las seis de la mañana.

Era de día ahí fuera y nosotros seguíamos bailando al ritmo de una música que ya no sonaba.

—Gracias por esta noche, Alicia.

—Oh, no. Gracias a ti. Lo he pasado genial.

Nos abrazamos y caminamos juntos hasta su coche.

Me llevó a casa, me dejó en la puerta con la promesa de hablar con Nuria, solucionar lo que quiera que pasase entre ellos y llamarme mañana para contármelo.

Yo me despedí de él con la promesa de volver a salir muy pronto juntos.

Subí las escaleras que me separaban de mi piso y abrí la puerta justo al llegar.

Estaba destrozada.

Me dolía hasta el alma de tanto bailar, de tanto beber, de tanto reír.

Entré en casa y en el cuarto de baño inmediatamente después.

Me quité toda la ropa y me puse una bata de seda blanca para ir hacia el dormitorio.

El estómago, la cabeza y la vida me daban vueltas.

Encendí la luz y descubrí un bulto enorme en mi cama.

¿Quién demonios había ahí?

Me acerqué despacio, sin ningún miedo. No creo que, si hubiese entrado a robarme o a matarme, se hubiese echado una siesta antes, ¿No?

Le quité la sábana de encima y descubrí a Iván totalmente abatido.

Abrió los ojos en cuanto mi piel entro en contacto con la suya.

—Perdona por la intrusión. —dijo incorporándose.

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Acabas de llegar? ¿Qué hora es?

—Pues las seis y media de la mañana… ¿Desde cuándo estás aquí?

—Varias horas…

—Vale, a ver. —me senté a su lado y recogí mi pelo en un moño alto. —Cuéntame qué ha pasado.

—Hemos discutido como nunca había discutido con nadie.

— ¿Por qué? —pregunté como si no supiese nada.

—Por ti.

—Ah…

— ¡Joder, Alicia! Nadie va a decirme que no puedo verte. Nadie.

—Serías idiota si dejaras que alguien te dijese a quién tienes que ver y a quién no.

Retaca del demonio.

Has querido borrarme del mapa y no has podido.

Está en mi casa y no en la tuya.

Muérete de envidia.

Si tuviera tu número de móvil te mandaría una foto de él en mi cama.

—Y, ¿Por qué has venido a mi casa? —pregunté dejando de lado a Carla.

—Porque quería hablar contigo. Verte. No sé… pensé que llegarías más temprano y me quedé dormido. No era mi intención que llegaras y yo estuviera usurpando tu cama. Ha quedado todo muy bonito, por cierto.

—Sí… Borja ha estado ayudándome toda la semana. Es un encanto.

—Sí… estoy enterado. Siento no haber venido, pero, ya sabes, necesitaba…

— ¿Quieres dejar de disculparte? Te entiendo, ¿Vale? Aunque te cueste creerlo, te entiendo.

—Pues vete explicándomelo porque ni yo mismo me entiendo.

Reí y él lo hizo también.

—Bueno… ¿Vas a quedarte? No voy a ser capaz de tener una conversación coherente ahora mismo. Estoy borracha, mareada, eufórica y destrozada.

— ¿Quieres que me quede? —preguntó con un tono de voz más bajo.

—No voy a decirte que te quedes o te vayas. Aquí siempre eres bienvenido. Si te apetece quédate, si no, podemos vernos mañana. —dije acariciando su mejilla con mi mano.

—Está bien. —se acomodó en la cama y me dejó espacio para que pudiera acostarme yo.

—Promete no violarme mientras duermo… —dije dándole la espalda y acomodando mi cara en la almohada.

—No puedo prometer nada, Alicia… Duermes demasiado ligerita…

Recordé que no llevaba nada de ropa interior, únicamente la pequeña bata

que apenas me cubría.

—Idiota… —sonreí y me dejé llevar.

Él se acomodó a mi espalda, como si fuera la primera vez. Intentaba no pegarse demasiado, pero tampoco estar tan alejado.

—Alicia… —dijo suave.

—Prométeme que no vas a irte, aunque sea mentira… —susurré.

Caí irremediablemente en un estado de sopor absoluto.

No pude escuchar su respuesta si es que decidió responderme.

No sentí nada más esa noche, tan solo su compañía al otro lado de la cama. Su perfume con el que soñaría sin duda y el terrible placer que me daba que volviese a mi vida.

36
Irremediablemente amigos

Desperté porque Iván no paraba de removerse en la cama. Se giraba hacia un lado, hacia el otro y repetía mil veces. Casi me estaba mareando yo con sus vueltas.

Se quejaba en sueños. Decía frases indescriptibles y no dejaba de fruncir el ceño. Parecía estar discutiendo aún con Carla.

Yo me levanté de la cama y fui hacia el cuarto de baño. Tenía que sacar el alcohol que llevaba dentro y mi vejiga ya me estaba llamando a gritos.

Cuando volví, Iván seguía igual. No paraba. Hablaba en sueños y se movía como si hubiese un huracán en su interior.

Me acerqué a la cama y me senté a su lado. Puse mi mano en su hombro e intenté despertarlo lo más suavemente posible.

—Iván… Vamos despierta. Es solo un sueño.

—Mmm…

—Vamos, bello durmiente, abre los ojos que ya es de día.

Él los abrió poco a poco y sus ojos, verde esmeralda, se engrandecieron al ver los míos.

—Buenos… días. —dijo confuso.

Imaginé que no sabría muy bien qué hacía aquí, conmigo. Y yo en lo único en lo que pensaba era en lo guapo que era cuando despertaba. Cuando abría los ojos por primera vez en el día. Cuando me miraba y sonreía de esa manera.

Ojalá algún día despertase conmigo todas las mañanas.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —pregunté quitándole importancia a sus conversaciones nocturnas.

—Sí. Muy bien. Un sueño un poco raro, pero muy bien. ¿Y tú? —se incorporó y quedó sentado con la espalda apoyada en el cabezal de la cama.

—Muy bien. —sonreí. — ¿Café?

—Sí, por favor. Te ayudo a prepararlo. —dijo haciendo amago de levantarse.

—No te preocupes. Si quieres date una ducha en lo que preparo el

desayuno.

—Eres la persona más bonita del mundo, Alicia. —sonrió y me besó la mejilla.

—Anda, no seas ñoño. —reí, pero mi interior gritaba eufórico.

Me levanté y fui hacia la cocina mientras él entraba en el cuarto de baño.

Decidí preparar esos gofres que habían conquistado a Borja, ya era una apuesta segura, porque Iván era tan goloso como yo y sabía que algo así le encantaría.

Exprimí zumo de naranja, hice café y gofres con miel para mí y con sirope de chocolate para él.

Me dio tiempo de poner la mesa lo más mona posible antes de que él saliese del baño y a mí me dejara sin aliento.

Dios, no se podía ser tan guapo, sencillamente, no se podía.

Se había atado una toalla minúscula a la cintura, que más que eso parecía un trapito de cocina, y chorreaba agua por todo su abdomen definido. Por sus piernas musculadas, por sus fuertes brazos. El pelo lo llevaba sin peinar. Alocado. Salvaje. Y sus ojos… Sus ojos atravesaban los míos y me llenaban el alma.

—Oye, Ali. Que estaba yo pensando que, si quieres, podríamos ir hoy… no sé, a cenar, por ejemplo. Si te apetece, claro.

Y yo no estaba para pensar, ni siquiera para moverme. No estaba para nada.

Las gotas que recorrían su cuerpo y morían en las baldosas amarillas me desconcentraban y ni siquiera fui capaz de analizar lo que quería decirme. Yo estaba muy ocupada recorriendo su cuerpo junto a esa gota traviesa que se escapaba de su ombligo e impactaba en la toalla.

Atónita era la palabra.

— ¿Eh? —dije con la boca abierta.

—Estoy aquí arriba, ¿Sabes? —dijo señalando su cara y riéndose.

Ya, ya. Pero yo ya no estaba donde mi cuerpo intentaba mantenerse de pie. Estaba dentro de su toalla. En cada gota que jugueteaba con sus músculos. En cada poro de su piel. Yo había dejado de estar en mí para estar en todo él.

— ¡Claro! Perdona. ¿Qué me has dicho? —salí del trance a la fuerza.

—Que si quieres podemos cenar esta noche. —sonrió pícaro.

Supongo que le encantaba ver cómo perdía el hilo mientras lo observaba.

—Pues… esta noche… —dije intentando conectar de nuevo con mi cerebro.

— ¿Tienes que consultar la agenda? —me preguntó sorprendido.

Vale que no tenía una gran vida social, pero no era para mirarme de ese

modo tan extraño.

Quise decirle que sí, que tenía planes. Que no podía anularlo porque a él le apeteciese cenar. Que ya podríamos hacerlo otro día.

Pero otra gota me distrajo y contesté sin más.

—Libre. Estoy libre.

Mierda, Alicia.

Céntrate y miente.

—Genial. —sonrió. — ¿Qué es eso que huele tan bien?

La toalla iba a caérsele. ¡Iba a caérsele!

Dios… que se le cayera…

— ¡Gofres! —grité sin sentido.

—Me visto enseguida, no tardo nada. —se dio la vuelta y se quitó la toalla antes de cerrar la puerta.

Lo había hecho adrede, pero qué culazo tenía.

Madre de mi vida, qué culazo tenía.

Yo caí en la silla y me quedé ahí dándole vueltas a todo y a su trasero.

Respiré, o al menos lo intenté, no sé si lo conseguí porque él volvió a salir enseguida. Despeinado, con el pelo aún mojado. Sexy. Muy sexy. Con los ojos rebosando paz y yo rebosaba vida.

El corazón me iba a mil por hora.

Taquicardia.

Él me producía taquicardia.

—Qué buena pinta tienen, Ali. —sonrió y el corazón se me paró en seco.

Los probó y sus ojos, más verdes que nunca, se dilataron hasta el punto de no quedar nada blanco en ellos.

Yo, sin embargo, no había empezado a comer aún, prefería volver a respirar, si es que eso era posible en su presencia.

— ¿Te gustan? —pregunté intentando volver a la normalidad.

—Están buenísimos, de verdad. No te hacía yo cocinera…

Qué mono. Véase la ironía.

—Ya ves. Soy una caja de sorpresas. —sonreí.

Él asintió y yo me comí medio gofre y un sorbo de zumo antes de irme a la ducha.

Necesitaba refrescarme.

— ¿Vas a ducharte? —asentí. —Podría haberlo hecho contigo.

Parada cardiaca.

—No te pases de listo tampoco.

Ya… como si yo no lo hubiera pensado unas cincuenta veces desde que te metiste en el baño, guapo.

—Yo por proponer… —rio y siguió comiéndose el gofre.

Yo me metí en el cuarto de baño enseguida. Cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella.

—Ni que fuera la primera vez que te insinúa cosas, idiota. ¿Quieres relajarte de una vez? —me dije muy bajito a mí misma.

Me quité la bata y la dejé caer al suelo. Abrí la llave del agua fría y me metí sin pensármelo dos veces.

Estaba fría. Helada. Y mi cuerpo comenzó a escarcharse tanto por dentro como por fuera.

Lo agradecí. Lo agradecí mucho. Era justo lo que necesitaba.

Cerré los ojos y, mientras apoyaba mi frente en el azulejo, dejé que el agua apagase cada incendio que encontrase a su paso. Que los apagara todos. Que no se dejase ninguno.

Me sentí más tranquila. Pude volver a respirar con normalidad después de unos minutos, pero dos toquecitos tímidos sonaron al otro lado de la puerta.

— ¿Ali? —abrió la puerta muy despacio.

— ¿Qué pasa? —dije aún sin abrir los ojos mientras el agua congelada intentaba apagar ese fuego que se encendía dentro de mí cada vez que escuchaba su voz.

—Oh… nada. No sé. Ehm…

Abrí los ojos sin entender nada.

— ¿Necesitas algo?

—A ti. —dijo automáticamente.

Supongo que lo dijo sin pensar o por lo menos eso pensé yo.

Cerré la llave del agua y respiré lo más profundo que pude.

— ¿Me alcanzas una toalla, por favor?

—Claro, claro.

Me la dio enseguida sin siquiera mirarme.

Me la até alrededor del cuerpo y salí para encontrarme con su mirada confusa.

—Creo que este no es el mejor momento para hablar de esto, Iván. Y mucho menos para declararnos nada…

Carla aún seguía en su vida y, como muy bien le había dicho, ella no iba a ser su segundo plato y mucho menos iba a serlo yo.

—Lo sé. Lo sé. Pero tengo muchas cosas en la cabeza y no sé cómo sacar ninguna.

—Llegará el momento en el que puedas sacarlas todas, e incluso, llegará el momento en el que puedas sacar a personas también.

—Te refieres a Carla ¿No?

Por supuesto que me refería a ella ¿A quién si no?

—O a mí.

Maldita boca.

Él se limitó a asentir y a seguir las baldosas amarillas hasta salir del cuarto de baño. Mi corazón, partido en mil pedazos, se lo llevó con él, pero yo me quedé de pie en el mismo sitio, firme, sin intención de moverme, de derrumbarme ni de soltar una mínima lágrima.

En mi cabeza se repetía la misma frase una y otra vez.

Una y otra vez.

Si no fuésemos tan amigos todo sería más fácil.

Mucho más fácil.

37
¿Se puede morir en una cena?

Terminé de colocarme el body negro que se me había ocurrido ponerme, cuando me di cuenta de que quizás Iván se tomase mi vestimenta como una provocación a sus genitales.

Me explico.

Me había puesto unos pantalones pitillo blancos bastante ajustados, un body negro con toda la espalda descubierta y con el que no era posible ponerse un sujetador, por lo que no lo llevaba. También unos tacones negros tipo *stilettos* y un bolsito de mano a juego.

Me pinté los labios de rojo, de ese que usaba siempre que me sentía así de bien y me arreglé el pelo mientras, aún no sé por qué, recordé a la rubia de bote que acompañaba a los genitales de mi antiguo novio y a la que agradecí enormemente, después de la rabia de rigor, habérmelo quitado de encima.

Por donde iba.

Que me había puesto yo muy sexy para una simple cena con mi amigo.

Bajé las escaleras después de leer su mensaje diciendo que ya estaba esperándome abajo y casi me mato. Y es que se me olvidó por completo la regla de oro de usar tacones.

Si los llevas puestos, no hagas gilipolleces del tipo saltar los escalones de dos en dos, imbécil.

En fin. Al llegar abajo más rápido de lo habitual. Retoqué mi modelito y me aseguré de que mis lolas seguían dentro del body y que, con el pequeño percance con el que casi me desmoño, no se hubieran ido de paseo y fueran a saludar a Iván con más alegría que de costumbre.

Abrí la puerta y ahí estaba él. Como los sapos esperan a sus ranas. Nervioso. Inquieto e increíblemente guapo.

A mí tuvo que notárseme lo nerviosa que me había puesto al verlo.

Él estaba apoyado en el capó de su coche con los brazos cruzados y podía verlo sonreír al otro lado de la calle.

Vaya sonrisa más bonita que tenía y qué inestable me había vuelto yo de

repente.

Se levantó conforme me fui acercando y yo no paraba de pensar en que no podía caerme. No podía romperme la cara en el asfalto si él estaba mirando y más me temblaban las piernas.

Me saludó con la mano como si fuese nuestra segunda cita, cuando estás más cerca de la tercera base, pero aun tienes que controlarte para no abalanzarte sobre ella.

Yo me desconcentré el tiempo suficiente como para que mis pies decidieran que tenía que volver a enseñarlos a andar otra vez, yo no estaba atenta a ello y, cómo son las cosas, me tropecé y temí por mi dentadura.

— ¡Alicia! —gritó a la vez que corría hacia mí y me atrapaba entre sus brazos.

Me cago en todo lo que se menea.

Y la única que se meneaba de más era yo.

— ¡Joder, que me mato!

Yo no era consciente de su cara de susto, de mi mala suerte y mucho menos de la teta que se me había escapado.

—Oh, alguien quiere saludar también. —rio a carcajadas.

— ¡Mierda! —me la guardé todo lo rápido que pude.

Maldito body.

Maldita teta traviesa.

Malditos tacones.

—Tranquila. ¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy de un torpe hoy… —dije excusándome.

— ¿Podrás subir sola al coche? —volvió a reír.

—Sinceramente creo que no, pero puedo intentarlo. —reí yo también.

Me zafé de sus brazos y me encaminé hacia la puerta del copiloto, esta vez con la mente completamente centrada en calcular al milímetro cada paso que daba.

Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha

— ¿Te has puesto tan sexy para hacerme rabiar?

Pues la verdad es que ha sido simple casualidad que decidiera ponerme este conjunto hoy.

¡Claro que me lo he puesto para que se te salgan los ojos de las cuencas!

—Oh, no. ¿Por qué dices eso? —dije sonriendo antes de subirme al coche.

—No, por nada. Conjeturas mías…

Él se subió inmediatamente después y volvió a mirarme una vez cerramos las puertas.

Sonrió de nuevo y yo me ruboricé sin querer.

—Bueno y… ¿A dónde vas a llevarme? —pregunté emocionada.

— ¿Qué le apetece cenar, señorita?

—Pues… ¿Sushi?

Sabía de sobra que no le gustaba.

—Será una broma, ¿No?

—Claro, tonto. —reí. —Me apetece solomillo con salsa de champiñones.

Ya que iba a invitarme a cenar, que lo hiciera bien ¿No?

— ¡Hecho! —exclamó animado.

El paseo en coche se acabó rápido, tanto por el hecho de que el restaurante al que íbamos estaba a diez minutos en coche, como porque en su compañía todo pasaba más deprisa.

Casi no pronunciamos una palabra en todo el camino y, la verdad, no me gustaba esa sensación de no saber qué decirle.

Antes no éramos capaces de cerrar la boca y ahora parecíamos dos muditos avergonzados.

Supongo que sería porque teníamos demasiadas cosas que decir y no sabíamos cuál debería salir primero. Así que evité ofuscarme e intenté hablar de todo menos de lo que estaba pasando entre él y yo.

—Y ¿Qué tal el trabajo?

—Pues mal. Cada vez cargo más y ya me siento más pala mecánica que persona.

—Es que tú también te apuntas a bruto y coges los somieres de dos en dos…

—Ya, supongo que también se me hace duro porque tú no estás.

Al carajo mi plan.

—Eres un pelota ¿Lo sabes? —intenté quitarle presión al asunto.

—Soy sincero, Alicia.

Demasiado serio estaba ya como para que esta fuera a ser una cena amena.

Yo no quería hablar de sentimientos ahora. Quería disfrutar de una sencilla cena con mi amigo, pero supongo que ya era hora de decirnos varias cosas.

—Lo sé. —sonreí.

Al entrar en el restaurante enseguida una camarera morenísima, guapísima y entregadísima a la atención al público nos acomodó en una mesita íntima al lado de la ventana por la que se podía ver el mar. El sitio era perfecto.

El suelo era de madera, al igual que el techo y las mesas. Muy acogedor.

En media milésima de segundo la camarera nos trajo la carta.

—Aquí tenéis, pareja. ¿Qué os apetece para beber? —dijo con su marcado acento peninsular.

Pareja. Qué simpática.

Iván me sonrió cómplice y no se molestó en corregirla. Yo tampoco.

—Para mí agua, por favor. —dije yo. —Fría, si es posible.

Hielo picado por encima del cuerpo era lo que me hacía falta, pero eso lo omití, claro.

—Para mí también.

— ¡Estupendo! Como recomendación, la merluza a la plancha y el solomillo. Os vais a chupar los dedos. —rio y fue a por nuestra agua.

Abrí mi carta e Iván hizo lo mismo. En unos segundos ya nos habíamos mirado tres veces por encima de ella.

— ¿De qué te ríes?

— ¿No te resulta raro que nos llamen pareja? —preguntó él desde detrás de su carta.

—Pues sí. Claro que sí. ¿Por qué no la has corregido? —pregunté yo desde detrás de la mía.

—Bueno. Tú tampoco lo has hecho.

Cierto.

—Bah. No importa. ¿Qué te apetece comer?

Intenté quitarle importancia para que pudiésemos cenar tranquilos.

—Creo que voy a hacerle caso y pediré merluza.

—Yo sigo queriendo mi solomillo con salsa de champiñones. —cerré la carta y la dejé a un lado.

—Pues decidido entonces.

Volvió a hacerse el silencio.

Y no era de esos cómodos, no. Más bien era un silencio de esos en los que te preguntas, "*qué demonios tengo que decir a continuación*" o "*por qué él no dice nada*". Y más nerviosa me ponía yo.

—Estás raro.

—Y tú.

—Vale. Seré yo quien suelte todo lo que se me está atragantando.

—Muy bien. —sonrió y se me olvidó toda la teoría.

—Pues… ¿Quieres dejar de sonreír? Me distraes, Iván. —se rio a carcajadas.

—Me gusta distraerte ¿Tiene algo de malo?

—Sí, claro que sí. Quería decirte muchas cosas hace dos segundos y ahora no recuerdo ninguna.

Volvía a ser todo lo sincera que había sido siempre cuando estaba con él.

—No voy a decirte que me disgusta causar ese efecto. —volvió a sonreír.

Y yo recobré el sentido.

—No me gustan estos silencios que tenemos ahora ¿Sabes? Antes no nos callábamos ni debajo del agua y hoy apenas hemos hablado en el trayecto en coche. Nos estamos distanciando Iván y no es algo con lo que me sienta cómoda.

¡Ala! Vomitado.

Él dejó de sonreír y me miró fijamente, como si hubiera vuelto a ver a la Alicia que no sentía nada más allá que una simple amistad hacia su persona.

—Sientes cosas.

— ¡Claro que siento cosas, joder!

—Aquí les traigo el agua, chicos. —dijo la simpática camarera después de oírme gritar.

Yo me quedé muda al instante.

No iba a ser una cena amena, desde luego que no.

Dejó la botella de cristal de litro y medio de agua fría, los dos vasos y nos tomó nota para después irse casi dando saltitos.

—Bueno y dime ¿Qué sientes?

Hola espada. Hola pared.

—Pues… cosas, Iván. Cosas. —dije haciendo aspavientos con las manos.

Él se carcajeó. Como si le gustase verme en esa tesitura de no saber siquiera qué decir.

—A mí tampoco me gustan esos silencios de los que hablas, pero supongo que no pensé que este día fuera a llegar nunca, la verdad. Ya casi me había acostumbrado a callarme todo lo que sentía y a intentar estar entretenido con otra cosa.

—No hace falta que llames cosa a Carla ¿Sabes? Pero sí. Es una cosa. No entiendo qué haces con eso.

Él se enserió primero y se partió de risa después.

—Me refería al gimnasio, al trabajo… no a personas, Alicia.

Ups.

— ¡Ah! Perdona, perdona.

— ¿No te gusta Carla?

¿De verdad me estaba haciendo esa pregunta?

¿De verdad?

¿A mí?

¡Oh sí, Iván! Me encanta ¡Es un encanto de persona!

Por favor…

— ¿Realmente esperas escuchar de mi boca un sí? Por Dios, Iván. Recupera la cordura y vuelve. —volvió a reír.

A mí no es que me hiciera tanta gracia.

—No sé… no es mala chica ¿Sabes?

— ¡Vale! Paremos la conversación aquí ¿Quieres? Y contéstame a algo. ¿Le hablas de mí a Carla?

Me estaba poniendo de los nervios. Carla esto. Carla lo otro. Vete a cenar con Carla, idiota.

—No. Claro que no. —sonrió. —No es que te tenga mucha estima…

Bien. Lo normal. Yo tampoco se la tenía a ella.

—Ni me extraña, ni me quita el sueño. Pero yo si debo quitárselo a ella ¿Me equivoco? —pregunté arqueando la ceja derecha.

—Supongo. No sé lo que duerme ni lo que deja de dormir.

—Aclárame algo. Si no le hablas a Carla de mí, ¿Por qué le quito yo el sueño?, ¿Por qué está haciéndome vudú?, y ¿Por qué me hablas a mí de ella?

Preguntas, preguntas y más preguntas.

La noche había pasado de ser una cena de dos amigos a un concurso tipo *Pasapalabra.*

—Vale, a ver. Le quitas el sueño porque vio cómo te miro a ti y cómo la miro a ella. Eso dice. Supongo que tú entiendes lo que significa. Ehm… no creo que te haga vudú. Lo notarías ¿No? —rio. —Y te hablo a ti de ella porque eres mi amiga, porque tenemos la confianza intacta y porque me gusta saber tu opinión sobre las cosas con las que tengo dudas.

¿Dudas?

Pensé que lo tendría claro.

Joder, Alicia. ¿Por qué te haces ilusiones? ¿Ves lo que pasa ahora?

Tú con tus sentimientos a flor de piel, más claros que nunca y él con sus dudas.

‘Vaya dos patas pa’ un banco’

—Sí, sí que lo entiendo. Y ¿No has pensado que quizás a mí me moleste que en nuestra cena se hable de ella? No sé… es raro.

— ¿Raro? Lo raro es que ahora nos dejemos cosas sin decir. Eso sí que es raro. Antes me contabas hasta las veces que lo hacías con Jorge, Alicia. Y ahora yo no puedo nombrar a otra chica porque hemos añadido tabúes a nuestra amistad. No sé en qué momento pasó, pero no me gusta.

— ¡Pasó en el momento en el que dejé de verte solo como un amigo, imbécil! —dije más alto de lo normal.

Y ¿Sabes qué?

Que no me arrepentí.

No. Porque era lo que sentía y tenía autentica necesidad de escupirlo de una vez por todas.

Me gustaba. Me gustaba mucho y lo quería más si cabía.

Sus ojos se dilataron hasta el punto máximo y los míos no se amedrentaron por eso.

Sentí rabia.

Rabia por no poder decirle a gritos todo lo que sentía, más que nada para no montar el numerito en el restaurante. Rabia porque habíamos pasado muchísimo tiempo juntos y él nunca se atrevió a decir ni una palabra. Rabia porque Carla seguía en su vida y en su bragueta. Y más rabia todavía porque yo me sentía excesivamente celosa.

Y sí. Se puede morir en una cena. De amor y de celos al mismo tiempo.

38
Burbujas

Después de darme cuenta de que todos los camareros nos estaban mirando como si fuésemos una telenovela colombiana bajé el tono de voz.

No quería dar más espectáculo del que había dado con mis gritos fuera de lugar, pero sí que quería seguir con la conversación.

Necesitaba sacármelo de dentro o se acabaría enquistando en mi estómago para siempre.

Iván quería decir algo, lo notaba, sabía de sobra cuándo necesitaba hablar y no era capaz de hacerlo. Así que yo, presa del pánico más absoluto, decidí seguir hablando.

—Iván ¿Tú qué sientes por mí?

Le pasé la pared y la espada.

—Necesitaría más de una cena para poder responder a eso, Alicia.

—Bueno, puedes empezar ahora y podemos seguir de camino a mi casa.

Quería saberlo. Quería que me lo dijese. Que me dijese que me quería y que le daba un miedo atroz cargarse nuestra amistad, porque yo sentía exactamente lo mismo.

—Llevamos… ya ni recuerdo los años que llevamos siendo amigos. No quiero perder eso. Me aterra perderlo y no sé si teniendo esta conversación nos uniremos más o nos alejaremos.

—Eres un maldito conformista y eso me cabrea. Porque que estés muerto de miedo lo entiendo porque yo también lo estoy, pero no que te conformes con esto.

Por lo menos yo sí que volvía a hablar con claridad. Él seguía yéndose por las ramas.

— ¿Conformista?

—Sí. El amor no es conformista, joder. El amor es egoísta. Si lo quieres quiérelo todo o sino no quieras nada. No hay medias tintas en esto, Iván. O me quieres como amiga o lo quieres todo conmigo. No hay más.

—Pero si yo… —dijo con los ojos como platos.

— ¿Sabes qué? Que es mejor que reflexiones sobre esto y que lo haga yo también. Pero si vas a quererme quiero que vayas a por todas ¿Entiendes? Quiero que lo arriesgues absolutamente todo, porque yo voy a hacer lo mismo. Y si perdemos, lo haremos juntos. Y si ganamos, también. Como hemos hecho siempre.

Él asintió y removió con la cuchara el tiramisú que se había pedido de postre. Yo lo miraba fijamente, pero él decidió agachar la vista.

No sé si estaba racionando en su cabeza todo lo que había salido de mi boca. No sé si se estaba pensando lo nuestro o si simplemente estaba aturdido, pero yo me sentí más en paz conmigo misma.

Lo quería todo de él y cada día que pasaba más se afianzaba la idea de que él era la persona con la que quería pasar el resto de mis días.

Mi amigo. Mi confidente y, ahora, mi amor.

Pagamos la cuenta a medias, como siempre y nos dirigimos al coche en el más absoluto de los silencios.

Antes de subir le cogí la mano y él pareció reaccionar a mi contacto como si hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Quiero que sepas que, si decides no hablar, lo entenderé. Otra cosa es que lo comparta, que no lo hago, pero lo entenderé. Únicamente quiero que tengas claro que solo si arriesgas puedes ganar y que como vuelvas a nombrarme a Carla te parto la cara. —sonreí y él lo hizo también.

Me llevó a casa y antes de bajar se pronunció, por fin.

—Alicia…

Yo abrí mis ojos, mis oídos y mi alma todo lo posible para captar la que supongo sería la declaración de amor más bonita de la historia.

—Dime. —sonreí dulcemente.

—Quiero decirte muchas cosas, de veras que quiero, pero hay algo que no me deja sacarlas. Como si tuviera un nudo en la garganta y cada vez que quisiese decir algo de más saliesen burbujas.

— ¿Burbujas? —pregunté confusa.

—Sí. No sé. Es raro, ¿Sabes? No sabes cuánto tiempo he esperado mi oportunidad y ahora que la tengo delante estoy cagado de miedo.

—Cariño. Te quiero. Te quiero de todas las maneras en las que se me ocurre querer a alguien ¿Entiendes eso? Y, sobre todo, te quiero en mi vida. No quiero perderte por esto, ni que te agobies y eches a correr. No quiero nada de eso. Quiero que te quedes conmigo, que pase lo que tenga que pasar y que lo afrontemos como lo hemos hecho siempre. Juntos.

Él asintió y juraría que, cuando se quedó mirándome fijamente a los ojos, saltaron chispas de colores.

Purpurina. ¡Ahí estaba la purpurina!

—Claro que yo también te quiero. Te quiero tanto que me duele. Deja que solucione algunas cosas, ¿De acuerdo? Necesito hacerlo antes de hacer nada más.

Su expresión daba a entender que se avergonzaba y que estaba asustado. Pero yo también me moría de miedo.

¿Qué iba a pasar si no funcionaba? ¿Dejaríamos de ser amigos? ¿Dejaríamos de vernos?

Dios… estaba aterrada.

—Supongo que hablas de Carla. —dije agachando la mirada.

—Me dijiste que no volviera a nombrarla ¿Recuerdas?

— ¡Oh, vamos! Puedes hacer lo que te dé la real gana, Iván. No te pongas en plan niñito obediente. Sabes lo que me cabrea eso.

—O sea, que quieres que haga lo que me dé la gana ¿No? —sonrió pícaro.

Iba a besarme. Iba a hacerlo.

Nervios acumulándose debajo de mi lengua. Sacudidas en el estómago. Tornados en mis ojos.

—Sí.

—Pues bájate del coche. Tengo que hacer algo.

La madre que lo parió.

— ¿En serio? —dije patidifusa.

—Y tan en serio.

No dije una palabra más. Me bajé del coche y di un sonoro portazo.

Caminé tan rápido hasta llegar a mi casa que creo que no había pisado ni el suelo.

Me costó sangre, sudor y lágrimas encontrar la llave.

Rabia. Pura burbujeante e intensa rabia.

Abrí y volví a dar otro portazo.

Ni siquiera miré atrás para ver si él seguía allí. Simplemente subí los escalones, ahora sí, de dos en dos, y llegué hasta casa.

Capullo. Enorme y soberano capullo.

Otro portazo. Dos lágrimas y tres gritos salidos desde lo más interno de mi alma.

— ¡Será imbécil! —volví a gritar.

Presa de la cólera más absoluta le di un puñetazo a la pared.

— ¡Me cago en…! —grité de dolor.

Volví a llorar y a gritar dos veces más antes de darme cuenta de que la mano se me estaba poniendo morada.

Nunca había sentido nada igual. Ni siquiera algo que se le asemejara lo

más mínimo.

Sentí furia, ardor interno, tristeza y miedo. Sentí como si una parte de mí intentaran arrancármela sin anestesia.

Me había echado de su coche. Aún no era capaz de asimilarlo del todo.

¡Yo había visto la maldita purpurina!

Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la pared y solté todo el aire que había acumulado en los pulmones y que se negaba a salir.

Me sentí vacía y llena a la vez y volví a tragarme cada una de las lágrimas que llevaban su nombre y el mío.

39
Purpurina

Pasaron horas antes de que decidiera levantarme del suelo. Estaba frío y eso me relajaba.

Al final lo hice, total. Nada bueno me esperaba ahí sentada. Ni él iba a volver ni yo iba a salir a buscarlo.

Fui al cuarto de baño, me deshice de toda la ropa que envolvía mi cuerpo y me metí bajo el agua más fría que había probado nunca, aunque por dentro seguía ardiendo en rabia.

Mis ojos emanaban furia, caos, cólera y el agua intentaba amansar todos esos sentimientos e, incluso, apagarlos del todo.

Apoyé los antebrazos en los azulejos y dejé que cada gota que salía de la alcachofa recorriese cada esquina de mi cuerpo, cada poro, cada molécula de ira que desprendía.

Y casi funcionó. Casi. Porque cada vez que comenzaba a relajarme recordaba súbitamente la manera tan tonta en la que me había echado.

Joder. Y yo pensando que iba a besarme. Seré idiota…

Quizás no pasaría nunca. Quizás me tocaba a mí sufrir por su amor prohibido tantos años como lo hizo él. Quizás se había enamorado del *alien* a quien llamaba Carla o quizás ya se había cansado de sentir tanto por mí. Quién sabe.

Había un millar de posibilidades entre las que elegir y yo, por el bien de mi integridad física, decidí no escoger ninguna.

Mi mano seguía morada y parecía que el corazón latía desde el centro de mis nudillos.

Respiré pacientemente hasta que comencé a sentir frío.

Bien. Eso significaba que la mayor parte de mis incendios se habían extinguido.

Me lavé la cabeza con un suave masaje y gracias a ese olor a fruta conseguí calmarme un poco más.

Froté mi cuerpo, todo él, y recordé el día en el que sus manos me

recorrieron.

Recordé cómo se me erizaba la piel con el contacto de la suya. Recordé sus besos en mi cuello, sus mordiscos en mi hombro. Recordé las sensaciones. Todas y cada una de ellas.

Calor. Paz. Ansia. Terremotos, ciclones, remolinos y tsunamis se apoderaron de mi estómago.

Necesitaba volver a sentirlo, aunque solo fuese una vez más.

Y otra vez ardía en llamas.

Cerré la llave del agua después de aclararme el cuerpo y el pelo y salí para envolverme en una toalla.

Las tres y media de la mañana y yo con los ojos como chícharos. Perfecto.

Me puse el pijama, porque había refrescado bastante o porque había pillado un resfriado por ir tan ligerita de ropa.

Escogí un pantalón a rayas blanco y azul y una camisa con un flamenco rosa.

Preparé chocolate caliente porque se me había antojado en la ducha y porque decían que era un sustitutivo del sexo y quería comprobarlo.

Me senté en el sofá con la taza entre las manos mientras le daba vueltas al chocolate y a la vida.

El amor era fácil. Me repetía una y otra vez.

Lo que era difícil era enamorarte de tu mejor amigo y querer que funcionase sin más. Eso sí que era difícil.

Bebí un sorbo de la taza y me sentí mucho mejor. Estaba ardiendo, pero, al fin y al cabo, al fuego se le combate con fuego ¿No? Pues a arder se ha dicho.

Comenzaron a caer gotas en la cristalera del salón. Cada vez más y con más fuerza.

Llovía en la calle y en mi interior también.

Me levanté y puse una mano en el cristal. No sé si para fundirme con lo frío que estaba o porque sentí que el cielo lloraba conmigo.

Y ahí estaba yo. Enamorada perdida. Creyéndome entendedora de la climatología y haciendo pinitos de noctámbula principiante.

Dos toquecitos se escucharon al otro lado de la puerta y yo miré súbitamente hacia ella.

Cuatro de la mañana ¿Quién se atrevía a despertarme a estas horas?

Aunque yo no dormía, pero el resto del mundo qué sabía.

No eran horas de llamar a ninguna puerta.

Fui hacia ella después de que sonasen otros dos toquecitos detrás.

Abrí e Iván se abalanzó sobre mí tan rápido que no me dio tiempo de asimilar que era él quien estaba al otro lado.

Me besó.

Con toda el ansia que había acumulado durando todos los años en los que había convertido su pecho en el baúl de los sentimientos. Con toda la dulzura que había desprendido siempre y con amor. Mucho amor.

Cerré los ojos después de que la paz volviera a invadirme. Aquí estaba otra vez, llenándome el alma de luz, color y, esta vez sí, purpurina.

Me apretaba contra él como si no quisiese que me escapase de sus brazos.

Idiota. ¿Dónde iba a estar yo mejor que enredada en su piel?

Lo abracé con todo el cuerpo y el alma a la vez. Lo abracé y lo besé como si hubiera estado esperando este momento toda mi vida. Como si mi meta estuviera en sus labios. Como si en su boca existiese un mundo mejor que el sitio de donde yo venía.

Su lengua chocaba con la mía y recorría cada rincón. Y, mientras el mayor incendio interior de la historia se abría paso, él enredaba sus dedos en mi pelo.

Por fin.

Recorrí su cuello con mis manos y él acarició mis mejillas con las suyas.

Éramos puro amor.

Exteriorizábamos por fin todo lo que teníamos dentro, todo lo que, por momentos, se había vuelto una nube negra que amenazaba con llovernos encima.

Todo lo que queríamos decirnos y no supimos cómo, nos lo decíamos ahora con los labios sellados.

Estaba mojado y yo también, pero no especificaré dónde.

De la suavidad, delicadeza y ternura de nuestro primer beso oficial, pasamos al ansia, la desesperación y la excitación más absoluta.

Hervía bajo su piel, bajo sus labios, bajo la presión de haber esperado tanto.

Con los ojos aún cerrados y mientras disfrutaba de la armonía que me aportaba este momento me trasladé al mismísimo arcoíris y corrí a lo largo y ancho hasta desfallecer.

Él me lo daba todo.

Yo ya era un ser completo, pero él… Él era mi extra preferido.

No lo necesitaba para seguir viviendo porque ya había vivido sin él antes, pero no quería que volviese a irse jamás de mi lado.

Él era capaz de pintar todo mi mundo de colores sin la necesidad de movernos un milímetro.

Seguíamos fundidos en un mismo beso. En ese con el que me dijo todo lo que yo necesitaba saber. Con el que yo le dije todo lo que querría haber escuchado él. Nos lo dijimos todo.

Nos necesitábamos.

Se separó de mí instantes después.

Yo sostenía su rostro con mis manos y él el mío con las suyas.

Apoyamos frente con frente y sonreí aún con los ojos cerrados.

Dios. Cuánto necesitaba esto. Ni siquiera me daba cuenta que lo necesitaba como el respirar.

Necesitaba sentirlo, necesitaba todo de él.

Todo.

No hicieron falta palabras. Todo estaba dicho ya.

Nos queríamos. Nos queríamos con locura, con pasión, con toda el alma.

Abrí los ojos y los suyos aún estaban cerrados. Sonreía.

Sonreía como si hubiese conseguido algo que ansiaba desde el nacer.

Sonreía como si todo fuese a ir mejor ahora. Como si el mundo hubiese parado para ver cómo se expandía nuestro amor. Como si todo lo que necesitase lo tuviera ahora entre sus manos.

Volví a besarlo.

Necesitaba volver a sentirlo mío, que él sintiera que yo era suya. Que nos fundiésemos en uno otra vez.

Fue un beso dulce, cálido y rebosante de ilusión.

Lento. También fue lento.

Quería disfrutar al máximo el contacto con sus labios. Que él sintiese la suavidad de los míos.

Y quise quedarme a vivir en él.

Que él se quedase a vivir en mí.

Y si el mundo se había frenado de verdad, yo me bajaba aquí.

40
Puro amor

Aun no nos habíamos dicho ni una sola palabra porque necesitábamos saborearnos un poco más.

Otro beso. Más cargado de amor, de paz y de alegría que el anterior.

Reímos.

Como si fuese lo más natural del mundo sentirnos vivos a través de nuestros besos. Como si nos inyectáramos energía cada vez que nos uníamos. Y me gustó.

Me gustó tantísimo que recé para que no se acabase nunca.

Jamás había disfrutado tanto de un simple beso, pero es que lo nuestro nunca fue simple y mucho menos lo era ahora.

Lo nuestro era complicado. Maravillosamente complicado.

Nos sentimos de nuevo. Más rápido, brusco y pasional ahora.

Quería sentirlo de todas las maneras posibles y que él me sintiera también a mí.

Lo amaba. Joder, lo amaba más de lo que imaginaba antes de este instante.

Hasta el flamenco que llevaba mi camisa se había puesto a bailar.

Abrió los ojos y, con los suyos verde esmeralda, me atravesó una y otra vez sin parar.

Sentía cómo la electricidad que desprendía se introducía en mi cuerpo al contacto con el suyo.

Era increíble. Más que eso. Era… no sé. Era lo mejor que me había pasado nunca.

Jamás me había sentido tan viva, tan rebosante de energía, de adrenalina.

No necesitaba nada más que esto. Que esto que estábamos creando juntos.

A nuestro alrededor estallaban fuegos artificiales y nosotros nos sonreíamos, nos carcajeábamos y nos volvíamos a besar.

Y, de pronto, se separó de mí y me abrazó con tanta fuerza que creí atravesar la barrera de su piel e introducirme dentro de su alma.

Era tan bonita como él.

Lo sentí más mío que nunca. Incluso llegué a sentir cómo sus entrañas se abrían y me daban la bienvenida a su interior.

Las mías se abrieron también, pero esta vez no escocía. Esta vez era todo lo contrario, era como si estuviera hecha de flores, pajarillos y arcoíris por dentro.

—Te quiero, Alicia. —dijo en un suspiro y yo morí de amor.

De puro amor.

Una lágrima se me escapó y sonreí. Sonreí como hacía muchísimo tiempo que no sonreía.

Sonreí con toda mi alma. Con todo lo que llevaba dentro. Le sonreía a él, a mí y, ahora, a nosotros.

—Yo también te quiero. Te quiero muchísimo.

Temblaba.

Como si siguiera aterrado, nervioso y a la vez ansioso.

Se podría decir, que yo estaba igual, pero el miedo se esfumó.

Todo iría bien ahora.

Me separé de él y lo miré directamente a los ojos.

Sí. Sí que estaba nervioso.

Pero volví a besarlo como si no fuera a amanecer nunca. Como si la magia fuese a hacer de las suyas y nos fuésemos a quedar atrapados en esta noche.

—Siento haberte echado del coche así, es que…

—No quiero saberlo. En serio. No quiero. Solo quiero que, de este instante en adelante, seamos sinceros, abiertos y que no volvamos a retener nuestros impulsos jamás.

—Prometido. —sonrió y pude ver cómo se tranquilizaba y dejaba de temblar.

Realmente no quería saber por qué se había marchado así y me había dejado por el camino, únicamente me importaba lo que pasase de ahora en adelante.

Si nuestros caminos se habían fusionado con nuestros besos, entonces que nuestra nueva historia comenzase así.

Aquí.

Sincera. Abierta. En paz y armonía.

—No sabía cuánto deseaba besarte hasta ahora ¿Sabes? —sonreí tímida.

—Yo sí que lo sabía. Necesitaba hacerlo a todas horas. No tienes idea del trabajo titánico que he hecho durante este tiempo. Es agotador retenerlo todo.

Vaya.

La verdad es que lo entendía perfectamente, pero no podía imaginarme a

mí en esa situación.

Acabaría desquiciada, tirándome de los pelos y quedándome calva y no, no era una imagen agradable.

—Y, ¿Qué sientes ahora?

Teníamos las manos cogidas y los dedos entrelazados. Nunca había sentido sus manos como ahora. Ni siquiera el día en el que casi llegamos a traspasar la línea. Ese día había sido más carnal, más excitante. Hoy solo sentía amor. Se expandía por todo mi ser y lo transpiraba cada uno de mis poros.

Hoy nos habíamos pasado la línea por el forro y, ¿Sabes qué? Que ya no había líneas o barreras que traspasar. Hoy éramos uno.

—Liberación. Paz…

Bésame. Bésame y no pares nunca.

—Iván… —dije sin dejar de fijar la vista en sus increíbles ojos.

—Dime. —sonreía.

—Bésame.

Y lo hizo.

Esta vez fue como si un rayo cayera sobre nosotros y en vez de partirnos por la mitad nos fundiéramos de verdad en una sola persona.

Agarré su cuello con ansia y él enredó sus dedos en mi pelo.

Bajó sus manos mientras acariciaba cada milímetro de mi espalda hasta llegar a mi cintura y me elevó hasta que rodeé la suya con mis piernas.

Lo sentí todo de él y todos mis fuegos se hicieron uno.

Ardía. Todo era fuego entre los dos.

Nos mirábamos mientras nos derretíamos en un beso cargado de pasión contenida.

Sus manos agarraban fuerte mi espalda y yo acaricié la suya con deseo.

Caminó hasta mi dormitorio, sabía muy bien dónde estaba y me posó en la cama.

Yo lo miré y sonreí, como si hubiéramos planeado toda esta situación o, todo lo contrario, como si todo se nos hubiese ido de las manos.

Me incorporé, cogí sus manos y volví a acostarme a la vez que tiraba de él.

Quedó encima de mí y pude sentir cómo todo él palpitaba. Todo él.

Nos besamos como si no existiese nada más fuera de mi cama y yo me deshice de su camisa y de todas las dudas.

Disfruté de su espalda. La recorrí con las yemas de mis dedos de arriba abajo y un calambre impactó en mi vientre.

Él acariciaba mi pelo y besaba mi cuello haciéndome llegar al éxtasis más absoluto sin nada más.

No sabría decir con exactitud si los rayos que estaba generando mi interior se debía a que llevaba demasiado tiempo sin tener contacto íntimo con otra persona que no fuese yo misma o porque él era capaz de hacer que sintiese cualquier cosa con solo tocarme.

Lo hacía bien. Más que bien.

Era atento, cuidadoso. Era la ternura personificada.

Apoyó sus manos a cada lado de mi cintura y, a la vez que ascendía y me quitaba la camisa con delicadeza, besaba cada centímetro de mi vientre.

Me excitaba.

Yo no me resistí. Me sentía desesperada por saber qué íbamos a sentir cuando nuestros cuerpos desnudos conectaran.

Comenzó a besar mi cuello y volvió a descender por mi clavícula hasta llegar a mis pechos.

Más calambres internos. Más adrenalina. Más ansia.

Mis uñas se clavaban en su espalda y me retorcía bajo su piel.

Sus manos jugueteaban con mi pantalón y, por fin, se deshizo de ellos a la vez que dejaba un camino de besos hasta mis rodillas.

Sonreí y reí a la vez.

Demasiadas sensaciones explosionaban en mi interior y en cada esquina de mi cuerpo a la vez.

Casi era insoportable.

Maravillosamente insoportable.

Volvió a mi boca y mordió mi labio inferior a la vez que sonreía.

Le gustaba morderme, besarme, sentirme suya. Completamente suya.

Acaricié cada músculo de su vientre hasta llegar a su pantalón y lo desabroché enseguida.

Qué hábil me había vuelto de repente.

Supongo que era la necesidad la que actuaba por mí. No importaba. Yo me dejaba llevar.

Terminó de quitárselo y su erección era más que evidente.

Jamás pensé ver a Iván de esta manera. Jamás pensé que iba a averiguar a qué sabían sus labios, su cuello, su abdomen. Jamás imaginé ver sus ojos tan oscuros, ardientes de deseo y desesperación como los veía ahora.

Poséeme ya. Necesito que lo hagas. Vamos. Es ahora o nunca.

Se quitó los calzoncillos y los tiró a no sé dónde. Yo tenía la vista clavada en otro sitio.

¡Joder con Iván!

Él sí que tenía un tesoro bien guardado. Madre del amor hermoso. La virgen y todos los ángeles.

Sonrió pícaro. Normal. Los ojos se me salían de las cuencas. El tamaño era descomunal.

Volvió a mí enseguida.

Recorrió con su lengua mi vientre hasta llegar a mi cuello.

Me agarré a su espalda como si quisiera evitar caerme de un quinto piso.

La situación me producía más vértigo ahora que hace dos minutos, pero volvimos a besarnos y yo a perder el hilo de todo lo demás.

Me concentré en su boca, en lo suave que eran sus labios, en lo bien que sabía su lengua.

Noté cómo su erección se acercaba a mi centro y deseé que lo hiciera ya. Necesitaba sentirlo ya. Y no aguanté más.

—Hazme tuya, Iván. —le dije al oído en un susurro.

Vi cómo la adrenalina rebosaba de sus ojos y cómo temblaba a la vez.

Mordió mi cuello y se introdujo en mí sin mayor esfuerzo.

Me inmolé al instante.

Toda la pasión, el ardor, el deseo y la excitación que había sentido explosionaron a la vez.

Fuegos artificiales en cantidades industriales estallaban a nuestro alrededor.

Cerré los ojos y me rendí a él, al placer, al erotismo que ahora se hacía tan palpable que casi podía tocarlo.

Gemí como si se me fuese la vida en ello y no porque quisiera, no. Era porque no era capaz de tener la boca cerrada.

Sus embestidas eran lentas, como si quisiera disfrutar de este instante al máximo, como si lo estuviese racionando para que no acabase nunca.

Puso sus manos a cada lado de mi rostro y me acarició la mejilla.

—Abre los ojos, Ali. Ábrelos y mírame.

Obedecí al instante y devoró mis ojos azules con los suyos.

Era él. Siempre había sido él. Y ahora… ahora por fin podíamos ser nosotros.

—No aguanto más… —volví a gemir.

—Eres tú… —sonrió y volvió a acariciar mi rostro mientras sonreía.

Como si su cabeza aún no fuera capaz de asimilar que esto era real. Que esto estaba pasando. Que nuestros cuerpos se acoplaban como si estuviesen creados para ello. Como si, hasta ahora, hubiésemos sido una pieza de un puzzle que se había completado en este mismísimo instante.

—Bésame. Esto está pasando de verdad. Bésame. —sonrió y yo también.

Creo que agradeció que le pusiera los pies en la Tierra. Que le aclarase que realmente yo estaba aquí, con él y que nada de esto era un sueño y mucho

menos iba a esfumarme al terminar.

Sus embestidas aceleraron y yo me rendí al placer más absoluto que había experimentado en mi vida.

Fue bestial.

Como si un millón de huracanes te sacudieran a la vez.

Y pasó.

Sus gemidos, acelerados, roncos, intensos, se mezclaron con los míos y los dos tocamos el séptimo cielo a la vez y volvimos a bajar a la Tierra para disfrutarnos.

Volvió a darme un beso calmado, dulce y rebosante de satisfacción.

Lo abracé para intentar retener este momento el mayor tiempo posible.

Algo que te hacía sentir tanto no podía ser un error.

—Alicia…

—Mmm…

—No sabes cuánto deseaba que llegase ese momento y ahora… —se calló.

—Ahora qué…

—Ahora siento que te amo más todavía. Joder, es… es imposible de explicar todo lo que tengo dentro. Lo único que me sale ahora mismo es que te amo. Te amo con locura. —dijo mientras me abrazaba con fuerza.

Y he aquí la prueba de que la perfección aún podía mejorar un poco más.

41
El despertar

Soñé que dormía sobre una nube de algodón de azúcar. Que mi almohada era más suave, dulce y rosa de lo que lo había sido jamás y que, a mi lado, estaba la persona con la que quería pasar el resto de mis días.

Por desgracia, el despertar no fue tan agradable.

Un móvil sonaba como si fuese la sirena de ambulancia más escandalosa de la historia y yo me cagué en todo lo que se meneaba y en lo que no.

Iván dormía a pierna suelta. Como si fuese un bebé aferrado a su peluche nocturno. Soñando, quizás, con la misma nube que soñaba yo hace unos instantes.

Me zafé de sus brazos como pude y atrapé el móvil de la mesilla que estaba en su lado de la cama.

Carla.

No sabría explicar qué clase de espíritu demoníaco me poseyó en ese momento, pero tampoco es que me arrepintiera de descolgar esa llamada. Al menos de momento.

—Buenos días para quien los tenga, bonita. —le dije con un tono de voz que exhalaba desprecio en cantidades estratosféricas.

— ¿Se puede saber qué haces tú con el móvil de Iván? —dijo cabreadísima.

— ¿Se puede saber qué haces tú llamando a las…? No sé ni qué hora es, joder. Me has despertado.

Fue como si mi espíritu demoníaco se trasladase a su interior y explosionase como un volcán en plena erupción.

— ¿Qué te he despertado? ¡¿Iván está ahí?! —gritó.

—Eh… tranquila, que aún no se me han despegado los ojos. Sí, claro que está aquí. ¿Dónde iba a estar si no?

Comenzaba a cabrearme e Iván no hacía ni un mínimo amago de despertarse.

Preparen las salidas de emergencia y los extintores para que apaguen el

incendio porque aquí iba a arder Troya.

— ¡¿Ha pasado la noche contigo?! —gritaba como si realmente esperase que no estuviera aquí, que se hubiera olvidado el móvil en mi casa o no sé…

Por dentro yo empezaba a hervir. Ella ya lo hacía desde hace un rato.

—No tengo por qué darte explicaciones de nada ¿Entiendes?

—Es que yo no te he llamado a ti para que me des explicaciones, guapa. He

llamado a Iván ¿Entiendes tú eso?

—Mira, intento de persona, no me toques las narices porque podemos terminar muy mal. Si quieres hablar con Iván lo despierto ahora mismo, bonita. Pero que sepas que donde pasa las noches es conmigo. Reflexiona sobre eso.

Le di un golpe a Iván en el brazo y se despertó desorientado.

—Qué… ¿Qué pasa? —dijo con un ojo cerrado y el otro abierto.

—Llamada por la línea uno. —le dije con el ceño fruncido, las lolas al aire y un mosqueo del quince.

—Buenos días a ti también… —dijo incorporándose y apoyando su espalda en el cabezal de la cama.

Qué guapo era al despertar…

—Oh, ya. Díselo a la loca que grita al otro lado del teléfono. —le cedí el móvil y aún se escuchaban sus gritos al otro lado.

Pedazo de loca.

¡Loca!

Él lo cogió extrañado y se lo llevó al oído.

— ¿Sí? —frunció el ceño. —Eh, eh, eh. Para, para, para. —su voz era seca, también se estaba cabreando. —Si sigues chillando colgaré ¿Me has oído?… No. Ahora no puedo… Ya hablaremos de esto. Tengo que colgar.

¡¿Perdona?!

Adopté posición de ataque a la yugular.

¿Cómo que ya hablarían de esto? ¿Qué era esto?

Ahora sí que me hervía la sangre, en plena ebullición estaba y a puntito de salirse del caldero.

Colgó la llamada y me miró avergonzado.

Eso. Avergüénzate, imbécil.

— ¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunté con los brazos cruzados.

—Es una histérica. No entiende que no quiero nada más con ella que no sea sexo.

Cortocircuitos generales.

¿Dónde he puesto la catana?

— ¿Quieres explicarme eso? —dije aguantando la furia que ascendía sin control por mi garganta.

—Que de ella lo único que me interesa es el sexo.

— ¡Y te quedas tan ancho! —grité incrédula. — ¡Pensé que esto había sido especial! —nos señalé a nosotros.

—Y lo ha sido, Ali.

Ha sido: *Pretérito perfecto compuesto. Uso temporal: pasado.*

El cielo se partió en mil pedazos.

—Entiendo…

Tanto amor que se desvanecía sin poder hacer nada por evitarlo.

—Alicia… —me cogió una mano y la acarició con sus dedos. —Ella no significa nada para mí.

—Pero te sigue llamando. Reclamándote como si fueras suyo y tú… Tú no eres capaz de cortar por lo sano con ella. Quizás… quizás… —casi no podía ni decirlo. —Quizás esto haya sido un error.

El cielo, ya roto, se unió a mi corazón, que ahora palpitaba iluso desde el suelo.

— ¿Un error? —soltó mi mano.

—No voy a compartirte con nadie. Con nadie. Y si tú la necesitas en tu vida. O simplemente quieres seguir acostándote con ella, yo no voy a quedarme.

No volvería a ser jamás *la otra* de nadie. No volvería a ser la mujer engañada. La novia imbécil y ciega. Y sorda. Y muda.

No volvería a dejar que me engañasen jamás. No si yo podía impedirlo.

Lo quería sólo para mí y, si él no era capaz de darme eso, aunque me doliese, tendría que poner punto y final a lo que quiera que haya comenzado a nacer entre nosotros.

—Alicia, te amo a ti. ¿Entiendes eso? —me preguntó a la vez que se acercaba a mí.

—Y te acuestas con ella. —su expresión emanaba abatimiento. —Dime una cosa. ¿Te acostaste con ella antes de venir a mi casa anoche?

No quería saberlo. Juro que no quería, pero lo necesitaba.

Mi interior necesitaba desengañarse ahora o viviría por siempre iluso y yo no podía permitirlo.

—Estuve con ella, sí. Pero no nos acostamos.

—Y ¿Por qué no le has dicho que estabas conmigo si puede saberse? —le espeté cabreada.

—Pues porque ya te habías encargado tú de decírselo. —se enserió.

— ¡Lógicamente! ¿Tienes idea de la música atronadora que salía de tu

móvil? Lo cogí porque me despertó ¿Vale?

—No me imaginaba la mañana así, la verdad…

Yo tampoco.

—Díselo a tu amiguita.

Me levanté de la cama, aún desnuda, y lo dejé ahí sentado. Solo, extraño y pensativo.

Yo pisé las baldosas amarillas con la impotencia de querer gritar hasta sacarme de dentro todos los malditos celos.

Yo nunca había sido una persona celosa. Nunca.

Supongo que en el amor también hay una cara oscura y yo, ahora, estaba revolcándome en ella.

Cerré la puerta ofuscada y abrí la llave del agua.

Esta vez caliente.

Me metí cuando el vapor inundó todo el cuarto de baño.

El agua ardía al bajar por mi espalda y los celos burbujeaban en mi interior.

Maldita Carla.

Con lo mágica que había sido la noche anterior y la mañana había sido un completo desastre.

Es más. Creo que si lo hubiese planeado no hubiese salido tan extremadamente mal.

Con lo bonito que era abrir los ojos, verlo, aún dormido. Abrazarme a su espalda. Respirar su perfume. Besar cada rincón de su cuello. De sus brazos. De su pecho.

Volver a sentir esa conexión extrema entre su cuerpo desnudo y el mío.

Ahora era yo la que ardía más que el agua.

Maldita Carla, otra vez.

Apoyé la frente en los azulejos y dejé que el agua me quemase la espalda para intentar evadirme de todo esto.

Quizás si concentraba mi mente en otra cosa que no fuese Iván y esa pequeña criatura horrible que era Carla, podría relajarme un poco y tener una conversación calmada con él.

Ilusa de mí.

La puerta se abrió sin más. No hubo toquecitos para pedir permiso, simplemente el remolino de aire en el que se había convertido Iván.

— ¿Se puede saber qué demonios te pasa? —dijo más alto de lo normal.

Yo no despegué la frente del azulejo, ni siquiera me inmuté para responderle.

—Celos, Iván. Celos.

El agua ardiendo me hacía bien. Quizás sí que fuera capaz de tener una conversación calmada ahora que estaba ocupada en que mi piel no se derritiese y se fuese por el desagüe.

—No me gustan, Alicia. ¿Ya no confías en mí? —preguntó con la voz ronca.

Estaba cabreado. Muy cabreado.

—Iván. —me di la vuelta y me quedé mirándolo fijamente mientras el agua aún seguía corriendo por mi piel. Su expresión cambió por completo. —No es que no confíe en ti. Es que te conozco demasiado y eso me asusta. He visto cómo has estado con tres tías a la vez. He visto cómo te has marcado un cuarteto por la mañana y un trío por la noche. He visto cómo has enamorado a más de una a la vez y eso me asusta. No quiero que hagas lo mismo conmigo ¿Tu cabeza es capaz de entender eso? O tengo que hacerte un dibujo.

Los ojos se le salían de las cuencas. Creo que ni siquiera me había escuchado. Simplemente se limitaba a mirarme.

Cambió su ceño fruncido por una expresión más dulce y sus brazos cruzados por unos totalmente relajados.

—Te amo, Alicia. ¿Crees que he dicho esas dos palabras alguna vez en mi vida? No… no lo he hecho porque no he sentido jamás por nadie lo que siento por ti. Si me dejas… si me dejas amarte dedicaré mi vida a hacerte feliz.

No hubo un milímetro de mi piel que no se erizase. Mis ojos brillaban como si fuesen dos bombillas y mi corazón se derritió con sus palabras.

— ¿Puedes prometer eso? —pregunté mientras las lágrimas se fundían con las gotas de agua.

Sonrió.

Sonrió tanto que no pude evitar sonreír yo también.

Se metió en la ducha sin esperar un segundo más. Cogió mi rostro entre sus manos y me besó como si fuese la primera vez.

Nuestros labios, al igual que nuestros cuerpos y nuestras almas, volvieron a fusionarse en un único ser.

Con él me evadí del resto del universo.

Desprendíamos pasión, desesperación y amor en cantidades industriales.

No hubo más Carlas en mi mente, no hubo más dudas, ni más miedos porque él era capaz de hacerme sentir segura con tan solo un beso.

Y me entregué a él una vez más y por completo.

Era suya y ya no había marcha atrás y lo que tuviera que suceder, que sucediera. Yo iba a disfrutar del camino a su lado.

42
Nuestro primer día

No solo los finales son difíciles. Los comienzos también suelen serlo. Pero no el nuestro.

El nuestro estuvo cargado de normalidad. Pura, simple e intensa normalidad.

Nos reímos a carcajadas al salir a la calle de la mano, era tan familiar y extraño a la vez que éramos capaces de sentirnos en casa y, al mismo tiempo, en un lugar nuevo.

Nuestro amor era tan sincero que podía notarse a leguas de distancia.

Yo lo miraba a él como si volviésemos a conocernos de nuevo y él me miraba a mí como si hubiese conseguido el mayor premio de toda la feria en la que se había convertido nuestra vida.

Su mano era suave, tanto, que no quise soltarla ni un solo instante. Él tampoco soltaba la mía.

Me gustaba verlo sonreír así. Tan libremente como lo hacía ahora a mi lado.

Salimos a pasear nuestro amor. Yo me sentía feliz haciéndolo y, he de decir, que sentía la felicidad como nunca la había sentido.

Impregnaba todo mi interior y hacía que viera el resto del mundo pintado de un millón de colores.

Sonreía sin motivo alguno y con todos los motivos juntos a la vez.

Era mágico cómo una simple persona puede hacerte sentir tanto sin apenas esfuerzo. Simplemente por estar a tu lado, por sentir su risa en lo más profundo de tu interior, por rozar su piel, sus labios una vez más, por reírte sin motivo ni sentido a su lado.

Magia sin más.

Apoyé mi cabeza en su brazo e inspiré una vez más su perfume. Él besó mi mano y yo volví a sonreír sin motivos y con un millón de razones.

— ¿Tú también sientes que llevamos una eternidad juntos? —pregunté sonriendo.

—Es que llevamos una eternidad juntos, Ali. La diferencia es que ahora puedo besarte cada vez que me apetezca.

—Eso me gusta. —sonreí y él también.

Esta vez fue mi móvil quien interrumpió nuestra burbuja de amor rosácea.

Solté su mano, metí la mía en el bolso y descubrí a un parpadeante Borja en mi pantalla.

Lo cogí sin más.

— ¿Qué tal cariño? —pregunté e Iván arqueó una ceja.

—S.O.S Ali… —dijo alterado.

— ¿Qué pasa?

—He discutido con Nuria. Dice que si ahora me da por ponerle los cuernos contigo. A ver qué clase de tontería es esa dirás tú y, tranquila, yo también lo digo… pero si tú pudieras hablar con ella… A mí no me escucha.

Estaba bastante agobiado. Nunca había escuchado su voz temblar de esa manera.

Quería a Nuria, pero ella parecía sentirse insegura.

—Claro, claro. ¿Qué quieres que le diga?

—Básicamente que tú y yo no hemos intercambiado fluidos, nena.

—Oh ¡Claro, claro! Pásame su número o, no sé. ¿Quedamos y nos vemos los tres? Bueno… los cuatro. —reí.

— ¿Estás con Iván? —preguntó emocionado.

—Sí… —me ruboricé.

Por suerte él no podía verme.

— ¡Bien! Mejor así, que piense que tú y él están juntos y así se deja de tanta histeria. Que me tiene… puf… —bufó.

Claro… como si Iván y yo no estuviéramos juntos ya… reí.

—Claro. Así seguro que se da por enterada. ¿Dónde nos vemos?

— ¿Miñoca a las dos?

—Hecho. Un beso.

— ¡Te quiero! ¡Eres lo mejor del mundo! ¡Te adoro y te compro un loro! —gritó.

—Idiota. —reí.

Colgué después.

Nuestro primer día como pareja oficial se veía truncado por Nuria y Borja. Pero era por una buena causa, así que accedí sin problemas.

— ¿Quién era? —preguntó Iván.

— ¡Ah! Borja. Que tiene problemas con Nuria. Ella cree que él y yo estamos liados y, claro, quiere que hable con ella para dejarle claro que, entre él y yo, nada de nada.

—Vaya… No se me hubiera pasado por la cabeza que tú y Borja… —rio. —Porque tú y él no… ¿No?

— ¡Claro que no! ¿Te crees que me tiro a todo lo que se me acerca? —dije intentando parecer enfadada.

No lo estaba. Realmente me hacía muchísima gracia el hecho de que se pusiese celoso.

—Está bien. Y ¿Cuál es el plan?

—Hemos quedado los cuatro a las dos en "La Miñoca" para hacerle creer a Nuria que yo estoy contigo y que no me interesa lo más mínimo Borja.

—Hacerle creer eh… Ya, entiendo. —su expresión se volvió triste de repente.

— ¿Qué pasa? —pregunté enseguida.

—No es nada… tranquila.

—Oh sí. Sí que es algo. Así que ya lo estás soltando por esa boquita. —me paré en seco y me crucé de brazos a la vez que lo miraba fijamente.

— ¿Qué es lo que hay entre nosotros, Alicia?

—Magia, Iván. Amor y magia. —respondí sin dudarlo.

Esa expresión dura que había puesto cambió por una más calmada con mis palabras.

— ¿Se podría decir que tenemos una relación seria? O ¿Estamos probando a ver qué pasa?

Me dejó sin palabras.

No sé… yo ya daba por hecho que éramos pareja. Quizás me había precipitado o quizás no nos estábamos entendiendo del todo.

Y, como si de un huracán se tratase, todo el miedo, las dudas y la incertidumbre me dieron de golpe en el centro del pecho.

— ¿Tú qué quieres conmigo, Iván?

—Yo contigo lo quiero todo, Alicia. —me cogió las manos y acarició mis dedos con los suyos.

Puse sus manos en mi cintura y las mías las coloqué alrededor de su cuello.

Lo miré tan fijamente que vi perfectamente cómo sus ojos cambiaban de color al chocar con los míos.

—Pues tienes que saber que debes firmar un contrato de amor eterno con este desastre de persona que tienes delante. Que tiene muchísima letra pequeña y que, posiblemente, la pifie más veces de lo que sería lógico. Pero este conjunto de ruinas que soy… Te quiere de aquí al infinito y más allá.

Sonreía tan abiertamente que emanaba felicidad por cada poro de su piel.

Estaba feliz, de tenerme, de por fin poder ser completamente sincero todo

el tiempo y de poder besarme cada minuto del día si le apetecía.

Yo estaba pletórica.

Él era perfecto. Conocía cada esquina de su mente y esa que se escapaba a mi entendimiento ya estaba completamente abierta para que yo pasease sin impedimentos.

— ¿Dónde tengo que firmar? —sonrió una vez más.

—Aquí… —señalé mis labios y él me besó automáticamente después.

Ni siquiera se lo pensó dos veces.

Supongo que llevaba mucho tiempo esperándome y, ahora que me tenía, toda la letra pequeña le daba igual.

Y, he de reconocer que, a mí también.

43
Inseguridades

Llegamos al bar antes de que Borja y Nuria apareciesen, así que nos sentamos en una mesa de la terracita y nos pedimos una caña por cabeza.

Él me sonreía a mí y yo a él.

Cualquiera que nos viera sabría que entre nosotros se cocía algo, algo grande y, ahora que lo pienso, puede que Jorge lo viera venir mucho antes de que yo me diese cuenta.

Se le podría haber visto el detalle de avisarme, así yo hubiera perdido mucho menos tiempo y hubiese cogido bastantes menos nervios.

—Bueno y, ¿A qué hora vienen los tortolitos? —preguntó Iván antes de dar un largo trago a su cerveza.

—Pues ya deberían estar aquí…

Quizás Nuria, en un ataque de pánico e histeria hubiese matado a Borja y estuviese muy ocupada escondiendo su cadáver. O quizás solo se les hacía tarde.

Yo no tenía ninguna prisa por que llegaran, la verdad. Estaba muy cómoda ahora mismo y eso de ir dando explicaciones de mi vida y de con quién comparto, o no, mis fluidos, no me apetecía nada, pero se lo debía a Borja.

Solamente espero que ella mereciera las peripecias que él hacía para tenerla contenta.

Iván se había puesto esas gafas de Sol tan sexys con las que a mí se me caía la baba sin poder evitarlo y yo lo miraba sin disimulos.

— ¿Tengo algo en la cara? —preguntó él con una sonrisa.

—Una cara preciosa…

Qué empalagosa me había vuelto de repente, por Dios…

¡Que alguien me pare!

Me dio un dulce y fugaz beso antes de que Borja le saludase con una palmadita en la espalda.

— ¡Perdón por el retraso! Es que se ha cambiado cuatro veces de ropa, o cinco, perdí la cuenta después de la tercera… —Nuria le dio un golpecito en el

hombro.

—Tranquila… —le sonreí a ella. —Es un bocazas. ¡Como todos! —ella me sonrió. —Soy Alicia, encantada. —le di dos besos.

—Nuria. —dijo sonriente y se sentó justo en frente de mí.

Pues para ser tan histérica como Borja había dicho yo la veía la mar de pacífica. A no ser, claro está, que el machete lo llevase en el bolso.

—Bueno y… ¿Qué tal? —preguntó Borja mirándonos extrañado.

— ¡Muy bien, tío! —dijo Iván alegremente.

—Dosifica la euforia, cariño. —reí y él también.

—Bueno, para poder comer tranquilos, ¿Qué tal si abordamos ya el tema?

—Completamente de acuerdo —dije yo.

—Me da muchísima vergüenza, Alicia, pero es que éste de aquí, —señaló a Borja —lleva una temporadita de salidas, llamadas y Alicias que me tiene un poco… alterada.

¿Tenía un tic en el ojo?

Anda que, si al final resultaba ser una maníaca asesina, la primera en caer sería yo.

—Verás, Nuria. Supongo que la culpa es mía. Mi vida ha dado más giros que un trompo y Borja me ha ayudado mucho con las mudanzas y con la bajona que eso conlleva, pero nada más allá. Te doy mi palabra. No me sentaría aquí, delante de ti tan fresca, para mentirte. Puedes estar completamente tranquila. Además, mis fluidos pertenecen a este chico tan guapo de aquí al lado. —señalé a Iván con un movimiento de cabeza.

—Ya… ya, pero es que… nada, supongo que no importa.

Se la veía cohibida. Necesitaba decir tanto y sin embargo hablaba tan poco…

—Dime, no pasa nada. —la animé.

Ella me miró tímida y, de pronto, las palabras comenzaron a salir como metralla de su boca.

—Pues que yo lo conocí cuando era un picaflor. Iba de aquí para allá, un día con una, otro con otra… nos hicimos amigos y de pronto un día surgió… Claro que al principio era un juego entre los dos, pero al final aquí nos ves… juntos. Y, claro, todas esas imágenes de él con una chica diferente cada noche me atormentan y no paro de pensar en si yo también seré *la otra*…

—Pero, vida mía, sabes que no es así. Yo solo tengo ojos para ti…

—Vamos Borja, eso también se lo decías a ellas ¿Recuerdas? —de su mirada salió fuego.

Todas y cada una de sus palabras tomaron forma de balas e impactaron en mi pecho. Miré a Iván y él me miró a mí. No dijimos nada y así era mejor.

Entendía perfectamente el matiz triste en la mirada de Nuria, entendía su histeria y sus inseguridades.

Cada bala consiguió abrir una pequeña brecha en mi interior. Su historia era igual que la mía.

¿Y si yo también era *la otra*? ¿Y si Carla seguía viva en él? ¿Y si volvía a pasar lo mismo que pasé con Jorge?

Sabía que con Iván iba a ser muchísimo más doloroso y no estaba preparada para asumir nada de eso.

—Oye, chicos, ¿Pueden dejarnos a solas? —no los miré, yo únicamente miraba a Nuria.

—Claro, conversación de chicas, lo entiendo. —dijo Borja a la vez que se levantaba.

Podía notar cómo los ojos de Iván se clavaban en mi cuello como puñales, sin embargo, yo no lo miré.

Se levantó después de que Borja pasara por su lado y se reunió con él en la barra.

—Nuria yo… Yo sé muy bien de lo que hablas.

—Ah ¿Sí? —apoyó los codos en la mesa y me miró intensamente.

—Sí… A mí me pasa lo mismo con Iván, ¿Sabes? Llevamos siendo amigos más tiempo del que puedo acordarme y ahora que… bueno, ahora que estamos juntos también tengo miedo.

Su mirada se tornó más triste aún. Supongo que ella esperaba que yo disipara sus dudas y lo que estaba haciendo era mostrarle las mías.

— ¿De verdad?

—Oh, claro que sí.

—Pero si tú… Tú eres guapísima y él te mira de una manera…

—Nuria, tú también eres guapísima y Borja está loco por ti. No puedo asegurarte que un día no cometa la locura de herirte, porque ni siquiera yo soy capaz de hacerme creer a mí misma que Iván no va a hacerme daño, pero Borja te adora.

—Lo sé, lo sé. Nadie, en su sano juicio, quedaría con una amiga para que le dijera a su novia que no ha habido nada entre ellos, ¿Sabes? —rio. —Está loco… pero no puedo evitar sentirme insegura, Alicia. Es como si, cada vez que saliese por la puerta, mi mente comenzara a maquinar películas y, al final, acabo por creérmelo todo. No sé… supongo que habrá que confiar…

Ahora la que no sonreía era yo.

Creí enterrar dudas y, sin embargo, aquí estaban, a flor de piel. Todas y cada una de ellas.

—Yo no sé si lo mío con Iván va a salir bien. Realmente estoy muerta de

miedo. Yo salí recientemente de una relación en la que me encontré a mi novio entre las piernas de otra mujer y no… no quiero volver a pasar por eso e Iván siempre ha sido un picaflor, como tú dices. Siempre con una distinta cada día ¿Quién me asegura a mí que yo no soy otra flor cualquiera? ¡¿Quién?!

Hiperventilación.

Sudor frío.

Temblores incontrolables.

¡Y yo que venía a calmar a Nuria y al final la que había acabado histérica era yo!

Alicia, respira ¡Respira!

— ¿Estás bien, Alicia? —preguntó Nuria preocupada a la vez que ponía su mano sobre la mía.

— ¿Eh? ¡Oh, sí! Supongo. No sé. No, la verdad es que no estoy nada bien. Tengo como… como una presión aquí… —me señalé la garganta.

—Madre mía, te he contagiado mi histeria.

—Sí, creo que va a ser justo eso. —asentí muchas veces mientras cogía mi vaso.

Bebí y casi ni el líquido era capaz de penetrar en mi garganta.

Tenía la boca seca, la mente difusa y, lo que es peor, el corazón temblando.

—Bueno, por lo menos tenemos con quién compartir esto. —sonrió.

Y, por extraño que parezca, su sonrisa me tranquilizó bastante.

—Sí, porque si llego a dejármelo dentro exploto.

—Yo me siento igual…

Yo no necesitaba esto.

No necesitaba a alguien que comprendiera mis dramas, ni que sintiera lo que sentía yo.

Necesitaba a alguien que los borrara de mi mente, que me dijese que todo iba a estar bien, aunque no tuviera ni puñetera idea. Alguien que me envolviese en una burbuja de ignorancia y no me dejase salir jamás. Alguien con la capacidad de desbancar todos mis miedos, dudas, incertidumbres e inseguridades.

Yo no necesitaba más realidad. Ya había tenido suficiente.

De pronto mi mirada se cruzó con la de Iván y sus ojos verdes, como la esmeralda más pura, me miraron y ya no recuerdo en qué estaba pensando.

44
Evoluciones

No había sido buena idea hablar con Nuria de esos temas, aunque ella era una maravillosa persona y adoraba a Borja con todas sus fuerzas. Él la amaba a ella con todas las suyas.

Yo, sin embargo, había descubierto que, cuando me enamoraba de verdad, era bastante insegura. Y no del tipo… "*Yo no soy suficiente para él*", "*me va a dejar por otra*" o, incluso, "*está conmigo por aburrimiento*". No. Yo era más del tipo… "*éste se va a pillar la cogorza del siglo y se va a tirar lo que se le ponga por delante porque no va a recordar que yo estoy en casa esperándole*".

En fin. Le oculté todo a Iván. No era plan de seguir dándole más vueltas en voz alta, que para eso ya estaba yo y, en mi cabeza, ya le daba las vueltas que fueran necesarias y las que no, también.

Tuvimos todas esas citas de rigor que tenían las parejas para hacer toma de contacto a ver cómo iba evolucionando todo entre ellos. Nosotros, claro está, lo hicimos con ciertas diferencias.

En nuestra primera cita habíamos quedado con esa parejita mona que había puesto del revés mi cabeza y que había hecho que yo me fuera volviendo loca poco a poco mientras, dentro de mí, se armaba la marimorena pensando en si Iván me rompería el corazón.

Encantador.

En nuestra segunda cita fuimos al cine y, en vez de besarnos tímidamente en el momento álgido de la película, nosotros nos deshicimos de ropa innecesaria y casi nos detienen por escándalo público. Por suerte, en la sala no había más que un grupito de jóvenes que no nos delataron y que negaron, con nosotros, todas las preguntas y acusaciones que nos hacía el vigilante.

En la tercera nos fuimos de acampada íntima a Famara y, bajo la luna, las estrellas y a los pies del mar, hicimos el amor y el amor nos hizo a nosotros.

En la cuarta cita, en vez de un almuerzo romántico, fuimos a casa de su padre y, por fin, pude probar esa paella que me había ofrecido aquella vez. Estaba riquísima y su padre me acogió con tantas sonrisas, abrazos y su frase

de "*por fin se ha hecho el milagro*", que me sentí en casa.

En la quinta, cenamos en el suelo de mi salón mientras observábamos por la cristalera cómo diluviaba en el exterior y nos reímos de todo lo que habíamos pasado para llegar a este momento.

Y, dos meses después, aquí estábamos, con dos maletas del tamaño del Everest y con los nervios a flor de piel.

— ¿Lo has cogido todo? ¿Seguro? Mira que tú eres muy despistada y luego me dices que no has cogido el cargador del móvil, tu sinfín de cremas o, peor, tus bragas…

— ¡Que lo tengo todo, pesado! Dios… si ya empezamos así el viajecito de las narices ¡Apaga y vámonos!

—Calla, que lo vamos a pasar en grande, aguafiestas. —me besó la frente y metió mi maleta en el portabultos de Borja.

— ¡Vamos, tortolitos! Dejen de discutir de una vez… —rio.

— ¡Es que me tiene loca! Me ha hecho abrir la maleta tres veces ¡Tres! Y todo para comprobar si llevo las dichosas bragas.

Iván y Borja reían sin parar hasta que consiguieron contagiarme a mí.

Estaba nerviosa. Era nuestro primer viaje oficial como pareja y lo hacíamos en un momento en el que yo tendría que estar centradísima con mi nuevo trabajo.

Era agotador.

Tener a Ernesto pegado a la nuca de lunes a viernes era como para pegarse un tiro a quemarropa y no morir.

Me estresaba.

Su respiración excesivamente sonora, sus comentarios idiotizados y su maldita capacidad para sacarme de quicio.

No debí aceptar ese trabajo y lo mandaría al cuerno una vez más si fuese necesario, pero, de momento, era lo que me daba de comer y tenía que aguantar un poquitín más.

— ¿Preparada? —me dijo Iván.

Cogió mis manos y me besó con ansia, emoción y calidez.

—No. Para nada. —sonrió.

Nos metimos los tres en la furgoneta de Borja y nos fuimos hacia el aeropuerto.

— ¿Qué tal van las cosas con Nuria, Borja?

— ¡Oh, muy bien! Más que bien. Está mucho más relajada, más cariñosa es… es la mujer de mi vida. —sonrió embobado.

—Qué empalagoso te has vuelto, colega. —se carcajeó Iván.

— ¡Anda que tú! —le contestó Borja.

Yo me limitaba a temblar. Y no porque estuviera nerviosa por el viaje, que también, sino porque, de vez en cuando, alguna duda salía a flote en mi cabeza y eso que había intentado ahogarlas a todas.

— ¿Te pasa algo, Ali? —me preguntó Iván a la vez que cogía mi mano y la besaba.

—Oh, nada. Pensaba, solo eso. —sonreí.

Él no se contentó del todo, pero lo dejó estar.

Mejor así.

Llegamos al aeropuerto diez minutos después. Nos bajamos a toda prisa porque teníamos que facturar las dos montañas que llevábamos por maletas y casi no nos daría tiempo a hacerlo si no corríamos.

— ¡Pásenlo bien, chicos! ¡Manden fotos, den envidia y disfruten! —gritó Borja.

— ¡Gracias! —gritamos al unísono antes de empezar a correr.

Reíamos como dos niños que juegan al *pilla pilla*. Como dos que juegan a ser adultos.

Llegamos justo a tiempo para facturar las maletas y volver a correr hacia la puerta de embarque.

Empezaba bien el viaje…

Una vez estuvimos sentados en el avión volvimos a reírnos.

Lo bueno de estar juntos es que siempre había risas de por medio y eso que yo odiaba volar.

Agarré tan fuerte su mano que creí escuchar cómo crujían algunos de sus dedos, pero él no se quejó en absoluto. Vaya aguante tenía.

—Ya está. Han estabilizado el avión y puedes dejar de romperme los huesos de la mano, cariño.

Yo tenía los ojos cerrados y, al escuchar su voz, los abrí por completo.

—Bien. Ahora, mientras no nos vayamos a pique, podré respirar con normalidad.

—Exagerada. El avión es el transporte más seguro que hay, Alicia.

—Sí, ya. Claro…

Reía. Yo no, pero me reconfortaba verlo tan feliz.

Parecía no tener ninguna preocupación en su cabeza.

Carla había dejado de llamar y él parecía ser plenamente feliz a mi lado.

Aún no nos habíamos planteado en serio vivir juntos y es que, pese a que nos conocíamos desde hacía muchísimo, la convivencia en pareja desgastaba demasiado y no queríamos que se nos acabase el amor tan rápido.

Vale. Era yo la que no quería que se acabase la etapa de tú en tu casa, yo en la mía, y nos comemos a besos en las dos.

Él había planteado la idea varias veces. Decía que ya nos conocíamos lo suficiente. Que ya teníamos caladas nuestras manías y que nuestra convivencia sería un paso más que daríamos con acierto.

Quizás después del viaje y si él vuelve a sacar el tema, llegase a planteármelo seriamente. De momento, ya que estábamos de camino a La Palma, teníamos que disfrutar.

45
Presentación formal

Por suerte el avión se portó bien conmigo y no hubo turbulencias en todo el trayecto.

Iván estaba nervioso y atento a partes iguales y yo, a cada paso, me daba cuenta de lo enamorada que estaba de él.

¿Sabes cuándo te das cuenta?

Cuando solo con mirar su rostro sonríes. Cuando mirar sus ojos llena tu alma de luces parpadeantes de colores. Cuando al decir su nombre un cosquilleo te traspasa el estómago.

Bendito amor, en buena hora llegaste a mi vida.

Mi padre nos vendría a buscar al aeropuerto. Sería la primera vez que Iván y él se diesen la mano, porque la última vez que fue a Lanzarote a verme y a arreglar los papeles del piso solo se quedó dos días e Iván prefirió que lo tuviese únicamente para mí.

Le sudaban las manos.

—Tranquilo ¿Vale? Mi padre es un amor y tú otro, así que todo irá bien. —le sonreí para tranquilizarlo.

—Estoy tranquilo.

—El sudor de tus manos te delata, Iván.

—Vale pues estoy nervioso. Muy nervioso.

Hasta la mirada le temblaba.

Salimos por las puertas que nos dejarían ver a mi padre y allí estaba él. Con sus chinos azules, su camisa blanca y esa sonrisa tan especial que lo caracterizaba.

— ¡Papá! —me abalancé sobre él y lo abracé como si nunca más pudiera volver a hacerlo.

—Alicia, qué ganas tenía de verte, hija.

Nos separamos después de unos instantes en los que nos reconfortamos el uno al otro y él, por fin, saludó a Iván.

—Buenos días, chico. Tú debes ser Iván. —le sonrió y alargó su mano.

—Buenos días, señor.

Él le dio la suya, sudorosa aún, supongo, y también le sonrió.

—Me alegra conocerte por fin.

—Igualmente.

— ¿A dónde van con esos dos monstruos de maletas? ¡Si vienen dos días, almas de cántaro! —rio mi padre.

—Papá, la ropa normal no ocupa el mismo espacio que la ropa de boda.

—Anda, anda. Que casi pareces tú la novia.

Yo arqueé una ceja y miré cómo sonreía Iván.

Ni loca.

Yo era de esas que no quería casarse ni aunque le pagasen por hacerlo.

No he hablado nunca de la novia de mi padre y creo que este es el momento propicio para hacerlo.

No era mala persona, para lo que hay suelto por el mundo bastante normalita la había encontrado, es que supongo que siempre pensé que este día no llegaría y, mucho menos, que tendría que asistir al condenado enlace.

Aun así, si mi padre era feliz, yo lo era el doble. Por lo que me tocaba tirar del fondo de sonrisas y pegarme una a la cara los dos días que íbamos a estar aquí.

A Iván todo esto le pilló por sorpresa, tanto o más que a mí. Él sabía que mi padre estaba con Azucena desde hace bastante tiempo porque yo se lo contaba todo, pero lo que no sabía, al igual que yo, era que tenían intención de pasar su relación por el altar o por el juzgado. Lo que fuese.

El caso es que aquí estábamos, él y yo, en una situación, como poco, incómoda.

Por suerte no nos tendríamos que quedar en casa de mi padre, sino que habíamos reservado una habitación de hotel en la que pasaríamos estos dos días.

Mi padre nos llevó allí y prometimos, muy a nuestro pesar, cenar con ellos esta noche.

Lo quería por encima de cualquier cosa, pero vaya encerrona nos había hecho el condenado…

—Anda que… ¡Ya podrías haberme dado alguna señal antes de soltármelo sin más eh! ¡No sé! Más que nada para ir asimilándolo… con un año o dos de antelación me hubiese bastado. —le dije a mi padre apoyada en el marco de la puerta de la habitación.

No es que me diese especial repelús ir a su boda, es que el matrimonio en sí me producía sarpullido.

— ¡Qué quieres, hija! Surgió… nos apetecía y…

— ¡Les apetecía! Vaya antojos, padre. A mí me suele apetecer empanada de atún… un viaje al Cairo ¿Pero casarse? Eso no es un antojo…

—Me hablas como si tuviera veinte años y olvidas que tengo setenta, que estoy divorciado y que puedo hacer lo que me dé la real gana, Alicia. —dijo aparentando seriedad.

—Por supuesto, pero no esperes que me quede con la espinita clavada y me calle que todo esto es una auténtica locura.

—Locura o no, estás aquí. Así que te aguantas y me voy ya. ¡Tengo que recoger la dichosa tarta, las flores y los recuerdos del demonio!

— ¡Mal hablado! —reí.

—Anda, dame un beso. —me dio uno en la mejilla. —Nos vemos luego. ¡No se escaqueen que sé el número de habitación que tienen! —se carcajeó antes de irse.

Yo cerré la puerta después y miré cómo Iván se había sentado en la cama a meditar, supongo.

Me senté a su lado.

— ¿Puedo ser totalmente sincera?

—Siempre.

—Si al cura se le ocurre decir la dichosa frase de "*si alguien se opone a esta unión, que hable ahora o calle para siempre*" juro que impediré esa boda. —dije sin mirarlo.

—No lo harás, no seas cría.

No quería que se casaran. Hala. Ya lo había dicho.

¿Qué necesidad había de pasar ninguna relación del mundo mundial por el altar? Con lo bonito que era vivir en pecado y ser felices.

—Oh sí. Sí que lo haré.

—Te amordazaré si es necesario, Alicia, pero no vas a impedir nada. Tu padre es mayorcito y si se tiene que dar de frente contra un muro, que se dé. Ya aprenderá luego. Además, se le ve muy enamorado, tienes que reconocerlo.

Tenía razón.

—Bah. Si sé que tienes razón, en todo, pero es que todo esto de las bodas me parece una soberana chorrada. —me levanté y me fui a abrir la maleta.

—A mí no me parece ninguna chorrada ¿Sabes?

— ¡Venga ya! No me jodas, Iván. Es una tontería. Porque una pareja se case no se va a querer más, todo lo contrario. Estoy casi segura de que con el matrimonio el amor se gasta más deprisa.

—Eso sí que es una soberana chorrada.

Me miraba serio y yo lo miré confusa.

— ¿Perdona?

—Soy de los que piensan que el matrimonio es algo bonito. Que quieres tanto a alguien como para unir tu vida para siempre a esa persona. Es la declaración de amor más increíble de la historia, aunque tú no seas capaz de verlo.

—Ya… y el divorcio se inventó para esa declaración de amor tan bonita, ¿No? Yo creo que es más bonito vivir y unir tu vida a otra persona sin firmar un contrato que te obligue a ello. —dije alzando un poco la voz y cruzándome de brazos.

— ¿Eso quiere decir que no vas a casarte nunca conmigo?

Shock.

Abrí los ojos de par en par y comencé a sudar de repente. Como si todo el azúcar en sangre que tenía hubiese desaparecido de golpe y porrazo y fuese a desmayarme de un momento a otro.

—Ni que tú me fueras a pedir matrimonio.

No veía escapatoria.

No la veía.

Mierda.

—Y si te lo pido, ¿Qué? —se levantó y también se cruzó de brazos.

—No vas a hacerlo y punto ¿De acuerdo? Y si vuelves a preguntarme ahora mismo que qué pasaría si lo hicieses sería un no como un castillo ¿Entiendes? ¡Un no!

— ¿Por qué te pones a la defensiva? —preguntó aún más serio y yo lo miré aún más confusa, más asustada.

—Porque no veo el porqué de esta conversación, Iván. No tiene sentido. No vamos a casarnos.

— ¿Nunca?

— ¿Quieres dejar de presionarme?

—Pero, Alicia…

—Ni peros ni Alicias. Necesito salir de aquí.

Salí corriendo de la habitación.

Me faltaba el aire.

Bajé los tres pisos de escaleras al trote y, al llegar abajo, salí por la puerta giratoria y me senté en el bordillo de la acera.

Hacía frío. Tanto que tuve que abrazarme las piernas para aplacarlo un poco.

¿Tanto le costaba entender que no quería casarme?

No es que fuese problema suyo, es que yo no quería casarme con nadie.

¿Para qué? ¿Para acabar como mis padres? Cada uno en una isla y rotos por dentro. No, gracias.

Comencé a recordar todo aquello. Todo volvió a mi mente de golpe y, sin darme cuenta, volvía a sentir esa rabia al enterarme de su separación.

No quería acabar así yo también.

Las lágrimas salieron de mis ojos sin querer y apoyé la frente en mis rodillas hasta que una mano, cálida y reconfortante se posó en mi hombro.

Levanté la vista y ese chico rubio al que yo amaba de aquí a la luna y volver mil veces, se sentó a mi lado.

— ¿Quieres explicármelo? —dijo más calmado. —Cualquier chica normal se pirraría porque su novio le pidiese matrimonio.

Qué harta estaba de los estereotipos de princesa en apuros.

—Ya deberías saber que yo no soy normal y que mucho menos soy una damisela en apuros que espera que el príncipe a caballo venga a rescatarla y a pedirle matrimonio.

—Lo sé, tonta. Y eso es lo que me gusta de ti. Que puedes vivir sola y ser feliz y, sin embargo, decides compartir tu vida conmigo. —pasó su mano por encima de mis hombros y me acercó a él.

—No quiero casarme porque no quiero acabar como mis padres. Quiero que lo nuestro sea para siempre. Que sigamos juntos porque queremos estarlo, no porque un papel diga que debemos hacerlo.

—Alicia… eso no va a pasarnos a nosotros y mucho menos vas a quitarme la idea de la cabeza. Tengo que reconocer que me muero por verte vestida de blanco… —apartó la vista de mis ojos y sonrió tímido.

— ¿Cuándo te convertiste en un peluche rosa pastel? No te reconozco.

—En el mismo momento en el que tu vida se unió a la mía.

Sus ojos, verde explosivo, impactaron con mi miedo y lo hizo desaparecer.

—Me gustan todos tus tú, pero éste… éste me encanta.

Y lo besé.

Lo besé sin miedos, sin dudas y sin toda la cobardía que me hacía huir del compromiso.

Y todo mi cuerpo se abandonó a él sin miedo a perder.

Sin miedo a nada.

46
El amor es complicado

Me había enrabietado. Como una niña pequeña que no quiere cenar con gente a la que no conoce, a la que no quiere conocer o, peor, a la que conoce y no quiere ver ni en pintura.

Cría, me llamaba Iván repetidas veces porque no quería salir de la bañera de espuma y olor a vainilla que me había preparado con el tiempo justo como para llegar excesivamente tarde a esa dichosa cena.

Regulé la luz, puse unas velas y una bomba de vainilla explosionaba debajo de mis pies llenándolo todo con su olor.

El agua estaba caliente y me cubría una gran capa de espuma que me hacía sentir de lo más sexy bajo sus ojos.

Yo cerré los míos para darle más dramatismo a la escena y es que no quería ir y punto.

No quería ver caras ajenas, no quería sonreír sin ganas y dar una aceptación forzada que sabía que apestaría a falsa a kilómetros de distancia.

Y mucho menos quería explotar en esa cena.

Entendía que se amaban, pero que no me obligaran a vestirme de gala ¿Qué culpa tenía yo?

Odiaba las bodas. Ninguna en concreto. Las odiaba todas.

Mi padre me lo había pedido encarecidamente y ese era el único problema, que no podía negarle nada, aunque quisiera.

Al final me tocaría vestirme a toda prisa y disculparme echándole la culpa al tardón de Iván. Supongo que él me lo perdonaría después.

—Vamos, Alicia. Actúa como una adulta, por favor te lo pido.

—Que sí, papá… —puse los ojos en blanco. —que ya voy a vestirme, pesado.

— ¿Quieres dejar de llamarme papá?

—Actúas como tal. —dije a la vez que me levantaba y quedaba de pie en medio de la bañera.

La espuma iba abandonando mi cuerpo poco a poco mientras se deslizaba

por él hasta fundirse de nuevo con el agua que cubría hasta mis pantorrillas.

Iván tragó saliva y yo sonreí.

—Eres tan… todo. Lo eres todo.

—No seas pelota y alcánzame una toalla. —me ruboricé un poco.

Aún conseguía hacer que me pusiera colorada como un tomate con sus comentarios. No recordaba nadie más capaz de causar ese efecto en mí.

Dio pasos lentos, pero decididos hacia mí y puso sus manos a cada lado de mi cadera.

Ascendía poco a poco mientras no dejaba de comerme con la mirada.

Me excitaba tan solo el contacto de mis ojos con los suyos. Mi cuerpo estallaba de placer con el contacto de su piel con la mía.

—Tienes la piel tan suave… —dijo a la vez que se mordía el labio inferior.

—Iván… que llegamos tarde. —cerré los ojos por inercia.

—Eso no parecía importarte hace un minuto.

Siguió avanzando por mi espalda mientras yo, aún con los ojos cerrados, veía como toda clase de colores inundaban la oscuridad.

Y, de repente, dejé de sentir sus manos en mi espalda, por lo que abrí los ojos automáticamente.

— ¿Por qué paras? —pregunté confusa mientras él sonreía.

—Porque tenemos una cena a la que asistir. Prometo terminar con esto cuando volvamos.

Maldito seas tú y toda tu estampa.

—Te odio. —dije enfurruñada mientras cogía la toalla que él me ofrecía.

Me enrollé en ella y salí caminando fuera del cuarto de baño.

Él se rio y yo fruncí más el ceño.

Sabía cómo encenderme y también cómo dejarme con las ganas.

Cogí de mi maleta un vestido blanco con un volante a la altura de los hombros y, después de secarme, me lo puse sin ropa interior.

No es que pretendiera no llevarla, es que únicamente podía pensar en fundirme de nuevo con su piel y, el resto, carecía un poco de importancia.

—Estás preciosa de blanco. —cogió mis manos y me acercó a él.

—Pues recréate ahora, porque éste es el único vestido blanco que vas a verme puesto en toda tu vida. —le di un fugaz beso en los labios y me zafé de sus brazos.

Insistía y yo no me bajaba del burro y mucho menos pensaba hacerlo.

—Eso está por ver, señorita.

Ni siquiera me molesté en contestarle. Volver a retomar esta conversación no entraba en mis planes hoy. Bastante tenía con ir a esa dichosa cena.

Busqué mi ropa interior *invisible* que había traído expresamente para este vestido y volví a irme al cuarto de baño para adecentarme el pelo.

Este estropajo castaño en el que se había convertido casi no tenía salvación, pero debía intentarlo.

Lo peiné todo lo que pude y lo sequé boca abajo mientras Iván me observaba desde la puerta.

Sonreía y me hacía sonreír, así que lo imaginé a él de esmoquin y a mí de blanco formal y un repelús inquietante, pero nada incómodo, recorrió mi espalda.

—Ni de broma. —susurré.

— ¿Qué?

Vaya oído tenía…

— ¡Nada! Estos pelos, que son incontrolables…

Y, por lo visto, mis pensamientos también.

Mi padre llamó unas tres veces para que bajásemos de una vez de la habitación del hotel y me dejó caer que, si estábamos en alguna posición comprometida, que este no era, en absoluto, el momento para eso.

Después de convencerlo de que no estábamos haciendo nada que implicara quitarnos la ropa y de mentir como una bellaca al repetirle mil veces que llegaba tarde por culpa de mi móvil, que había cambiado la hora a su libre albedrío, bajamos corriendo hasta la calle. Iván repitiéndome que era una mentirosa de campeonato y yo contestándole que solo era una mentira piadosa.

— ¡Ya era hora! —gritó mi padre cuando nos subimos al coche.

—Bueno, cero dramas, ya estamos aquí y podemos ir a cenar de una vez. Aviso de antemano que no me encuentro muy bien.

—Nada que no imaginara ya…

—De verdad, papá, tengo el estómago revuelto.

—Alicia, que soy tu padre y te conozco. No quieres que me case.

—Pues no y te advierto que ya le puedes decir al cura que omita frasecitas en las que yo pueda levantarme y objetar ciertas cosas…

—No cambiarás nunca… ¿Entiendes que soy feliz?

—Pues precisamente por eso. ¿Qué necesidad tienes de modificar algo que funciona? Anda que como vengan los problemas después de esto te acordarás de mí.

—Alicia, es mi decisión y tienes que respetarla. —dijo muy calmado.

—Ya. Espero que sepas que lo único que yo quiero es verte plenamente feliz.

—Lo sé, cariño. —me dio la mano.

Iván pareció calmar esa cara de *"madre mía, dónde me he metido"* y, tanto

mi padre como yo, sonreímos más tranquilos.

Llegamos a su casa una media hora después y yo respiré antes de bajarme del coche, saqué una de mis sonrisas de bote y cerré la puerta tras de mí.

Le di la mano a Iván, tanto para sentirlo más cerca de mí como para no caerme si se desataba el apocalipsis en la última cena.

— ¿Puedo hacerle una pregunta? —le dijo Iván a mi padre.

—Claro, hijo.

—Si tan mal le fue en su primer matrimonio ¿Por qué ha decidido intentarlo una segunda vez?

Me helé al instante y miré a mi padre buscando una chispa de calor en sus ojos.

La había.

Él sonrió, miró al suelo y negó con la cabeza dos veces antes de proceder a contestar.

—No me fue mal la primera vez, hijo, en realidad, los años que estuve casado con la madre de Alicia fueron los mejores años de mi vida y supongo que busco que estos años que han pasado sin pena ni gloria vuelvan a tener esa luz.

—Con todo el respeto del mundo, creo que la persona con la que usted quiere pasar por el altar mañana no está en esta isla.

Mis ojos se abrieron de par en par y le apreté la mano a Iván con la intención de rompérsela si no cerraba esa bocaza.

Podría tener razón o no, pero no eran maneras de comenzar una relación con el que puede ser tu suegro por los años que te quedan de vida que, por otra parte, pueden no ser muchos si seguía hablándole a mi señor padre de esa manera.

—Yo no pretendo sustituir a la madre de Alicia, nuestro tiempo fue maravilloso, pero ahora no es nuestro turno. Ella es feliz, me he asegurado de ello, y me alegro, y yo lo soy también. El amor es complicado, ¿Eh? —le sonrió una vez más y le puso la mano en el hombro.

—Y que lo diga… —le sonrió Iván.

Y ahora era yo la que me preguntaba dónde demonios me había metido.

47
El diablo hecho carne

La cena fue todo lo amena que ya esperaba que fuese antes, siquiera, de desear no venir.

O sea, nada.

La cara de Azucena era tan de pocos amigos que casi se veía cómo de sus orejas salía humo.

¡Vaya dos!

Uno replanteándose las complejidades del amor y buscando una supuesta luz y ella peleando a muerte con sus demonios internos y, a la vez, intentando parecer lo más sosegada posible.

No lo conseguía.

Es más, se le notaba el cabreo desde cualquier estancia de la casa. Casi podía oír cómo rechinaban sus dientes.

Estaba la cosa bonita como para que la boda fuera mañana…

Yo me las di de ignorante y ni siquiera mencioné ni una sola palabra sobre ella.

Como que podía dejar de fruncir el ceño durante media milésima de segundo. O que podía intentar sonreír, así como intentaba hacerlo yo, que por lo menos me esforzaba para que no se abriera una brecha en el suelo y viniese el mismísimo satanás a cenar con nosotros.

Seguro que él hubiese sido mejor compañía.

—Bueno y… ¿Ya está todo preparado para mañana? —pregunté intentando sacar algún tema.

Hacía ya rato que nadie abría la boca y creo que yo lo hice para meter la pata hasta el fondo.

—Falta que tu padre vuelva, eso es lo que falta. —dijo en un tono de voz seco y desagradable.

—Está ahí ¿No lo ves? —dije señalando a un hombre distraído que distaba mucho de ser mi padre.

Al final ella iba a tener razón y mi padre, o al menos su mente, se había

esfumado.

— ¿Qué? —respondió él sin enterarse de nada.

— ¡¿Cómo que qué?! Es que no estás Feliciano ¡No estás! —gritó como una posesa.

— ¡Qué sí estoy Azucena! ¡Harto! Es lo que estoy.

Madre de mi vida… Se mascaba la tragedia.

— ¿Harto? ¡Harta yo! Que llevas un mes que no te reconozco ¡No te reconozco!

— ¿Ves lo que pasa por meter el dedito en la llaga? —le susurré a Iván al oído.

—Joder, yo hice una pregunta, no pensé que fuese a acabar así.

—Pues la que has liado… Invocar al diablo tiene sus consecuencias.

—Haz el favor y sal a calmarte, tengamos la fiesta en paz. —dijo mi padre.

— ¿La fiesta en paz? ¡Yo no veo ninguna maldita fiesta! Es más, dudo hasta que haya boda ¡Fíjate lo que te digo! —gritó ella antes de salir con un portazo.

—No será mi suerte… —dijo mi padre a la vez que apoyaba sus codos en la mesa y luego la frente en sus manos.

— ¿Estás bien, papá? —puse mi mano en su hombro.

—Oh, sí cariño. Supongo que sí.

—Y ¿Quieres explicarme a qué viene todo este circo? Se supone que todo estaba bien.

—No es nada, tú tranquila y come, que no has comido nada.

—Papá…

—Está bien. Llevamos un mes distantes, desde que hablamos de boda. Creo que ella no quiere casarse y no sabe cómo decírmelo. Al final me hace dudar a mí y, tranquila, no es que tenga yo la culpa de todo, es que llevamos varias semanas demasiado irritables.

—Y ¿Ni en la víspera de la boda se calma la cosa?

—Parece que no y ahora nos veo entre la espada y la pared.

—Papá, no hay ninguna espada ni ninguna pared. Si quieres casarte, cásate. Si no quieres, no lo hagas. Es así de sencillo.

—Dicho así suena tan fácil…

—Porque lo es, papá. Si lo piensas fríamente lo es.

—El amor es sencillo, señor. Si con mirarla a ella se llenan todos sus huecos vacíos, cásese porque es la mujer de su vida. Si no, no lo haga. Lo mismo le diría a ella. —dijo Iván.

Él llenaba todos mis huecos vacíos y otra vez sentí ese escalofrío recorriendo mi espalda.

—Y que dos chiquillos me vengan a dar lecciones de amor a mis setenta años… —rio. —Vamos, es mejor que los lleve al hotel. Me queda una larga conversación por delante.

—Espera, quiero hablar con Azucena antes.

—No creo que sea muy buena idea, Alicia. —dijo mi padre.

—Creo que yo opino lo mismo, Ali. —repitió Iván.

—Me da lo mismo. Quiero hablar con ella. —dije antes de levantarme de la mesa y salir por la misma puerta por donde había salido Azucena minutos antes.

La encontré sentada en el jardín, mirando al infinito y con las lágrimas en los tobillos.

Me senté a su lado y carraspeé.

Ni siquiera sabía qué decirle, pero sentía que debía mediar en el asunto.

— ¿Cómo estás? —pregunté y ella secó sus lágrimas.

Vaya preguntita la mía…

—Pues mira, cariño. Feliz ¿No lo ves? —rio irónica.

—Ya veo.

—Entiéndeme, Alicia. Quiero mucho a tu padre, pero creo que el matrimonio es algo que nuestra relación no va a soportar.

Ni tu relación ni ninguna otra, pensé, pero no se lo dije.

—Entiendo…

—Surgió la idea en un viaje tonto y, conforme se acercaba el día, más nerviosa me ponía. Ahora creo que no quiero casarme y estoy casi segura de que tu padre tampoco. Estamos bien como estamos ¿Para qué casarse? El día en el que ya no nos aportemos nada el uno al otro podemos coger la maleta y marcharnos cada uno por su lado. Si nos casamos todo sería un lío y no estoy dispuesta a divorciarme otra vez.

—Por fin alguien con un poco de sensatez. Pues no se casen. Es tan sencillo como eso.

— ¿Y los invitados? ¿Y tu padre?

— ¿Qué importan los invitados? Y con mi padre solo tienes que hablar y decirle lo mismo que me has dicho a mí. ¡También son ganas de casarse con lo bonito que es vivir de novios!

—La situación se nos ha ido de las manos.

—Pues es muy fácil volverla a agarrar. Si mi padre es feliz contigo y tú con él, hablen. Soluciónenlo y eviten que tenga que vestirme de gala mañana, por Dios.

Ella rio y yo sonreí. Creo que no habíamos tenido ninguna conversación tan amena como esta hasta ahora y eso que había sido un completo desastre.

Supongo que ellos hablarían esta noche y que mañana no habría boda, pero eso aún estaba por ver.

Nos dejó en la puerta del hotel, a mí con una gran preocupación y a Iván con la idea más clara de que el matrimonio era la mayor declaración de amor de la historia.

—Piensa bien lo que vas a hacer, papá. Yo te apoyaré pase lo que pase. —le di un beso en la frente y lo abracé todo lo fuerte que pude.

—Haré lo que sea correcto, hija. Hazme un favor. —me separó de él y me miró con una gran sonrisa en el rostro. —No dejes escapar a ese chico. Te ama, Alicia.

—Y eso cómo lo sabes, papá, si a penas has hablado con él.

—No hace falta. Sus ojos lo delatan. —volvió a abrazarme.

Nos despedimos unos instantes después.

Iván y yo caminamos por los alrededores del hotel cogidos de la mano. Aún no me apetecía enclaustrarme en esa habitación a darle vueltas a lo que haría mi padre al llegar a su casa, si al final habría boda o no y a cómo afectaría a su vida la decisión que tomase esta noche.

Cuánto puede cambiar una vida en unas horas.

— ¿Qué crees que harán? —le pregunté a Iván.

—Pues si hacen caso a su corazón no se casarán, si hacen caso a su cabeza, mañana tendremos boda.

—Opino igual.

Aún me costaba asimilar la cena tan surrealista que habíamos tenido. Hubiese acertado si me hubiese quedado en la bañera, por lo menos más relajada seguro que estaría.

—Tranquila, sabrán qué hacer. —soltó mi mano y pasó su brazo por encima de mis hombros.

Me sentía bien a su lado, tanto, que me daba miedo estar replanteándome cosas que para mí eran inamovibles.

—Supongo que sí. Ahora me preocupa más lo que pasa entre tú y yo.

—Y ¿Qué es lo que pasa entre nosotros? —se paró en seco y me miró confuso.

—Estás haciendo que me replantee cosas.

— ¿Qué tipo de cosas?

—Cosas que implican vestidos blancos.

—Ah ¿Sí? —sonrió con autosuficiencia. —No voy a decirte que no me agrada que lo pienses, pero ahora tendrás que ser tú quien me lo pida.

—Y eso, ¿Por qué? —pregunté divertida.

—Pues porque yo ya he expresado mi deseo de casarme contigo y te he

dicho que para mí es la máxima declaración de amor… ahora tendrás que ser tú quien se declare, yo ya lo he hecho. —dijo muy serio.

—Estás loco si piensas que voy a pedirte matrimonio. —reí.

—Sí. Estoy loco por ti, preciosa.

Decidido.

Las flores de nuestra boda serían amarillas.

48
Manda el corazón

Al final iba a resultar que la historia de amor y de matrimonio de mis padres no era tan catastrófica como yo me la imaginaba y, mucho menos, como se la había expuesto a Iván.

Mi padre y Azucena, después de discutir como cosacos con los del catering, de que los gritos se hicieran insoportables por parte de las familias invitadas a la boda, de que los jarrones se hicieran añicos cuando Azucena se hartó de dar explicaciones a todo Dios y después de todas las lágrimas, consiguieron llegar, aún no sé cómo, a un acuerdo y no habría boda.

Eso sí, habría luna de miel y un acuerdo irrompible junto a la promesa de que, el día que ya no fuesen felices juntos, cogerían caminos opuestos, guardando, así, un recuerdo feliz de sus años juntos.

Iván y yo no sacamos la ropa de boda de la maleta y, en el fondo y no tan al fondo, lo agradecí bastante.

Nunca me gustó eso de tener que pasar por el altar para no decepcionar a nadie, así que me alegraba de no haber visto a mi padre en esa tesitura.

La pareja de novios, que seguían siendo mi padre y Azucena, nos llevó al aeropuerto y se despidieron de nosotros con besos y abrazos.

Quizás el amor no se gastaba como yo pensaba, quizás el amor existía o no, no había más.

Volvimos a sentarnos en ese transporte infernal llamado avión y yo volví a ponerme tan tensa y rígida como un palo de fregona.

Antes de que pudiera apagar mi móvil para que no hiciera interferencia con los aparatos que manejaba el piloto sonó un nuevo mensaje recibido.

Lo abrí bajo la atenta mirada de Iván que, aparte de ser un poquitín celoso, era bastante cotilla.

> ***Jorge:*** *Sonará a locura, pero te echo de menos. Mucho de menos. Creo verte en todos sitios y te echo de menos en cada uno de ellos. No sé por qué te dejé escapar o, como tú me has recalcado, por qué te eché de mi*

vida cuando tú eras la que le daba sentido a todo. Lo siento tanto… no te imaginas hasta qué punto me arrepiento de todo. Sé que no querrás hablar, que ni siquiera vas a contestar, pero necesitaba que supieras que te añoro y que te quiero como nunca podré querer a nadie. 12:03

Apagué el móvil inmediatamente después de quedarme sin habla. Sonaba tan sincero y a la vez tan traidor…

Si realmente me hubiera querido no se hubiera metido en las piernas de nadie, ni siquiera hubiera sido una opción a considerar. Si alguien te quiere, lo hace sin excusas, sin traiciones y él no me quería.

Simplemente echaba de menos que yo estuviese ahí, a su lado, como se echa de menos a ese jarrón que por accidente se rompe. La clara diferencia era que él me había roto a mí en mil pedazos y yo no lo echaba de menos a él.

Ni yo iba a ser su jarrón roto ni él el mío, lo tenía claro.

—Interesante. —dijo Iván con un tono de voz extraño.

Entre enfadado y confuso supongo que sería lo más acertado.

—Imbécil, es la palabra que buscas.

El avión comenzó a moverse y los dos dejamos de hablar.

No estaba dispuesta a que este tipo de cosas hicieran mella en nuestra relación así que decidí hablar con Jorge cuando volviese para que dejara de mandarme mensajes extraños como éste.

También pensé en Carla. En lo extraño que era que hubiese dejado de llamar de un día para otro y en cómo me sentiría yo si ella volviese a aparecer.

Estaba segura de que Iván me amaba, pero eso no quitaba que mis celos salieran a la superficie en modo torpedo.

Llegaríamos a casa sobre las siete de la tarde porque aún nos quedaba un transbordo por hacer y yo ya tenía ganas de tumbarme en mi sofá a intentar asimilar todo lo que había pasado que, sin duda, era digno de una novela de comedia romántica.

Esos dos estaban locos, y gracias a Dios que lo estaban si no, a estas horas, estaríamos asistiendo a una boda.

No pude retener la risa. Era tan surrealista todo lo que había ocurrido en el día de ayer que aún me costaba asimilarlo del todo.

Iván seguía tenso. Podía notarlo en su rostro sin esfuerzo, así que puse mi mano encima de la suya.

Yo lo quería a él ¿Qué importaba el resto?

— ¿Quieres decirme algo? —pregunté.

Él me miró a la vez que hacía una mueca de *¿Para qué?*

— ¿Sientes algo por él?

—Rabia. Ganas de matar. Quizás de empujarlo por el risco de Famara, no sé. Son varias cosas las que se me ocurren.

Intenté ser graciosa para arrancarle una sonrisa, pero no lo conseguí.

—Te hablo en serio, Alicia.

—Vamos, Iván ¿De verdad dudas de lo que siento por ti?

—No dudo de eso. Dudo de lo que puedas sentir por él.

—No siento ningún tipo de aprecio, cariño o amor por ese bastardo. ¿Te quedas más tranquilo?

—Supongo que sí. Entiéndeme, ¿Vale? Has estado con él muchos años y conmigo…

—Llevo contigo prácticamente una vida, Iván.

—Sí, pero no como ahora.

—Pues no veo dónde está el problema. Creo que no hemos podido hacerlo mejor. Hemos sido amigos durante muchísimo tiempo, conocemos cada rincón de nuestra cabeza y ahora también de todo lo demás. Para mí es perfecto.

—Joder, Alicia. Para mí también. Es solo que creo que aún no soy consciente de que esto esté pasando de verdad.

—Pues abre los ojos y mira. Es contigo con quien estoy. —lo besé y él puso su mano en mi mejilla al instante.

Quería sentirme.

—Dime algo. ¿Qué pasó con Carla?

Su cara cambió al instante.

Estaba nervioso.

—Nada.

¿Qué respuesta era esa?

— ¿Cómo que nada? ¿Has hablado más con ella?

—Sí.

¿Dónde estaba mi maldita motosierra?

— ¿Quieres ampliar esa respuesta?

Tic ocular.

—No he hecho nada con ella en lo que llevamos juntos, si es lo que quieres que te diga. Simplemente hablamos de vez en cuando.

— ¡Y al niño le molesta que mi ex me mande un mensaje! Hay que joderse… —alcé la voz.

—Claro que me molesta y baja la voz ¿Quieres?

—Lo que me faltaba ya. Mira Iván si tú sigues hablando con ella no veo ningún problema en que él me mande mensajes.

—Bien entonces. —miró para otro lado.

— ¿De qué hablas con Carla? Si al señor no le importuna mi pregunta, claro.

—De gilipolleces, Alicia. No es nada importante, al menos no como que te digan que te echan de menos y esas cosas…

—No voy a decirte con quién debes o no hablar, eso que te quede claro. Pero no me hace la más mínima gracia que, dado los antecedentes, sigan hablando como si nada.

— Y, ¿Por qué no?

— ¡Pues porque nadie me asegura que un día discutamos y acabes en su cama!

Sus ojos se abrieron todo lo posible y yo fruncí mi ceño.

Sí, lo había dicho y ¿Qué?

— ¿No confías en mí?

—Sé que me quieres, pero también sé cómo actúas cuando algo no va como tú esperas que vaya. Huyes. Huyes y te refugias en cualquier par de tetas, Iván.

—Pues si no confías en mí, tenemos un problema.

—Está claro que sí.

Creo que nunca había tenido una conversación de este tipo, tan amarga y tan sincera a la vez.

Surrealista era la palabra mágica de estos días.

Discutíamos por algo que ni siquiera había pasado aún.

No estaba dispuesta a dejar que me hundieran y mucho menos a que estropearan lo que estábamos creando Iván y yo, pero, después de la clase de ruptura que había tenido con Jorge, no estaba dispuesta a volver a pasar exactamente por lo mismo. Me negaba en rotundo.

Supongo que el amor, a fin de cuentas, debe ser ciego. Ciego frente a las dudas y con una visión aguda para todo lo demás, para todo lo bueno.

Sin embargo, nos despedimos con un beso insípido al llegar a la puerta de mi casa y, esa noche, no volvimos a hablar.

49
Rabia

Fue extraño no dormir a su lado y eché en falta su olor al amanecer. Fue extraño no levantarme con una llamada suya, un mensaje o su torso pegado a mi espalda. Fue extraño no ver sus ojos al despertar ni ver su sonrisa hacerme sonreír a mí.

Todo fue extraño esa mañana, incluso el agua que ahora recorría mi espalda.

Volvía a llover fuera y, a la vez, hacía un calor infernal.

Con la frente pegada al azulejo dejando correr por mi mente la misma conversación que habíamos tenido en el avión una y otra vez y, los ojos cerrados, estuve más tiempo del necesario.

Mi espalda ardía y mi interior también.

¿Tan difícil era que todo fuera bien sin más?

Me envolví en una toalla al salir y fui a por mi móvil.

Nada suyo.

Me senté en el sofá, aún desnuda, y lo llamé.

Me negaba a formar parte de esta chiquillada. ¡Éramos adultos! Y debíamos solucionar los problemas como tales.

Como dicen por ahí, los problemas se solucionan hablando, no dejando de hablar.

Dio un tono, dos tonos, tres tonos y su voz, dulce y adormilada sonó al otro lado.

—Buenos días.

Sonreí sin motivo.

—Buenos días, amor.

Amor.

Él sí que era amor, era hogar, era todo.

— ¿Planes para hoy?

—Comerte a besos.

Qué empalagosa me había vuelto… ¡Buag!

—Mm… suena bien. ¿Vienes?

—Claro. Me visto y estoy ahí en quince minutos.

—Te espero en la cama.

Éste sí era él. Ésta sí era yo y, por supuesto, éstos sí éramos nosotros.

Me vestí en tiempo récord. Tenía demasiadas ganas de ver a Iván esperándome sólo a mí y de quitarme de encima de la cabeza esa nube negra que tenía nombre de mujer.

Me puse un vestido gris ajustado y unas sandalias negras con bolso a juego.

Me pinté los labios de rosa y cogí una chaqueta vaquera por si al día le daba por enfriarse de repente.

Me mojé entera antes de llegar al coche porque mi cabeza estaba demasiado ocupada en la necesidad de llegar a casa de Iván lo antes posible y había olvidado el paraguas por el camino.

Llegué allí sonriendo como una niña pequeña que espera abrir su regalo más especial. Él, sin duda, era el mío.

Toqué dos veces antes de que un chico rubio, alto, con los ojos más verdes y preciosos vistos jamás en este lado del universo y casi desnudo me abriese la puerta.

Estaba despeinado y aún desprendía ese calor propio de haberse levantado de la cama después de una buena cura de sueño.

Me lancé a sus brazos.

—Confío en ti ¿Vale?

—Y yo en ti, Ali.

Nos besamos tan efusivamente que mi ropa cayó al suelo no mucho después.

Necesitaba sentir que era mío, que era solo mío, tanto como él necesitaba sentirme suya.

Llegamos a trompicones hasta la cama y, aun besándonos, caímos en ella.

—Podría despertarme así el resto de mi vida. —sonrió.

Yo reí antes de que me diese la vuelta para quedar encima de mí.

— ¡Ay! Espera, me he clavado algo.

—Aún no he empezado… —rio.

—Algo en la espalda, listo. —reí.

Me incorporé y metí mi mano derecha detrás de mi espalda para coger lo que quiera que estuviese incordiándome.

Un pendiente.

Un maldito pendiente.

En su cama.

Un maldito pendiente en su cama.

—Joder. —dijo él agachando la cabeza.

— ¿Joder? ¿Eso es lo único que se te ocurre? Te hacía algo más resolutivo en estas situaciones.

El infierno se abría paso dentro de mí.

Enfurecía.

La ira bullía en mi garganta.

Estallaría de un momento a otro.

—No es lo que parece.

—Ah ¿No? Porque a mí lo que me parece es que otra mujer ha estado revolcándose en tu maldita cama.

—Te juro que no, Alicia.

—Ya decía yo que anoche tendrías que estar muy entretenido para no mandarme ni un mensaje. —intenté levantarme. — ¡Qué te quites de encima de mí! —grité.

—Alicia, para. No sé de dónde ha salido ese pendiente. Te juro que nadie ha tocado mi cama.

—Fíjate que lo dudo. Y yo como una estúpida… —sonreí irónica. —Soy gilipollas… —conseguí zafarme de sus brazos y fui cogiendo mi ropa del suelo.

Iván agarró mis brazos enseguida y me obligó a mirarle.

—Por favor, Alicia, escúchame. Esto no es lo que parece, te juro por mi vida que no he estado con nadie que no seas tú. No sé qué mierda significa esto y pediré explicaciones, pero tienes que creerme.

— ¿Cómo quieres que te crea? Dime. ¿Cómo?

Las lágrimas salieron sin más.

—Déjame hacer una llamada para demostrártelo, por favor, solo una llamada.

—Estuvo aquí anoche ¿Verdad?

Mi interior se resquebrajaba.

Todos los pedazos que él mismo había conseguido reconstruir, volvieron a romperse sin más.

Dolía.

Dolía como nunca me había dolido nada jamás.

Dolía como si me hubieran abierto las entrañas sin anestesia.

Por su culpa dolía.

—Sí. Pero solo hablamos. Te lo juro. Por favor, créeme.

—Suéltame. Necesito irme. Deja que me vaya por favor.

Las lágrimas se precipitaban como cuchillos desde mis ojos y rajaban

todo a su paso.

—Confía en mí, por favor, confía en mí.

Temblaba. Desde la punta de los dedos de sus pies hasta las pestañas. Temblaba.

El timbre de su voz era ahogado. Como si supiese que si salía por esa puerta no volvería a tenerme nunca.

Y era cierto.

—Quiero que me sueltes. Sólo quiero que me sueltes. —dije ahogada en llanto.

¿Por qué él?

¿Por qué a mí?

—No voy a dejarte ir, Alicia. No, porque sé que no volverás y no estoy dispuesto a perderte. Mírame. Te juro que no hice nada con Carla. Hablamos de que sería mejor que dejásemos de vernos, ella intentó besarme, sí, pero yo la rechacé. No quiero nada con ella, no siento nada por ella. Te amo a ti, Alicia. Solo a ti.

Y eso aún dolió más.

Cerré los ojos y dejé de hacer fuerza para escapar de él.

Quería desaparecer. Dejar de tenerlo delante. Dejar de sentir esta rabia.

—Suéltame, por favor. Suéltame. —supliqué al borde de la histeria.

Él obedeció y casi caí al suelo después.

Ni siquiera tenía ganas de gritarle.

La decepción era más grande que la misma rabia.

—Alicia, por favor.

—Yo te entregué todo de mí. Todo. Hasta los pedazos que seguían rotos te los di. Y tú… tú vuelves a hacerme añicos.

Él enmudeció.

Creo que era la única situación que, en todos estos años, no habíamos experimentado.

La traición. La decepción.

Todo volvía a estar roto.

—Yo te amo, Alicia. Siempre te he amado. No voy a ser tan estúpido como para perderte cuando por fin te tengo.

—No sé ni por qué sigo aquí, escuchándote. Debería darte un merecido guantazo y salir corriendo a los confines de la Tierra a gritar lo mucho que te odio ahora mismo.

Te odio.

Palabras innombrables para nosotros.

Palpables ahora más que nunca.

—Déjame demostrarte que no te he traicionado en ningún momento. Dame el beneficio de la duda, al menos.

Asentí y él salió corriendo a por su móvil.

Cuando volvió a entrar en la habitación yo seguía en el mismo sitio. No me había movido ni un milímetro. No me había vestido. No me había ido aún.

Tenía el altavoz puesto y un pitido procedente de una llamada salía de él.

—Dime guapo.

Guapo.

Zorra.

—Carla ¿Qué coño hace un pendiente en mi cama?

Bufé y ella rio después.

— ¡Ah! Se me caería anoche… Es lo que tiene la pasión, cielo. Que se pierden cosas…

Puñalada en el pecho.

Cerré los ojos y respiré todo lo profundo que pude.

—Pero, ¿Qué dices? Si ni siquiera entramos a mi habitación. Me la estás liando, Carla. Di la verdad de una vez. No hicimos absolutamente nada. —dijo alterado.

Yo me puse el vestido con toda la dignidad que pude.

—Guárdalo antes de que Alicia lo vea. No vaya a ser que se dé cuenta de que la engañas y te vayas a quedar sin esa novia tan guapa que tienes.

—Hijos de la grandísima…

— ¡Alicia, espera! ¡Está mintiendo! —gritó.

— ¡Qué te den! A ti y a la zorra de tu amiga. —grité antes de salir corriendo descalza de su casa.

Él me siguió, claro. No era para menos.

La risa de ella fue lo último que escuché antes de subirme al coche y salir a toda prisa de allí.

Ni siquiera escuché lo que decía él y eso que, por los movimientos de su boca, parecía gritar a pleno pulmón.

Su risa era lo único que taladraba mi cabeza.

Su asquerosa y maldita risa.

50
La cruda realidad

El amor duele.

Y podría terminar perfectamente este capítulo de mi vida aquí. Con esta frase. Sin más.

Mi cabeza me lo permitiría, es más, me obliga a hacerlo. Pero entonces el corazón vuelve a latirme en lo más profundo del pecho, aún hecho añicos y lo siento. Lo siento todo.

El dolor en lo más profundo y en la superficie al mismo tiempo.

El amor rompiéndome por dentro.

La tristeza de experimentar la decepción más grande de mi vida hasta este instante y, entonces… entonces grito.

Como si no hubiera un mañana. Como si nadie fuese a escucharme hoy y todo se solucionase después.

Grito.

Desde lo más profundo de mi garganta, de mis entrañas, grito.

Y se desvanece más allá de los confines de ese mar que tengo delante.

Y no. Aunque me contradiga, el amor no duele. Lo que duele es el desengaño. El que se te caiga la venda color rosa pastel que te habías puesto en los ojos al cogerle de la mano la primera vez.

Y lo ves todo. Todo ha cambiado. Nada es perfecto y podría englobar el resto del mundo como la trampa de algún esquizofrénico paranoide que se ha propuesto ver cómo sufrimos en esta caja a la que llamamos mundo.

Hasta poeta amargada me había vuelto con tanta ruptura.

Porque si yo estaba rota, si él me había roto, nuestra relación ya no tenía sentido.

Y mi gran temor, por desgracia, se hacía palpable.

Nos perdíamos.

Como amigos, como amantes, como compañeros, como pareja, como todo.

Nos perdíamos, y eso dolía aún más.

Me senté en la arena.

Si algo bueno tenía esta piedra perdida en medio del Atlántico era que podías ver el mar desde cualquier esquina. Que podías sentarte a observar cómo subía y bajaba, que podías intentar ahogar tus penas en él si hacía falta.

Y aquí estaba yo.

A las once de la mañana sentada en la orilla del mar mirando cómo mis pedazos caían en la arena.

No solía venir mucho a la playa pese a tenerla tan cerca, pero he de decir que la mar curaba todo mal y yo necesitaba un sitio donde perderme.

Mis pies se mojaban en la orilla y yo, con mis brazos abrazando mis rodillas, miraba al infinito intentando averiguar por qué tendría que torcerse todo lo que tenía que ver con el amor y mi persona.

No sé cuántas veces sonó mi móvil mientras su nombre parpadeaba en la pantalla. Tampoco sé por qué no lo dejé en el coche en vez de traérmelo aquí y sentir esa punzada en lo más profundo de mi pecho cada vez que él llamaba.

Él no iba a encontrarme aquí.

Sabía que no me gustaba demasiado la arena, sabía que el agua salada no era mi gran pasión, así que era el último sitio al que se le ocurriría venir a buscarme.

Quizás por eso lo elegí. Porque en el fondo no quería que me encontrase.

La arena exfoliaba la planta de mis pies y a la vez se deshacía de las impurezas de mi alma.

El agua que llegaba a la orilla refrescaba mis piernas y también mis ideas.

Todo parecía carecer de sentido aquí y al mismo tiempo cobraba más sentido aún.

Lo amaba, a pesar de todo lo amaba.

Si no, no estaría aquí, tan destrozada, tan incompleta, tan rota.

Y volví a escuchar su risa y la rabia corrió de nuevo por mis venas.

Seguramente ahora ella estaría feliz sabiendo que todo lo que teníamos él y yo se había volatilizado. Incluso se iría de fiesta para celebrarlo. Quizás ahora iría a saco a por él y quizás él se dejase envolver por ella.

Ya no estaba yo ¿Qué importaba?

Y la más cruda y desgarradora realidad era que, pese a todo, lo seguía sintiendo dentro. En cada esquina de mi ser, en cada poro, en cada partícula de mí lo sentía.

Volvió a llamar y yo a cerrar los ojos y a abrazar más fuerte mis rodillas.

La melodía martilleaba mi cerebro y la vibración del móvil en mi mano me sacudía enteramente por dentro.

No dejaba de insistir, así que descolgué la llamada y sin abrir los ojos un

hilo de voz salió de mi garganta.

—Deja de llamar, por favor, déjame.

—No voy a hacerlo, Alicia. En el fondo sabes que todo esto es una trampa. Yo no te haría eso, a ti no.

—Necesito tiempo. Tiempo sin verte, sin oírte, sin tenerte cerca. Hasta con los ojos cerrados veo cómo te revuelcas con ella.

De mi interior salía dolor a raudales en forma de lágrimas que corrían por mis mejillas sin descanso.

—Yo no puedo vivir sin ti. —gimoteó.

—Sí. Sí puedes porque ya lo has hecho antes. Yo… yo también puedo.

—Podré vivir, Alicia, pero no quiero hacerlo sin ti.

—Y entonces ¿Por qué demonios me has hecho esto?

— ¡Qué no he hecho nada! Tienes que creerme.

—Si es que, aunque quiera, no puedo. Oigo su risa y… Dios, qué ganas de liarme la manta a la cabeza y destrozarle la cara.

—Voy a serte sincero ¿De acuerdo?

— ¡Por favor! Sería un enorme privilegio que lo fueras de una vez.

Él bufó y yo me limpié las lágrimas y abrí mis ojos azules que, ahora, eran de fuego.

—Hablaba con ella de lo raro que me sentía estando contigo ¿Vale? Que siempre esperé este momento y que, como pensaba que nunca llegaría, cuando pasó no me lo llegué a creer del todo. Me acojonaba que cualquier día te despertaras y pensases que lo nuestro era una locura y que me dejases más roto de lo que ya estaba. Hablaba con ella porque era la única que me decía lo que yo pensaba que quería oír. Que si eso pasaba me olvidaría de ti y que nada sería peor que llevar esperándote años. Llámame imbécil porque lo merezco, pero me aterraba no ser suficiente para ti y sentirme miserable el resto de mi vida por haberte tenido y no haber sabido mantenerte a mi lado.

El alma se me quebró en dos y luego, más luminosa, más fuerte y más inquebrantable que nunca se volvió a unir.

Él también tenía miedo.

—Y, ¿No creíste que la persona indicada para hablar de todo eso era yo? Me tenías al lado, podrías haberme hablado de todo esto a mí o a los chicos ¿Qué pasa con los chicos?

Pecamos de lo mismo. Él estaba asustado y yo también, pero no supimos hablar de ello.

—Los chicos no entienden mis paranoias, Alicia. Ellos estaban contentos porque por fin estábamos juntos, pero no entendían que me diera miedo perderte.

—Yo lo hubiese entendido porque a mí me pasaba exactamente lo mismo, Iván.

—La que hemos liado por no ser sinceros.

—La que ha liado tu amiga y su pendiente.

—Te juro, Alicia, que fue una jugarreta de ella, de verdad. No la quiero, ya no me gusta en absoluto en ese sentido y, después de esto, en ningún otro. ¿Puedes creerme?

Podía, claro que podía.

—Me conoces y sabes que no puedo volver ahí y abrazarte sin más.

—Lo sé y te daré tu espacio si es lo que necesitas, pero solo dime que me crees, por favor.

Podía creerlo, pero ese pendiente, esa risa y esa cara alienígena de Carla me seguían atormentando.

— ¿Sabes? Cuando me encontré a Jorge tirándose a esa rubia de bote en mi cama sentí rabia y vergüenza. Contigo sentí como cada pedazo que habías reconstruido tú mismo se resquebrajaba de nuevo en trozos aún más pequeños. Puedo creerte o no, Iván, pero eso no va a hacer que la sensación que tengo ahora mismo desaparezca sin más.

—Al final voy a perderte por miedo a perder.

—No lo sé, lo único que sé es que nada está bien ahora. Pensé que entre nosotros sería más fácil, que seríamos felices sin esfuerzo. Sin embargo, hemos dejado de ser sinceros.

—Te amo, Alicia. Más que a nadie, más que a nada.

Y yo lo amaba a él, pero no se lo dije.

51
Te echo de menos

Había pasado una semana en la que Iván me había dado el espacio que yo le había pedido.

Una semana en la que solamente nos habíamos visto en el trabajo. Una semana con más penas que glorias en la que me había replanteado el devenir de todo lo que ocurría a mi alrededor y, por supuesto, dentro de mí.

Lo echaba de menos.

A él y a sus idioteces. A él y a sus ojos verdes. A él y a mí juntos.

Posiblemente me di cuenta al tercer día de que su historia plasmaba lo que realmente pasó y es que, por lo que me contó Borja, en experiencias anteriores con otro de sus amigos que yo no conocía, se habían dado cuenta de que la señorita Carla era un bicho malo que no se daba por vencida nunca.

Malnacida.

Me harté de despotricar sobre ella en todas las estancias de mi casa y fuera de ella.

Me fui a almorzar con Nuria y Borja, más enamorados que nunca y con Cathy y Rubén, cuya relación daba envidia a kilómetros de distancia, incluso luego fuimos a ver una película al cine.

Me sentía más liberada de todo pensamiento tóxico y negativo, pero seguía sin decidirme a llamarlo. No quería precipitarme y hacerlo teniendo dudas.

Ya había llegado a casa y me quité el pantalón vaquero, la camisa de botones blanca y las zapatillas para ponerme una camisola larga azul.

Me senté en el sofá y cogí el móvil.

Dos mensajes nuevos.

> ***Mamá:*** *¡No te lo vas a creer! ¿Pues no me dice Paul que se quiere casar conmigo? 20:01*

¡Y me mandaba un mensaje en vez de llamarme!

La llamé yo enseguida.

Otra boda no, por favor. ¡Otra boda no!

— ¡Pero, mamá! —grité antes siquiera de que ella pudiese responder.

— ¡Ay, hija! Que a este hombre se le ha ido la última pinza que le quedaba…

— ¡¿Y qué ha pasado?! ¡Amplía información, por Dios! ¡Amplía! —grité escandalizada.

—Pues que le he dicho que no, Alicia. El cupo de bodas lo cubrí con tu padre. Por Dios bendito ¿Cómo se le ocurre?

— ¡Gracias al cielo!

—Lo voy a llevar a un asilo a que se recupere de la lesión cerebral que tiene. Se habrá dado un golpe seguro… —rio a carcajadas.

— ¡Madre, por favor! Dime que no le has dicho eso.

—Sí, se lo he dicho, Alicia. Lo he besado después, pero nada de boda.

Y el ahogo que sentí por un instante se desvaneció por completo.

—Menos mal que aún queda cordura en este mundo, aunque he de reconocer que no pensé decirte esto a ti, madre. —dije muchísimo más tranquila.

—Sí, hija, sí. Ya ves… y tú toda la vida llamándome peliculera…

—Lo retiro. Lo retiro ahora y prometo no volver a repetirlo en mi vida.

—Sabía que llegaría el día en el que te darías cuenta de lo sabia que es tu madre.

—Ohm, mamá, tampoco te vengas arriba. —reí.

—No es fácil decir que no ¿Eh? Tienta volver a tener esa ilusión, volver a vivir momentos, volver a…

—Si dices una palabra más te juro por Dios que me borro del libro de familia. Bastante he tenido con papá como para que te entre a ti la misma tontería de la dichosa boda.

—Ah sí, calla. Me llamó para contármelo y me pareció bien que suspendieran esa locura ¿A quién demonios se le ocurre casarse con su edad?

— ¡Y lo dice la que ahora mismo estaba planeando de qué sabor sería la tarta!

Después de que mi madre se deshiciera de la idea de casarse y de que la obligara a dejar constancia de ello por escrito para no llevarme ninguna sorpresa desagradable más adelante, me fui al cuarto de baño a vomitar.

Y no, no en plan metafórico. En plan real, con sus maldiciones, sus tropezones y su todo.

Siento ser tan explícita, pero Dios ¿De dónde había salido todo eso?

Parecía una fuente descontrolada.

Me sentaría mal el plato gigantesco de calamares a la romana que me había comido, o las tres cervezas o quizás el paquete de palomitas tamaño titán que me había zampado viendo la película.

Estaba empachada.

Bueno, ahora ya no, ahora estaba vacía.

Vaya forma de acabar un día tan bonito.

Me acosté en el sofá y, después de despelotarme por completo, de acomodarme como pude y de comerme un paquete entero de chicles de menta, cogí el móvil y leí el otro mensaje que había recibido.

Iván: *Te echo de menos. 20:32*

Y yo a ti, amor. Y yo a ti.

Pero no le contesté.

Y no porque no quisiera, sino porque estaba demasiado ocupada en salir corriendo como alma que lleva al diablo hacia el baño.

Otra vez.

Maldita sea.

Volví a soltar los higadillos y después me mojé la cabeza entera en la ducha sin miramientos.

—Dios… voy a morir… —dije con los ojos cerrados.

Otra arcada.

No sé si lo he comentado, pero soy extremadamente dramática en lo que se refiere a vomitar…

Como si me estuvieran matando, con lágrimas y todo.

Por suerte no volví a hacerlo y pude irme, veinte minutos después, a morirme en la tranquilidad de mi sofá.

Me estiré y cerré los ojos totalmente derrotada.

Cogí el móvil y le respondí.

Alicia: *Y yo a ti. 21:25*

Si él estuviera aquí, ahora me haría una manzanilla para aplacar este horrible dolor de estómago. Me tocaría la cabeza para tranquilizarme y podría sentir su corazón latiendo en mi espalda mientras mi cabeza estuviera apoyada en sus piernas.

Necesitaba que estuviese aquí y no por egoísta. Lo necesitaba en general. En mi vida.

No tardó en volver a responderme.

Iván: *Necesito verte. Besarte. Déjame demostrarte que puedo hacerte feliz el resto de nuestra vida. 21:30*

Alicia: *Creo que no sería buena idea… Soy una fuente con patas… Moriré entre vómito y lágrimas esta noche. 21:31*

Buag.

Mi móvil comenzó a sonar y su nombre apareció en la pantalla.

Lo cogí enseguida.

—Mm…

Estaba completamente despatarrada en el sofá, no había manera humana de estar cómoda, así que, entre que estaba con las lolas al aire y que no podía tener las piernas más abiertas, parecía un cuadro abstracto.

— ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Debió sentarme mal el almuerzo, o las palomitas, no sé. Estoy vomitando como si no hubiera un mañana y ¡Me quiero morir!

—Voy para allá. No acepto un no como respuesta.

Colgó inmediatamente después.

Fin del tiempo muerto.

52
Confíame tu vida

Llegó tan rápido que casi parecía que estaba esperando detrás de la puerta a que yo lo llamase.

Me abrazó nada más verme y yo tuve que separarme enseguida porque necesitaba urgentemente una superficie donde permanecer en horizontal el resto del tiempo que durara esta tortura.

—Voy a hacerte una manzanilla ¿Vale?

—Por favor… —dije con un fino hilo de voz.

— ¿Se puede saber qué has comido para ponerte así? —dijo mientras trasteaba en la cocina.

—Pues calamares a la romana. —mini arcada. —Palomitas tamaño titánico. —mini arcada. —Y cerveza.

Carrera de diez metros lisos hasta el váter.

Dios ¿Cuándo iba a acabar este martirio?

No volvería a comer calamares. Ni palomitas. Ni a beber cerveza.

—Tranquila. Estoy aquí.

Me sujetó el pelo mientras terminaba de limpiarme la cara.

Si eso no era amor, no tenía ni idea de lo que era.

Estaba aquí, aguantando como un campeón, a mi lado y sin previsión de marcharse a ningún otro.

—Mátame, por favor. Haz que deje de sufrir de esta manera. —le dije a la vez que agarraba su camisa.

—Vamos a meterte en la ducha. El agua fría te vendrá bien.

Me metí sin más y él abrió la llave para congelarme por completo. Hasta el dolor de estómago se congeló.

Varios minutos después me sentía mejor.

—Vale, me siento mucho mejor. Ahora aparta esa cosa de mí, me estoy helando.

Él rio y cerró la llave. Me alcanzó una toalla y me envolví en ella bajo su atenta mirada.

—No pensé que nuestro reencuentro sería así, la verdad. —sonrió.

—Ni que llevásemos sin vernos un año…

—Como si lo fuese.

Condenado romántico.

—Abrázame.

Lo hizo y sentí renacer en sus brazos.

Lo apreté tan fuerte como pude, quería que sintiese todo lo que lo había extrañado, pero volví a escuchar la risa de Carla y un escalofrío repugnante me recorrió por completo.

—Te he extrañado tanto…

—Necesito hacer algo y, por tu bien y el nuestro, debes dejar que lo haga.

Se separó de mí al instante y me miró confuso.

— ¿El qué?

—Dame su número. Quiero hablar con ella.

Otra mini arcada me golpeó la garganta y no era por todo lo que había comido, no. Era por imaginarla. Me repugnaba toda ella.

—No sé si será buena idea, Ali.

—No importa si es buena o mala idea, la cuestión es que necesito hacerlo.

Él asintió y sacó su móvil del bolsillo inmediatamente después. Yo fui a por el mío y lo apunté directamente para luego pulsar la tecla de llamada.

Dio solamente dos tonos antes de que su repulsiva voz sonara al otro lado del teléfono.

— ¿Sí?

—Hola, Carla.

— ¿Quién es?

—Alicia.

El estómago me dio un vuelco, pero conseguí mantenerlo a raya, por lo menos, por ahora.

— ¡Oh, Alicia!

—Sí. Bueno, a lo que iba.

—Dime, guapa.

Parecía divertirse la muy hija de…

—Pues mira, no tenía pensado qué iba a decirte, pero ¿Sabes qué? Que con escuchar tu maravillosa voz me salen las palabras solas.

—Ah ¿Sí?

—Sí, guapa, sí. —dije con un tono irónico. —Te voy a explicar una cosa y tú vas a entenderla porque seguro que, debajo de esa cabeza desproporcionadamente grande que tienes encima de los hombros, hay un pequeño y diminuto cerebro. Así que, atiende. Iván está conmigo ¿Tu cabeza

puede asimilar eso? ¿Quieres que te ayude? Porque tengo varias formas de "echarte un cable", al cuello preferiblemente. Así que la próxima vez que alguno de los cables de tu cabeza se suelte y te plantees, siquiera, joderme, iré a por ti y no te imaginas cómo.

— ¿Perdona?

—Estás perdonada. Pero no vuelvas a meterte entre Iván y yo. Me importa una mierda todo lo demás, pero lo más importante que tengo en mi vida no va a estropearlo una niñata con pocas luces.

—Pero…

—Pero nada. ¿Pusiste el maldito pendiente en su cama?

—Se me cayó allí.

Su voz temblaba, pero intentaba aparentar tranquilidad.

—Ah ¿Sí? Se te cayó eh… Bueno y, explícame ¿Cómo se te cayó?

—Pues… pues…

—Pues lo pusiste allí para que yo lo encontrara, ¿No?

—Mira, no tengo por qué darte explicaciones ¿Te enteras? Que te las dé tu maravilloso novio.

—Ah, tranquila, él ya me las dio en su momento y concluimos juntos que eres un putón verbenero. —reí.

La cara de Iván era un puzzle sin armar. No sabía si reírse o echarse a llorar, pero yo me sentía la mar de bien.

— ¡No voy a permitir que…!

— ¡Yo sí que no voy a permitir que te creas que soy tonta! Y dale gracias que decidí llamarte por teléfono, porque las ganas de partirte la cara no son pocas eh…

—Tú no…

—Oh, cariño, yo sí. Pero no vas a comprobarlo porque vas a salir de nuestra vida con la poquita dignidad que te queda. Sé feliz, guapa.

Y colgué.

Iván tenía la boca completamente abierta y yo me crucé de brazos y sonreí a medio lado.

A tomar por saco Carla, sus mentiras, sus trampas y su asquerosa risa.

—Te has venido arriba de una manera…

—Lo merecía.

— ¿Qué te ha dicho? —preguntó temeroso.

—Pues… poca cosa, la verdad. Yo sí que le he dicho bastante y, creo, que no volverá a molestarnos. —sonreí orgullosa.

—Eso quiere decir que…

—Eso quiere decir, cariño, que no voy a consentir que nos separen con

mentiras, con embustes y mucho menos, con pendientes.

Sonreí y él también justo antes de lanzarse a mis brazos y elevarme del suelo.

—Si me confías a mí tu vida, prometo hacerte feliz cada día, cada minuto, cada maldita milésima de segundo que pases a mi lado.

Punto y final a ella.

Nuevo capítulo para nosotros.

53
Un paso más

Vuelta a empaquetar cosas. Si es que esto era un no parar, pero, por suerte, esta vez no eran las mías.

Empaqueté todos sus calzoncillos, sus calcetines, sus innumerables camisas y pantalones y desistí con sus zapatos porque ¡Tenía más que yo!

Esto no era viable…

A ver a quién se le había ocurrido la magnífica idea de irnos a vivir juntos…

Ah, sí. A mí, claro.

Se lo había propuesto por fin.

Total… no era nada que no hubiéramos hecho antes, aunque me arrepentí después de ver la cantidad de cosas que guardaba en su casa.

Y ¿Teníamos que empaquetarlo todo? Dios… qué horror.

Aliviaba el simple hecho de pensar en que despertaría a mi lado cada mañana después de este día.

—Vamos, preciosa. Ya queda menos.

Sonreía tan ampliamente que, aunque quisiera quemar la mayoría de sus pertenencias para no tener que estar cargando como dos mulas el resto del día, me sentía feliz.

Dábamos el gran paso por fin y significaba mucho.

Me había olvidado completamente de Carla y me había concentrado enteramente en nosotros.

—Pues… vas a tener que hacerlo solo, cariño. Tengo que ir al trabajo… Tu jefe va a conseguir que lo mate.

— ¿Ya? Bueno… dile que no te canse mucho, que aquí todavía nos queda trabajo para rato… —sonrió y me besó la frente.

—Le he recalcado que iré dos horas para rematar las facturas y que jamás de los jamases volveré a hacer horas extras. Ya bastante tengo con verle la cara en mi jornada normal.

—Anda que… vaya cara tiene el tío. Ve y vuelve pronto, no me apañaré

con esto yo solo… —se rio y se echó la mano a la cabeza.

—Tranquilo, si no acabamos hoy, lo haremos mañana.

Lo besé antes de irme y, por extraño que parezca, preferí quedarme empaquetando sus millones de pares de zapatos que ir a verle la cara a Ernesto.

Llegué a la oficina veinte minutos después y allí no había nadie, así que, para terminar cuanto antes mi trabajo, abrí la puerta auxiliar y entré a la oficina en la más absoluta oscuridad.

Con la linterna de mi móvil llegué hasta arriba y encendí únicamente la luz de mi oficina.

Me puse a ello tan aprisa como me fue posible. Mi cabeza, desde luego, no estaba aquí. Estaba allí. Entre sus cajas y sus brazos. A punto de dar el mayor paso de nuestra historia hasta el momento.

Sonreí pensándolo.

Sonreí porque imaginé todo lo que nos quedaba por vivir, por experimentar juntos, por amarnos.

Bendito aquel día, hace tantísimos años, en el que su camino y el mío se unieron por casualidad. Bendito el destino, su presencia y sus ojos cálidos y sinceros. Bendita su amistad, esa que me había arropado todo este tiempo y que, ahora, transformada en amor del bueno, iba a abrazarme cada noche, cada mañana, a cada segundo si hiciese falta.

Bendito papel húmedo donde, en un arrebato, decidí apuntar mi número para él y unirlo a mi vida. Bendito él por entrar, por quedarse y por negarse a marcharse nunca.

—Buenas tardes, Alicia. —carraspeó.

Brinqué del susto. Estaba tan inmersa en mis pensamientos que ni siquiera escuché sus pasos avanzar hasta mí.

Con lo bien que estaba yo navegando en el recuerdo de cómo mi camino y el de Iván, por casualidad o destino, se unieron aquel día lluvioso.

—Para quien las tenga… —contesté sin mirarlo.

—Entiendo que no te haga demasiada gracia venir, pero…

—Es que es día de fiesta, Ernesto. Día en que los comercios cierran y los empleados nos relajamos en casita… Me has cortado el rollo, el puente y la alegría de no ver esta oficina hasta el lunes…

—Te lo recompensaré y, además, solo serán dos horas de nada, mujer. Cuanto antes empecemos, antes nos iremos de aquí.

—Ya, ya. Empecemos entonces.

Cogí una pila de facturas y me puse a pasarlas a limpio en el ordenador mientras él organizaba el resto de albaranes que también había que informatizar.

¡Qué manía con hacer estas cosas a la vieja usanza, con lo fácil que era usar el ordenador y tenerlas todas a mano!

En fin.

Nos pusimos manos a la obra y, en menos de lo que canta un gallo, acabamos.

Claro que me había concentrado de lo lindo y Ernesto casi no había abierto ese enorme buzón que tenía por boca, así que todo había sido más ameno de lo esperado.

Dos horas y media después, estaba en casa de Iván y él, aún no sé muy bien cómo, casi tenía la casa completamente desvalijada.

—Pero ¡Cómo demonios has hecho esto tú solo! —grité sorprendida.

—Las ganas, amor… ¡Las ganas! —gritó y me abrazó.

Me besó con tanto ahínco que su boca y la mía se fundieron en una.

—Y nosotros, que también hemos ayudado, listo. —dijo un Borja cargado hasta las cejas con cajas de cartón.

— ¡Ahí estaba la trampa! —reí.

Habían puesto hasta música para animarse y sonaba *Casi humanos* de *Dvicio*. Iván estaba tan eufórico que hasta comenzó a cantar a la vez que simulaba que tocaba una guitarra imaginaria.

— ¡A fuego lento tú me vas a quemar! —cantó.

Yo me reí a carcajadas porque, según tocaba esa guitarra invisible, movía la cabeza de arriba abajo al ritmo de la música y se acercaba a mí con cara seductora.

Todo un espectáculo.

Dejé mi bolso encima de la mesa y nos pusimos a bailar mientras Borja y David nos animaban riéndose.

Me encantaba sentirme así de feliz y, sobre todo, me encantaba que fuese a su lado.

Terminamos enseguida de recoger las pocas cosas que le faltaban por empaquetar y, todo lo prescindible, lo almacenamos bajo llave en el garaje.

Él iba a alquilar su casa para seguir pagando la hipoteca mientras vivíamos juntos, así que teníamos que dejarla libre antes de dos días.

Todo iba viento en popa hasta que el estómago volvió a jugarme otra mala pasada y tuve que salir corriendo hasta el cuarto de baño para echar hasta la primera de las papillas que había tomado siendo un bebé.

— ¿Estás bien, Ali? —me preguntó Iván desde la puerta.

—Sí, sí. Es el dichoso virus y que, como soy masoquista, me he tomado un café en la oficina y me ha revuelto el estómago. ¿Has empaquetado la manzanilla? —me lavé la cara con agua fría para recomponerme.

—Ehm… creo que sí, pero la busco y te hago una, ¿Vale? Siéntate en el sofá un rato anda, estás agotada. —me dio un beso en la frente y me acompañó hasta el salón.

La verdad es que sí que necesitaba acostarme.

A parte de falta de sueño tenía el estómago en rompan filas, menos mal que mañana tenía cita con el médico y, con suerte, me recetaría algo para que esta tortura parase.

Mi madre también había pillado el virus estomacal que me atacaba sin piedad a mí, aunque ella era algo hipocondríaca, así que no estaba segura de si estaba enferma o era su mente, que le estaba jugando una mala pasada.

— ¿Cómo estás, nena? —me preguntó Borja acuclillándose delante de mí.

—En las últimas, colega…

—Exagerada… —rio. — ¿Te traigo algo? ¿Un masaje de pies? ¿Un trozo de tarta de chocolate?

— ¡Buag! No me hables de comida, por favor… —mini arcada.

— ¡Lo siento! —se echó la mano a la cabeza mientras se reía.

—Capullo… —reí como pude.

Me acarició el pelo antes de seguir cargando cajas en su furgoneta. Era un encanto y no cambiaría su presencia en mi vida por nada.

—Aquí tienes, preciosa.

Iván me cedió una taza humeante de manzanilla y yo me reincorporé poco a poco.

—Menos mal que mañana tengo el médico a las nueve, que si no me da algo…

— ¡Ostias! Es verdad, tu médico… —se echó las manos a la cabeza.

—Sí… ¿Qué pasa?

—Pues que le he dicho a mi padre que lo llevaría al cementerio a ponerle flores a mi madre, es su día mañana… Pero puedo ir más tarde.

—Oye, tranquilo, no pasa nada, ni que me fuera a operar. —reí para tranquilizarlo. —Es un simple médico de cabecera, puedo ir sola.

—Estás enferma y no quiero dejarte sola.

—No seas tonto.

— ¡Ya la llevo yo! Que tengo que estar en todo… —gritó Borja desde la cocina dispuesto a beberse la garrafa de agua que tenía en las manos.

Los dos nos reímos e Iván me miró para ver si yo accedía a irme con él. Yo asentí, por supuesto, aunque tampoco me hubiese importado ir sola, la verdad.

—Trátamela bien eh… —le dijo Iván.

— ¡Quién te la va a cuidar mejor que yo!

Qué payasos eran.

Yo me tomé mi manzanilla mientras ellos seguían haciendo el trabajo duro y, por suerte, me sentó genial.

No volví a correr al cuarto de baño ni a quejarme del estómago esa tarde, incluso cenamos pizza y logré retenerla dentro de mí sin que saliera a propulsión por la boca.

—Te veo mejor, Alicia. —me dijo David sonriendo.

—La verdad es que sí. Parece que todo está en su sitio de momento…

Nos fuimos poco después y decidimos descargar las furgonetas al día siguiente. Demasiado trabajo para un día.

Iván y yo nos fuimos a mi casa para pasar la primera noche oficial en nuestro pisito del amor.

Nos reímos tanto que casi parecíamos niños pequeños jugando a ser mayores.

—Bueno, pues ya es oficial, ¿No?

Él estaba acostado boca arriba, desnudo. Yo apoyaba la cabeza en su pecho mientras él me abrazaba fuerte, como si pensase que yo iba a escaparme de un momento a otro.

—Lleva siendo oficial desde hace casi tres meses, tonto.

—Sí, bueno, pero esto es otro nivel. Vivimos juntos como pareja. Quién iba a decirlo, ¿Eh?

—Y que lo digas… ¿También te resulta raro?

Habíamos prometido ser sinceros siempre y yo iba a ser la primera en acogerme a eso.

—Raro se queda corto, Ali…

—Es extraño ¿Sabes? Como si…

—Como si hubiésemos estado juntos toda la vida y hubiéramos abierto los ojos ahora.

—Exactamente así. Extrañamente familiar.

—Extrañamente familiar…

Me abrazó más fuerte y besó mi frente antes de suspirar.

Y si tenía que morir que fuese aquí, en sus brazos, y ahora, feliz. Y juro que no me importaría.

54
Cita médica

Si en alguna ocasión anterior he dicho que no había tenido un despertar más maravilloso, me equivocaba.

Éste, sin duda, era el más mágico de toda mi historia. De toda nuestra historia.

Él aún dormía tan plácidamente que parecía tener el sueño más placentero de su vida. Yo estaba despierta, pero también parecía estar soñando.

Él estaba aquí y, esta vez, para quedarse.

Me acurruqué a su lado y él, por inercia o por placer, me cubrió con sus brazos.

Podría estar ahí el resto del día, pero mi alarma comenzó a sonar y, si no me daba prisa, Borja me mataría por bajar tarde.

—Oye, guapo.

—Mm…

—Sí, tú. Te hablo a ti, chico guapo.

Sonrió y yo besé su mejilla.

—Mm…

—Es hora de levantarse. Vamos, tu padre estará esperándote.

—Vamos a quedarnos en la cama todo el día ¿Qué te parece? —dijo sin abrir los ojos aún.

—Tengo médico y tú obligaciones, así que arriba, dormilón. —lo empujé con mi hombro.

Abrió los ojos y parecía sorprendido.

—Eres aún más bonita por las mañanas ¿Lo sabes?

Conseguía ruborizarme sin esfuerzo y un cosquilleo de lo más agradable se instaló en la boca de mi estómago.

—Calla, vas a conseguir que me ponga colorada.

—Pues ponte. También me gustas así.

Se colocó encima de mí y me miró fijamente, como queriendo grabar en su retina cada milímetro de mi rostro.

Yo lo besé y su boca me supo a una gran cucharada de miel.

Dulce, suave y exquisita.

Sí que pasaría el resto de mi vida entre sus labios, entre mis sábanas, entre estas cuatro paredes sin importar nada del exterior.

—Haz callar a ese móvil, no voy a dejarte ir a ningún sitio hoy.

—No seas tonto. ¿Qué dirá tu pobre padre? Necesita que lo acompañes y Borja me matará si, encima que viene a buscarme, le digo que me has raptado con bridas y cinta americana.

—Está bien… esperaré a esta tarde y no saldremos de aquí, ¿De acuerdo?

—Esta tarde tenemos que bajar todas las cajas de la furgoneta de tu padre y de la de Borja y, además, traer lo que se ha quedado en tu casa…

— ¡Me dan igual las cajas! Yo solo te necesito a ti.

Volvió a besarme, esta vez más intenso, más pasional.

Con sus dedos enredándose en mi pelo y mis uñas clavándose en su espalda.

Necesitaba más, pero el deber nos llamaba.

Borja no tardó en llamar y yo en salir de un salto de la cama. Si tardaba un segundo más perdería la cita del médico y mi estómago necesitaba urgentemente una cura para sus males.

Me puse un vaquero gris rasgado por las rodillas, una camisa amarilla sin mangas bastante suelta, las zapatillas blancas y, sin maquillar, salí corriendo escaleras abajo después de darle unos cuatrocientos besos a Iván.

— ¡Llámame cuando salgas!

—Sí, tranquilo, no será nada. —le sonreí.

Él me lanzó un beso volado y yo lo atrapé antes de darme un golpe con la pared por no estar atenta a lo que hacía.

— ¡¿Estás bien?!

— ¡Joder! Qué torpe estoy Dios… Sí, sí. Me voy ya, que como me descuide me mato antes de llegar.

—Ten cuidado, por favor.

—Sí, sí. ¡Pies de plomo!

Seguí corriendo escaleras abajo y llegué hasta la furgoneta de Borja, por suerte no me echó demasiado en cara que tuviésemos que ir a mil por hora para llegar a tiempo a mi cita.

—Anda que… vaya horas ¿No?

—Lo siento, lo siento. Me he despistado.

—Sí, sí. Despistado. Ahora se llama así. —rio a carcajadas.

—Idiota… si no me has dado tiempo… —reí yo también.

Llegamos al médico con el tiempo justo de fundar el culo en la silla y

escuchar mi nombre inmediatamente después.

Entré en la consulta enseguida y Borja se quedó esperándome fuera.

—Buenos días, Alicia. Cuéntame. —se quitó las gafas, se atusó la barba y se quedó mirándome fijamente.

—Pues a ver, llevo varios días con dolor de estómago, vómitos, algo de mareos y necesito que me pinche algo que erradique este maldito virus.

—Está bien. Túmbate en la camilla para explorar ese estómago tuyo.

Me acosté y él me subió la camisa hasta el borde del sujetador.

Me palpó la parte del estómago y el ombligo.

—Avísame si te duele.

—Todo me duele si me aprieta con esa fuerza…

Parecía que en vez de su mano me fundaba un bloque en la tripa.

—Bien, puedes levantarte. Vamos a hacerte un análisis ¿De acuerdo? Para descartar infecciones. Probablemente sea un virus estomacal.

Salí de allí, cuarenta y cinco minutos después, pálida y con el estómago y la vida del revés.

— ¿Alicia? —preguntó Borja.

—Estoy bien, estoy bien.

—Estás amarilla, nena.

—La aguja del medicamento, que me la han clavado a traición y me he mareado. —intenté reírme con normalidad.

—Vamos, te llevaré a casa.

No hablé durante todo el camino. Me sentía mareadísima y extremadamente descompuesta.

Iba a volver a vomitar de un momento a otro, estaba segura. Lo único que esperaba es que no fuera en la furgoneta de Borja. Pobre, me mataría después.

— ¿Seguro que no quieres que te acompañe arriba? —preguntó preocupado.

—No te preocupes, estoy bien, de verdad. Me tomaré un vaso de agua con azúcar y como nueva.

—Ni de broma. Te acompaño y punto. Venga, andando, señorita.

Se bajó de la furgoneta y luego me ayudó a bajar a mí. La verdad es que sí que necesitaba algo de ayuda.

Subimos las escaleras de la mano y, al llegar arriba, me tumbé en el sofá mientras él mismo me preparó ese vaso con agua y azúcar que yo fingí beber. Ese brebaje daba asco.

— ¿Estás mejor?

—Sí, mucho mejor. Eres un sol, ¿Sabes?

—Eso me han dicho sí… —rio. — ¿Quieres que me quede un rato?

—Oh, no. No te preocupes que bastante has hecho ya, además, Iván no tardará en llegar.

—Está bien. Si necesitas lo que sea, llámame, ¿Vale? —me dio un beso en la cabeza.

—Gracias. —le sonreí.

Después de irse yo me quedé en el sofá dándole vueltas a toda la información concentrada que tenía en la cabeza. Sí que necesitaba ese vaso de agua con azúcar o, si no, iba a desmayarme.

Dichosos médicos…

Llamé a Iván para saber cómo iba la cosa por allí y cómo estaba su padre.

Por lo que me contó, no solía salir muy entero cada vez que iban a ponerle flores a su madre. Le hablaba durante bastante rato a la lápida y después se derrumbaba.

La echaba de menos.

— ¿Qué tal ese médico, preciosa?

—Carnicero dirás. Me han clavado una aguja del tamaño del Teide a traición. Borja ha tenido que subirme a casa.

Qué bonito era decir *casa* y no mi casa o la tuya. Era nuestra casa.

—Pero, ¿Estás bien?

—Sí, sí. Voy recomponiéndome. ¿Cómo va la cosa por ahí?

—Pues como siempre. En un rato estaré en casa ¿Vale?

—Sí, tranquilo. No hay prisa.

—Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti. —sonreí antes de colgar.

Metí el móvil debajo del cojín en el que tenía apoyada la cabeza y respiré pausadamente.

Iba a tener un rato para mí, así que debía calmarme, pensar y asimilarlo todo.

Cerré los ojos y volví a transportarme, sin querer, a la maldita consulta del médico.

Escuché su voz tan claramente como si estuviese aquí, a mi lado. O, peor, como si yo volviese a estar atrapada allí dentro.

Sonreía y me miraba con esos ojos marrones y casi inexpresivos.

—Enhorabuena, señorita, está usted embarazada.

Abrí los ojos de par en par después de escuchar de nuevo esa condenada frase dentro de mi cabeza.

Se me erizó enteramente la piel y las ganas de vomitar volvieron a mí, así que salí corriendo al baño y me desahogué por completo.

—Cariño, —me toqué la barriga suavemente. —si vas a tratar así a mamá,

la llevamos clara…

Me quedé allí sentada, con la mano posada en el estómago y con la vida y la cabeza dándome vueltas.

Embarazada.

Ni en el más ilógico de los casos me hubiera llegado a imaginar algo así, pero aquí estaba, dentro de mí, abriéndose camino y yo…

Yo estaba aterrada.

55
Asimila, suétalo y sé feliz

Sobra decir que no le dije nada a Iván cuando llegó esa tarde. Sobra decir que seguí vomitando como una posesa y que mentí en su presencia maldiciendo al médico por no haberme pinchado algo que cortase estos vómitos. Sobra decir, también, que mi nivel de histeria aumentaba por segundos y que necesitaba urgentemente soltarlo en voz alta y que otra persona me dijese que era maravilloso o, como yo pensaba, que era una locura.

Iván y los chicos trajeron todas sus cosas a casa y yo me quedé acostada los dos días siguientes. Únicamente me levanté a saludar, a dar las gracias y a vomitar como un grifo abierto.

Joder, como fuese así todos los días iba a morir en vida.

No me veía siendo madre hasta este mismísimo instante, la verdad. Ese en el que eres consciente de que una vida crece dentro de ti. Ese en el que no sabes cómo no lo has hecho antes, ese en el que te sientes increíblemente radiante, a pesar de lo anteriormente dicho, claro.

Iván, en el fondo, sabía que algo no iba del todo bien o, al menos, que algo había cambiado en mí, pero yo no sabía, ni de lejos, cómo abordar el tema.

¿Qué se supone que iba a decirle?

¡Ey! ¡Qué vamos a ser papás!

Pues no, porque tendría que llamar a una ambulancia segundos después porque le daría una embolia como mínimo del susto.

O eso pensaba yo.

Quizás estallaría en júbilo y sería, aún más, el hombre más feliz del planeta.

No estaba segura de su reacción, así que decidí no decírselo aún.

Tenía tiempo. Siete meses, nada más y nada menos.

El tema del crecimiento de mi barriga podría achacarlo a gases. No sé. Ya se me ocurriría algo.

Entró en la habitación mientras yo seguía inmersa en mis dilemas morales

y mentales y se sentó a mi lado.

— ¿Estás bien, Ali? —preguntó preocupado.

Puso su mano encima de mi rodilla y yo salí del trance.

—Oh, sí. No te preocupes. Algo cansada. —sonreí para tranquilizarlo.

Me abrazó sin motivo o con todos los del mundo. No lo sé.

Lo sentí tan cerca que casi noté cómo atravesaba mi piel y se unía a mi alma.

Con lo cariñoso que era siempre conmigo iba a ser un padre maravilloso, estaba segura.

— ¿Seguro? Te noto rara estos días…

—Es el virus, de verdad. Estoy agotada, solo es eso.

—Si fuese algo me lo dirías, ¿No?

Lo notaba excesivamente preocupado y casi se lo digo sin más.

—Claro. No tienes de qué preocuparte. —le di un beso en la mejilla.

Anda que no…

Pañales, potitos, llantos, cunas, biberones, más llantos, ropas, buches… Pero también sonrisas, abrazos, su piel suave, su primera palabra, su primer diente, sus primeros pasos, la manera de mirarme, la manera de mirarle a él, su calidez en mis manos, todas sus primeras veces y las nuestras…

Era un reto para cualquiera, pero también sería algo increíble.

—Voy a seguir, ya casi está todo listo.

—Claro, cariño. Oye… ¿Puedes decirle a Borja que venga?

—Ha ido al supermercado a por algo de picar. Cuando llegue le digo que venga ¿Vale?

—Gracias. —sonreí de nuevo y él también.

—Vamos a ser más felices si cabe aquí.

—No te haces una idea… —sonreí.

Él lo hizo también antes de salir de la habitación.

Solté todo el aire contenido y volví a tocarme la barriga.

Estaba ahí, él o ella, creciendo cada minuto dentro de mí y mi miedo a todo menguó un poco después de imaginar cómo sería verle la carita por primera vez.

Iba a ser algo grande, algo gigante. Era algo nacido del amor que nos procesábamos Iván y yo.

Borja entró en la habitación un rato después y yo aún seguía con las manos en la tripa, sonriendo.

— ¿Qué pasa, Ali? —preguntó preocupado.

—Siéntate, necesito contarte algo.

—Madre mía, ya decía yo que algo me olía a chamusquina. Aquel está

raro y tú más… Puf…

—Calla y siéntate.

—A ver. Cuéntame.

—No sé ni cómo decírtelo. Tú procura no caerte, desmayarte o gritar ¿De acuerdo? Yo lo diré sin más y que sea lo que Dios quiera.

—Me estás acojonando.

—No es para menos, créeme.

— ¿Quieres soltarlo ya? —se agarró a la colcha.

—Estoy… ¡Puf! Estoy embarazada. —lo miré con cara de consecuencia y él cayó en un shock múltiple.

— ¡¡No me jodas!! —gritó con la mayor de las fuerzas.

Se levantó eufórico de un salto y se carcajeaba sin sentido a la vez que alzaba sus brazos al aire.

— ¡Te he dicho que no grites! Iván no sabe nada… —susurré.

—Pero y ¿Cuándo demonios piensas decírselo? ¡Va a flipar!

—Ese es el problema… que no sé si flipará de alegría o de terror.

—Pero ¿Tú escuchas las palabras que salen de tu boca?

— ¡Claro que las escucho! No estoy sorda, estoy acojonada. Muy acojonada.

—Pero a ver, Alicia. —se sentó a mi lado. — ¿Tú quieres tenerlo?

— ¿Bromeas? Me muero por acariciar su carita… pero no sé si Iván estará preparado para esto, si querrá tenerlo, si…

—Alicia, escúchame. —cogió mi rostro entre sus manos. —Para él tú eres su vida ¿Qué crees que va a sentir cuando sepa que dentro de ti hay algo que han creado los dos? Va a ser el hombre más feliz de este mundo y de todos los que haya por ahí fuera.

Sonreí y a la vez comencé a llorar como una tonta.

Estaba emocionada. Aterrada y emocionada.

Abracé muy fuerte a Borja mientras reía y lloraba a la vez.

—Uf. Voy a ser mamá. No sabes lo extraño que se me hace decir eso. Se me eriza la piel, mira. —le enseñé el brazo. —Y el alma no te la enseño porque no se ve, pero también está erizada.

—Mi más sincera enhorabuena, nena. Vas a ser una madraza estupenda.

—Gracias, Borja. —sonreí y volví a abrazarlo. —No le digas nada a Iván. Aún no sé cómo decírselo yo…

—Suéltalo como sea, Alicia. Va a ser igual de feliz sea de la forma que sea.

Hablar con él me sentó estupendamente bien.

El siguiente en saberlo sería el papá, claro. Aún le daba vueltas a cómo

decírselo, porque no tenía la más remota idea.

Al final haría caso a Borja y lo soltaría sin más.

Amor de mi vida.

Vamos a ser papás.

Y ya que llorase, riese o se infartara.

Yo era feliz. Ahora más que nunca lo era.

56
Buena nueva

El día amaneció, como los últimos, con un solazo increíble.

Había dormido toda la noche junto a la persona más maravillosa del universo.

Me mimaba tanto que casi parecía vivir en un sueño del que no me despertaba nunca.

Siempre atento a mí, siempre con una sonrisa, un beso y un abrazo dispuesto a hacerme crecer más por dentro.

Nuestro amor se reafirmaba cada vez más y ya iba siendo hora de que le diera la buena nueva.

Había estado pensando en cómo hacerlo para que recordara ese momento como el más increíble de su vida.

Así que, como le había pedido a Ernesto un par de días por asuntos propios, me fui a la farmacia a por un test de embarazo con todo el disimulo que pude. Con lo pequeño que era esto, antes de que me diese tiempo de llegar a casa, Iván ya me estaría llamando porque se habría enterado por la calle de que su novia esperaba un hijo de vete tú a saber quién y no estaba la cosa para disgustos.

Lo guardé en el bolso antes de salir de la farmacia y me fui al centro comercial a por algunos regalitos más.

Compré un babero blanco con el borde rojo que llevaba bordada la frase *"mi papá me adora"*, y una chupa también roja.

Lo metería todo en una cajita después de hacerme la prueba de embarazo en casa y de limpiarla adecuadamente, claro.

Estaba radiante, me sentía pletórica. Lo único que me faltaba era sentirlo a él tan feliz como me sentía yo.

Claro que también había pensado en qué pasaría si él se lo tomaba mal, pero, para evitar preocupaciones innecesarias, había desechado la idea de mi mente enseguida.

Compré una caja dorada y me fui directa a casa.

Él no estaba, aún le quedaban dos horas para volver del trabajo así que me puse manos a la obra antes de que mi móvil sonara sin descanso.

Era Nuria.

Hablábamos prácticamente todo el tiempo desde que Borja, el bocazas, le contase que estaba embarazada.

Ella quería y él… él estaba loco por tenerlo. Pero, desde mi punto de vista, era demasiado pronto para ellos. Claro que harían lo que les viniese en gana y si se querían pues, oye, adelante.

Lo mío y lo de Iván era diferente.

Ya sé que oficialmente llevábamos juntos poco tiempo, pero nos conocíamos de toda la vida y era como si hubiésemos estado juntos todo ese tiempo, así que, para nosotros, desde mi punto de vista, no era una mala decisión seguir adelante.

—Dime, Nuria. —le dije mientras sostenía con el hombro el móvil y sacaba el test del bolso.

— ¿Cómo estás? ¿Ya has ido a la farmacia? ¿Quieres que te acompañe?

Estaba acelerada.

—Bien. Sí, he ido. Y no, no hace falta. —reí y ella también. —He comprado un babero y una chupa para meterlo todo en una caja. Espero que no se infarte, marcaré los dos primeros números de emergencia por si se desmaya…

—No seas tonta. Va a alucinar, ya verás.

—Sí… lo de que va a alucinar está más que claro… Lo que no sé si eso es bueno o malo.

Estaba nerviosa. Muy nerviosa.

Quería que todo saliese bien y creo que me lo estaba montando muy a lo novela romántica, que nada iba a salir como esperaba y que yo iba a empezar a hiperventilar de un momento a otro y que…

—Tranquila, Alicia. Todo va a salir bien, ya verás. Iván te adora.

Sí, sí que lo hacía.

Y en lo más profundo de mí esperaba, de todo corazón, que también adorase al bebé que llevaba dentro.

—Eso espero, de verdad. Estoy nerviosísima. Voy a preparar la caja bomba y ya les cuento novedades ¿De acuerdo? También necesito una tila.

— ¡Tila no! Que se te baja la tensión…

—Pues un porrazo en la cabeza. Algo que me deje inconsciente durante un rato…

—Exagerada… Manda un mensaje en cuanto haya novedades. Un beso.

—Otro para ti.

Colgué y fui al cuarto de baño con la prueba de embarazo y me la hice.

En menos de lo que canta un gallo ya había dos rayas decorando el rectángulo blanco y yo volví a sonreír.

—Estás ahí, pequeño. Estás ahí… —me acaricié la tripa.

Después de unos instantes limpié a conciencia el test y fui hacia el salón.

Miré el móvil para saber de cuánto tiempo disponía antes de que Iván llegase a casa y tenía un mensaje suyo.

> ***Iván:*** *Amor, he salido pronto, estoy llegando a casa, llevo comida china. Te quiero. 12:55*

Era la una y diez. Mandaría el mensaje cuando estaba hablando con Nuria y estaría a punto de llegar.

Eso me dejaba sin tiempo para preparar nada.

Joder, justo hoy…

Escuché la puerta.

Ya estaba aquí, intenté colocar el babero, la chupa y el test con el mayor acierto que pude y cerré la caja justo antes de que entrase en el salón.

Me incorporé enseguida y él me miró confuso.

— ¡Hola! —dije más alto de lo normal.

—Hola… ¿Pasa algo?

Uf. Alicia. Respira y suéltalo. Suéltalo sin más. Todo irá bien.

—De hecho… sí. Sí que pasa.

Se acercó a mí y dejó las bolsas de comida encima de la mesa del salón.

—Me estás asustando, Alicia…

—Más asustada estoy yo, así que, vamos a tranquilizarnos. No es nada malo. Es solo que… —me callé.

— ¿Qué? —se acercó a mí.

—Te tengo un regalo. Uno grande, a decir verdad.

—Ah ¿Sí? —sonrió y me besó la frente. —Y ¿Dónde está?

—Aquí. —le cedí la caja. —Yo que tú me sentaría antes de levantar la tapa.

Me miró confuso, se sentó y puso la caja en sus rodillas.

—Vaya misterio… —sonrió.— ¿Es algo bueno? —me miró fijamente.

Ojalá nuestro bebé tuviera sus ojos. No concibo mayor maravilla que tener esos intensos, hipnóticos y extraordinarios ojos por partida doble.

—Es algo increíble. —sonreí y me abracé a mi misma.

Lo abrió sin más espera y su cara fue… Ni siquiera podía describirla porque mis ojos estaban cubiertos de lágrimas.

Me miró incrédulo, eso sí que puedo decirlo. No se lo creía, no sabía qué

estaba pasando y yo… yo me sentí más infinita aún.

—Pero… Alicia…

—Sí… —asentí tres veces más.

Su voz era entrecortada. Se llevó la mano a la boca y luego las dos a la cabeza.

Yo seguía llorando sin parar, de alegría, de felicidad, de la paz que me daba ver su rostro, ver cómo tocaba esa chupa, cómo jugaba con ella entre sus dedos. De cómo las lágrimas también corrían por sus mejillas.

Deseé que me abrazara. Que me abrazara y no me soltara jamás. Ni a mí ni a nuestro bebé.

Volvió a mirarme y se levantó a cámara lenta aún con la chupa en la mano.

La miraba.

La miraba como si fuese una lámpara mágica, algo que le fuese a conceder el mayor de sus deseos.

Y luego me miraba a mí, como si yo fuera el genio. Como si toda esa magia que desprendía su inmensa sonrisa fuese culpa mía y nada más.

Y quizás no entendía que la culpa era únicamente suya.

Que siempre había sido suya.

Siempre.

Me abrazó más fuerte de lo que lo había hecho nunca. Me abrazó a mí, a todos mis miedos, a la más titánica de mis alegrías y lloramos juntos.

—Vamos a ser papás… No me lo puedo creer. No me lo puedo creer.

Me besó mil veces. Mil y una. Mil y dos…

Íbamos a ser papás. Sí. Y sería la mayor experiencia que hubiéramos imaginado vivir juntos.

— ¿Te acuerdas cuando me dijiste que la mayor declaración de amor era el matrimonio? —él asintió. —La mayor declaración de amor es crear una personita con magia y ternura. Y esto —cogí su mano y la puse en mi vientre. —Es la mayor declaración de amor de la historia. De nuestra historia.

Lloraba y reía a la vez y yo también.

—Te amo y voy a amar a nuestro bebé de igual forma. Dios… ¡Voy a ser papá! —gritó entre risas y lágrimas. — ¡Te amo!

Me abrazó con toda la fuerza que tenía y elevó mis pies del suelo.

Estaba eufórico.

Ese día fue el mejor día de mi vida. De nuestra vida en común. Ese día descubrí la mayor expresión de amor del universo.

Ese día sentí lo que era realmente el amor.

El amor y la magia.

Ese día supe, con total exactitud, que siempre había sido él quien podía

hacerme sentir única, infinita y pletórica cada segundo de mi vida.

—Siempre fuiste tú. —le dije mirándolo directamente a esos ojos verdes que ahora rebosaban vida.

—Siempre serás tú.

Agradecimientos

A mi madre, porque, en todos los sentidos, es la mujer más extraordinaria que conozco.

A mi padre, porque es el amor de mi vida y por enseñarme a sonreír siempre.

A mis hermanos, porque son infinitos. Porque son mi paz.

A mis sobrinos, por hacerme sentir la tía más afortunada del mundo.

A Miguel, por todo, por absolutamente todo lo que me das.

A mi familia política, por hacerme sentir una más.

A Lorena y Judith, por estar en mi vida.

A Raquel, por aparecer de repente y por estar a mi lado en toda esta locura.

A los que siempre creyeron en mí y ¡qué coño! a los que no, también.

A ti, por leerme, por darles vida a Alicia e Iván en tu imaginación. Gracias, de verdad.

Al amor, por hacernos grandes, gigantes. Por hacernos infinitos.